

Dennis Danvers

EL RELOJ DE KROPOTKIN

Secuela no autorizada de
Memorias de un revolucionario

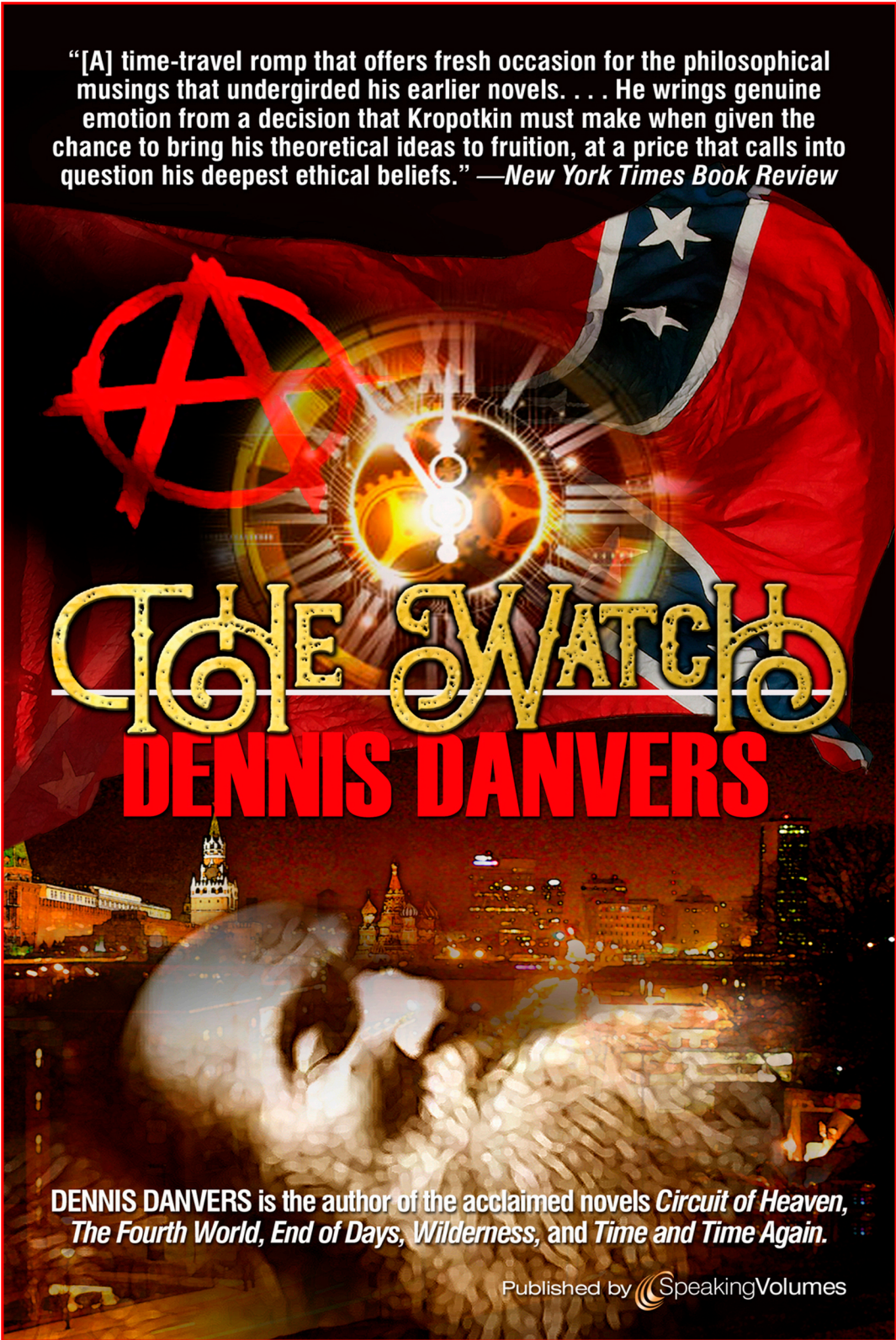


Cuando un enigmático visitante aparece en el lecho de muerte de Peter Alexeivich Kropotkin en la Rusia de 1921, ofreciéndole la oportunidad de renacer, Peter acepta con gusto, pero su nueva vida en los Estados Unidos de 1999 está lejos de ser idílica, ya que se enfrenta a un extraño mundo nuevo de plástico, consumo y capitalismo, donde otros refugiados, tanto del pasado como del presente, anhelan libertad y justicia.

Su único vínculo con su vida anterior es el viejo reloj de bolsillo de su padre, un dispositivo que cumple una doble función como máquina del tiempo, una de ellas, la capacidad de marcar el avance cronológico de un minuto cada sesenta segundos, y otra que da soporte a la novela, ya que es capaz de hacer viajar a través de varias dimensiones entre el presente, el pasado y el futuro

Una novela sobre el presente como distopía, visto a través de los ojos de uno de los más grandes teóricos anarquistas.

"[A] time-travel romp that offers fresh occasion for the philosophical musings that undergirded his earlier novels. . . . He wrings genuine emotion from a decision that Kropotkin must make when given the chance to bring his theoretical ideas to fruition, at a price that calls into question his deepest ethical beliefs." —*New York Times Book Review*



THE WATCH

DENNIS DANVERS

DENNIS DANVERS is the author of the acclaimed novels *Circuit of Heaven*, *The Fourth World*, *End of Days*, *Wilderness*, and *Time and Time Again*.

Published by  Speaking Volumes

Dennis Danvers

EL RELOJ DE KROPOTKIN

Secuela no autorizada
de *Memorias de un revolucionario*

Título original: *THE WATCH. Being the unauthorized sequel to Peter A. Kropotkin's MEMOIRS OF A REVOLUTIONIST, as imparted to Dennis Danvers by Anchee Mahur. Traveler from a distant future.*

2019

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Todas las notas son del traductor

En memoria de Piotr A. Kropotkin

1842–1921



Los hombres desean apasionadamente vivir después de la muerte, pero a menudo mueren sin darse cuenta de que el recuerdo de una persona verdaderamente buena siempre vive. Se imprime en la siguiente generación y se transmite de nuevo a los hijos. ¿No es esa una inmortalidad por la que vale la pena luchar?

–PETER KROPOTKIN,
Memorias de un revolucionario

Cuando regresamos a casa, pusimos los cimientos de dos grandes ciudades: una en Shacco's, que se llamaría Richmond, y la otra en la punta del río Appomattox, que se llamaría Petersburg... De esta manera, no sólo construimos castillos, sino también ciudades en el aire.

–WILLIAM BYRD II, fundador de Richmond, 1733

ÍNDICE DE CONTENIDO

I. He renacido

II. Aprendo el alfabeto

III. Hago mis primeros conocidos

IV. Consigo alojamiento y una caña de pescar

V. Encuentro empleo

VI. Avenida Texas 1789

VII. Cena con cóctel de cicuta

VIII. Encuentros accidentales

IX. Medicación eficaz

X. Cassandra aboga por los refugiados

XI. Ayuda mutua

XII. Una velada teatral

XIII. El carril de los perdedores

XIV. Sueños dentro de sueños

XV. Soy creído

XVI. Diálogos de Delfos

XVII. A través del espejo

XVIII. Un llamamiento a la liberación de Richmond

XIX. Encarcelado a las once

XX. ¡Liberen a Kropotkin!

Acerca del autor

Capítulo I

HE RENACIDO

De pronto, me sobrecogió un espectáculo extraordinario: en la bóveda oscura del cielo vi un inmenso meteorito con una cola larga y una luz verde deslumbrante que iluminaba el cielo y la tierra. Cayó lentamente y desapareció en el horizonte. Nunca había visto nada parecido en mi vida. Nos quedamos como inmóviles en el mismo sitio. Nos pareció que existía una misteriosa relación entre la estrella fugaz y el revolucionario moribundo.

*—BORIS LEBEDEV, yerno de Kropotkin,
en su relato sobre la muerte de Kropotkin el 8
de febrero de 1921*

[En prisión] Pedí, por supuesto, papel, pluma y tinta, pero me lo negaron rotundamente... Sufrí mucho por esta inactividad forzada y comencé a componer en mi imaginación una serie de novelas para lectura popular... Inventé la trama, las descripciones, los diálogos y traté de memorizar todo desde el principio hasta el final.

–PETER KROPOTKIN,
Memorias de un revolucionario

Desde mi muerte, he pensado mucho en mi infancia en Rusia, cuando era el “príncipe” Pedro Kropotkin, título al que renuncié a los doce años. Estas memorias me sirven para recordar que siempre he sido –desde mis primeros recuerdos hasta este momento (algunas horas después de mi nueva vida)– muy similar. Es sorprendente cuando pienso en ello: setenta y ocho años y el mismo hombre serio de siempre. Me pregunto si esta vez cambiaré o si seguiré trabajando por el deseo de mi corazón: que el mundo cambie.

Mi madre murió cuando yo aún no tenía cuatro años. Debo confesar que, siendo tan joven, no la conocía realmente.

Tengo de ella apenas un puñado de recuerdos, todos demasiado grandiosos y cargados de emociones como para ser totalmente fiables, incluso si pudiera separar la realidad de la leyenda. Pero no había nada ilusorio en el efecto que el recuerdo de mi madre tuvo en aquellos sirvientes encargados de criar a mi hermano y a mí. Incluso si no lo hubieran repetido en cada ocasión, habría sabido, por el cuidado y la preocupación que prodigaron a sus hijos, que pensaban que mi madre era una mujer excelente. Su amabilidad hacia mí nunca puede ser exagerada, ni su sabiduría rivalizada por maestros posteriores, más sofisticados. En cuanto a los rasgos heredados, atribuyo a mi madre todas las características que poseo de una naturaleza valiosa.

Mi padre encarnó al hombre que yo no quería ser. Con la sombra de un padre así sobre mí, nunca podría aceptar ninguna forma de determinismo genético. En cuanto a su presencia viviente –la mano guía y formadora del padre–, influyó poco en mi hermano mayor Sasha y en mí, ya que nos ignoró en gran medida.

Era un soldado caballeroso, un oficial por naturaleza, como la mayoría de los nobles menores de su generación, que no podían imaginar una mayor contribución al mundo que los elegantes uniformes y los ejercicios de formación cerrada, un ballet sin música ni alegría. Era tan tacaño como mi madre de corazón generoso; tan aburrido como vivaz; tan vengativo como cariñoso. Sin embargo, era rico, dueño de

mil doscientos siervos, seres humanos que presumía poseer, cuidaba tierras que presumía poseer. No había límite para su propiedad y su presunción.

Recuerdo que una noche, durante la cena (yo tenía ocho años más o menos), mi padre nos dijo a Sasha y a mí que le habían concedido una medalla al valor porque Frol, un criado suyo, había entrado corriendo en una casa en llamas, poniendo en gran riesgo su vida, y había rescatado a un niño que estaba condenado a muerte. El comandante de mi padre, que presenció estos acontecimientos, le entregó inmediatamente a mi padre la Cruz de Santa Ana.

–Pero, padre –objetemos mi hermano y yo–, ¡fue Frol quien salvó al niño! –Por mi mente infantil pasó como un rayo la fantasía de una ceremonia justa, con banda militar y un buen número de caballos, y Frol en una plataforma aguantando valientemente el peso de un montón de valerosas baratijas.

Pero mi padre pronto ahuyentó esa ilusión de mi cabeza. “¿Qué hay de eso?”, me respondió. “¿No era un hombre mío? Da lo mismo”. Él creía que un hombre como él podía poseer a un hombre como Frol, cuando la verdad es que mi padre no poseía ni la décima parte de las virtudes de Frol.

Como siempre, Frol estaba presente aquella noche, de pie en su lugar habitual como una columna, y con la misma probabilidad de moverse de su puesto junto a nuestro

padre. Todas las noches, con señales y gestos casi invisibles, Frol dirigía a la multitud de unos cincuenta hombres y mujeres que se esforzaban por servirnos la cena, que nos acompañaban a la cama y nos arropaban como a niños pequeños. Aquella riqueza era una forma de suicidio: renunciar por completo a la responsabilidad de la propia vida.

Mi padre hizo una pausa en su relato para quejarse de la carne y yo intenté mirar a Frol a los ojos, pero él evitó mi mirada y miró sombríamente por la ventana hacia la noche. Miré a mi padre y pensé, sin saber muy bien lo que quería decir: *“Algún día Frol te arrojará por esa ventana a la nieve. Algún día tu casa se incendiará y nadie podrá rescatarte”*.

Odiaba a mi padre. Nunca antes había confesado públicamente ese hecho. En un esfuerzo por ser justo, puedo admitir que mi padre estaba lejos de ser el peor de los propietarios de siervos; que, aunque obligó a docenas de mujeres jóvenes a casarse jóvenes para que pudieran engendrarle nuevas “almas”, nunca violó personalmente a ninguna mujer, que yo sepa; que, aunque, por capricho o por algún desaire imaginario, tenía la costumbre de condenar a hombres jóvenes a un período de un cuarto de siglo en el ejército (una tortura y sentencia de muerte a la vez), nunca asesinó a un hombre directamente. Ni siquiera en el campo de batalla.

Hubo hombres peores que mi padre, ciertamente.

Puedo admitir, además, que era un producto de su tiempo, un hombre corriente que, según todos los criterios de su clase y parentesco, era un tipo suficientemente bueno. En el barrio terriblemente convencional en el que nací había cientos de casas elegantes, casi tantas como príncipes condecorados por su galantería, pero apenas juntaban dos o tres opiniones entre todos. Los que pensaban de otro modo podían vivir en otro lugar, preferiblemente en otro país. Sea como fuere, era *mi* padre, y yo deseaba que fuera un individuo mejor que los de su época, mejor que sus pares (lo deseaba en vano con todo mi corazón) y nunca le perdoné por ser lo que era.

En cierto sentido, supongo que dediqué mi vida a *no* ser mi padre. Eso, al menos, lo logré.

Pero ¿qué importa ahora? Esa vida se acabó. Mi padre murió en 1871. Yo morí en 1921. Estamos en 1999, casi al final del milenio. Seguramente ahora puedo perdonarlo.

Un extraño benefactor del futuro llamado Anchee Mahur me ha resucitado y me ha dado una nueva vida. He resucitado ya adulto, como un personaje de novela. He conservado mi nombre, Peter Alexeivich Kropotkin, y no hay razón para adoptar otro. Como me explicó Anchee, es poco probable que alguien me confunda con un hombre que lleva muerto setenta y ocho años. Según los papeles que me dio Anchee, soy de Dmitrov, una ironía astuta, ya que allí fue el lugar de mi muerte. Pero en lugar de mi antigua fecha de

nacimiento, 1842, tengo una nueva, 1967, aunque me parece que sólo he estado en esta nueva época unas horas. En esta vida, empiezo a los treinta y dos años y no tengo ninguna infancia que recordar. A esa edad, en 1874, estuve por primera vez en la cárcel, y cualquier cosa es preferible a eso, aunque este futuro, o mejor dicho, este presente en el que me encuentro, sea hasta ahora un lugar realmente aterrador.

Estoy sentado en el interior de un enorme avión, del tamaño de una casa de campo. Una mirada nerviosa por la ventanilla me confirma que este coloso se encuentra a kilómetros de la superficie de la Tierra. Racionalmente, no debería alarmarme: soy un hombre de ciencia. Entiendo los principios del vuelo. Pero aun así, aunque ya llevo aquí varias horas, un terror persiste como nunca antes he sentido y no atiende a razones, como si yo fuera un desgraciado salido de la Edad de Piedra, acobardado ante la magia de mis superiores. La imagen me molesta e impacienta mi miedo.

Cuando le pregunté a Anchee de qué época futura venía, él me dijo que era de tan lejos en miles y miles de años, que una fecha no tendría sentido y su ciencia me parecería magia si intentara explicarla. Citó a un tipo llamado Clarke para respaldarlo, lo que a mí me dijo poco. Y yo objeté que tal vez yo no era tan tonto como él suponía. Pero incluso ahora, en este tiempo, una mera vida en el futuro, debo enfrentar mi humillante ignorancia. La frase que Anchee me dio para responder a todas mis preguntas –"Estás volando hacia

América”– es como un conjuro de *Las mil y una noches árabes* o los delirios de un loco.

Pero todavía no es *magia*. Entiendo lo suficiente el perfil aerodinámico como para saber que es la física y no la magia lo que mantiene en el aire a este enorme aparato. Mi hipótesis es que los motores sin hélice que rugen fuera de la ventana funcionan por propulsión, como un cohete. Sin embargo, tal vez lo más importante para calmar mis temores sea la actitud de mis compañeros de viaje, que no parecen más alarmados que si estuvieran a bordo de un lento vapor que navega por el Misisipí. Sin embargo, este dirigible es mucho menos sociable que cualquier barco que conozco, para su propio detrimento. Intento entretenerme con la fantasía de navegar algún día por el Misisipí. Tengo una gran afición por los ríos, pero la imagen no se sostiene, como si me la llevara una corriente. Hay más motivos para mi miedo que este avión.

Soy inmigrante, dicen mis papeles. No hacen ninguna referencia al hecho de que he visitado Estados Unidos dos veces antes; ni deberían hacerlo, me advirtió Anchee. Pronto, en unas horas, supongo, llegaré a Washington, donde subiré a otro avión y me dirigiré a mi destino final. RIC, dicen los papeles. Una funcionaria de la compañía aérea, Alicia –una joven llamativa de sonrisa cálida, vestida con una chaqueta de estilo militar y pantalones oscuros– me explicó que RIC es un código para Richmond, Virginia.

¡Qué elección más extraña!, pensé inmediatamente.

La capital de la Confederación.

La última vez que estuve en Estados Unidos, en 1901, por casualidad me encontré con Varina Howell Davis –viuda de Jefferson Davis, el difunto presidente de la rebelión– en la ciudad de Nueva York. Booker Washington se unió a nosotros y hablaron brevemente de Richmond. Ninguna de las dos tenía los mejores recuerdos del lugar. Para la ex esclava, había sido un importante centro de la trata de negros; para la ex primera dama, fue una prueba de su autoproclamada abundancia de paciencia. “No podía complacer a nadie”, declaró. “Nunca he estado en un lugar tan preocupado por cuestiones de etiqueta y educación cuando parecía que, para una forastera como yo, había tan poco de ambas cosas dentro de los límites de la ciudad”. Deduje que un anarquista, incluso uno de buenos modales como yo, no habría sido bienvenido allí.

Pero eso fue hace casi un siglo. Sea lo que sea lo que pueda encontrar en Richmond, dudo que su elección sea aleatoria; también es parte del diseño de Anchee, sea lo que sea.

“No le digas a nadie que eres anarquista”, aconsejó. “No entenderán lo que quieres decir”.

–Será fácil –bromeé–. Así están las cosas ahora.

Cierro los ojos ante las frenéticas imágenes de una película en color que parpadea por todas partes, pero aún puedo verla en mi retina como ráfagas de fuego. Cuando empezó, me obligué a mirarla un rato, para ver si podía distinguir sus perspectivas en constante cambio (según mis cálculos, el producto de no menos de media docena de cámaras funcionando a la vez y empalmadas en un montaje furioso). Pero no podía entenderlo y me dolía la cabeza por el esfuerzo. Todos los demás la miraban paralizados, con botones acoplados a sus oídos. Puedo oír un leve sonido que proviene del tubo del hombre sentado a mi lado. ¿Voces? No estoy seguro. No mostró demasiado interés en mi voz cuando intenté entablar una conversación con él. Antes fue su “computadora portátil” lo que captó su atención. Sentí curiosidad por el dispositivo, pero su tono al identificarlo fue tal que desanimó más preguntas.

¿Qué he hecho? ¿Qué estoy haciendo aquí? He cometido un terrible error. *Estoy vivo*, pero todo el mundo y todo lo que he conocido se han ido. ¿Por qué al morir no acabé con esto?

Pero mientras inspiro con aprensión –una respiración fuerte y clara, libre de la bronquitis que me ha plagado desde mis años en prisión– no *siento* que esté mal estar vivo. Aprieto los brazos de mi asiento, hechos de una curiosa sustancia flexible como arcilla rígida, y no siento dolor en las manos ni en las articulaciones. Es bueno vivir. La vida es buena. Siempre lo he creído, sin importar las circunstancias.

Cuando Anchee llegó a mi lecho de muerte, yo ya sabía que estaba a punto de morir, aunque él no me lo hubiera dicho. Él sabía la hora de memoria, me acuerdo, el día y la hora. Las tres de la mañana, 8 de febrero de 1921.

Mi querida esposa Sophie estaba conmigo, junto con mi hija Sasha y su marido Boris. Antes había oído otra voz, Atabekian, pensé, pero no estaba seguro. Me atrevo a decir que mi conciencia iba y venía al menos con la misma frecuencia que mis cuidadores.

Boris y Sasha hablaban con entusiasmo sobre el meteorito más extraordinario que acababan de ver atravesar el cielo. Boris balbuceaba alguna tontería supersticiosa intentando implicarme a mí y a mi mala salud en los asuntos del cosmos. Quise preguntar más sobre el tono de luz verde que emanaba el meteorito, pero me costaba demasiado trabajo hablar, hacía días que lo hacía. Y con el habla llegó la tos, y la vida misma se había reducido a no toser si uno podía evitarlo, sabiendo que pronto, muy pronto, no podría evitarlo y moriría tosiendo. No podía imaginar otra muerte.

Pensaban que dormía, pero estaba despierto, escuchando. Era mi último contacto con la vida: sus voces. Algunos momentos profundos de completa soledad me han tocado de la misma manera, imagino, que los místicos afirman ser tocados por Dios. Pero para mí las voces de aquellos a quienes amo, o incluso los recuerdos de ellos, son una razón suficiente para vivir. Escuché. Incluso cuando mi ojo interior

ya no podía crear una imagen confiable del orador, escuché sus palabras.

Entonces, cuando hubo silencio, un silencio absoluto,forcé a mis ojos a abrirse para ver cómo era la muerte.

Para mi sorpresa, incluso sin mis anteojos, vi perfectamente, algo que no había hecho en años. Había un trío de luces junto a mi cama, las llamas de las velas, pero no se movían, no parpadeaban. Su luz era anormalmente estable. Con un esfuerzo sorprendentemente pequeño, me di la vuelta y allí estaba Boris de pie junto a mí, congelado en mitad de una frase, con la mano en posición de equilibrio en un gesto apasionado. Las lágrimas de las mejillas de Sasha y Sophie no fluían. Atabekian permaneció inmóvil, con el atizador en la mano metido en el fuego. Una nube de chispas flotaba sobre la chimenea.

El único movimiento que se produjo, fue el de un hombre, un hombre negro con una bata o un camisón blanco, que me observaba atentamente, parpadeando. Cuando lo vi, dio un paso adelante y se sentó en el borde de la cama, con Boris erguido sobre él como una estatua en un parque. –Peter Kropotkin –dijo el hombre negro–. No tengas miedo. Soy un amigo. He recorrido un largo camino para verte. Soy del futuro. Mi tiempo te debe mucho. He detenido el tiempo para que podamos hablar. Estás a punto de morir...

Dejé de escuchar sus precisas palabras –pues apenas tenían sentido para mí– y traté de comprender lo que estaba pasando. Fue un discurso bastante ensayado, diría yo, aunque bien pronunciado. Todo en él denotaba un sentido de propósito. ¿Es un ángel?, me pregunté. ¿Su presencia significa que, después de todo, existe un Dios? El pensamiento me angustió tanto que sentí una oleada de repulsión y rabia: haber estado tan equivocado sobre una cuestión tan fundamental hasta el borde de la muerte. Peor aún era imaginar un Dios que presidiera voluntariamente un sufrimiento y una desigualdad tan generalizados como los que llenan el mundo. No. No había Dios. Me negaba a creerlo. Tampoco había ángeles.

–¿Quién eres tú? –lo interrumpí en inglés, pues él hablaba inglés, aunque con un acento que me resultaba extraño.

–Soy Anchee Mahur –dijo, y luego resumió su parlamento en sílabas lentas y precisas–: He venido del futuro para ofrecerte una segunda vida. Por medios científicos, restauraré tu cuerpo a lo que era en días más jóvenes y saludables, y luego te transportaré a un tiempo y un lugar diferentes, donde podrás vivir el resto de una nueva vida. Si así lo deseas, claro está. No obligamos a nadie.

En vano intentaba comprender de qué demonios me estaba hablando cuando puso las manos sobre mi cabeza y dijo: “Permíteme”, y todo se me hizo claro como un repentino estallido de inspiración cuando las cosas más

increíbles parecen haber sido obvias desde el principio. Por supuesto: mi cuerpo había recuperado su juventud y su forma física, trasplantado a un tiempo futuro como un esqueje de un árbol viejo.

Pero yo no soy un árbol, y aún así había mucho que quería saber. “¿Una máquina del tiempo?”, pregunté, y fue entonces cuando él afirmó que su ciencia me parecería mágica, magia que no podría explicar en menos de unas horas. “Ni siquiera sabría por dónde empezar”, dijo. “No tienes ni idea de los principios más básicos involucrados”. Qué extraño, pensé. Él puede detener el tiempo, y aun así tener prisa. Ansioso por seguir adelante, diría yo.

Pero, me pregunté, ¿importaba si entendía la ciencia o no? Más importante aún (suponiendo que no se tratara de un simple delirio en el lecho de muerte) era si estaba diciendo la verdad y si se podía confiar en él, recordándome a mí mismo que no siempre eran la misma cosa.

Era muy guapo y muy moreno. También bastante joven, de unos veinte años, con un poco de la presunción arrogante, pero tan viejo en su porte –una gran dignidad que no era mera altivez– que no tenía ni idea de qué pensar de él. Nunca había conocido a nadie que se le pareciera ni remotamente, y he conocido a un buen número de personas de todo el mundo. Era fácil creer que venía de un futuro lejano. Mucho más fácil que creer que era un ángel.

–Pero ¿qué pasa con ellos? –pregunté a los dolientes que estaban congelados, porque pensaba en ellos como dolientes incluso antes de que apareciera Anchee–. ¿No se alarmarán si desaparezco por completo? Ese tipo de cosas podrían despertar los rumores más ridículos. No deseo ser la causa del surgimiento de nuevas religiones. Ya hay suficientes.

Se rió de buena gana y me alegré de que el futuro, incluso su mágico futuro, todavía tuviera sentido del humor. Fue ese descubrimiento más que cualquier otra cosa lo que me decidió (eso y la probabilidad de que toda la experiencia fuera alucinatoria). No había forma de saber si era digno de confianza. Si decía la verdad o era una ilusión, se aclararía muy pronto. “Nadie aquí lo sabrá”, me aseguró. “Cuando el tiempo se reanude, seguirás aquí, pero seguirás viviendo otra vida desconocida para ellos, en el futuro”.

“¿Cuándo en el futuro? ¿En tu tiempo?”

A él le pareció divertido, con una pequeña risa y una gran sonrisa. “No, no tan lejos. No podrías adaptarte. Diría que el año 1999. El 8 de abril. Dentro de una eternidad”.

“Una vida, para ser exactos.”

“Sí.”

“¿Hay alguna razón científica para ello?”

–Hmm. Algo estético, diría yo.

“¿Por qué haces esto? ¿Qué razón podría haber para hacer que un anciano se vuelva joven y transmitirlo a las generaciones futuras?”

“No sé si puedas entenderlo.”

Estaba empezando a molestarme. “Ponme a prueba”, le dije bruscamente. “Reconozco la ciencia, incluso la estética, pero no la ética”.

“Lo siento, no quise ser condescendiente”.

“Es algo natural, ¿no? Tómate tu tiempo. Supongo que mientras te quedes, no toseré, no moriré”. Puse a prueba esta teoría sentándome, plantando los pies en el suelo y levantándome sin esfuerzo.

“¿No quieres morir?”

“Definitivamente no.”

Esto aparentemente lo animó y le dio una paciencia renovada para responder las preguntas de un anciano. “El tiempo no es una sola corriente”, dijo, “sino un número infinito de coexistencias. Hemos aprendido a... tejerlas entre sí, trasplantando vidas de un tiempo a otro. De esta manera creamos nuevos tiempos, nuevas realidades. Nos movemos entre ellas, las experimentamos, aprendemos de ellas”.

“¿Un experimento?”

Hizo una mueca. No le resultaba fácil tener tacto. –En cierto sentido. Creo que Zola hablaba así de sus novelas. Creo que a usted le encanta la ópera. Es más bien eso. Una experiencia. Una obra de arte.

–Con personas reales. Estás manipulando la realidad misma. –Señalé a nuestros testigos congelados como prueba de mi acusación.

–No. Estamos creando nuevas realidades. La “realidad” en sí no existe. –Extendió una mano y luego la otra–: Existe el tiempo en que Peter Kropotkin renace en América, y existe el tiempo en que no renace. Cada uno es tan real como el otro. Cada uno es su propio tiempo. –Sopesó los tiempos imaginarios en sus manos y me los tendió como si yo debiera elegir.

“Érase una vez”, dije.

Se rió de nuevo. “¡Sí! ¡Exactamente! Eres tal como te imaginaba”.

Supuse que debía tomarlo como un cumplido. Tenía la mirada inquietante de un discípulo. “¿Cómo sabes tanto sobre mí?”

“En mi época, usted es un hombre famoso, Peter Alexeivich Kropotkin. He estudiado su vida y sus obras. Por

eso lo he elegido. Una vez que estemos en marcha, responderé a todas las preguntas que me haga. Pero antes de seguir adelante, necesito saber: ¿quiere otra vida en Estados Unidos en vísperas del siglo XXI o no?”

Hablaba como si me ofreciera un pastel o una chuleta, mientras que para mí todavía había preguntas dentro de preguntas, tantas que no podía empezar a comprenderlas todas, pero en el centro de ellas había una sola pregunta: ¿Vida o muerte? La respuesta era simple.

“Sí”, dije.

Lo siguiente que supe fue que estaba completamente vestido en un edificio cavernoso al que él llamaba el Aeropuerto de Moscú. También estaba congelado en el tiempo, pero estaba lleno de cientos de personas. Su aspecto inmóvil era demasiado aterrador para contemplarlo en masa. Miré hacia las vigas del techo para evitar su mirada muerta. Un pinzón, atrapado dentro del edificio, paralizado en un momento de vuelo aterrorizado, se cernía sobre mi cabeza como una parodia del alma. Anchee estaba de pie a mi lado recitando instrucciones, consejos, advertencias, restricciones, como un sacerdote recitando un catecismo. Yo solo escuchaba a medias.

¿Alguna pregunta?

¿Eso es lo que Mefistófeles le preguntó a Fausto?, pensé, casi mareado. Al menos, si fuera un ángel o un demonio, sabría lo que tramaba. Por supuesto, podría haberme dicho que era un ángel, y yo no habría tenido más remedio que creerle. No era real para mí. ¿Cómo podía serlo? Muerto un minuto, vivo al siguiente. No al minuto siguiente, casi al siglo siguiente. Esto, a mi alrededor, era el futuro. Todo, los colores, las superficies, los olores, todo era diferente.

Oí el crujido de un papel y me di cuenta de que tenía unos documentos en las manos. Estaba en una fila de gente con documentos en las manos. Mis manos (no podía dejar de mirarlas) eran jóvenes y fuertes. Cerré y abrí el puño, toqué la piel suave y tersa de mi cara. Miré a mi alrededor en busca de un espejo, pero no había ninguno.

¿Alguna pregunta?

—No —dije con impaciencia, y la vida, el ruido y el tiempo volvieron a empezar, y Anchee desapareció. Tras su partida, me di cuenta por primera vez de una pregunta que me hubiera gustado haber formulado: ¿soy la única persona aquí en este lugar como yo, trasplantado de un tiempo diferente? ¿Soy la única variable en este experimento? ¿El único papel en esta obra?

En lo alto, el pinzón, presa del pánico, intentaba desesperadamente agarrarse a una viga de acero, chillando...

–¡Señor Kropotkin! ¿Se encuentra bien, señor Kropotkin?

Debo haber soltado un grito involuntario y alarmado a Alicia. Ella está de pie junto a mí con una mirada de preocupación tan sincera que por un momento me siento como si estuviera de nuevo en mi lecho de muerte. Miro a mi alrededor y veo que algunos de mis compañeros de viaje también me miran alarmados, aunque la mayoría todavía están paralizados por la película. El hombre que estaba sentado a mi lado se ha ido. Lo veo merodeando en el pasillo. Mira hacia otro lado, avergonzado por mí.

–Estoy bien –le aseguro a Alicia–. Solo fue una pesadilla, un trozo de carne sin digerir. Gracias por preguntar.

“¿Es esta su primera vez volando, señor Kropotkin?”

“Sí. Sí, lo es.”

Esto parece complacerla enormemente. “De alguna manera pensé eso. ¿Quiere beber algo, señor Kropotkin? Tenemos vodka ruso”.

Empiezo a decirle que ya no bebo por mi edad y mi salud, pero me doy cuenta de mi error. “Sería genial”, le digo. “Y, por favor, llámame Peter”.

Capítulo II

APRENDO EL ALFABETO

¿Hay mayor deleite estético que leer poesía en un idioma que uno aún no comprende del todo?

*–PETER KROPOTKIN,
Memorias de un revolucionario*

Una y otra vez en mi vida he escuchado quejas entre los partidos avanzados sobre la falta de dinero; pero cuanto más vivo, más convencido estoy de que nuestra principal dificultad no es tanto la falta de dinero como de hombres que marchen firme y constantemente hacia un objetivo

determinado en la dirección correcta e inspiren a otros.

–PETER KROPOTKIN,
Memorias de un revolucionario

–¿Y cuál es tu trabajo en la compañía aérea? ¿Cuáles son tus obligaciones? –le pregunto a Alicia, que no quiere acompañarme a tomar una copa porque está “de servicio”. El vodka es realmente muy bueno y viene en botellas diminutas del tamaño de un pulgar. Estoy bebiendo el contenido de dos de esas botellas con hielo en un recipiente hecho de una especie de vidrio flexible. Alicia es joven y bonita, y trato de calcular la última vez que me senté a charlar con una joven bonita, sin contar a los peregrinos que vinieron a ver al príncipe anarquista en su vejez, algo así como salir en coche de El Cairo para ver las tumbas. He estudiado tu vida y tus obras...

–Soy azafata, señor Kropotkin.

“¿Eso es como un maletero de un tren?”

Ella sonríe, divertida. “Sí, como un maletero. Mi trabajo es asegurarme de que todos los pasajeros a bordo estén seguros y felices”.

Soy un hombre pintoresco, anticuado, *un viejo tonto*. Entonces recuerdo que no soy viejo para Alicia, solo para mí. Ella ve a un hombre de aspecto infantil de unos treinta y pocos años. Antes, en el baño del avión, un lugar endiabladamente confuso como nunca los hubo, finalmente encontré un espejo. Allí estaba yo, solo que más joven, con el pelo rojo de nuevo, la barba recortada con una pulcritud absurda, que sin duda se adaptaba a los gustos de Anchee. Pero esa no era la única razón por la que no era simplemente una réplica del hombre que era: no tenía ni una sola cicatriz en el cuerpo, ni siquiera las que me había hecho de niño. Noto una pequeña cicatriz en forma de medialuna junto al ojo izquierdo de Alicia y me doy cuenta de que la he estado mirando.

–Es un buen trabajo –le digo–. Y lo haces muy bien. Cuando viste que no sólo era infeliz, sino que compartía mi infelicidad con todo el mundo dentro del avión y a kilómetros a la redonda, me distrajiste de mi angustia con vodka y conversación. Una estrategia muy eficaz, diría yo. Sin embargo, debo preguntarte: si te asegurara que estoy completamente curado de mi infelicidad, ¿podríamos continuar nuestra conversación?

Ella se ríe. “Por supuesto. Al menos hasta que termine la película”. Se acomoda más cómodamente en su asiento. Nos ha instalado en la parte trasera del avión, al lado de lo que ella llama la cocina, como en un barco o en un dirigible. Las otras azafatas se apresuran a atender a los demás pasajeros.

Al parecer, yo soy responsabilidad de Alicia: mantener callado al anarquista. Las demás me sonrían al pasar, contentas de ver que ya no estoy gritando. Me siento mareado y les devuelvo la sonrisa. “Intenta parecer un *poco* triste”, sugiere Alicia. “No quiero que las demás piensen que me lo estoy pasando bien”.

Me río. “¿Me das miedo? En realidad, estoy muy asustado”.

“No hay nada que temer. El avión es perfectamente seguro...”

–No. No es el avión lo que me asusta. Entiendo el avión. El avión es física simple. Es todo lo demás. Soy un... un extraño. Hay tantas cosas que no sé. No sé nada sobre... –Ni siquiera sé por dónde empezar. Levanto las manos con frustración y mi vodka se inclina peligrosamente cerca del borde del vaso. El hielo hace un ruido sordo como el de las piedras sobre la madera, pero con un tono más plano, y puedo sentir el impacto en las yemas de mis dedos. Dejo el vodka en la bandeja y las superficies chocan entre sí. Me froto los dedos en la bandeja. Debo empezar por alguna parte.

“¿Qué es esto?”

“¿Te refieres a la bandeja?”

“El material, la sustancia de la que está hecho. ¿Cómo se llama eso?”

Tal vez en este momento me tenga un poco de miedo. Mi ignorancia la asusta. “¿Plástico?”

–Plástico. –Lo golpeo con la uña. Golpeo con la uña el borde de mi vodka–. ¿Plástico? Ella asiente. –He oído hablar del plástico. La baquelita de Baekland. Pero nada como esto.

Está fascinada por alguien que no está familiarizado con el plástico. “La mayor parte del avión es de plástico”, dice, señalando aquí y allá. Puedo ver que tiene razón. “También es simple física”, dice tranquilizadamente, “o química, supongo. La mayor parte de Estados Unidos es de plástico, como verás pronto”.

Intento imaginarlo. Quiero seguir con su observación sobre la química. Supongo que este plástico (y parece que hay muchas variedades diferentes) es una sustancia sintética concebida en el laboratorio. Pero mi curiosidad científica tendrá que esperar. Está claro que tendré que ponerme al día antes de poder llamarme científico de nuevo. Hay otros asuntos más importantes ahora. “¿Sería tan amable de contarme algo sobre Estados Unidos?”, pregunto.

La pregunta parece sorprenderla. Me sonríe con una sonrisa radiante; ya no es un mero deber, si es que alguna vez lo fui. Le gusta ayudar, como le gusta a la mayoría de la gente según mi experiencia. Se toma un momento para pensar su respuesta, haciendo una pantomima de

concentración y pensamiento torturado solo para ocultar lo en serio que se toma mi pregunta.

“¿Conoces la América que ves en la televisión y en las películas estadounidenses?”, comienza, “es casi así: no tan buena en algunos aspectos, no tan mala en otros. ¿Entiendes a qué me refiero?”

“Lo siento, no sé estas cosas”.

Su pregunta era retórica. Mi ignorancia la detiene en seco. “¿Televisión y películas estadounidenses? ¿No conoces la televisión y las películas estadounidenses?”

Niego con la cabeza.

“¿De dónde eres? He estado en todo el planeta y nunca he estado en ningún lugar donde no haya programas de televisión y películas estadounidenses”.

–Dmitrov –miento–. A las afueras de Moscú. Hace setenta y ocho años.

–Entonces deben tener televisión allí. Yo he visto la televisión en Moscú. Me estás tomando el pelo, ¿no?

Por suerte, conozco esa expresión, pero no esa palabra que ella sigue utilizando. Dudo en admitir que aún sigo siendo ignorante, pero no veo otra forma de evitarlo. “¿Qué es la televisión?”, pregunto.

Se da una palmada en el pecho, genuinamente alarmada.
“¿No sabes qué es la televisión? ¿La televisión?”

“Entiendo la palabra 'televisión'. Estoy familiarizado con el concepto”.

–¿Pero nunca has visto la televisión?

“Últimamente no he estado en contacto con la gente... Trabajo. Escribo libros”. Espero que la gente siga haciendo eso. Me encojo de hombros y sonrío. “Nunca he visto una televisión”.

“¿Cine?”

–Sí. He visto películas. Me gusta mucho Charlie Chaplin. Me gustan... las películas antiguas.

–¿Alguien se reunirá con usted en Richmond, señor Kropotkin?

–Peter, por favor. No. No conozco a nadie allí. Pero estaré bien. Soy bastante ingenioso. Viví varios años en Siberia, viajando miles de kilómetros, con poco más que lo estrictamente necesario. –Espero distraerla de mi ignorancia actual y mi futuro incierto con historias de mi pasado como explorador. Ahora que soy joven de nuevo, me parecen más apropiadas. Se habían vuelto demasiado melancólicas con mi vejez.

Pero ella tiene los ojos muy abiertos. “¿Siberia? ¿Viviste en... Siberia?”

–Cuando era joven, sí. Cinco años, a partir de los veinte años.

“Pobre, pobre hombre.”

“¡Oh, no! Fue hermoso, impresionante. Aprendí mucho allí: la tierra, la gente. Fueron, en cierto modo, los mejores años de mi vida. Fue bueno ser joven en la taiga”.

Hay algo en lo que he dicho que la conmueve de una manera que no puedo imaginar. Sus ojos se llenan de lágrimas y el pánico se apodera de mí. “América”, digo bruscamente, “¡cuéntame sobre América!”. Y eso parece tranquilizarla, hacerla volver a su deber.

“Hay mucho movimiento”, dice ella. “Adelante, vamos, vamos”.

Pienso en Wordsworth: El mundo está demasiado con nosotros tarde y temprano... “¿La industria?”

–No. No es el trabajo ni la diversión. Es todo. Todo es apresurado. –Mi confusión debe reflejarse en mi rostro, y ella se muerde el labio con frustración, recordándome a mi hija Sasha cuando estaba alterada por algo–. Es como... como... un tren... ya sabes, trenes... es como un tren

desbocado. –Se ríe–. De hecho, hay una canción que me gusta que se llama así.

Me imagino la cultura estadounidense como un tren que se descontrola y se sale de las vías. Tal vez por eso Anchee me ha puesto aquí. “¿Podría haber una revolución?”

Ella se ríe a carcajadas. “¿En Estados Unidos? De ninguna manera. La gente lo pasa demasiado bien”.

“¿Les gusta todo con prisas?”

“No exactamente.”

“¿Pero todas las personas tienen cubiertas sus necesidades?”

Le parece extraña mi pregunta, me doy cuenta. Estoy acostumbrado a eso. “Bueno... no”, dice. “No todo el mundo”.

“¿Hay gente pobre?”

“Y gente sin hogar, y ancianos, y... pandillas y violencia... drogas y SIDA...” Me dedica una sonrisa irónica. “Es mejor que la mayoría de los lugares. Mi vecindario está bien”.

¿En qué ciudad vives?

“DC”¹, dice. “En realidad, Arlington. Me gusta estar allí. Me gusta trabajar en vuelos internacionales. Trabajé en Nueva York durante un tiempo, pero odio JFK”.

“¿JFK?”

“Lo siento. John Fitzgerald Kennedy. Uno de los aeropuertos de la ciudad de Nueva York lleva su nombre”.

“¿Es un americano importante?”

Me mira fijamente, escrutándome los ojos. –Sí –dice en voz baja–. Un presidente. –Me dedica una gran sonrisa–. Déjeme traerte otro vodka, señor Kropotkin... Peter. La casa invita.

“Eso significa que es gratis, ¿no?”

Ella se ríe de nuevo. “Sí, así es”.

Me río también, tratando de aligerar las cosas. “Eso es bueno. ¡Porque no tengo dinero!”

Ella vuelve a estar preocupada: “¿Ninguno? ¿Ni siquiera dinero ruso?”

–Ni un rublo –digo alegremente. Hice este descubrimiento mientras todavía estaba en la cola del aeropuerto de Moscú y pensé en hacer un inventario de mis extraños bolsillos.

¹ Distrito de Columbia.

Anchee me ha vestido con ropa de su elección, adecuada, supongo, para los tiempos que corren: un peto azul, una camisa de punto de algodón y una chaqueta vaquera azul. Ocho bolsillos en total. Además de mi puñado de papeles, está mi nuevo pasaporte y una tarjeta de plástico que dice RESIDENTE EXTRANJERO y tiene mi foto. El único objeto de mi antigua vida que Anchee me dejó, escondido en el bolsillo más pequeño, es un reloj que solía guardar en el cajón de mi cómoda debajo de los calcetines. Tendré más que decir sobre este problemático reloj en breve.

Pero no me dio dinero. En aquel momento, yo tenía la esperanza de que tal vez el futuro hubiera hecho desaparecer la necesidad de dinero, pero la preocupación de Alicia deja claro que las cosas no son tan afortunadas.

“¿Tienes una cuenta en algún lugar?”

“No, no tengo fondos en absoluto”.

“¿Una tarjeta de crédito?”

Le muestro mis manos vacías sin confesarle que no sé de qué está hablando. Ella cree que ya estoy bastante loco y yo puedo imaginarme de qué está hablando: de una forma fácil y rápida de vivir a cuenta de un tipo de interés usurario.

—Peter, ¿cómo vas a sobrevivir?

–Trabajaré. Tengo muchas habilidades: agrimensura, carpintería, periodismo. –Quiero alardear ante ella de que he escrito libros en ruso, francés e inglés. ¡Soy un hombre famoso! Este arretrato de orgullo me repugna y me digo: ¡Peter, eres un idiota pomposo!

–Eres muy amable al preocuparte –le aseguro a Alicia, que no parece muy convencida–. Pero, en serio, estaré bien. –Me río–. Después de todo, sobreviví a Siberia.

–Pero Peter, la gente de inmigración podría no dejarte entrar sin algún 'medio de subsistencia visible'. –Me da una sonrisa de disculpa–. Solía salir con un abogado de inmigración. Hablaba de trabajo todo el tiempo, por eso rompimos, en realidad. Pero estoy bastante segura de que necesitas dinero o un trabajo esperándote, a menos que estés buscando asilo. –La palabra flota en el aire; la misma mirada que “Siberia” evocó antes transforma sus rasgos una vez más. Ella pone su mano sobre mi brazo de la manera más amable. –¿Es eso lo que estás haciendo, Peter? ¿Buscando asilo?

Asilo. Ya he pasado por esa tontería antes: rogarle a un abusador que te proteja de otro. No podía empezar a responder las preguntas involucradas... Bueno, verá, señor, no puedo regresar a mi país de residencia porque he estado muerto allí durante setenta y ocho años...

–No. Soy... sólo un inmigrante, pero no puedo volver a Rusia bajo ninguna circunstancia. Anchee me dijo que no habría ningún registro de mí allí y que correría el riesgo de que me arrestaran si intentaba regresar. En esta vida, me he jurado, no volveré a las cárceles.

Ella asiente pensativamente y se levanta de su asiento. “Te traeré esa bebida ahora. Parece que la vas a necesitar”.

De un carrito en la cocina, saca tres botellas más pequeñas, coloca una en la bandeja que está delante de mí y me mete un par más en el bolsillo de la chaqueta. Me promete que volverá y se apresura por el pasillo, donde la veo hablando con sus compañeras de vuelo. Sólo estoy un poco borracho. Al parecer, Alicia cree que debería beber hasta quedarme atontado. Es tentador. Tomo la botella de la bandeja y la guardo con las otras dos en el bolsillo. Por ahora, quiero estar alerta. Más tarde, tal vez delante de un fuego acogedor, saborearé estas bebidas a mi aire.

No tengo dinero. Esto es un problema. No lo puedo negar. Pero no es nada nuevo.

Pude haber nacido príncipe, pero desde que me fui de casa nunca viví a costa de mi padre. Siempre viví de forma sencilla y pobre, a veces con frío y hambre, pero me mantuve con mi propio trabajo. Como impedimento entre mí y lo que esperaba lograr, el dinero o la falta de él sólo una vez fue verdaderamente significativo: estaba cruzando un río

tumultuoso en un pequeño bote, con olas como montañas que se alzaban a ambos lados amenazando con volcarnos, y arrojé por la borda un pesado saco lleno de cobre y plata para que mis compañeros y yo pudiéramos sobrevivir.

En la cocina hay una pila de material de lectura y paso el tiempo leyendo las publicaciones del día: *USA Today*, *Business Week*, *Cosmopolitan*, *SkyMall*, *The Wall Street Journal*, *Time*. Hay las guerras habituales y cosas así que me suenan desalentadoramente familiares, salvo por el armamento. Hay muchas cosas que no entiendo, pero hay una cosa que está clara: me encuentro en una época de capitalismo triunfante. La teoría que sostiene que los hombres pueden y deben buscar su propia felicidad haciendo caso omiso de los deseos de los demás es ahora la sabiduría aceptada. El ideal, al parecer, es el consumo incesante y sostenido, una especie de glotonería ostentosa, mientras el resto del mundo mendiga.

Lo que me parece verdaderamente espantoso es la aparente indecencia de los privilegiados, pues no parecen estar desinformados sobre las realidades económicas del resto del mundo. En un sombrío artículo sobre el trabajo infantil en Asia, los hechos del caso parecen sacados de Dickens, pero en lugar de la indignación moral de ese excelente novelista, el autor parece estar preocupado principalmente por la posibilidad de que la controversia pueda “impactar negativamente” en los márgenes de beneficio de un determinado fabricante de zapatos, lo que

produciría “una repercusión generalizada en el mercado”. No estoy seguro de qué significa exactamente todo eso, pero lo esencial es que no le importan un carajo los niños, las personas, los pobres en todo caso.

A Estados Unidos le va muy bien, espectacularmente bien, y parece casi ebrio de riqueza. Hay un tono que recuerda a un coro de gallos que han matado al zorro. A Rusia no le va tan bien, le va horriblemente, de hecho. Se habla del “colapso de la ex Unión Soviética” como si fuera historia bastante reciente, aunque no he podido precisarlo con exactitud. Confieso que me deleito un poco con el fracaso de los bolcheviques, cuyas ideas autoritarias y tácticas de matones acabaron con la revolución, pero encontrarse a merced de un capitalismo internacional como el que sólo podría imaginar en mis peores pesadillas... ¡no me produce ningún placer!

Dejé a un lado la pila de lectura y apagué la luz del techo. Me duele el cerebro de tanto asimilar. Ojalá estuvieran aquí Sophie y Sasha para poder hablar de ello. Las extraño muchísimo. Pero las he extrañado durante meses, ¿no es cierto?, acostadas en la cama, siendo poco más que un saco de huesos. Ahora podrán seguir con sus vidas.

“Ahora no, entonces”, me corrijo. “Sus vidas, como las mías, hace tiempo que terminaron, su dolor hace tiempo que se acabó. Imagino mi propio funeral, a todos mis viejos amigos deseándome lo mejor. Espero que el maldito Estado

no haya metido las narices en los preparativos. Lenin y sus compinches debieron haber hecho todo lo posible para contener su alegría. Esos cabrones...”

Y ahora, en este momento, con el corazón lleno de veneno, me doy cuenta de que Lenin también está muerto, de que todos los que conocía probablemente también están muertos, y me siento profundamente avergonzado. Y solo. Que todos descansen en paz. Me seco los ojos, agradecido de que las luces estén bajas.

La película termina, las luces se encienden y los demás pasajeros parpadean como mineros que emergen de la tierra, se quitan los botones de los oídos y llenan los pasillos. Deduzco por su entusiasmo y su conversación que este viaje aéreo pronto llegará a su fin. La voz del capitán, que viene de la nada (uno de esos momentos mágicos a los que me he acostumbrado), confirma que en una hora llegaremos a Estados Unidos.

Mi asiento está cerca de uno de los lavabos y hay una cola en la puerta durante un rato. Escucho a escondidas las conversaciones para aprender sobre el idioma y la cultura estadounidenses. Dos hombres hablan de alguien llamado Skywalker o Vader (no puedo decidir si se trata de dos personas o de una) cuando uno dice, para gran envidia del otro: “Tengo un Skywalker en casa de mi madre que debe valer un par de cientos a estas alturas; todavía está en el envoltorio original”. Decido que Skywalker debe ser un tipo

de porcelana de algún tipo cuya valoración artística está en ascenso. El hombre del Skywalker entra en el lavabo y el segundo hombre entabla una conversación con la siguiente persona en la fila sobre un evento en curso al que llaman “El bombardeo”. Escucho atentamente, pero nunca mencionan dónde está sucediendo. Supongo que se refieren a los problemas en los Balcanes, pero nunca mencionan el nombre de una ciudad o un país. El hombre que envidiaba al otro su Skywalker cree que tiene algo que ver con “Mónica”. Varios de los que están en la cola asienten espontáneamente y la discusión avanza por la fila. Uno opina que “Hillary” es la clave para entender todo el asunto. No tengo ni idea de qué están hablando, pero aun así me complace oír a desconocidos conversar sobre temas de actualidad, ver que el hombre no es una especie menos sociable de lo que ha sido nunca. Siento una nueva punzada de soledad, porque mi ignorancia es un abismo entre ellos y yo. Pero estoy seguro de que puedo cruzarlo. La clase, la distancia y las costumbres no pudieron separarme de mis semejantes en mi antigua vida, y tampoco lo hará el tiempo en mi nueva vida.

Alicia avanza por el pasillo, ordenando a todos los pasajeros que regresen a sus asientos, y los guía como un perro pastor hábil y paciente. Se arrodilla en el pasillo junto a mí y me pone un sobre en las manos. “Hice una colecta con la tripulación. Son solo cien dólares. Ya nadie lleva dinero en efectivo”.

Hubo un tiempo en que no hubiera aceptado su amabilidad, pero ese orgullo duele. ¿Iba a hacer la ronda en mi nombre una segunda vez, diciendo que yo era demasiado bueno para aceptar su dinero? A mí me parece una suma enorme, pero ella insiste en que sólo me alcanzará para vivir un día o dos. “Eres demasiado amable”, le digo. “Te lo pagaré de alguna manera”.

–No te preocupes por eso. –Me besa la mejilla y me aprieta la mano–. Ahora tengo que volver al trabajo. Cuando aterricemos, no vayas a ningún lado. Iré a buscarte.

En el aeropuerto, me presento ante un funcionario, un ejemplo perfecto de la especie universal, y le entrego todo lo que tengo (excepto el reloj y el dinero) para que lo examine rápidamente. Me hace una serie de preguntas, que respondo con argumentos del tema sugerido por Anchee: he venido a Estados Unidos porque es la tierra de las oportunidades, para hacerme una nueva vida, para ser libre y próspero. No expreso mis dudas sobre la prosperidad y la libertad de unos pocos a expensas de la prosperidad y la libertad de la mayoría. No expreso mi creencia de que una economía capitalista y un Estado fuerte se combinan para aplastar toda posibilidad de una prosperidad y una libertad justas. Miento descaradamente sobre el alcance de mis activos monetarios. La única preocupación verdadera del funcionario es que mis documentos estén en regla. Las falsificaciones de Anchee son aparentemente impecables. El

funcionario nunca levanta la vista de una máquina con un teclado como una máquina de escribir donde registra mis respuestas, una versión más grande del dispositivo portátil. “Bienvenido a Estados Unidos”, dice. “Buena suerte. Siguiente”.

Alicia, que me estaba esperando durante esta entrevista, identifica la máquina como un ordenador mientras me lleva rápidamente al avión de Richmond y me presenta a un joven llamado Chris, un asistente de vuelo como ella. “Cuídalo bien”, le dice a Chris. “Él no sabe nada”.

Sé que no lo dice en sentido literal, pero es mejor que lo haga. No esperaba que viajar en el tiempo fuera tan humillante. Alicia me da una tarjeta con su nombre, dirección y número de teléfono. Señala otro código de algún tipo: “Es mi dirección de correo electrónico para cuando averigües cómo funcionan las computadoras. Tengo que irme”. Me abraza y me besa la mejilla otra vez. Esta vez le devuelvo el abrazo. También abraza a Chris y le da una palmadita en la espalda. “Gracias”, dice, y luego se va, retrocediendo a paso rápido por el largo pasillo alfombrado lleno de cientos de personas; incluso las paredes están alfombradas y parecen tragarse a todos. *Adelante, vamos, vamos.* Tengo una visión de lo que quiso decir.

Chris dice: “Ella llamó al aeropuerto y averiguó quién estaba a cargo de la tripulación de tu vuelo, vio mi nombre y me llamó a casa para contarme sobre ti mientras todavía

estabais en el aire”. No hay rastro de Alicia ahora en el largo pasillo. Chris y yo estamos frente a frente. “A ella le gusta acoger a los perros callejeros”, dice. “Fuimos juntos a la escuela de azafatas”.

“Ella es muy amable.”

“La más amable.”

En el trayecto mucho más corto hasta Richmond, Chris también se muestra amable y servicial, y logro no sorprenderlo con mi ignorancia. Tengo muchas preguntas sobre todo tipo de cosas, pero ya me he cansado de sentirme estúpido por un tiempo y me limito a las preguntas que podría hacer cualquier recién llegado al país y a la ciudad.

De él obtengo el nombre y la ubicación de una organización que ayuda a refugiados e inmigrantes a establecerse en Richmond. El hecho de que exista una agencia de este tipo me parece una señal esperanzadora. Él sabe de su existencia porque una vecina suya trabaja allí. Él y su “pareja” viven al otro lado de la calle.

“¿Tu esposa?”, pregunto, sin estar seguro de entender a qué se refiere con “su compañero”.

–Soy gay –responde, sin responder a mi pregunta. Me confunde aún más su tono, que no es precisamente alegre,

sino más bien como si se estuviera disculpando por algo, con un deje de enojo.

“Está bien ser gay, ¿no?”

Él se ríe. “Está bien, Peter”.

–Es una especie de jerga, ¿no? ¿Qué significa?

“Homosexual”, dice.

–Ah –digo, porque no sé qué más decir, y eso parece ser suficiente. El hecho de que sea tan franco sobre un asunto así habla sin duda de una América menos mojigata de la que recuerdo, aunque deduzco por su actitud defensiva inicial que las cosas no son completamente libres y abiertas.

Al aterrizar, Chris, sin que yo me dé cuenta de lo que está haciendo, me lleva rápidamente a la zona de recogida de equipajes, donde debo explicar que no tengo equipaje para recoger. Las cintas transportadoras que giran hacen un ruido terrible, por lo que debemos gritar para escucharnos. Sacude la cabeza con incredulidad. “¿No tienes nada? ¿Nada en absoluto? ¿No has traído nada de Rusia?”

–Tengo algo de dinero, digo.

Eso lo tranquiliza, creo, más de lo que se merece, y mira su reloj. “Me gustaría poder ayudarte a llegar a la ciudad y todo eso, pero tengo que tomar otro vuelo. ¿Estarás bien? Puedes

tomar una limusina para ir a la ciudad allí mismo. Solo muéstrales la dirección que te di”. Señala la calle a través de una pared de vidrio. Está oscura y brumosa, de un tono extraño, como si se acercara una tormenta.

La cinta transportadora se detiene y todo queda en un silencio anormal. “Estaré bien”, digo. “Gracias por todo”.

Al acercarme a las puertas de cristal, se abren solas y me doy cuenta de que todo el cristal está oscurecido. A través de la puerta hay una luz increíble, el cielo es casi blanco y el calor se extiende desde el suelo. Los aeropuertos y los aviones han proporcionado un refugio sin fisuras hasta ahora. Allí afuera está el nuevo mundo, el futuro, mi nuevo hogar. Dudo y me encuentro embestido por detrás por una maleta con ruedas, un hombre bien vestido la lleva, y me escabullo hacia el aire libre. Puedo decir por el sonido metálico que hacen cuando golpean la acera que las ruedas son de plástico.

Capítulo III

HAGO MIS PRIMEROS CONOCIDOS

Al día siguiente y al otro, recorrimos a caballo y a pie [Richmond], que está situado de forma encantadora sobre ocho colinas que dominan el río James, un arroyo centelleante, salpicado aquí y allá de islas brillantes o que se agita sobre rocas quebradas. Aunque todavía estábamos a mediados de marzo, el clima en esta temporada sureña era extremadamente cálido; los durazneros y las magnolias estaban en plena floración y los árboles estaban verdes... [Pero] yo... seguí mi camino con un corazón agradecido de no estar condenado a vivir donde había esclavitud y de no haber tenido nunca mis sentidos embotados ante sus males y horrores en una cuna mecida por esclavos.

–CHARLES DICKENS, *Notas americanas*

Los hombres a menudo son mejores que las instituciones a las que pertenecen.

–PETER KROPOTKIN,
Memorias de un revolucionario

Fuera hace más calor del que imaginaba. El aire es casi palpable por la humedad. Me quito la chaqueta y entrecierro los ojos para no ver el resplandor. Un sombrero de paja de ala ancha, como los que he visto en los bocetos de la antigua vida en Virginia, podría ser una buena compra. Aquí fuera debe de hacer más de treinta grados Celsius. Es la primera vez que salgo al aire libre desde que empezó mi nueva vida. Huele diferente, claramente diferente. No sé si lo que huelo es Virginia o el fin del milenio, pero sospecho que es esto último. Son todos esos automóviles. Están literalmente por todas partes, parecen, de hecho, casi superar en número a la gente, si es que tal cosa fuera posible. Lo que huelo son sus tubos de escape. Los automóviles son largos y bajos, versiones más pequeñas de los aviones que pasan chirriando por encima de nuestras cabezas, sin que nadie los note, salvo yo y los niños.

Me acerco a la cabina de cristal y a la pasarela que Chris me ha señalado y descubro a un hombre muy ocupado trabajando allí. Camina de un lado a otro por la pasarela guiando a los viajeros hacia los automóviles que se alinean en la carretera. Es corpulento y se mueve con un movimiento de balanceo, con los brazos extendidos a los costados como para evitar caerse. Cuando no camina, rebota hacia arriba y hacia abajo sobre las puntas de los pies. Lleva un portapapeles plateado al que se refiere de vez en cuando, aunque más a menudo lo usa para señalar el camino o apresurar a alguien, cortando el aire con él como un semáforo de metal. Si surge un conflicto con el pasajero o el conductor, lo sujeta contra su pecho como una coraza y mueve la cabeza en señal de rechazo constante hasta que el conflictivo se retira, vencido.

Los conductores lo ignoran en gran medida hasta que, después de un rápido garabato oficial que podría haberse hecho fácilmente, imagino, con un bolígrafo arrojado a la página desde el otro lado de la calle, arranca una hoja del portapapeles y se la entrega a uno de ellos. Incluso entonces, el conductor no lo mira realmente, sino que toma la hoja de su mano (sin mirarla tampoco) y saluda a sus nuevos pasajeros, dándoles la bienvenida a la ciudad, cargando su equipaje en la parte trasera del automóvil con lo que parece ser una amabilidad genuina. Estos conductores son en su mayoría hombres negros, la mayoría de ellos con el pelo gris o canoso. Hablan, leen periódicos o

pequeños libros de bolsillo, aunque por lo general no tienen que esperar mucho entre viajes. El hombre ocupado es más joven y blanco, y probablemente gana más dinero pavoneándose de manera oficial manejando ese portapapeles que los conductores llevando a la gente a donde quieren ir, aunque imagino que los pasajeros y los conductores se las arreglarían perfectamente sin los servicios del hombre ocupado con solo la más mínima aplicación del sentido común.

Pero el hombre ocupado me atrapa en el acto de holgazanear y me exige saber: “¿A dónde te diriges?”

“Me gustaría ir aquí”, le digo y le muestro la dirección que Chris me anotó.

–Zona uno –dice con decisión–.

“¿Es un viaje largo?”

“Veinte minutos, quizá menos a esta hora del día”.

Casi un dólar por minuto. Tomé nota de los precios de las publicaciones en el avión y no me parece una suma insignificante. Por eso se puede conseguir una suscripción mensual a Internet y, aunque no tengo una idea clara de lo que es Internet, cuesta tanto como la nueva novela de John Grisham, un autor muy solicitado a juzgar por el tamaño de los anuncios que promocionan su último libro. Por los precios que vi en mis excursiones por dos aeropuertos

americanos, supongo que con esa suma se puede comer tres o cuatro veces. Sospecho que se trata de una estafa, pero no importa. Gastar casi una quinta parte de mi dinero sólo en llegar a la ciudad no parece un plan prudente. “¿Hay un medio más barato? ¿Puedo ir andando?”

El hombre ocupado se ríe ante la sugerencia. “Son kilómetros y kilómetros. No hay autobús ni tren, si es a eso a lo que te refieres”. Se burla de la sola idea de que se permitan esos medios de transporte en cualquier lugar cerca de su aeropuerto. “¿Estás solo?”

“Definitivamente.”

–Qué lástima. La tarifa grupal es de veintitrés dólares para dos, veintiséis para tres, ocho para cada uno de cuatro o más. Tal vez puedas encontrar a alguien. ¿Conoces Richmond?

–No. Nunca había estado aquí antes.

Vuelve a comprobar la dirección. “Por la zona de la VCU². Tal vez haya estudiantes, profesores o algo así”.

“¿VCU es una universidad?”

–Sí. Mira, quédate ahí y trataré de ponerte en contacto con alguien. –Mira a mis pies–. Oye, ¿dónde está tu equipaje?

² Universidad de la Mancomunidad de Virginia.

“No tengo ninguno conmigo.”

“¿La maldita aerolínea lo perdió?”

“Sí, algo así.”

– “Tuve a un tipo aquí hace un par de semanas: ¡enviaron su equipaje a Richmond, California!” –Ve a un hombre y a una mujer en el otro extremo del andén y se acerca a ellos–. ¿Adónde se dirigen?

Observo mi entorno. Miro a todos lados y veo automóviles de todos los colores imaginables. Debe de haber miles y miles de ellos. Las publicaciones que leí en el avión estaban llenas de anuncios de automóviles atractivos basados descaradamente en la vanidad, el esnobismo, el poder e incluso el sexo. La mayoría de la gente pasa de largo ante las limusinas y se dirige hacia ese mar de máquinas. Veo a varias personas subirse a los automóviles y marcharse, normalmente una, a veces dos personas por vehículo. Sólo puedo suponer que es lo que hacen los demás también. Me parece un sistema terriblemente derrochador, un triunfo de lo que a los capitalistas les gusta llamar individualismo, una noción que garantiza un buen consumo excesivo para que cada individuo tenga la oportunidad de expresarse en la medida de sus bienes y más allá. El aire está viciado por esa autoexpresión.

Sin embargo, muchos vienen en busca de una limusina y, aunque el hombre ocupado me señala de vez en cuando a varios viajeros, rechazan mi compañía y se van sin mí. Al parecer, la perspectiva de viajar con un extraño es menos atractiva que el ahorro monetario. Entre las oleadas de pasajeros que llegan, mi anfitrión habla conmigo. “Me llamo Buddy Showalter”, dice, estrechándome la mano y dando botes sobre las puntas de los pies.

–Pedro Kropotkin –digo.

“¿Eres bosnio?”

–No, ruso.

“¿Estás visitando a alguien?”

“No, he venido aquí a vivir.”

“En los últimos años hemos tenido muchos rusos aquí. Supongo que todo el mundo los tiene. Ahora los tenemos de todo tipo. Demasiados haitianos, si sabes a qué me refiero”.

No tengo la oportunidad de preguntarle qué quiere decir, porque tres jóvenes se acercan y desvían su atención. “Dios mío”, murmura Buddy en voz baja. “¿Podrías echarle un vistazo a estos tipos?”

Aunque soy nuevo en este tiempo y lugar, no soy ajeno a los jóvenes que se esfuerzan por ser novedosos en su

apariciencia. Pero estos tres son realmente sorprendentes. Uno es bajo y corpulento, con un aro en la nariz. Sobre su cabeza rapada tiene un tatuaje de una araña del tamaño de mi mano, su telaraña cubre el resto de su cráneo. Lleva botas altas con púas plateadas que se erizan desde las puntas. Otro es alto y delgado como un palo, con el pelo teñido de azul brillante y peinado hacia atrás como el algodón. Sus ojos están maquillados al estilo de un antiguo egipcio en un tono de azul que combina con su cabello. Ambos visten abrigo negro largo como los villanos de un melodrama. El tercero, el líder obvio, es el de aspecto más común, vestido con un abrigo marrón corto, pantalones de mezclilla azules y un collar de cuero alrededor del cuello que parece hecho para un mastín. De una anilla sujeta al collar, una cadena rota cuelga ante él como una corbata. Su pelo castaño rojizo, muy corto, tiene el aspecto de un africano, y sus rasgos y tono de piel desmienten el hecho de que es mulato. Sus ojos brillantes e inteligentes son de un violeta pálido.

Me quedo cerca mientras Buddy negocia el pasaje y guarda su considerable equipaje en la parte trasera de la limusina. Además de grandes mochilas de lona, llevan varios estuches rígidos que probablemente contienen instrumentos musicales. En uno de ellos hay una caricatura de un hombre de pelo blanco con una sonrisa maniática vestido con un atuendo griego antiguo. Sostiene una copa de pie en alto en señal de brindis. Las palabras CÓCTEL DE

CICUTA están escritas en su pecho. Sonríe al reconocer este retrato lúdico de Sócrates. Sin duda son estudiantes.

–Tres para la zona 1 –dice Buddy–. Serán veintiséis dólares.

Los tres jóvenes pagan el pasaje, pero Buddy no me pregunta si puedo acompañarlos. Me inclino hacia él y le pregunto: “¿Se dirigen a las inmediaciones de la universidad?”.

Buddy me toma del brazo y me lleva a un lado antes de que puedan responder. “Mira, Pete, no querrás andar con estos gamberros”, dice. “Espera unos minutos. Ya vendrá alguien más”.

Ha hablado lo suficientemente alto para que el trío lo oiga. Los ojos violetas del mulato se encuentran con los míos. “Eres bienvenido a unirte a nosotros, los punks”, dice con tranquila dignidad.

Saco mi dinero, cuento ocho dólares y se los entrego a Buddy. Él sacude la cabeza mientras despega dos de los billetes y prácticamente se los arroja a mi samaritano.

“Haz lo que quieras”, me dice. “Ya no estás en Rusia, ¿lo sabes?”

No tengo ni idea de lo que quiere decir, pero si lo supiera, estoy seguro de que me sentiría ofendido. Entro en la limusina con los tres jóvenes y nos alejamos. Veo el rostro

del conductor en un espejo suspendido del techo y su amplia sonrisa está adornada con empastes de oro.

“Quiero agradecerles por compartir este vehículo conmigo”, les digo a mis compañeros. “La tarifa me parece bastante alta”.

“Es una puta estafa”, dice el tipo del anillo en la nariz.

Lo interpreto como un acuerdo. “Soy Peter Kropotkin”, digo.

“¿Peter Kropotkin el anarquista?”, pregunta.

Antes de que pueda responder, el de pelo azul se ríe de su compañero. “No, maldito idiota. Ese Peter Kropotkin murió hace cien años o así”.

–Un poco menos –dice el mulato con indiferencia–. Todos hemos seguido ese camino, Dave. No hay razón para parecer tan superior. Ni siquiera sabes escribir “anarquista”.

“¿Es así?” pregunto.

El mulato me mira con sus inteligentes ojos violetas. –*La historia de la anarquía: de Godwin a Chomsky*. Todos somos estudiantes de la universidad. Yo soy Mike Cole. –Me tiende la mano y nos la estrechamos–. Acabamos de volver de un concierto en Providence. Somos una banda. –Señala con la cabeza al del aro de la nariz: –Brad Speeks. –Y el del pelo

azul: –Dave Aikens. Les estrecho la mano a cada uno de ellos.
–¿Qué te trae a Richmond? –me pregunta Mike.

Magia, me tienta decir. “Soy un inmigrante de Rusia”.

“Genial”, dice Dave.

–¿Tiene usted algún *parentesco* con el anarquista Peter Kropotkin? –pregunta Brad.

Empiezo a decir que sí, pero temo contradecir la historia. Sólo tengo una hija y no sé qué descendientes puede haber tenido mi sobrino Nicolás. Es mejor no reivindicar un linaje que no se puede relatar. “No. He oído hablar de él. Pero no”.

–Te pareces mucho a él –dice Mike–. ¿Conoces su trabajo?

“Sí, un poco.”

“Mike es un gran anarquista”, dice Dave. “Cree que deberíamos mandar a la mierda a todo el gobierno”.

“No el gobierno, sino el poder”, responde Mike con calma, y me impresiona que pueda hacer esa distinción.

–No importa. ¿Qué sé yo? Tú eres el estudiante de filosofía. Aprobé mal ese maldito curso. A Ditameyer no le caí bien. –Dave me mira a mí–. ¿Así que das clases en la VCU o algo así? Pareces el tipo de profesor que me gusta.

“No, no tengo trabajo en este momento. ¿Sabes de algún trabajo?”

“En el lugar donde trabajo se necesitan lavaplatos”, dice Brad. “Siempre se necesitan lavaplatos”.

Dave se ríe con desdén. “¿A ti te parece un lavaplatos, idiota?”

–Que te jodan –dice Brad.

–No me da miedo el trabajo manual –le digo–. Y necesito un trabajo de inmediato. ¿Podrías darme la dirección?

Brad toma prestado un bolígrafo y un pequeño bloc de papel de Mike y escribe el nombre y la dirección de un restaurante.

–Todo trabajo es honorable –dice Mike, más para sí mismo que para el resto de nosotros, mientras mira por la ventana el día caluroso y brumoso. Es difícil determinar su tono, pues siempre hay al menos un rastro de ironía–. Dale también nuestra dirección –se vuelve hacia mí–. Ven a cenar mañana a las seis. Me toca cocinar a mí.

–Muchas gracias.

Dave se ríe. “No le des las gracias. Aún no lo has comido. Espero que te guste el tofu”.

La dirección que me dio Chris, una casa adosada de ladrillos rojos, está en el límite de la universidad, en una esquina frente a un pequeño parque. El cartel junto a la puerta identifica la dirección como la Agencia de Asistencia para Refugiados e Inmigración. Hay otros avisos colocados en la puerta. Uno en español está dirigido en particular a guatemaltecos, hondureños y salvadoreños que cumplan ciertos criterios, explicados en el lenguaje universal de las regulaciones gubernamentales. Otro, en inglés, es un llamado a voluntarios para trabajar en la agencia y “hacer una diferencia”. Cuando expresé algunas dudas sobre ponerme en manos del Estado, Chris expresó su comprensión inmediata y me aseguró que esta no es una agencia gubernamental, sino una organización benéfica. Tengo sentimientos encontrados sobre este tipo de organizaciones.

La llamada caridad, con sus supuestos implícitos de superioridad e inferioridad, no es un remedio para la injusticia, sino su cómplice voluntario. La caridad permite a los privilegiados la oportunidad de comprar el silencio de sus conciencias por unas pocas monedas (con el beneficio adicional de que se haga mucho ruido por su filantropía), en lugar de luchar por el motivo de que, en un mundo de abundancia, se revuelquen en el lujo mimado sin ninguna virtud particular propia, mientras que la mayor parte del mundo está en harapos, muriendo de hambre y viviendo en chabolas. Jesús aconsejó al hombre rico que vendiera todo

lo que tenía y se lo diera a los pobres. Las numerosas organizaciones de caridad que funcionan bajo su nombre desde entonces han establecido un estándar significativamente más bajo.

Sin embargo, los que trabajan en organizaciones de beneficencia, casi tan pobres como aquellos a quienes sirven, suelen ser, según mi experiencia, los mejores: de buen corazón, dispuestos a ayudar y, en cualquier caso, poco es probable de que te delaten a las autoridades. Tal vez no haya infringido ninguna ley. ¿Quién habría soñado con una ley que cubriera los hechos de mi caso? He aparecido como si hubiera salido de la nada, donde no debo estar, portando documentos falsos de un país que me ha olvidado. Una vez pasé tres años en una prisión francesa por supuestamente ser miembro activo de una organización extinta, así que no tengo problemas en creer que podría ir a la cárcel por el delito de no existir.

Pero tengo que conseguir ayuda en alguna parte. Se me ocurre que no estaría tan necesitado si Anchee me hubiera proporcionado fondos con la misma facilidad con la que me dio los documentos. No puedo evitar preguntarme por qué no lo hizo. ¿Fue una cuestión de principios o de deporte? ¿Qué está tramando, de todos modos? Me he reprendido mil veces por no haberle insistido más sobre sus intenciones, tan ansioso por no morir que me olvidé de pensar. Pero no tiene sentido malgastar mis energías en él ahora. Cuando

tenga comida y alojamiento, me concentraré en otros asuntos.

Al otro lado de la calle hay una hermosa catedral que da al parque, de espaldas a la fea universidad, que parece una fábrica. La cúpula de cobre de la catedral recibe los rayos dorados del sol de la tarde y su pátina verde brilla como una luciérnaga. Qué rica es la vida. Inagotable. Y aquí estoy yo, en una nueva vida, con una oportunidad de trabajo y la perspectiva de un abundante plato de tofu mañana por la noche. Debería estar lleno de esperanza en lugar de inquietud. Lo único que me falta por el momento es un lugar para pasar la noche.

Tengo suerte de estar vivo, me recuerdo, maldita sea, tengo suerte, y entro con valentía en el lugar cuyo nombre ya he olvidado.

Un tramo de escaleras asciende frente a mí. Un largo pasillo se extiende hasta la parte trasera del edificio. Arriba y abajo, el lugar es un bullicio de actividad, animado por el agradable rumor de varias conversaciones simultáneas en diversos idiomas. Justo delante de mí, una familia de piel morena –un hombre, una mujer y sus tres hijos pequeños– están enfrascados en una conversación en español con una mujer estadounidense. Ella está tratando de explicar algunos procesos burocráticos que la familia debe sortear para obtener cierta ayuda no especificada. Sus manos están llenas de formularios gubernamentales con nombres

alfanuméricos, de modo que suena como si estuviera hablando en código mientras entrega cada formulario en manos del patriarca, quien a su vez se los confía a la matriarca. La mujer estadounidense es paciente, amable y genuinamente servicial, el tipo de persona que rezuma confiabilidad, y me cae bien de inmediato.

No estoy muy seguro de qué hacer conmigo mismo. El poco espacio que hay para estar de pie junto a la puerta se ve muy reducido por los ordenadores, o sus partes, apilados a lo largo de la pared y a lo largo del pasillo hasta donde alcanza la vista. Mi camino hacia adelante está bloqueado por la familia hispanohablante cuyo negocio no deseo interrumpir. Por lo que parece, ya tienen suficientes obstáculos en su camino sin tener que preocuparse de que un ruso loco venga por detrás. Pero el hecho de mi entrada (el portazo y la ráfaga de aire caliente del exterior) ha despertado al niño dormido en el hombro de su madre. Abre los ojos, ve lo que el diablo ha soplado y se lamenta con una alarma desenfundada. Retrocedo y tropiezo con los ordenadores, que se mueven y traquetean con el ahora familiar sonido de plástico sobre plástico, mientras un montón cae en cascada sobre otro, y el suelo se cubre de alambres enrollados y placas de plástico. Una de las cosas que sucede es que el teclado de una máquina de escribir sale volando, cae de punta y esparce letras que rebotan por la alfombra como si fueran dientes de dragón.

“¿Estás bien?”, me pregunta la mujer americana.

–Sí, estoy bien. Lo siento muchísimo. –Miro el montón de plástico beige que hay a mis pies y siento como si estuviera en un cementerio.

–No te preocupes por esas malditas cosas. Se suponía que debían haber salido de aquí hace semanas cuando nos trajeron las nuevas que no funcionan. Puedes patearlas una vez por mí mientras estás en eso. Ya casi termino. Si esperas ahí, estaré contigo enseguida. Me temo que todos están ocupados ahora mismo.

Me señala una sala de espera a la izquierda y me siento junto a un oso de peluche del tamaño de un niño de dos años. Hay un escritorio, pero nadie lo atiende. Un reloj en la pared detrás del escritorio marca las 4:45; las horas en la puerta indicaban que la hora de cierre era las 4:30. Sobre la chimenea fría hay colgada una gran pancarta hecha con trozos de fieltro de colores brillantes que dice, entre una serie de símbolos (una paloma, una antorcha, un puente), ¡BIENVENIDOS A LA RIAA!

¿Qué es RIAA? Me pregunto, y luego me doy cuenta de que es una abreviatura de *Refugee Immigration Algo Algo*.

Hay revistas sobre una mesa redonda baja, pero todas están llenas de fotografías y chismes de gente que no significa nada para mí. Una se llama *People*, que espero que sea sobre *The People* (La gente), la gran masa de la humanidad, pero se ocupa sólo de gente rica. Gente rica en

diminutos trajes de baño. Gente rica entrando y saliendo de automóviles. Gente rica entre manadas de gente rica. La tiro de nuevo a la pila.

Hay más ordenadores apilados contra las paredes. Me pregunto qué les pasa. No parecen estar rotos. En el rincón, detrás de la puerta, han hecho un hueco para aparcar una bicicleta, muy distinta de la que utilicé en Inglaterra, con su enorme rueda delante y otra diminuta detrás. Esta tiene dos ruedas iguales. Observo su sistema de engranajes, maravillosamente complejo pero elegante. Imagino que se podría subir con una bicicleta así por el lateral de un edificio.

La mujer americana no me hace esperar mucho. Cuando la familia hispanohablante se va, cierra la puerta con llave y me hace señas para que suba las escaleras con un gesto amistoso del brazo y una sonrisa abierta, y me doy cuenta de que es la primera persona que he conocido en mi nueva vida que no parece tener mucha prisa. Un grupo de sus compañeros de trabajo pasan por nuestro lado mientras bajan las escaleras, deseándole buenas noches y confirmando que la oficina está cerrada ese día. Descubro que se llama Rachel. Me conduce a una pequeña oficina con tres escritorios y media docena de sillas apiñadas. “Soy Rachel Pederson”, dice mientras nos sentamos. “¿En qué puedo ayudarle?”

Su escritorio me recuerda al mío, pilas de libros y papeles que se van moviendo lentamente hasta formar un único

montículo, sillas desbordantes que se acercan demasiado. En medio de esta morrena hay una fotografía enmarcada: Rachel con dos hombres que son, sin lugar a dudas, sus hermanos.

–Me llamo Pedro Kropotkin –le digo–. Me alegro de conocerla. Acabo de llegar a Estados Unidos procedente de Rusia y estoy buscando un lugar donde vivir. ¿Quizás podría ayudarme a conseguir alojamiento durante uno o dos días hasta que pueda recuperarme? Me han dicho que usted ayuda a los inmigrantes aquí.

“¿No estás solicitando el estatus de refugiado?”

“No.”

Pone cara de arrepentimiento para que sepa dónde estoy cuando llegue el momento. “Nuestra misión principal es ayudar a los refugiados. Ofrecemos asesoramiento y clases de lengua y ciudadanía para inmigrantes, pero no asistencia para la vivienda, me temo. ¿Quién fue el que le recomendó venir a nosotros, señor Kropotkin?”

–Chris, veamos. –Saco mi colección de papeles y saco el papel que Chris me dio con su nombre, dirección y teléfono, y la dirección de la agencia–. Chris Billings. Era el... ¿cómo se les llama?... *azafato* del avión, el segundo avión. Dijo que su vecino trabaja aquí. –Miro el papel de nuevo y ahí está el nombre de su vecina, *Rachel Pederson*. –Eres su vecina –digo

estúpidamente-. Lamento estar tan aturdido. He tenido un día bastante movido. Esta mañana... –*Me estaba muriendo. Era un anciano enfermo y me estaba muriendo*-. Yo... estaba en Dmitrov.

Siento que una risita se acumula en mi interior y me digo a mí mismo que me calle, que deje de balbucear, que me calme. Le sonrío desesperadamente. Es una mujer muy atractiva, de pelo oscuro y corto, y ojos grandes e inteligentes, y me pone nerviosa de una manera poco habitual en ella. Hay en ella un aplomo que me parece admirable. Mi amiga Emma Goldman solía hablar de una “mujer del futuro”, y aquí está, ante mí. Me sonrojo al darme cuenta de que me siento intensamente atraído por ella. No solo estoy vivo de nuevo, soy joven de nuevo. No había olvidado exactamente lo que implica esa experiencia, pero los recuerdos del deseo eran todo lo que tenía, y los recuerdos, en el caso del deseo, no le hacen justicia.

Me da una sonrisa cautelosa. Sospecho que no está del todo contenta de que Chris envíe desconocidos a su puerta. “Lo siento”, dice. “Me sentí un poco desconcertada. No esperaba una recomendación de mi vecino. ¿Cómo sucedió eso?” Se ríe. “Nunca pensé que recordaría lo que hago”.

“Creo que estaba particularmente interesado en ayudarme por el bien de Alicia, la azafata del primer avión. Fueron juntos a la escuela, dijo. Creo que ella fue una muy buena amiga suya en algún momento”.

“¿Y es una amiga o pariente?”, me pregunta. Está tratando de descifrarme. Ojalá pudiera decirle la verdad.

–No. Nos conocimos en el avión. Tuve una pesadilla. Ella tuvo la amabilidad de sentarse y conversar un rato conmigo. –Sonríó tratando de aligerar un poco las cosas–. También me dio un excelente vodka.

–Parece que tiene usted un don especial con los auxiliares de vuelo, señor Kropotkin.

“Que también fueron mis primeros”, bromeo, y ella me recompensa con una sonrisa.

“¿Parece que tienes algunos documentos ahí?”, pregunta, señalando los papeles de aspecto oficial que me dio Anchee.

Se los entrego, feliz de que me los pidan. Tal vez ella los entienda mejor que yo. Me temo que las explicaciones de Anchee entraron por un oído y salieron por el otro.

Los examina con pericia. Imagino que son como la mayoría de los documentos gubernamentales: la información importante está oculta en una maraña de basura, suficiente para llenar el papel hasta los márgenes en una fuente demasiado pequeña para el ojo desnudo. “Eres un ganador de la lotería”, dice. “Debes tener una tarjeta verde”.

Ahora recuerdo que Anchee explicó que en el futuro un cierto porcentaje de inmigrantes que lleguen a Estados

Unidos serán seleccionados por sorteo. Me parece un sistema extraño. No obstante, sus falsificaciones intentan hacerme pasar como uno de los ganadores. Pero aparentemente ha pasado por alto algún detalle importante en la artimaña. No he visto ninguna tarjeta verde. Sacudo la cabeza y trato de mantener la voz firme. “No tengo tarjeta verde”.

–Qué raro. Deberías haberla obtenido de la embajada estadounidense. Es así de grande y tiene tu foto. –Mantiene los dedos en forma de rectángulo. Sus manos son pequeñas, sus dedos...

–¡Ah, ese! ¿El que dice RESIDENTE EXTRANJERO? –Lo saco junto con mi pasaporte del interior de mi bolsillo y los levanto.

“Sí, se llama tarjeta verde”.

“Pero no es verde.”

Se ríe mientras toma mi tarjeta y mi pasaporte y los examina. “Solía serlo”, explica. “En los años setenta. Ahora siempre será la tarjeta verde. Hay un puente de peaje aquí en la ciudad que todavía se llama Puente del níquel, aunque ahora el peaje es cinco veces más alto”. Mientras habla de esta manera amistosa, copia mi nombre y los números de varios dígitos de mi pasaporte y tarjeta verde en un bloc amarillo que tiene frente a ella. Mira alternativamente el

pasaporte y la tarjeta verde, sonrío y me los devuelve. “Tiene una linda fotografía, señor Kropotkin”.

“Gracias”, digo con entusiasmo mientras busco a tientas guardar las imágenes falsificadas, olvidándome de mencionar que nunca posé para ninguno de los retratos favorecedores, que son otra ficción ideada por Anchee.

“¿Y qué te hizo decidirte por Richmond como destino?”, pregunta. “¿Tienes amigos o familiares aquí?”

Niego con la cabeza.

–Entonces, ¿tienes empleo aquí?

–No, todavía no. Pero tengo una pista sobre algo. Un joven que iba en la limusina sabía de una vacante en el lugar donde trabaja. Levanto mi último trozo de papel, con las letras de Brad serpenteando por su superficie, para demostrar que tengo el asunto bajo control.

En su frente se forman nubes de preocupación. –En la limusina. ¿Así que no tenía ninguna perspectiva antes de llegar? No quiero entrometerme, pero me sorprende un poco por qué ha venido a Richmond, señor Kropotkin. ¿Lo ha elegido al azar?

“Yo... yo... leí sobre ello.”

Ella está perfectamente dispuesta a creer esta mentira.
“¿De verdad? ¿Dónde?”

Me invade el pánico. Supongo que puedo inventar algo, pero entonces tendré que seguir mintiendo al respecto. Busco desesperadamente en mi memoria algo que haya leído sobre Richmond. Algo bueno, claro. Llego a ello como quien llega a la meta sin aliento. –¡Dickens! –anuncio–. American Notes, de Charles Dickens. Leí sobre Richmond allí. ¿Lo conoce, quizá? Seguro que no, pienso, debe tener ciento cincuenta años.

Sus ojos se abren y se contraen, y a mí se me cae el alma a los pies. –Por extraño que parezca, lo sé. Yo estudié historia. Si mal no recuerdo, Dickens odiaba el lugar cuando lo visitó. Deploraba la esclavitud. –Me mira con desconfianza, como si yo hubiera perdido el juicio–. ¿De verdad viniste a Richmond por lo que dijo Dickens sobre él?

–Recuerdo que habló con gran admiración del río James, que era un río excepcionalmente hermoso. Me gustan los ríos –contesto sin convicción.

Ella me mira fijamente un momento. “A mí también”, dice, y luego vuelve a mirar el bloc amarillo, más para evitar mirar a un tipo tan extraño que para leer algo allí. “Me temo que no puedo ser de mucha ayuda, señor Kropotkin. Como dije, en lo que respecta a la asistencia para la vivienda,

atendemos principalmente a refugiados. Los inmigrantes suelen estar, bueno...”

“¿Mejor preparados?”

“Sí.”

Debería darle las gracias y marcharme, pero me doy cuenta de que deseo muchísimo que esta mujer me comprenda, o al menos que no me considere idiota, y tengo que hablar por mí mismo. “Cuando dije ‘me gustan los ríos’, quise decir que soy geógrafo. Puedo hablar de cuencas hidrográficas con el mismo entusiasmo que mi padre reservaba para los caballos de carrera. Vivir a orillas de un río, para mí, es como vivir en una ciudad con museos de primera categoría para un pintor. ¿Entiende? No conozco a nadie. Ni aquí ni en ningún otro lugar. No tengo ninguna razón para venir aquí, pero aquí estoy. No conozco ningún otro lugar al que ir”.

–Lo siento, señor Kropotkin –dice en voz baja.

–No, no me malinterprete. No me quejo. Me gusta conocer gente nueva. Como a ti, hoy. –Sonrío y ella me devuelve la sonrisa.

“Es un río hermoso con hectáreas de acceso público. No te decepcionará”. Parece realmente preocupada por que no me decepcione. Creo que le gusto, o al menos quiere que le guste, si no demuestro que soy un completo lunático.

–Seguro que no –le digo–. ¿Podría recomendarme un hotel barato?

“No tienes coche, ¿verdad?”

“Exacto.”

“Hay lugares al otro lado del parque donde podrías conseguir una habitación por, digamos, ¿cincuenta dólares?”

“Me temo que eso es demasiado”.

Ella asiente con una mueca de simpatía. “Hay un refugio cerca, pero...”

Se oye un pitido y ella dice: “Déjame atender. Estoy esperando una llamada”. Responde a lo que debe ser un teléfono moderno. “Rachel Pederson. ¿En qué puedo ayudarte?”

Su parte de la conversación consiste principalmente en ruidos afirmativos. Luego vira a: “Entiendo eso, señora Charles, pero...” Cierra los ojos y se masajea la frente con el pulgar y el índice. “Pero la clase ya está inscrita con una docena de estudiantes...” Su mano se contrae en un puño mientras continúa escuchando, sus mandíbulas apretadas. “Le aseguro que es perfectamente seguro aquí abajo, señora Charles. Hay un estacionamiento iluminado. La clase se reúne en la biblioteca de la universidad. La seguridad es...”

Recuerdo las botellas de vodka en mi bolsillo e imagino ofreciéndole una, masajeándole las sienes. “Entiendo. Sí. Sí. En absoluto. Gracias, señora Charles. Adiós.” Cuelga el teléfono. También es de plástico. Sus ojos siguen cerrados. “Mierda”, susurra, una pequeña bocanada de aire. Se golpea la frente tres veces como si fuera una puerta y abre los ojos.

“¿Malas noticias?”

“Oh, uno de nuestros profesores voluntarios de inglés como segundo idioma nos ha cancelado la cita en el último minuto. Pensé que podría ser así. ¿No te gustaría dar una clase de ESL como segundo idioma, verdad?”

“¿ESL?”

“Inglés como segunda lengua.”

–¡Ah! Me encantaría dar una clase así, la verdad. Suena delicioso. Es perfecto.

–Sólo estaba bromeando, señor Kropotkin. Su inglés es muy bueno, la verdad. Pero este puesto es voluntario y no hay remuneración.

–Lo sé, pero lo disfrutaría de todas formas. Hablo y escribo inglés, alemán, francés, ruso, español... pero mi español es muy malo. Hablo italiano, holandés, noruego, finlandés, mongol, manchú y me las arreglo con algunos otros idiomas. Estoy seguro de que podría ser útil. Ya he enseñado idiomas

antes. –Todavía no le digo que se los enseñé en la cárcel a mis compañeros de prisión a cambio de tutoría en sus idiomas. Puede que se haga una idea equivocada.

Ella parece un poco abrumada por mi entusiasmo. “Me alegro de que quiera ayudarme. Pero aún no tiene un lugar donde vivir, señor Kropotkin”.

“Estoy seguro de que eso se solucionará solo. Siempre lo hace. ¿Cuándo se reúne esa clase?”

“Domingo por la tarde, a las tres.”

“¿Y hoy es?”

“Jueves.”

“El domingo suena espléndido”.

–Pero no podría aceptar que dieras una clase... en estas circunstancias.

Me pongo nervioso ante esa frase cobarde. “¿Circunstancias? ¿Quieres decir porque soy pobre y no tengo dónde vivir? He sido más pobre, créeme, y he vivido en peores lugares que en ningún lugar. El cartel de la puerta pide voluntarios. Yo me ofrezco como voluntario. Esa gente que viene a esta ciudad sin el idioma... ¿crees que les importan mis “circunstancias”? La señora como se llame...

Charles. Apuesto a que sus circunstancias no son nada malas. ¿Por qué no la llamas?”

La señorita Pederson se sorprende por mi arrebató, pero no me muestra la puerta. De hecho, parece que ha mejorado su opinión sobre mí. “Lo siento”, dice. “Fue terriblemente grosero e insensible de mi parte. ¿Me perdona?”

Parece que habla muy en serio. “Por supuesto, por supuesto”.

–Bien. –Saca un formulario de su escritorio y me lo entrega–. Sin embargo, necesitamos que nos des cierta información. Completa lo que corresponda y tráelo mañana, ¿de acuerdo?

“Ciertamente.”

“Señor Kropotkin, ¿está seguro?...”

–¿Sí? –Mi mirada devuelta no deja lugar a dudas sobre mi absoluta seguridad.

–Nada. ¿Quieres la dirección del refugio?

–No, no creo que sea necesario. Soy joven y estoy en forma, y el clima es agradable. ¿Puedes decirme algún lugar cercano donde pueda comprar provisiones, una manta y cosas así? Algún lugar barato.

Ella empieza a decir algo, pero no lo hace. “Hay una tienda de segunda mano al oeste de Main Street, en la esquina de Meadow”, me dice.

“¿Por ahí?” Señalo en la dirección que creo que es el oeste.

“Sí.”

“¿Y por dónde está el río?”

Ella asiente, esperando esto. “Hacia el sur. Si vas hacia el sur por Meadow verás señales que te indican el camino hacia James River Park”.

–Muchas gracias. –Me levanto y le ofrezco la mano.

Ella la estrecha, al principio con aire serio, pero no puede evitarlo y su rostro se contrae de preocupación. “Señor Kropotkin, creo que debería decirle que no se permite acampar en el parque. Podría meterse en problemas con la ley”.

“¿Y habría muchos policías escondidos entre los arbustos haciendo cumplir esta ordenanza?”

Ella se ríe. “No muchos”.

–Estaré atento. ¿Hacia el oeste, dices, y luego hacia el sur?

Ella sigue sonriendo. “¿Quiere un mapa, señor Kropotkin? Los tenemos en los paquetes de orientación para los

refugiados. Alguien donó una caja de ellos. No veo por qué no puedo darle uno”.

“Si no fuera mucha molestia.”

“Ninguna. Están abajo, en la sala de espera. Mi bicicleta está ahí abajo de todos modos”.

“¿Esa es tu bicicleta?”

“Sí”, dice ella.

“¡Qué máquina tan maravillosa!”, exclamo.

–Me alegro de que le guste –dice ella riendo, y supongo que mi entusiasmo parece excesivo, pero ¿por qué debería contenerlo cuando soy recompensado con tanta risa?

La sigo escaleras abajo hasta la sala de espera. Da la vuelta por detrás del escritorio, apartando de un puntapié los ordenadores viejos con lo que supongo que es un deleite. Me pregunto qué tienen estas máquinas que invitan a tanta mala voluntad. Supongo que tendré la oportunidad de aprender de primera mano. Encuentra un sobre grande, saca un mapa y lo extiende sobre el escritorio. “Estamos aquí”, dice, y señala. “La tienda de segunda mano está aquí. El aparcamiento del Acceso a la Ribera Norte está aquí”.

Giro el mapa para ver mejor. Todas las calles están enumeradas en la parte inferior con una letra y un número

vinculados a la cuadrícula, y localizo su dirección. “Y tú estás aquí”, digo, dándole una gran sonrisa, pensando que estará contenta, pero definitivamente no lo está. De repente, soy muy consciente (y, sin duda, ella también) de que estamos solos en el edificio.

Dobla el mapa y me lo entrega como si fuera una orden de desalojo. “Buenas noches, señor Kropotkin. Buena suerte”.

En un abrir y cerrar de ojos me ha acompañado hasta la puerta y oigo el ruido metálico de una cerradura detrás de mí. Parece que la he asustado o he cometido una horrible falta de decoro por el mero hecho de saber su dirección. ¿Soy tan raro? Recuerdo el avión lleno de gente, con los oídos tapados, la mirada fija al frente acribillada por imágenes deslumbrantes; todo, me parece, para evitarse unos a otros hasta llegar al anonimato de sus automóviles personales. Tal vez soy demasiado sociable para estos tiempos. Podría encontrar este mundo realmente solitario.

Mientras bajo las escaleras, admiro la catedral bañada por un resplandor dorado. La calle está llena de automóviles elegantes y veloces, relucientes, de colores brillantes, como si el contenido de un caleidoscopio hubiera sido sacudido del cielo. Pero a lo largo de las aceras, multitudes de estudiantes universitarios se dirigen a las clases nocturnas con el paso lento y familiar de la juventud. Sonriendo para mis adentros, me sumerjo en medio de ellos, caminando a paso rápido hacia el sol poniente.

Vivo de nuevo.

Avanzo a paso vivo y los años se extienden ante mí. Mi antigua vida, que casi había desaparecido antes de que la dejara, yace ahora inalcanzable a través de un abismo de tiempo; todo y todos los que he conocido son completamente inalcanzables, inmutables. Pero descubro que toda esperanza sigue viva. Todo error clama por ser rectificado. Toda resolución se fortalece. Aquí estoy, lo bastante mayor para no dar por sentado ni un segundo, lo bastante joven en cuerpo y alma para lograr todo lo que me proponga. No puedo imaginar una situación más feliz, como un príncipe afortunado en un cuento de hadas. Sonrío ante la ironía: ¡supongo que tendré que renunciar a mi título de nuevo!

Y luego está la encantadora y amable Rachel Pederson, a quien veré mañana con un formulario tan completo como pueda, y tal vez con un baño y un cambio de ropa también. Me atrevería a decir que me gusta más que cualquier otra persona que haya conocido desde Sophie hace muchos, muchos años.

Justo cuando estoy pensando en ella, la veo con el rabillo del ojo; me doy vuelta para verla pasar velozmente en su bicicleta, elegante, fuerte y hermosa; y recuerdo al jilguero en el aeropuerto de Moscú, desesperado por alcanzar el cielo. En mi mente, el acero y el vidrio (y también el plástico, sin duda) desaparecen, y ella y yo volamos.

Capítulo IV

CONSIGO ALOJAMIENTO Y UNA CAÑA DE PESCAR

Mis largos viajes... me enseñaron lo poco que el hombre necesita realmente tan pronto como sale del círculo encantado de la civilización convencional. Con unas cuantas libras de pan y unas onzas de té en una bolsa de cuero, una tetera y un hacha colgando al costado de la silla de montar, y debajo de la silla una manta, para extenderla en la hoguera sobre un lecho de ramas de abeto recién cortadas, un hombre se siente maravillosamente independiente, incluso en medio de montañas desconocidas densamente cubiertas de bosques o coronadas de nieve.

–PETER KROPOTKIN,
Memorias de un revolucionario

Toda injusticia cometida contra un individuo es, al final, sufrida por la humanidad en su conjunto.

–PETER KROPOTKIN,
“Las cárceles y su influencia moral en los presos”

La tienda de segunda mano resulta ser el lugar donde el “todo tipo” del que hablaba Buddy Showalter compraba, y no me siento tan raro. Hay tanta variedad en la clientela como en la mercancía a la venta. Capto frases en tres o cuatro idiomas, y la diversidad racial no se parece a nada que haya visto antes en una ciudad del interior, aunque la mayoría aquí parece ser de ascendencia africana. Todos son amables mientras recorremos los pasillos abarrotados y desordenados, y me siento como si estuviera en una encrucijada exótica donde se encuentran los continentes. Han pasado años desde que pude llegar a una ciudad por mis propios medios, y mucho menos viajar a una tierra lejana y pasear por el mercado, y deseo disfrutar de la experiencia. Desafortunadamente, es mejor que me instale antes del anochecer (no más de una hora de distancia) y no tengo tiempo para quedarme. Pero mientras busco suministros, logro conocer a varias personas: una mujer negra, que está equipando una nueva cocina, que me señala una olla liviana

que servirá mejor para mis propósitos; dos jóvenes camboyanos que miran un contenedor lleno de artilugios de plástico que, según me dicen, son juegos que se juegan en la televisión, aunque ninguno de los que hay en el contenedor merece la pena ser comprado por compradores exigentes como ellos; una pareja de mediana edad de Bosnia que busca ropa ligera para sus hijos que cumpla con el código de vestimenta de su escuela; y un anciano de Guatemala que se parece exactamente a una deidad maya que he visto en dibujos, y se lo digo, lo que le complace enormemente.

En total, compro una mochila, una manta de lana, una muda de ropa, una olla, una taza, un plato, un tenedor, una cuchara y una navaja de bolsillo con una asombrosa variedad de hojas. Todo el asunto me cuesta poco más de veinte dólares. Compraría más ropa, pero hasta que tenga un trabajo en marcha, es mejor tener algo de efectivo a mano. El dinero es un sistema maligno, pero cuando es el único sistema, uno lo ignora a su propio riesgo. La dependienta, una amable mujer china que se deja llevar por mi terrible manchú, me indica una pequeña tienda de comestibles cercana donde compro pan, café y carne enlatada suficiente para unos días... *viaje*, empiezo a decir... y después de pensarlo un poco, decido que el término es adecuado. He viajado en el tiempo, el lugar y la cultura. ¿Qué importa si ahora me quedo donde estoy? Viajo de todos modos. Como capricho de último momento, añado lo que considero una

exquisitez americana, un tarro de mantequilla de cacahuete y una caja de galletas.

El tendero, un paquistaní, me explica la diferencia entre el café instantáneo y el normal después de darme la noticia de que, por desgracia, no existe el buen té negro. Me recomienda el café instantáneo porque se puede preparar tan fuerte como se quiera en una taza cada vez, y yo acepto su sugerencia. “¿Jabón?”, pregunta. Por supuesto, digo, y compro una barra de Irish Spring. Me da un puñado de cerillas de regalo. Le pido velas, pero sugiere una linterna eléctrica en su lugar, ya que no se apaga con el viento, y me vende una tan brillante como cualquier vela por noventa y nueve centavos, pilas incluidas. Nos lleva un tiempo aclarar este precio misterioso porque lo dice como si fuera una sola palabra. “¿Pero cuál es el precio?”, sigo preguntando. Los dos nos partimos de risa cuando el trato está cerrado, y estoy iluminando su tienda con la pequeña linterna, haciendo rebotar los rayos en un espejo parabólico que ha montado en la pared para atrapar a los ladrones. No tenemos otros idiomas en común aparte del inglés, pero él me enseña a decir hola y adiós en pakistaní y “linterna” y “pilas incluidas” en americano.

Después de un tramo sombrío a ambos lados de un puente que cruza una carretera que parece un cañón y en la que los automóviles pasan a toda velocidad como enormes balas, el prado atraviesa un hermoso barrio de modestas casitas de

madera, con jardines florecientes por todas partes. Nunca he estado en una ciudad más enamorada de la primavera que en esta, y eso me alegra el corazón. La mayoría de los residentes aquí son de ascendencia africana y aprovechan la luz menguante para cuidar sus jardines o relajarse en sus porches delanteros. Los saludo al pasar y ellos me devuelven el saludo con entusiasmo.

La entrada al parque está al final de Texas Avenue, y me detengo aquí para consultar mi mapa, que incluye información útil sobre los lugares de interés locales. Estoy justo al oeste del cementerio de Hollywood, donde están enterrados el difunto marido de Varina Davis y otros dignatarios. Al otro lado se encuentra Belle Isle, una gran isla con forma de frijol en medio del río. Me cuesta recordar por qué Belle Isle me resulta familiar, pero entonces me viene a la mente. Las prisiones, por desgracia, son un tema al que he dedicado varios años de estudio. Belle Isle fue un campo de prisioneros particularmente espantoso durante la Guerra Civil estadounidense. Miles de soldados de la Unión murieron allí a causa de las horribles condiciones. Veo en el mapa que ahora también es un parque al que se puede acceder mediante un puente peatonal. Me pregunto si alguna de estas tierras públicas está reservada para el cultivo, pero no encuentro tal designación en la leyenda del mapa.

El sendero desciende por unas escaleras toscas hechas con traviesas de ferrocarril hasta un puente de hierro que se

extiende a la altura de las copas de los árboles sobre un canal abandonado y un par de vías de tren. Luego desciende por una escalera de hormigón y acero. Hay unas cuantas palabras y símbolos enigmáticos pintados en las paredes del pozo resonante, pero no me detengo a interpretarlos. Al final emerjo a la reconfortante penumbra del bosque y al suelo arenoso de la llanura aluvial. Hace algún tiempo, tal vez trasplantada desde una hermosa finca río arriba, la hiedra inglesa echó raíces aquí, alfombró el suelo del bosque y envolvió los troncos de los árboles en chales de color verde oscuro. Le da al bosque una sensación pintoresca el estar tan bien arreglado en medio del caos general de una llanura aluvial embarrada y llena de escombros, un poco como esas viudas de “circunstancias reducidas” que pueblan las novelas de Jane Austen.

Una valla de malla de hierro me separa de las vías del tren. Me alegra ver que alguien ha cortado el alambre y lo ha doblado hacia atrás. Pero hoy no voy por ese camino. Quiero ir a donde conducen la mayoría de los senderos: al río. Atravieso los bosques oscuros hasta las orillas del James, y es tan maravilloso como lo describió Dickens. Incluso ahora, aunque puedo ver río arriba y río abajo durante un par de millas, hay pocas pruebas de que me encuentre en el corazón de una ciudad. Un águila pescadora se zambulle en busca de peces. Una garza se adentra en las aguas poco profundas. Docenas de gansos salpican el agua. Río arriba se hunden en el río los últimos rayos de un sol ardiente. Sólo

río abajo hay unos pocos edificios con forma de caja que se asoman por encima de Belle Isle, entrometiéndose en la ilusión de lo salvaje.

¿Te intercesaría la dirección del refugio?

No, no creo que eso sea necesario.

Me dirijo río abajo hasta que el sendero se acaba y luego me dirijo a una pequeña isla saltando de roca en roca y vadeando un canal poco profundo, con los zapatos colgando del cuello y los pantalones arremangados hasta las rodillas. Un castor ya tiene una hermosa residencia aquí, pero no creo que le moleste la compañía si no quemo todos los sabrosos retoños. Hay una depresión que parece un nido entre los troncos enganchados donde establezco mi residencia. Enciendo una pequeña hoguera y ceno pan, sardinas y café aguado. Cuando cae la noche, me acomodo para ver las estrellas salir en una noche sin luna, uno de los grandes placeres de la vida. Al principio me desespero de que las luces de la ciudad me impidan ver el cielo, pero finalmente soy recompensado con el avistamiento de Arturo y la Osa Mayor inclinándose sobre su mango. Las estrellas, al menos, no han cambiado visiblemente. Saco una de mis pequeñas botellas y bebo un brindis por las familiares estrellas.

Mientras miro hacia el cielo inmenso, algo en la forma en que me hace sentir me recuerda la vez que me topé con las

cosas de mi madre en un trastero de nuestra casa de campo. Supongo que habían estado allí, sin tocarlas desde su muerte, años atrás. Tuve la vaga sensación de que estaba haciendo algo mal y cerré la puerta detrás de mí para que no me descubrieran mientras exploraba sus secretos. En ese momento de mi vida estaba casi obsesionado con saber quién era mi madre: qué le importaba, en qué creía y, sobre todo, qué habría pensado de mí si hubiera vivido para verme casi convertido en un hombre adulto, o eso pensé en ese momento. Y allí estaban sus libros y sus cuadros, firmados con su pequeña mano: acuarelas románticas de lagos y montañas y campos segados y ríos. Allí estaban las cintas que llevaba en el pelo, los vestidos con los que bailaba.

A la luz de las velas, leí sus diarios y estudié con atención las partes en las que hablaba de sus penas y de su sed de felicidad con una intensidad desgarradora. Había copiado poemas que le eran muy queridos. Me conmovió especialmente el de Byron, transcrito de algún libro de versos ingleses. Yo todavía no lo había amado, y mucho menos imaginado su desaparición, pero mi madre sí, y copió estos versos con su letra firme pero bonita:

Así que ya no seguiremos vagando.

Tan tarde en la noche,

Aunque el corazón siga siendo tan amoroso,

Y la luna seguirá igual de brillante.

*Porque la espada se gasta demasiado en su vaina,
Y el alma desgasta el pecho,
Y el corazón debe detenerse para respirar,
Y el amor mismo descansa.*

*Aunque la noche fue hecha para amar,
Y el día vuelve demasiado pronto,
Pero ya no seguiremos vagando
A la luz de la luna.*

Lloré a mares cuando leí eso, imaginando vívidamente la infelicidad de mi madre, aunque era incapaz de comprender los dolores de una mujer que nunca había conocido. Se decía que mi madre era una mujer apasionada con temperamento de artista. Disfrutaba mucho viendo bailar a los campesinos y a menudo se unía a ellos a medida que avanzaba la noche, para gran desaprobación de mi padre. Fue durante uno de esos bailes cuando se resfrió y murió.

O eso es lo que cuenta la historia. Me perseguía, esa historia, los poemas, todo. Y no había forma de escapar de ella, de dejarla descansar. Era como una heroína de una ópera trágica: más grande que la vida, insoportablemente triste, demasiado apasionada para este mundo. Condenada. Esa era la opinión de los narradores de la historia, tanto comprensivos como antipáticos: ¡Condenada! Mi hermano Sasha y yo éramos los únicos personajes de este drama, hasta donde sabíamos, los Niños Huérfanos de la Madre. Nuestros hermanos mayores eran en gran medida invisibles

para nosotros. Me resultaba imposible creer que mi padre hubiera sido alguna vez el objeto de su pasión, y una vez que se volvió a casar, ignoró escrupulosamente su recuerdo en cualquier caso. Sasha solía contarme sus recuerdos de ella una y otra vez a instancias mías, porque era mayor y tenía una mayor reserva de ellos que yo. Después de que mi hermano se disparara, yo fui el único sobreviviente. La moraleja de la historia siempre parecía clara: un exceso de pasión es tan exquisito que puede matarte. Quizás en esta vida pueda finalmente bajar el telón de ese pequeño y sombrío drama.

No es de extrañar que la pasión llegara tarde a mi vida. Estuvo ahí, desde el principio, aterrorizándome. Después de todo, había roto el corazón de mi madre y la había hundido, había convertido a una mujer condenada por la naturaleza en lugar de alguien que murió de tuberculosis, una enfermedad, no un edicto de los dioses. Antes de conocer a Sophie, era como si nunca hubiera salido de ese almacén cerrado, lamentando un amor perdido que nunca tuve. Sophie me arrastró hasta la luz del sol. Yo tenía treinta y seis años; ella, veintidós. Teníamos un “matrimonio racional”, como lo llamábamos, un contrato que se renovaba cada tres años. Ahora parece ridículo pensar que alguna vez hubiéramos considerado separarnos el uno del otro. Con mucho gusto firmaría por tres siglos más.

Solíamos mirar las estrellas, juntos ella y yo, y me digo que no hay nada de malo en imaginarla aquí a mi lado. En los

últimos tiempos, a menudo he hecho lo mismo, cuando esperaba la llegada de la muerte, recordando nuestra vida juntos.

¿Estás lo suficientemente abrigado, Peter?, pregunta ella.

–Sí, mi amor –digo, arropándonos a ambos con mi manta e imaginando su cabeza apoyada en el hueco de mi hombro.

De joven soñaba con ser astrónomo. Fue mi primer amor científico. Me sumergí en la lectura astronómica, especialmente durante el último año de mi estancia en la escuela. La vida incesante del universo, que yo concebía como vida y evolución, se convirtió para mí en una fuente inagotable de pensamiento poético superior, y poco a poco el sentido de la unidad del hombre con la naturaleza, tanto animada como inanimada –la poesía de la naturaleza– se convirtió en la filosofía de mi vida. Más tarde abandoné la astronomía por las ciencias más terrenales de la geografía y la biología, porque la revolución es un asunto muy terrenal (o mejor dicho, si se espera que triunfe). Pero algún día, llega la revolución –solía decirle a Sophie–, cuando el mundo haya recobrado el sentido común y se haya dado la paz, la libertad y la justicia que dice querer tanto, me gustaría echar una buena mirada a las estrellas.

“Mira”, susurra Sophie, y un meteorito atraviesa el cielo de este a oeste, destrozando mi ilusión. Esto no es un sueño, me doy cuenta, y por un breve momento me invade el

terror. Cierro los ojos con fuerza y pronto caigo en un sueño profundo.

Me despierto con el sonido de los gansos que se llaman unos a otros en lo alto y abro los ojos. El cielo está nublado; el sol se esconde justo debajo del horizonte, a mis pies. Me incorporo y me froto la cara con el rocío de la barba, me levanto y sacudo la ropa para despertar a los huéspedes que haya podido alojar durante la noche. Ahora hace un poco de frío en el aire, pero supongo que volverá a ser caluroso y húmedo, y apenas estamos en abril. ¿Cómo serán los veranos aquí?

La leña que dejé a un lado anoche está húmeda, pero consigo encender el fuego con el cartón del paquete de la linterna y el recibo de la tienda de segunda mano. Tendré que acordarme de guardar algo de leña seca dentro de la bolsa de plástico que conseguí en el supermercado.

(“¿Plástico?”, pregunté al tendero, señalando la bolsa, simplemente para verificar otra manifestación de esta versátil sustancia.

“Lo siento mucho”, respondió el tendero. “No tengo papel”.

No tenía idea de qué quería decir, pero apenas habíamos logrado incluir las baterías y otros clientes estaban esperando.)

Una vez que el agua ha hervido, me siento con la espalda apoyada cómodamente contra un tronco cubierto de musgo y tomo mi desayuno. El tendero tenía toda la razón con respecto al café instantáneo. Me parece que tres cucharadas en una taza de agua caliente son absolutamente deliciosas. El pan es blando y sin vida (la corteza se rompe sin hacer ruido), pero es abundante y paso un buen rato leyendo el paquete (otra bolsa de plástico) porque está cubierto de texto y símbolos. El pan en sí se horneó en Georgia, y aquí está en Virginia, anormalmente húmedo. Hay un tratado breve pero entusiasta sobre nutrición ilustrado por *La pirámide alimenticia*. “Visite nuestro sitio web para obtener más información”, concluye. Debajo hay un código numérico bajo un rectángulo de líneas paralelas de varios anchos. He notado marcas similares en el paquete de la linterna, el café y las sardinas. Pero nada se compara con el pan en cuanto a volubilidad. Desde un análisis nutricional completo seguido de una lista vertiginosa de ingredientes hasta una “garantía limitada” prometida por algo llamado *Buenas prácticas*, los misterios no tienen fin. ¿Qué clase de entidad podría llamarse *Buenas prácticas*? ¿Es una especie de niñera nacional? No puedo entenderlo. Encuentro un triángulo formado por tres flechas dobladas, el número 4 en el interior, las letras LDPE³ debajo de la base. Me doy por

3 El polietileno de baja densidad (LDPE) es un termoplástico hecho del monómero etileno.

vencido. Incluso un paquete de pan está fuera de mi alcance. ¿Cómo lograré sobrevivir aquí, ahora?

Tomo otra taza de café y otro trozo de pan, dejando de lado por un momento mis estudios sobre los envoltorios de pan, para admirar la vida y la belleza del ondulante río. Puedo hacerlo, me digo a mí mismo, sin saber muy bien a qué me refiero, pero ¿qué clase de anarquista sería si siempre tuviera que saber lo que me espera? Si quieres certezas, prueba con la cárcel. Allí encontrarás certezas, certezas absolutas.

Enjuago y guardo mi taza, me desvisto y me adentro lentamente en el río con solo mi pastilla de jabón. El agua se siente mucho más fría que la noche anterior, pero me he bañado en aguas más frías, incluso he desarrollado una especie de técnica. Cuando el agua me llega hasta las pantorrillas, recojo puñados de agua y me salpico la cara y el cuerpo sin piedad; cuando el agua me llega a las rodillas, me pongo a enjabonar como un loco, avanzando a tirones y sobresaltos hacia aguas cada vez más profundas; y cuando el agua me llega hasta los muslos y parezco, supongo, un muñeco de nieve pelirrojo enloquecido, me lanzo hacia atrás hacia la corriente; su abrazo frío me impulsa inmediatamente fuera del agua con un rugido y una sacudida como si me hubieran disparado desde un cañón. Cualquier rastro de somnolencia o mal humor desaparece de mi cuerpo y camino a la orilla con paso firme y farfullando, dejando que el viento me seque durante un minuto antes de

ponerme la nueva ropa, nueva para mí al menos (pantalones color canela y una camisa blanca sin cuello) y me siento bien. Una gran garza azul, que croa como un anarquista descontento a primera hora de la mañana, vuela a menos de una docena de metros de distancia.

No puedo imaginar un lugar mejor para estar.

Pero mientras paso mis cosas de los bolsillos de ayer a los de hoy, hay otro enigma que debo meditar, uno mucho más misterioso que una hogaza de pan sin vida. Me pongo cómodo y saco la única posesión que Anchee me concedió en esta vida además de la ropa que llevo puesta y mi documentación falsificada: el reloj que me puso en el bolsillo.

Está en marcha, el segundero avanza por la esfera, un tic a la vez, como un buen soldado que camina por las murallas. Parece que es la hora exacta: las siete en punto. He postergado la posibilidad de enfrentarme a este reloj (demasiado asustado en el avión, demasiado cansado y mareado cuando llegué a la ciudad) por una buena razón: no es un reloj cualquiera; es el reloj que me salvó la vida, o uno que se le parece.

En 1876, me encontraba en un hospital penitenciario de San Petersburgo, y no tenía muchas posibilidades de sobrevivir a mi sentencia. Un elaborado plan de fuga se había desmoronado y mis cómplices tuvieron que

comunicarme de inmediato un nuevo plan. El nuevo plan (que tuvo éxito o no estaría vivo hoy) venía escrito en código en un pequeño trozo de papel escondido dentro de este reloj, o de su gemelo. Me quedé atónito porque acabo de decir algo mal: con reloj o sin él, no estaría vivo hoy si no fuera por una serie de milagros que escapan a mi control. No. Este reloj me salvó una vez, pero ¿qué hace aquí ahora? ¿Por qué, de todas mis posesiones, me legaron este único artefacto?

No tenía ninguna utilidad práctica en mi vida anterior. Lo conservé durante años como recordatorio del tiempo que pasé en prisión y de los terribles riesgos que corrieron otros para liberarme. Era un símbolo, una piedra de toque que guardaba en un cajón de la cómoda para darme valor cuando lo necesitaba. Pero no lo había llevado conmigo ni le había dado cuerda para recordarlo. Y aquí está en esta vida, pulido por su aspecto, renovado como yo. El papel que originalmente contenía lo leí y comí en 1876.

Abro la tapa y me río a carcajadas, porque hay algo ahí, no un trozo de papel, sino un cuadradito de plástico. Lo sostengo a la luz. Es transparente, marcado con la escritura más diminuta que pueda imaginar. No puedo leerlo sin una lupa. Tal vez pueda pedir prestada una en una biblioteca o en una joyería, pero es difícil entusiasmarse demasiado con una expedición así. No estoy seguro de querer saber lo que dice. No estoy seguro de querer que exista. Quería vida. Quería libertad. Este reloj y su contenido, que exigen que

resuelva sus misterios, me hacen sentir, a pesar de las negaciones de Anchee, como un sujeto de un experimento.

Este reloj no es un simple souvenir, sino que exige que yo comprenda su significado. A primera vista, al entregarme este reloj, Anchee está dando a entender por analogía que considera mi supuesta nueva vida como una prisión, una imagen que en sí misma no me molesta (la muerte es un muro tan bueno como cualquier otro), pero el hecho de que esté lanzando mensajes por encima de ese muro me llena de aprensiones. Pequeños trozos de plástico o tablillas de piedra (para mí todo es lo mismo), no quiero correspondencia con los dioses. En mi vida anterior, vivía libre de la superstición de que una deidad dirige el mundo como un casero bien intencionado que arreglará las tuberías si se lo pides en el tono de voz adecuado o le cruzas la mano con dinero o favores. Sin embargo, la ópera que es mi nueva vida aparentemente no carece de guión, autor, director; un dios, en resumen. Y los dioses son enemigos notorios de la libertad. Estoy pensando en ver hasta dónde puedo lanzar este reloj y su carga de plástico río arriba antes de que caiga al agua, pero la curiosidad me puede y tengo que echarle un vistazo.

Un examen más minucioso revela que no es el reloj de antaño, a pesar del parecido. No hace ningún ruido y, por mucho que lo intente, no puedo quitar el cristal. En realidad, no parece haber una costura donde el metal se junta con el vidrio (si es que es vidrio, ya que no se raya con ninguna roca

de esta isla). El metal tampoco. Tal vez sea otra forma exótica de plástico. La tija⁴ es un simple adorno funcional, ya que, si bien gira y se abre y se cierra como debería hacerlo una tija de reloj, no puedo darle cuerda ni ponerlo en hora con estas operaciones; aun así, sospecho que marca la hora a la perfección y que seguirá haciéndolo sin que yo haga nada, ya sea que lo arroje al río o lo golpee con una piedra. Guardo el cuadrado de plástico en su compartimento, vuelvo a guardar el reloj en el bolsillo e intento sacarlo de mi mente. Por ahora, todo lo que sirve es para dar la hora y el sol es más que suficiente para mis necesidades actuales. No soy tan tonto como para pensar que ya no me acuerdo de este maldito reloj ni del tipo que lo metió en mi bolsillo, pero a menos que lo empeñe, no hay mucho que pueda hacer para solucionar mis problemas inmediatos. Primero no tengo dinero y ahora tengo este reloj. Mi anfitrión del futuro está empezando a poner a prueba mi paciencia.

Me levanto y dejo escapar un grito de sorpresa, pues justo al otro lado del canal, sobre una gran roca a no más de cinco metros de mí, hay un hombre sentado con las piernas cruzadas, inmóvil como una estatua. Y sigue ahí, a pesar de mi grito, y por eso lo observo. Es flaco y fibroso, con una barba sin recortar demasiado irregular para haberla dejado crecer por voluntad propia, veteada de gris, pero tan rala como la de un hombre joven. Lleva un traje de negocios de

4 En relojería la tija es la pieza que conecta la corona con la máquina del reloj mediante un sistema remontuar.

lana oscura, de tallas grandes y ancho en las rodillas y los codos. No es, según tengo entendido, el propietario original de este traje, un gigante al parecer. Las mangas y las perneras de los pantalones han sido recortadas sin contemplaciones (con un cuchillo, por lo que parecen) para acomodar las extremidades más cortas de mi vecino, aunque él mismo es tan larguirucho como una araña. Debajo de su abrigo, varias prendas compiten por llamar la atención. Un cuello amarillo deshilachado sobresale de un tejido de punto negro descolorido, que se abre por encima del corazón para revelar un óvalo de lana roja del tamaño de un puño. Lleva una bufanda a cuadros, casi toda rosada con algo de gris, atada a la cintura. Lleva una gorra verde en la cabeza (Country Club of Virginia, dice) y botas de goma en los pies. Sostiene una larga vara de bambú plantada junto a la rodilla como un tritón. Está atada con un sedal (de plástico, al parecer) y un anzuelo. Al parecer, estaba tan inmerso en mis investigaciones que no me di cuenta de su llegada.

Se mueve y señala el bolsillo donde guardé el reloj. “Bonito reloj”, dice.

–Gracias –le digo–. Es una mañana preciosa, ¿no te parece? Me llamo Peter Kropotkin.

“Sin nombres.”

–Demasiado tarde –digo con pesar–. Ya tienes el mío. No te preocupes. Va por cuenta de la casa. Tengo un

patronímico, un segundo nombre, si quieres, aunque Peter servirá perfectamente. ¿O cómo decís los americanos? Pete.

–Ustedes, los estadounidenses –imita mi acento–. ¿De dónde eres?

“De Rusia.”

Se ríe. “¡Rusia!”. Se ríe de nuevo. Habla consigo mismo, mirando a un lado y luego al otro, usando su acento, luego el mío: “¿*De dónde eres? ¡De Rusia!*”.

“¿De dónde eres?”, pregunto.

Deja de reír y me mira con atención. Señala río abajo, hacia Belle Isle, que sigue siendo una sombra enorme en el agua, que tapa el sol. “De allí”, dice en voz baja. Cuando se vuelve hacia mí, su rostro cambia como el de un actor que interpreta un papel. Solo que no sé cuál de los dos es real. “¿Quieres comprar una caña de pescar?”, pregunta.

“¿Qué quieres a cambio?”

“¿Qué tal ese reloj?”

–El reloj no está a la venta. Además, ¿por qué debería comprar una caña? Puedo recuperar los aparejos igual que tú (debe haberlos en todos estos árboles) y puedo cortar mi propia caña.

–No puedes encontrar un palo como este. No encontrarás bambú como este en ningún lado por aquí. Este bambú es importado, cosechado especialmente, a por lo menos tres o cuatro millas de aquí, y no es muy fácil de encontrar. Pero haz lo que quieras. En este río hay peces tan grandes como tu brazo, ¿sabes? Perca negra y perca americana. Claro, tal vez no te guste el pescado. Tal vez nunca te quedes sin raciones. Tal vez nunca hayas pasado hambre.

–¿Y qué pasa con los inviernos por aquí? –pregunto, ignorando su tono, aunque no su tema–. ¿Cómo son?

Mira hacia arriba y hacia abajo del río, entrecerrando los ojos. No está dispuesto a aceptar mis propuestas de vecino. “Los inviernos son bastante duros. ¿Quieres comprar una caña o no?”

–Muy bien. ¿Qué tal un poco de alcohol? Un buen vodka ruso.

“¿Cuánto cuesta?”

“Dos botellas llenas.”

–¡Maldita sea! ¿Dos botellas? ¡Ya tienes un trato!

Saco las botellas del bolsillo de mi camisa y mi desaliñado empresario suelta una carcajada. “¿Esas son las botellas?” Casi se cae al río. “¿Qué son? ¿Botellas rusas?”

Me remango los pantalones, entro en el agua y cambio las pequeñas botellas por mi nueva caña de pescar. Mi vecino lleva el asunto con buen humor, levantando las botellas a la luz y leyendo la etiqueta en voz alta. El bambú tiene un a flexión muy agradable. Mientras la hago rebotar sobre el agua para sentirla, un enorme bagre se desliza a mi lado. “Hoy tengo que ir a la ciudad. ¿Crees que mis cosas estarán bien en esta isla?”

–¿Quieres decir si robaré algo?

–Creo que, con el trato que acabo de hacer, serías tú el que se preocuparía por mí. No, no eras tú a quien me refería. ¿Hay policías por aquí?

–Normalmente no. ¿Te busca la policía?

–No que yo sepa. ¿Y a ti?

Se ríe y mira por encima del hombro. “Quizás sí. Quizás no. Es difícil llevar la cuenta. Cuanto más, mejor”, decía mi padre. Mira rápidamente por encima del otro hombro, como si esperara sorprender a un perseguidor distraído, pero esta actuación me parece más cómica que loca.

“¿De dónde era tu papá?”

Duda un momento. –Tennessee. Condado de Sullivan. –Agacha la cabeza y cierra los ojos entrecerrados. Cuando los abre, está mirando detrás de mí, hacia mi equipo, y agita

la mano en señal de ello—. Tus cosas estarán bien si las cubres y las mantienes fuera de la vista. A veces pasan barcos por aquí, pero solo están de paso, pasándoselo en grande. Jugando. –Se balancea con una sonrisa idiota en la cara como si estuviera viajando en un barco que se tambalea, luego frunce el ceño al ver a este personaje que pasa flotando. A pesar de mí mismo, casi espero ver un barco cuando sigo la dirección de su mirada.

“Pero tápalo”, dice. “Va a llover, casi seguro. Tal vez un poco hoy, seguro que mañana”.

Hablamos de meteorología, un tema que me interesa, y él señala formaciones de nubes particulares, enumera las condiciones que lo llevan a predecir la lluvia, y no encuentro ningún defecto en su lógica. Por sus numerosas referencias a estaciones anteriores, deduzco que ha estado viviendo cerca de este río durante algunos años y que cuenta con una gran experiencia. Probablemente esté loco como una cabra, pero es un tipo de buen corazón, con, sospecho, una educación más que común.

Guardo mi caña nueva y el resto del equipo, preparo mi mochila con provisiones para el día y lo sigo hasta la orilla norte. Su ruta es muy superior a la que tomé al salir. “Gracias por todo”, le digo y le ofrezco la mano. “Ha sido muy amable”.

Su mano es como un manojo de palos cautelosos. “Earl Hollander”, murmura. “La gente me llama... Llámame... Earl”.

“Encantado de conocerte, Earl.”

–Lo mismo digo, Pete. Ten cuidado allí en la ciudad, ¿me oyes? La gente allí no está del todo bien.

Capítulo V

ENCUENTRO EMPLEO Y EL EMPLEO ME ENCUENTRA A MÍ

... el ideal moderno de obrero parece ser el de un hombre o una mujer, o incluso una niña o un niño, sin conocimientos de ningún oficio, sin ninguna concepción de la industria en la que trabaja, que sólo es capaz de fabricar durante todo el día y durante toda la vida la misma parte infinitesimal de algo: que desde los trece años hasta los sesenta empuja el carro del carbón en un punto determinado de la mina o fabrica el resorte de una navaja, o “la decimoctava parte de un alfiler”. Meros sirvientes de alguna máquina de una descripción dada; meras partes de carne y hueso

de alguna inmensa maquinaria; sin tener idea de cómo y por qué la maquinaria realiza sus movimientos rítmicos.

–PETER KROPOTKIN,
Campos, fábricas y talleres

La anarquía es la filosofía política de los artesanos y agricultores cualificados que no necesitan un jefe; de los hombres que desempeñan ocupaciones peligrosas, como los mineros, los leñadores o los exploradores, que aprenden a confiar en sí mismos y en los demás; de los aristócratas que pueden permitirse el lujo de ser idealistas y que saben lo que se esconde tras las exhibiciones de poder; de los artistas y científicos que respetan los hechos, pero no son tímidos a la hora de inventar algo que se les ocurra. Kropotkin era todo eso.

–Paul Goodman

El restaurante donde trabaja Brad está en el corazón de un distrito que el mapa identifica como The Fan (El abanico), obviamente llamado así por la forma del mismo. Con el pequeño parque frente a la oficina de Rachel como punto de

apoyo, varias calles se abren en abanico hacia el oeste durante unas veinte manzanas hasta un ancho de ocho manzanas. Las avenidas sombreadas están bordeadas de hermosas residencias de dos y tres pisos construidas a principios del siglo XX. Varias tienen placas de bronce brillante que anuncian la fecha de construcción con la bendición de alguna sociedad histórica; 1897 es la fecha más antigua que veo, y tengo que sonreír para mis adentros. Incluso si no hubiera viajado en el tiempo, me parecería ligeramente cómico que una casa de cien años fuera considerada vieja. Es uno de los encantos de Estados Unidos, ser como un niño precoz que no se da cuenta de lo joven que es, porque es muy inteligente. “Cuando era muchacho”, solía introducir mis astutas observaciones sobre la vida cuando tenía doce o trece años, y sólo años después entendí por qué semejante introducción provocaba un ataque de tos entre los adultos incluso antes de poder expresar mi experimentada opinión.

Sin embargo, no hay ninguna placa en la puerta del restaurante. Es un establecimiento sencillo con una fachada sencilla. El mensaje

DESAYUNO ALMUERZO CENA
6–11 7 DÍAS

Está pintado en el cristal. De una cuerda cuelga un cartón maltratado que dice SE BUSCA AYUDA. Me dirigen a William, el dueño del restaurante, que está sentado en una mesa del

fondo con café, cigarrillos y periódico. Tiene una sonrisa desafortunada que recuerda a un perro enseñando los colmillos. No es un perro feroz, pero sí malo, posiblemente, y tonto. Es más o menos de mi tamaño, con el pelo oscuro peinado hacia atrás y asegurado con aceite, o tal vez plástico. Le digo que Brad me recomendó, pero lleva un tiempo establecer la identidad de Brad.

Por fin, se le ocurre: “Brad, Brad. ¿Te refieres al gordo cabrón del aro en la nariz?”

“Sí, lleva un anillo en la nariz”.

–Ni siquiera sabía que todavía trabajaba aquí –le dice a una mujer somnolienta que está limpiando el bar–. ¿Brad todavía trabaja aquí?

Ella responde con un tono monótono y mecánico: “Los martes y jueves almuerzamos. Los lunes y miércoles cenamos. Los domingos, brunch, cuando su banda no toca fuera de la ciudad”.

Pero mis referencias no son un problema. Como Brad prometió, la única cualificación para el trabajo parece ser la voluntad de hacerlo, pero por alguna razón William duda en contratarme. Finalmente, cuando estoy en medio de contarle la rica y variada experiencia laboral que he tenido, me doy cuenta de mi error. Él quiere a alguien que trabaje, no que piense. Además, reconoce que existe un conflicto

fundamental entre las dos cosas. Contratar a un lavaplatos inteligente sería como reclutar a un policía bondadoso.

Me pierdo deliberadamente en la frase que he empezado a escribir y sacudo la cabeza. –No hablo bien inglés –digo, presa de un ataque de estupidez. Él sonríe comprensivo. Me apoyo las palmas de las manos en el pecho y gruño patéticamente con un acento más denso que el barro–: Necesito trabajo hoy. ¿Tienes trabajo? Una vez que me limito a frases de tres palabras, empieza a tomarme en serio y a hacerme preguntas. Me las quito de encima como un caballo se quita las moscas. No, nunca he hecho esto. No, nunca he hecho eso. No tengo experiencia, no tengo referencias, no tengo coche, no tengo carnet de conducir, no tengo número de la seguridad social, no tengo teléfono, no tengo dirección, no tengo mujer, no tengo parientes, no tengo pasado, no tengo futuro, no tengo voluntad propia. –Aprendo rápido –digo–. Trabajo duro. ¿Tienes trabajo?

Ya que lo planteas así, sí. ¿Podría empezar hoy mismo? ¿Le importaría que le pagara en efectivo “para que todo sea más sencillo para todos”?

Hoy es un buen día. El efectivo es bueno. Lo que tú digas.

Le gusta cómo suena eso. “Ponte este delantal”, dice. “Sígueme”.

En la parte trasera del restaurante hay una pequeña habitación sin ventanas con una puerta abierta que da al callejón. Una puerta con mosquiteros combados simula mantener alejadas a las moscas. Al lado de un fregadero con un rociador colgando sobre él, se encuentra una gran caja de metal brillante. Este es el lavavajillas. Sería más apropiado describirme como el ayudante del lavavajillas. Saco los platos sucios de los recipientes de plástico, echo los montones de comida desperdiciada en un gran cilindro de plástico y cargo los platos en rejillas (de plástico, por supuesto: un tipo para platos, otro para vasos y tazas). Luego los rocío con agua, los deslizo dentro de la caja, cierro la puerta, pulso un botón, los saco humeantes y los apilo. Los cubiertos se acumulan en un canal de líquido azul hasta que hay suficiente para llenar su propia rejilla. Debo tener cuidado de que los cubiertos no terminen en la basura. De vez en cuando, “cuando el agua del lavado se ve asquerosa”, abro un deflector y escurro el agua. Mientras se vacía el agua, me apoyo en el fregadero y observo a través de la puerta con mosquitera a mis compañeros de trabajo, que fuman en el callejón y hablan de lo que van a hacer más tarde o de lo que hicieron anoche. No puedo oír lo que dicen por el rugido de un extractor de aire en la pared que está encima de mi cabeza. Cuando el lavavajillas está vacío, rocío el depósito, cierro el deflector, dejo correr el agua fresca, vuelvo a las tinajas y al fregadero y sigo lavando. Un compañero de trabajo ha dejado una mascota en forma de rana de plástico en una soga que cuelga del resorte que

mantiene en alto la manguera del rociador. Baila ante mis ojos mientras trabajo.

Al principio nadie me habla. Los camareros van y vienen trayendo tarros de platos sucios, cargando estantes de platos limpios, haciendo rodar cubos llenos de basura, dejándome los vacíos para que los llene. Una camarera llamada Deidre me pregunta si hablo inglés, y cuando le digo que sí, me pide que por favor, por favor, por favor, por favor guarde comida para su perro, así que lleno varios platos con tocino, salchichas, huevos, magdalenas, huesos de bistec y patatas. Cuando termina el desayuno, mete todo en una bolsa de plástico y me da las gracias efusivamente. Me presenta a todos, diciendo que soy un tipo espléndido. Ser ruso parece otorgarme una celebridad más allá de la simple curiosidad hacia el extranjero que esperaría. Todo el mundo se sorprende cuando Deidre anuncia con un gesto dramático: “¡Peter es de *Rusia!*”. Algunos lo consideran “genial”. No puedo imaginar por qué.

Un bolígrafo que rescaté mientras excavaba en busca de cubiertos escribe perfectamente bien y lo uso para completar la solicitud de la RIAA para el servicio voluntario mientras como mi propio plato de tocino, salchichas, huevos y magdalenas recién hechos preparados por Pierce, el cocinero. Pierce también es músico y un conocido de Brad. Me habla de música mientras como. Siempre hay música sonando y responde a mis preguntas extensamente, identificando los diferentes instrumentos exóticos (guitarras

eléctricas, sintetizadores, cajas de ritmos) y comentando sobre la música o los músicos o ambos. Es bastante selectivo. De la docena de canciones que suenan durante nuestra conversación, solo encuentra dos dignas de elogio. Deduzco que existe algún tipo de rivalidad entre su grupo musical y el de Brad, pero mi total ignorancia de lo que está hablando me permite el lujo de una feliz neutralidad.

Improviso libremente la solicitud. Ahora que tengo un trabajo y una caña de pescar, tal vez mis otros defectos pasen desapercibidos. En cuanto a la experiencia docente, hago pasar las prisiones rusas y francesas por universidades, y eso son todas las prisiones: universidades del delito mantenidas por el Estado. En cuanto a la experiencia laboral, digo la verdad (fui escritor científico independiente y enumero algunas de mis publicaciones), pero debo mentir sobre las fechas. Tres referencias personales plantean un problema, pero como sólo conozco el nombre y apellido de ocho personas en el mundo actual, no es difícil acotar el campo. No tengo en cuenta a Buddy Showalter. Tengo el nombre de Earl Hollander, pero no la dirección. Me quedo con Alicia, Chris y Mike, y dejo fuera a Brad, Dave y a la propia Rachel. Considero la inclusión de Rachel, pero temo que no le parezca divertido. Cuando le pregunto a Pierce el apellido de William para poder nombrarlo como mi empleador, Pierce me dice que escriba en su lugar a Doris Bates, la mujer somnolienta. –William es un idiota –me

informa-. Doris está bien. Ella es la que realmente dirige el lugar.

Trabajo durante el almuerzo hasta media tarde, cuando Doris me llama a la entrada y nos sentamos en un par de taburetes en la barra. Enciende un cigarrillo con el mismo cansancio que pone en todas sus acciones y me entrega un sobre sin sellar con mi nombre. Miro dentro y encuentro dinero. “Normalmente, el día de pago es el sábado, pero pensé que podrías querer el dinero de hoy. ¿Cuánto trabajo quieres?”

Me lo planteo. Tengo mucho que aprender. Ya tengo miles de preguntas sin respuesta. No puedo malgastar todo mi tiempo trabajando por dinero. “Trabajar cuatro días”.

“¿Puedes trabajar los fines de semana, sábado y domingo?”

“Sábado, no domingo.”

“¿Qué tal el sábado de once a once; miércoles, jueves y viernes de siete a dos?”

–Eso está bien. –Abro el sobre y cuento mi sueldo mientras ella escribe mi horario en un papel.

“¿Está bien el dinero?”

“Es dinero”, digo.

Es media tarde y me dirijo al este, hacia la RIAA, con tiempo de sobra para llegar antes de que cierre. Cae una lluvia ligera y brumosa. Tal vez ayude a quitarme el olor a comida y jabón de la ropa, pero imagino que haría falta un chaparrón para conseguirlo. El delantal que me dieron (uno por turno, poco más que una toalla con cordones) dejó de ser eficaz en la primera hora, y dejé el empapado a un lado después de dos. Obviamente necesitaré más ropa para trabajar, tal vez algo de plástico o un traje de buceo. Aunque salga el sol, esta ropa seguirá mojada mañana. Tengo los zapatos y los calcetines empapados y me duelen los pies por estar plantado en el mismo sitio durante casi ocho horas. También tengo la columna rígida y dolorida, y puedo sentir cada músculo dolorido de mis hombros. Hacía años que no me sentía tan bien. Mucho mejor los dolores del joven por su trabajo honesto que la sombría asistencia del anciano a la implacable decadencia y derrumbe de su hogar de toda la vida.

Mejor aún, ya terminé mi trabajo del día y me siento delicioso al caminar, al moverme, al estar al aire libre, asimilándolo todo. Creo que con estos pulmones podría caminar alrededor del mundo sin toser ni una vez. Respiro profundamente y no quiero sentirlo, pero lo hago: *gratitud*, hacia Anchee, como Adán en el Edén, supongo, el primer miserable en deuda con su Amo, no un mito que desee emular. Pero ¿cuál es la alternativa? ¿Ingratitud? ¿Te maldigo por darme la vida? No, es cuando las cosas pasan a

la obediencia, entre Amo y esclavo, cuando la historia se vuelve amarga para mí. Si me pusieran en el Jardín, no necesitarían ninguna serpiente para convencerme; comería la fruta de inmediato. “Desobedecería” para negar que la categoría tuviera alguna relevancia en mis tratos con cualquiera que pretendiera ser mi amigo. Hasta ahora, Anchee solo ha fallado en ser considerado y ha mostrado un gusto por lo enigmático; él no ha intentado darme órdenes.

Hay poca gente a pie y, lo más curioso, la mayoría corre, algunos vestidos como si fueran a una competición de atletismo. Al principio, pienso que debe haber alguna carrera de campo a través en la zona, pero los corredores pasan en todas direcciones, con bastante independencia, al parecer. Por lo general, tienen un aspecto decidido, casi motivado, pero no puedo imaginarme qué es lo que hacen.

Pero los peatones, lentos o rápidos, somos mucho menos numerosos que los automóviles. Los automóviles se alinean en las calles a ambos lados, estacionados uno al lado del otro hasta donde alcanza la vista en todas y cada una de las calles. Pasan a velocidades increíbles, sus neumáticos anchos silbando ruidosamente sobre la carretera mojada. Aprendo rápidamente que soy prácticamente invisible para los conductores de estos vehículos, y cruzo las calles anchas con la máxima precaución. Ahora que estoy en el corazón de la zona residencial, parece que soy la única alma a pie.

La lluvia ligera cesa y el aire casi inmediatamente se vuelve más caliente, más denso, más pesado. Mi ropa empapada parece perfecta. Las plantas y las flores en los pequeños jardines delanteros crecen como si estuvieran en un invernadero. Mientras acomodo mi mochila, una brisa muy suave sopla en mi espalda y agradezco el frío húmedo en la camisa. El día ha ido bien, creo, tan bien como se puede esperar. Si tomo las cosas paso a paso, todo irá bien.

Finalmente, veo a otra persona caminando: una joven que se acerca acompañada de un vivaz perro de magnífico pelaje blanco. El perro la arrastra como si fuera un esquimal que se desliza por el hielo en trineo, en lugar de alguien cuyos esfuerzos se consumen en un intento infructuoso de frenar su avance. Siempre me han gustado los perros, criaturas tan sociables, y este se siente irresistiblemente atraído por el hombre sonriente que huele a plato de chuletas. Mientras le rasco su enorme cabeza peluda e intento intercambiar un saludo con su compañero humano, se encarga de lamerme unos restos que tengo en el muslo derecho. La mujer lo aparta con mucha dificultad, con su gran lengua colgando ansiosamente. Su nombre –lo repite con todo tipo de inflexiones, desde la severidad hasta la súplica– es Brutus.

Cierro los ojos, imagino a Sophie aquí a mi lado, compartiendo esta comedia, y puedo oír su risa ronca, siento su mano apretando la mía. En nuestra vida anterior, la mujer, el perro y los pantalones de buen gusto habrían encontrado un lugar en nuestra antología personal de

cuentos cómicos –inéditos, no hablados, tal vez incluso ininteligibles para otros– como un lenguaje secreto, un mundo secreto propio. Me imagino a nosotros en alguna pelea juguetona en nuestros días de juventud, ella gritando con fingida alarma: ¡Bruto! ¡Bruto! ¡Deja eso de una vez! Me río a carcajadas aquí y ahora, imaginándolo. Nuestros momentos más íntimos estaban llenos de tanta extravagancia. La edad, la enfermedad y las esperanzas frustradas hicieron que esa alegría fuera escasa en los últimos años.

¿Me extrañas?, pregunta ella.

“Terriblemente”, digo en voz alta.

Y ella se va.

La ilusión se derrumba, dejando tras de sí un vacío terrible. Mi pecho se encoge y me detengo tambaleándome, con los ojos muy abiertos. Sophie se ha ido. *La dejé*, dejé a todos, para venir aquí. *La dejé*.

¿Cuándo en el futuro?, le pregunté a Anchee. ¿En tu época?

No, no tanto, dijo. No es posible adaptarse.

Quizás esto sea demasiado. Quizás no pueda adaptarme a esta vida. Quizás no quiera adaptarme. ¿Qué hago entonces? ¿Qué otra opción tengo?

Me siento en el muro bajo de un jardín y miro la calle, sintiéndome más solo que nunca en mi vida. En mi antigua vida, me recuerdo. Esta es joven todavía. Miro mis manos, ahora arrugadas y pálidas por haber estado en el agua todo el día. Todavía no me he acostumbrado a ellas, tan jóvenes y fuertes que me asustan. Las miro sólo porque tengo que hacerlo. Evito los espejos, llenos de Pedro mirándome de joven. Hace que el presente parezca un recuerdo, como si yo no existiera en este momento, de modo que tengo miedo, casi literalmente, de mi propia sombra.

Otro corredor pasa a toda velocidad y me sobresalto como un conejo asustado. ¿Adónde vas? ¿Dónde está el fuego? Quiero llamarlo, pero solo lo veo alejarse por la larga calle: un hombre, de unos cincuenta o sesenta años, corriendo de un lado a otro con poco más que unos calzoncillos de boxeador en una misión misteriosa. A mi lado, plantado en un macizo de tulipanes que habría costado una fortuna en mi época, hay un cartel azul hexagonal que dice: ASEGURADO POR ADT. ¿Dónde diablos estoy? ¿Qué creo que estoy haciendo?

Pasé de ser un viejo sabio a un joven tonto en un abrir y cerrar de ojos. Había cierta libertad que disfrutaba al ser el viejo loco enfermo. Algunos pensaban que era valiente por enfrentarme a Lenin y sus métodos bárbaros (yo era un anciano débil), pero ¿qué podría haberme hecho que un fuerte viento o simplemente el paso de un día más no pudieran lograr? ¿Por qué se molestaría? Ahora, joven y en

forma, hablo como un simplón para ganarme el favor de (¿cómo lo llamó Pierce?) un imbécil, por el privilegio de revolcarme en su basura. Comencé esta vida lanzándome como Bruto por el mero aroma de la vida.

¡Aquí, muchacho! ¡Ven a buscarlo! Saco el reloj del bolsillo, saco el cuadradito de plástico que hay dentro, lo sostengo a la luz y miro con los ojos entrecerrados el minúsculo texto: un mensaje para el prisionero. ¿Qué dice?, me pregunto. ¿Me dice dónde están apostados los guardias? ¿Me dice quién es un espía? ¿Está escrito en un lenguaje sencillo o en código? ¿Me dice dónde debo hacer un túnel para llegar a una vida diferente? ¿Dice la verdad o miente? ¿Me dice que no coma del Árbol de la Vida? Es demasiado tarde para el Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal.

–Aprendo rápido –digo, burlándome de mí mismo–. Trabajo duro. ¿Para qué? ¿Qué estoy haciendo aquí? Ahora que he salvado mi miserable pellejo –por pálido y arrugado que esté en este momento– ¿para qué se supone que debo poner estas manecillas? Miro con el ceño fruncido el cuadrado de plástico. No es lo que me han ordenado hacer. Guardo el cuadrado de plástico y sopeso el reloj en mi mano. ¿Por qué esto? ¿Por qué yo, en realidad? ¿Qué interés tiene él en esta, mi nueva vida? ¿Hasta qué punto esta vida no es la mía?

Miro hacia arriba y hacia abajo de la calle. En la esquina hay una alcantarilla. Considero arrojar el reloj por ella y emprender la marcha solo hacia algún lugar que yo elija.

Un automóvil se detiene en la calle justo frente a mí y miro hacia él. Debo de tener un aspecto extraño, en una encrucijada imaginaria, sosteniendo un reloj como si fuera una pelota de béisbol. El conductor se asoma por la ventanilla y sonrío. “¿Estás bien?”, pregunta. “¿Quieres que te lleve?”.

Es un tipo de aspecto corriente, pecoso, de mediana edad, probablemente no demasiado próspero. Su coche es más viejo, más oxidado, un poco más ruidoso que la mayoría. Parece que hay algo auspicioso en su llegada en este momento que me levanta el ánimo. Me guardo el reloj en el bolsillo, cruzo la calle y me subo a su coche. El interior huele a aceite de máquina y a cigarrillos. –Tim Binder –dice–. Te estrecharía la mano, pero soy mecánico. –Levanta una mano maltrecha y sucia. Sus dedos tiemblan ligeramente.

–Soy Pedro Kropotkin –digo.

–Encantado de conocerte –dice sin mirarme y comenzamos a caminar por la calle.

–Tuve suerte de que vinieras –le digo.

–Sí –dice, con los ojos fijos en la carretera, y me pregunto por qué alguien tan poco sociable se detendría y se ofrecería

a llevarme. Ya hemos recorrido al menos cuatro o cinco cuadras y todavía no me ha preguntado a dónde voy, aunque parece tener la mente puesta en algún destino que tenemos por delante. Se da cuenta de que lo estoy mirando y me dedica una sonrisa nerviosa-. Llegaremos en un santiamén.

Siento un nudo en el estómago. –Puedes dejarme salir en la siguiente esquina –le digo.

“Pero faltan sólo unas cuantas cuadras para llegar a la catedral”.

“No dije que fuera a la catedral. Cualquier lugar aquí está bien”.

“Pero estamos muy cerca”.

Empiezo a buscar el pestillo de la puerta, listo para saltar si logro abrir la maldita cosa, pero él se desvía hacia la acera y se detiene. Encuentro el mecanismo de apertura y abro la puerta de golpe.

“No te vayas, por favor”, dice. “Me vendrían muy bien esos cien dólares. Hice todo tal y como me dijo”.

Me quedo paralizado. “¿De qué estás hablando? ¿Quién lo dijo?”

–¿No lo sabes? Un tipo entró en la tienda. Me dijo que tendría que llevarte a la catedral y que si te llevaba allí me

daría cien dólares. Me dijo cómo eras, qué ropa llevarías puesta, la hora y el lugar. Eso fue todo. Me dijo que no necesitaba saber nada más que eso y me juró que no era nada ilegal. Pero me dijo que tenía que llevarte hasta allí o no conseguiría nada.

“¿Cuándo te contrató?”

–Ayer por la mañana. De todos modos, paso por aquí todos los días a esta hora. Fue como si me pagaran por conducir hasta casa. Te juro que no quise causarte problemas ni nada. Pensé que era amigo tuyo.

Un amigo ocupado, al parecer. Un amigo que sabe lo que voy a hacer antes de que lo haga, sabe qué ropa usaré antes de que la compre, sabe a dónde quiere que vaya y cuándo. Mi amigo el mago. “¿Te describió esta ropa?”

–Sí, señor. Dijo que estarían mojadas y sucias. Por eso puse una toalla en el asiento.

Debajo de mí hay una toalla verde de felpa. –Gracias –digo. Distraídamente, me toco el lugar que a Brutus le pareció tan intrigante–. ¿Qué aspecto tenía ese tipo?

“Un chico negro joven, alto, guapo, como una estrella de cine o algo así. Tiene una forma extraña de hablar, como si fuera de otro país”.

He estado en varias cárceles, pero nunca me he sentido tan completamente atrapado como ahora: me han colocado en una vida que otro ha ideado, de modo que el simple hecho de estar vivo es estar preso sin posibilidad de escapar. Me recuesto en el asiento y cierro la puerta. Tengo que averiguar qué tiene de tan malditamente importante que complete esta peregrinación. La única forma en que puedo entender el juego al que juega Anchee es seguirle el juego, al menos por un tiempo. –Muy bien, Tim Binder. Llévame a la catedral. No quisiera interponerme entre tú y cien dólares.

Tim no necesita una segunda invitación y nos ponemos en marcha de nuevo. Se contenta con no hablar de nuestro negocio, sea cual sea, probablemente pensando, con razón, que cuanto menos sepa, mejor. No tengo motivos para dudar del señor Binder. Parece el jornalero que se presenta como tal. Es su jefe el que me preocupa, una preocupación que crece cuanto más nos acercamos a la universidad, y hay más gente en la calle, cualquiera de ellos contratado, tal vez, para desempeñar algún papel en mi vida, según Anchee: ¿Ves al tipo barbudo de allí? Ve a cantarle un aria, ¿quieres? Aquí tienes un arco y una flecha. Dispara a esta manzana que tiene en la cabeza. Le ha dado un mordisco, ¿entiendes?, y debe ser castigado.

Tengo que encontrarlo, hablar con él cara a cara, poner fin a esta tontería. Me ofreció una vida, no un papel en una obra barata de teatro. “No creo que mi amigo quisiera que

supiera que me estaba haciendo este favor”, le digo a Tim. “No le diré que revelaste su secreto si no lo haces”.

“Por mí está bien”, dice.

Se detiene frente a la catedral y yo abro la puerta. –Por cierto, ¿dónde se supone que vas a conseguir el dinero?

“Aquí, supongo.”

–¿Se supone que te reunirás con él aquí? –pregunto, pensando que es demasiado fácil.

–No. Dijo que me lo darías, que estaría en un sobre en tu bolsillo. –Señala con cautela el sobre de mi sueldo, que sobresale del bolsillo de mi camisa.

Siento un hormigueo en la nuca cuando saco el sobre, lo abro y miro dentro. Además de mi paga, hay cinco billetes nuevos de veinte dólares que no estaban allí hace media hora cuando conté este dinero. Con dedos temblorosos, los saco y se los entrego a Tim. –Gracias por traerme –digo, y salgo del automóvil. Dudo antes de cerrar la puerta–. No se supone que vuelvas a verlo, ¿verdad?

–Dijo que nunca volvería a verlo. Me lo dijo con insistencia porque me dijo que me lo preguntarías. ¿Cómo crees que lo sabía?

“Es solo una suposición, pero diría que ya hemos hecho este recorrido en alguna otra ocasión”.

“No lo recuerdo.”

“Era un universo diferente, al parecer. ¿Te dijo si volvería a verme? “

–No, no dijo ni una palabra sobre eso.

Cierro la puerta con suavidad y él se aleja, acelerando rápidamente, contento de haber terminado conmigo, supongo. Sigo de pie en la calle, mirando fijamente un coche que está fuera de la vista. Miro hacia otro lado y veo a un policía en el parque observándome. Me doy la vuelta y subo al bordillo, y allí está Rachel, viniendo hacia mí. Sus ojos se iluminan al reconocermme, sonrío, y me siento a la vez encantado y horrorizado. Ella debe ser la razón por la que Anchee me ha llevado a este lugar, a este momento.

Capítulo VI

AVENIDA TEXAS 1789

En realidad, se trata de una de dos cosas: o bien las concepciones morales del hombre no son más que el desarrollo ulterior de los hábitos morales de ayuda mutua, que son tan generalmente inherentes a los animales sociales que pueden ser llamados una ley de la naturaleza; y en ese caso, nuestras concepciones morales, en la medida en que son el producto de la razón, no son más que la conclusión a la que llega el hombre a partir de la observación de la naturaleza, y en la medida en que son el producto de la costumbre y el instinto, constituyen un desarrollo ulterior de los instintos y hábitos inherentes a los animales sociales; o bien nuestras

concepciones morales son revelaciones de lo alto, y todas las investigaciones ulteriores de la moralidad se convierten en meras interpretaciones de la voluntad divina.

–PETER KROPOTKIN, *Ética*

–Señor Kropotkin, ¿es usted? ¿Está bien? Tiene un aspecto horrible.

Quiero decirle: soy horrible, espantoso. Hay que evitarme a toda costa. Sea lo que sea lo que estés pensando hacer, haz lo contrario. Ignora mi existencia. Alguien de un futuro lejano ha planeado que nos encontremos. ¡Corre para salvar tu vida!

Quiero contarle todo esto, pero no puedo, porque, a pesar de todo, me alegro mucho de verla. “Estoy bien, gracias. Iba a verte. A traerte esto”. Le entrego mi solicitud, algo húmeda y arrugada por su estancia en mi mochila.

Observo su cabeza mientras echa un vistazo rápido a la solicitud y me la devuelve, y me pregunto: ¿Lo sabe ella? ¿Es ella también una espía en mi vida? Mis instintos me dicen que no lo es, tal vez sólo porque quiero que me engañen. Mis instintos no se han expresado con tanta fuerza en mucho tiempo.

–Estaba saliendo de la oficina –dice–. Si le das esto a Nancy en la recepción, ella se asegurará de que lo reciba. Me pondré en contacto contigo después de haber tenido la oportunidad de revisarlo. Mi decepción es como una piedra que se hunde en mi interior. Ella mira hacia otro lado, claramente queriendo irse.

En mi estado mental actual debo parecer un loco, y desde luego me siento como tal, y además muy sucio. Debería marcharme y tirar esta solicitud que ella no quiere de todos modos y el maldito reloj de Anchee a la papelería más cercana. Ese sería un final apropiado para La aventura del anarquista secuestrado: Anchee me trae aquí con una torpe artimaña, como si la vida misma dependiera de este encuentro, y yo saboteo todo el asunto, como Huckleberry Finn, simplemente permitiendo que la corriente me arrastre río abajo.

Pero no puedo decidirme a despedirme de ella y marcharme. Eso sería una derrota insoportable. “¿Cómo te pondrás en contacto conmigo?”, pregunto.

Se toca la frente con las yemas de los dedos. “Ah, es cierto. No tienes teléfono. ¿Podrías venir el lunes?”

–La clase empieza el domingo, ¿no? Tal vez podría acompañarte y tú podrías revisar la solicitud y yo podría responder cualquier pregunta que puedas tener. Por cierto, ahora tengo un trabajo. Acabo de salir del trabajo. –Hago un

gesto hacia los Pantalones de Buen Gusto en tono de disculpa-. Como puedes ver. -Frunzo el ceño con exagerado disgusto y ella sonríe ante mis payasadas, aunque sospecho que est  tratando de no hacerlo.

“ Qu  tipo de trabajo haces?”, pregunta ella.

“Es realmente muy estimulante. No muy lejos de aquí hay un estanque de ranas donde una banda de glotones derrochadores arroja enormes cantidades de basura. Mi trabajo es zambullirme, completamente vestido, como puedes ver, y rescatar los platos y los cubiertos y llevarlos a la orilla sanos y salvos. Es un trabajo maravilloso, en verdad. Me saca al mundo, haciendo mi parte. Me mantiene en forma”. Me pongo de puntillas y saco pecho como un salvavidas acicalado. No puedo detenerme. Deseo desesperadamente encantar a esta mujer, aunque no parezca una decisión inteligente. Cuando me recompensa con una risa, la sabiduría se desvanece.

- Est s lavando platos? -dice, poniéndome una mano reconfortante en el brazo-. Estoy segura de que será solo temporal.

-No lo s . Es un estanque bastante grande. -Nuestras miradas se encuentran, ella retira la mano y mira hacia otro lado-. Pero lo siento -le digo-. Ibas a algún lado y te estoy reteniendo. Doy un paso hacia atrás y casi me caigo.

Cuando me rescata agarrándome del brazo y he conseguido enderezarme, reconoce por primera vez en la mirada que me dirige que soy un hombre que se siente claramente atraído por ella; lo reconoce pero se arrepiente, tal vez muy profundamente, pero se arrepiente de todos modos. Probablemente en este punto tendría que empujarme delante de un automóvil a toda velocidad para librarse de mí.

Ella da un paso atrás, poniendo un poco de distancia entre nosotros, mientras yo todavía me tambaleo en la acera. “En realidad”, dice, “voy a ir a un puesto de comida que está junto a la biblioteca. Me perdí el almuerzo y tengo que quedarme hasta tarde para reunirme con una nueva familia cubana. Esta es mi única oportunidad de comer algo. Puedes caminar conmigo si quieres y puedo revisar tu solicitud. ¿Qué te parece?”

–Eso sería maravilloso. –Le ofrezco el brazo, pero ella me quita la solicitud de la mano. Está muy seria, lee mientras camina. No comenta la falta de dirección, pero sí comenta con aprobación el resto–. ¿Escribiste para *Nature*? Estoy impresionada... Todos esos idiomas... The Geographic Society. –Pero cuando llega a cuestiones más delicadas, su tono se vuelve cauteloso–. Esas referencias... Chris Billings y Alicia Cykowski son tus útiles asistentes de vuelo... pero ¿quién es Mike Cole?

“Es uno de los tres jóvenes que conocí en el aeropuerto. Me pareció el más inteligente y responsable. Son estudiantes universitarios, músicos”.

“¿Los conociste ayer compartiendo limusina?”

“Así es.”

“¿Fue Mike quien te habló de tu trabajo?”

–No, ese era Brad.

“Me sorprende que no me hayas usado como referencia”.

“Lo pensé, pero temía que no te pareciera divertido”.

Ella hace una mueca. “¿Parezco tan severa? Lo siento. Es este trabajo”. No explica lo que quiere decir, pero parece arrepentida. Creo que le gusto. Pero... Hay un “pero”, bastante claro. Sea lo que sea, no puede ser más desagradable que la verdad: un lunático fugitivo de otra época aparece en tu vida y se encapricha terriblemente de ti.

Ahora que ha terminado de leer la solicitud, acelera el paso y el silencio se hace más intenso. Cuando el carrito de comida está a la vista, agita mi solicitud en el aire y dice con cierta fuerza: “Creo que es un terrible desperdicio que un hombre con tus habilidades esté lavando platos. Hablaré con

el especialista en empleo, de manera informal, por supuesto, y veré si se le ocurre algo mejor”.

No sé si está intentando distraerme o distraerse a sí misma con este *non sequitur*⁵. Dejo de caminar. –Pero no quiero algo “mejor”. –Se detiene un paso y medio más adelante y se da la vuelta–. Quiero ser lavaplatos. Quiero nadar en el estanque. Lo entiendo. No se me escapan las sutilezas. Salgo de la basura, me lavo, me cambio de ropa y mi vida es mía. Puedo pasar mi tiempo aprendiendo cosas más importantes. Sé que soy raro, que no soy como los demás. He estado fuera mucho tiempo en un lugar muy remoto. Necesito ponerme al día. Si tengo un trabajo “mejor”, correré más rápido, pero nunca podré ponerme al día. ¿Entiendes?

No tenía intención de dejarme llevar tanto. Ella me está mirando con mucha atención. “Más de lo que te puedas imaginar”, dice, luego sonrío y sacude la cabeza, señalando mi ropa. “¿Y ahora cuándo llega la parte de lavarse y cambiarse de ropa?”

Ambos nos reímos. “Tenía miedo de no verte si me tomaba el tiempo de lavarme y cambiarme antes de venir aquí. Sabía que la clase empieza el domingo y no quería perderte”.

⁵ En lógica, *non sequitur* (del latín «no se sigue») es un argumento en el cual la conclusión no se deduce (no se sigue) de las premisas. En sentido amplio, se aplica a cualquier razonamiento inconsecuente o inválido, es decir, toda falacia es un *non sequitur*.

En realidad, la habría extrañado si Anchee no hubiera intervenido. Estaba a punto de darme la vuelta y dirigirme hacia otro lado, a algún lugar fuera de la ciudad, un lugar de mi propia elección, un lugar lejos de ella, hacia el pasado, hacia mis recuerdos, hacia cualquier lugar menos aquí. A pesar de mí mismo, a pesar de todo el sentido común, me alegro de no haberlo hecho. En esta vida, no tengo pasado.

Hemos llegado al puesto de comida. La mujer que sirve la comida se promociona tanto como el envoltorio del pan, con una charla constante que suena casi religiosa. La palabra “orgánico” aparece una y otra vez, pero con un significado indeterminado que no puedo descifrar. Mientras Rachel soporta el sermón estoicamente, yo observo su llamativo perfil. Parece claro que Anchee quiere que lleve a cabo mi intención de visitar a esta mujer, llegando incluso a pedirle ayuda al señor Binder. No puedo imaginarme por qué, y me rebelaría con cada fibra de mi ser contra la manipulación, si no estuviera tan prendado de ella, si no sintiera tanta curiosidad por descubrir qué sucede a continuación.

Cuando ella come, nos sentamos en una mesa al aire libre y le permito que coma en privado mientras observo a los estudiantes que van y vienen. El día todavía es cálido y muchos de ellos no llevan mucha ropa, como la gente de las revistas. De alguna manera, supuse que la gente corriente sería más modesta. Me resulta un poco desconcertante, aunque a Rachel no parece importarle. Sin embargo, si dejamos de lado esas diferencias superficiales, estos podrían

ser estudiantes de San Petersburgo o de Zurich hace un siglo y medio. Excepto por el número de mujeres, por supuesto, y de negros. En esto, sospecho, Virginia, no hace mucho, sería bastante como Rusia: un grupo de tipos que se parecen a mí.

Rachel hace una bola con el envoltorio de papel que contenía su comida y lo tira a la basura. “Lo inhalé”, dice. Coloca las yemas de los dedos sobre mi solicitud. Mi entrevista ha comenzado.

–¿Esa es la biblioteca de la universidad? –pregunto, señalando detrás de ella–. ¿Dónde se impartirá la clase?

“Sí. Nos están dejando usar una de sus salas de conferencias”.

“¿Cualquier persona puede utilizar la biblioteca o sólo estudiantes y profesores?”

“No puedes sacar nada prestado, pero puedes usar los materiales que hay allí. La biblioteca pública está a tres o cuatro cuadras al este. ¿Qué quieres investigar?”

“Todo.”

“Lo siento, no era mi intención entrometerme”.

–No, no. No quise insinuar nada de eso. Soy muy ignorante. Supongo que dirías que en política y ciencia.

También en historia. Literatura. Música... –Me río de mí mismo–. En todo.

“De alguna manera dudo de tu gran ignorancia. Pero ¿por qué quieres enseñar esta clase de inglés como segundo idioma cuando tienes tanto que aprender tú mismo?”

“Les ayudaré a aprender inglés. Ellos me ayudarán a aprender todo lo demás. No darán por sentado nada como lo harían las personas que han vivido aquí toda su vida”.

Ella sonríe, me mira, creo que con aprobación, y luego vuelve a mirar la solicitud, pero en realidad no lee nada. Suspira. Tiene un trabajo que hacer, por desgracia, deberes desagradables que cumplir: “¿Tiene usted un lugar donde vivir, señor Kropotkin?”

“Un lugar muy bonito, en realidad. Hermoso. Hay mucho aire fresco. Incluso conocí a uno de mis vecinos, uno de los humanos, quiero decir. Le compré una caña de pescar”.

–Señor Kropotkin, debería tener mucho cuidado ahí abajo.

“¿Estaría más seguro y más saludable en el refugio del que hablaste?”

–Pues no, probablemente no. Pero no estarías infringiendo la ley.

–La ley es lo que menos me preocupa, sobre todo si es tan estúpida. Soy tan cuidadoso como puedo, señorita Pederson. Cuando tenga suficiente dinero, buscaré una habitación barata. ¿Cuánto cuesta una habitación barata, diría usted? –Me temo que mi tono es un poco combativo, pero quiero acabar con esa suposición de que anhele un trabajo mejor o una vivienda mejor.

“Prefiero a la señora”, dice ella.

“¿Disculpe?”

“Me llamaste '*señorita* Pederson'. Prefiero que me llamen *Sra.* Pederson”.

–Prefiero que me llamen Peter, señorita Pederson. ¿Qué le parece? ¿Cuánto me costaría una habitación?

Ella sonríe cálidamente, supongo que por mi insistencia. –Muy bien, Peter. ¿Una en el que se pueda vivir, más o menos seguro? Trescientos dólares al mes, por lo menos, supongo. Tal vez con electricidad incluida, tal vez no.

“¿Algunas no tienen electricidad?”

–No, me refería a... –Me mira con curiosidad y parece perder el hilo de sus pensamientos–. Lo siento. No es mi intención... Solo estoy preocupada, eso es todo.

–No se preocupe por mí. Puedo ahorrar trescientos dólares en un par de semanas más o menos. No tengo prisa, para ser sincero. Mientras el clima sea tan templado, me gusta estar donde estoy. Como prometió, no me ha decepcionado en lo más mínimo. Creo que usted también expresó su afición por el río, señorita Pederson.

“Sí, sí lo hice.”

“El domingo tengo todo el día libre en el trabajo; lo aproveché por la clase. Tenía pensado explorar Belle Isle por la mañana. ¿La conocías?”

–Sí, es muy bonito. –Mira hacia otro lado. Sabe adónde quiero llegar.

Voy allí de todos modos. “¿Sería tan amable de acompañarme a una excursión el domingo por la mañana?”

Ella me mira extrañada. “¿Dónde aprendió a hablar inglés, señor... Peter?”

“¿Me expresé mal?”

–No, no, para nada. Tienes un estilo propio, un poco anticuado, supongo. ¿Eres anticuado?

–Siempre me he considerado un radical, un radical de la vieja escuela. –Se ríe y me sonrío. No hay duda de que le gusto.

–¿El domingo, entonces? –pregunto, sorprendiéndome a mí mismo esta vez. Pero ¿qué tengo que perder?

–Pareces un hombre muy agradable, Peter, pero no puedo salir con un cliente.

–Pero yo no soy un cliente. Ayer dijiste que no había nada que pudieras hacer por mí, y acabo de rechazar tu amable oferta de buscar un trabajo mejor en mi nombre. Deduzco por tu tono dubitativo que incluso mi condición de voluntario es muy poco probable, si no imposible. Así que no tenemos ninguna relación profesional y compartimos una afición por los ríos. Y no conozco a nadie en esta ciudad excepto los nombres que aparecen en ese papel, casi desconocidos, como sabes.

Su angustia es manifiesta, tiene los labios apretados y mueve la cabeza. “Lo siento, no puedo. No creo que sea una buena idea”.

“No es solo porque soy 'un cliente', ¿verdad? ¿Puedo preguntar qué hace que no sea 'una buena idea'?”

Ella suspira. “Pareces... no sé cómo decirlo. Pareces... no sé... tan... intenso. Tan... necesitado”. Me lanza una mirada que escruta y pide disculpas a la vez. “¿Te divorciaste hace poco, Peter?”

Me quedé atónito ante la pregunta. Sophie y yo nunca habíamos considerado semejante cosa. Me toma un

momento recordar la palabra que representa lo que soy, y más tiempo todavía decirlo. Finalmente, logro decir: “Soy viudo, señorita Pederson”.

Ella toma aire, igualmente aturdida por mi respuesta. “Lo siento mucho”, dice. “No tenía idea. ¿Cuánto tiempo ha pasado?”

La pregunta me mareo. ¿Para quién? Quiero decir. ¿Para quién? No sé cuánto tiempo me sobrevivió, me lloró. No sé cómo murió. No sé dónde está enterrada.

–¿Peter? –le pregunta Rachel con suavidad–. ¿Estás bien?

–Hace dos días –digo de golpe–. Perdí a mi esposa hace dos días. Para mí, al menos, es la verdad.

–Dios mío –susurra, tomándome las manos–. Pobre hombre.

Mi vida con Sophie pasa por mi memoria como si fuera el mosaico de la película del avión, y siento como si me cayera del cielo. No sé cómo he podido contener estos sollozos durante tanto tiempo, pero no puedo detenerlos ahora que han comenzado. Rachel sigue agarrando mis manos, apretándolas con fuerza. –Adelante, llora –susurra–. Está bien, Peter. Solo sigue llorando.

No tengo más remedio que obedecer.

Cuando termino de llorar, veo las cosas con más claridad, para mi vergüenza. Si tan solo las hubiera visto antes de descartar el “¿Alguna pregunta?” de Anchee con un rotundo ¡No!

Sophie era muy joven cuando la conocí y me enamoré de ella, aunque, como solíamos decir, ella era mayor para sus años y yo era joven para los míos. Cuando nos casamos, tuvimos muchas discusiones en el sentido de que la diferencia de catorce años entre nosotros no tenía ninguna importancia, aunque misteriosamente seguimos hablando de ello durante muchos años. Pero de alguna manera, aun así, envejecimos juntos. Siempre juntos. Incluso cuando estaba en prisión en Clairvaux, ella sacrificó su salud y sus estudios para estar cerca de mí, visitándome a diario. Esas visitas, creo, me salvaron la vida. Hace ya varios años que me despidió de ella, sabiendo que pronto moriría, que pronto la dejaría, ella misma envejecida y enferma. Pero ahora soy joven y estoy en forma, y ella es la que se ha ido, muerta y enterrada.

Es una amarga ironía la que mi anfitrión ha hecho de nosotros.

Él me resucitó de entre los muertos, a mí solo, pero si estamos cancelando la muerte, ¿por qué no los dos, juntos?

Sophie no tenía por qué morir.

Tal vez una palabra mía –algo así como una oración de rodillas, una sincera apelación a su sensibilidad estética– la hubiera salvado. Nunca lo sabré.

No pregunté.

He renacido, al parecer, con un pecado sobre la cabeza. Pero incluso si es cierto, como dice Anchee, que la realidad en sí no existe, que hay infinitas realidades (sembradas, sin duda, como un campo minado por su interferencia), éstas tienen tanta influencia en la conducta de mi vida como los granos de arena en el Sahara o en el otro lado de la luna. Sólo puedo abrirme camino en esta única realidad, en este único tiempo y lugar, en esta única vida. Y, por desgracia, sólo conozco una salida, y fue para evitar ese oscuro pasaje por el que tuve tanta prisa en venir aquí en primer lugar.

Estoy muerto. Seguro que puedes visitar mi tumba en algún sitio. Si quieres, puedes ponerme unas flores encima o, pensándolo mejor, puedes darle un buen uso a la tierra y plantar algo allí, lo que sea que crezca. Estoy muerto, pero no he muerto, una experiencia que estoy dispuesto a posponer indefinidamente.

Como digo, todo esto me llega durante mi largo llanto, que se hizo más largo, sin duda, por la imposibilidad de compartir una palabra de estas reflexiones con Rachel.

–¿Estás bien? –me pregunta en voz baja. Es tal su compasión por mi pérdida que se ha encariñado conmigo considerablemente, sentada a mi lado, con su brazo sobre mis hombros. Pero trato de no darle demasiada importancia. ¿Qué puede hacer, con su hombro todavía mojado por mis lágrimas? ¿Qué puede decirme, Kropotkin, deja de quejarte o te enviaremos de regreso al lugar de donde viniste?

–Me siento mucho mejor, gracias –le digo–. Lamento muchísimo haberme desmoronado así contigo. Has desperdiciado todo tu tiempo en mis problemas y seguro que te echarán de menos en tu oficina.

Ella sonríe. “Es una buena idea, pero no es probable. Si me duermo en la reunión de personal, entonces sí me extrañarán”. Me da un abrazo por los hombros y me suelta. “No te desmoronaste, lloraste. Tienes una buena razón. Pero necesito volver. Se supone que debo conocer a una nueva familia. ¿Vas a estar bien?”

“Nunca mejor.”

Ahora me mira de otra manera. Soy extraño, sin duda, pero ella ha dejado de lado mi rareza. Cree que ha visto mi esencia, el tipo de hombre que soy, y yo creo que lo ha hecho.

Cuando era muy joven, en Manchuria, pasé la tarde en compañía de cien soldados chinos que, con gran humor, me

habían ayudado a liberar una barcaza que mi incompetencia había encallado en una roca. Mientras fumábamos su tabaco y nos comunicábamos sólo por medio de mímicas, me miraban, a mí, un completo extraño en todos los sentidos, de la misma manera que Rachel me mira ahora. Yo era un joven ruso loco, sin duda, pero, lo que es más importante, era un tipo decente que había pasado por un mal momento.

–Aprecio tu amabilidad más de lo que te imaginas –le digo y, juro que no puedo evitarlo, me levanto, hago una pequeña reverencia y le ofrezco mi brazo–. ¿Quizás podría acompañarte de regreso a tu lugar de trabajo? No puedo imaginar lo que debe pensar de mí, que la perseguí justo después de la muerte de mi esposa. ¿Cómo puedo explicarle que no solo murió Sophie, sino también su esposo? Yo era mayor en ese entonces, me gustaría poder decírselo, mucho, mucho mayor. ¡Este tipo que te corteja ahora ni siquiera había nacido todavía!

Pero mis temores resultan infundados. Ella se aprieta el pecho con las manos y sonrío al ver mi brazo ofrecido como si fuera un niño precioso. “¿Qué es lo que dirías? “Me sentiría complacida y encantada si me acompañaras hasta allí”. Me imita con una habilidad encantadora, alisa faldas imaginarias mientras se levanta y toma mi brazo entre los suyos. Caminamos un trecho en silencio, cómodamente cerca, nuestras perneras de pantalones rozándose entre sí. Ella me da un apretón cariñoso en el brazo. Supongo que debería estar analizando la cadena de eventos que nos ha

traído a los dos a este momento, pero en lugar de eso me pregunto qué estará pensando y sintiendo Rachel mientras caminamos entrelazados, mientras imagino que ella se pregunta lo mismo sobre mí. Es una clase de pregunta muy agradable, y bastante libre de cadenas, aunque confieso que me enredo en ella como un gatito en una bola de lana.

Y si pudiera decirle lo que pienso, lo que siento, sería sencillamente esto: ¡estoy vivo! ¡Estoy felizmente vivo! En algunos aspectos, tal vez más vivo de lo que sería conveniente, pero no puedo hacer nada más que regocijarme por ello. Le sonrío y ella me devuelve la sonrisa, y me inunda una gran buena voluntad hacia todo el mundo, en este momento o en cualquier otro, porque creo que es una verdadera amiga. Algún día, me doy cuenta, espero contarle toda la verdad sobre mí. Algún día, trato de imaginar, ella me creerá.

Cuando nos acercamos a su oficina, ella pregunta, como si hubiéramos estado discutiendo el tema todo el tiempo: “Estás decidido a enseñar esta clase de ESL, ¿no?”

–Sí, lo estoy –respondo con entusiasmo–. Me encanta esa frase para poner el corazón en algo. El inglés es un idioma muy evocador, ¿no crees?

–Sí –dice con tristeza. Nos detenemos al pie de la escalera que lleva a su oficina. Le da la espalda y me mira, respirando profundamente. Sé lo que significa: *Solicitud denegada*.

–Tengo que ser sincera contigo –dice–. No puedo aceptar a un hombre sin hogar como profesor voluntario. Debería remitirte a otra agencia, no ponerte a trabajar en esta. –Habla en tono confidencial, aunque las únicas personas que hay por allí pasan a toda velocidad en sus coches o están sentadas en el parque, lejos del alcance auditivo. Una vez más, me pregunto si hay espías, pero el único secreto que tengo es que no tengo ni la menor idea de lo que está pasando.

Me niego a seguir el ejemplo de Rachel y hablo en un tono normal, o quizás un poco más alto. “No iré a otra agencia. No soy una persona sin hogar. Ayer estuve sin hogar, en ese avión sin un amigo en el mundo. En total, diría que me está yendo bastante bien en este momento: un trabajo, un vecino, una cena...” Nuestras miradas se cruzan. “Una amiga”.

Mantenemos la mirada unos instantes, y luego otros más antes de que pueda encontrar la voz para continuar. “Pero todas esas cosas me vinieron a la mente porque hablo el idioma. La gente de esta clase –tal vez tengan un apartamento, tal vez incluso una casa, es decir, tienen una propiedad o una hipoteca– pero cuando van a la tienda no pueden hablar con el dependiente; cuando pasan frente a un periódico, no pueden leer el titular; cuando están perdidos, no pueden preguntar por una dirección. Y cuando tienen una queja con su querido arrendador, este se encoge de hombros y se marcha, haciendo poco o ningún esfuerzo

por entender su habla extranjera, aunque les hace cumplir cada palabra del contrato que firmaron aunque no puedan leerlo. A mí me parece que están más sin hogar que yo”.

Ella me mira con atención absorta. Sacude la cabeza, con el rostro arrugado por el arrepentimiento, y suspira, pasándose las manos por el pelo corto. Me pregunto qué se sentirá al tocar su pelo...

–Lo sé, lo sé –dice–. Todo lo que dices es absolutamente cierto y serías un profesor estupendo, pero cuando entregue tu expediente, Nancy debe introducirlo en el ordenador. Cuando vea que no hay dirección, te la pedirá. Cuando le diga que no tienes, mi jefe se enterará con la misma seguridad que si hubiera puesto como tu profesión traficante de drogas o ladrón, y ahí acabará tu solicitud. Todos los expedientes, sin excepción, deben estar completos, me dirá. La beca lo exige. Tenemos informes que hacer. Lo siento. Podríamos perder nuestra financiación. Lo siento mucho, de verdad. Pero no puedo darte una clase hasta que me des una dirección. Tenemos clases que empiezan todo el ti...

–Entonces, ¿todo lo que necesitas es una dirección? ¿Un número y una calle? –No responde, se detiene a mitad de palabra, como si no entendiera la pregunta, pero luego veo en sus ojos inteligentes que entiende perfectamente y está decidiendo su próximo paso. Tomo la solicitud de su mano y mi bolígrafo del bolsillo–. ¿Puedo usar tu espalda como

escritorio? Ella duda solo un momento antes de darme la espalda. Extiendo el papel sobre sus hombros. Es delgada y fuerte; el olor de su cabello es embriagador; la proximidad de su cuello desnudo hace que mis dedos tiemblen mientras pongo la pluma sobre el papel. *1789 Texas Avenue*, escribo en la solicitud y se la entrego por encima de su hombro. –No quisiera que perdieras tu financiación –digo.

Ella lo lee y se vuelve hacia mí, su sonrisa cómplice me calienta el corazón. “*Texas Avenue* es la entrada al parque; pero *1789*, ¿qué te hizo elegir ese número?”

“Es un año.”

Ella se ríe y sacude la cabeza. “¿La Revolución Francesa?”

“Exactamente.”

“Nunca he conocido a nadie como tú, Peter.”

–Tampoco a mí me gusta usted, señorita Pederson.

“Llámame Rachel, por favor.”

–Entonces, ¿me das la clase, Rachel?

Me mira a los ojos y parece encontrar lo que busca. “Por supuesto”.

“No te arrepentirás de poner tu fe en mí”.

–Lo sé. Van a tener un profesor maravillosa y tú los has rescatado de mi enseñanza. Yo organizo todas estas clases, pero yo misma soy terrible en eso. –Extiende la mano y nos la estrechamos–. Te veré frente a la biblioteca un poco antes de las tres el domingo y te ayudaré a empezar con la clase.

Estoy a una docena de pasos de distancia cuando recuerdo y doy media vuelta. Ella sigue parada donde la dejé, mirándome marchar. –¿Belle Isle el domingo por la mañana? –pregunto.

–Me encantaría –responde ella inmediatamente–. ¿A qué hora?

“Las nueve en punto.”

“En la isla junto a la pasarela.”

“Lo espero con ansias.”

Capítulo VII

CENA CON CÓCTEL DE CICUTA

En la universidad no tenía amigos propiamente dichos; era mayor que la mayoría de mis compañeros y entre los jóvenes una diferencia de algunos años es siempre un obstáculo para la camaradería completa.

–PETER KROPOTKIN,
Memorias de un revolucionario

Yo solía quedarme con ellos en Harrow y, aunque creo que eran muy pobres entonces, siempre tenían amigos que se alojaban o los visitaban... Madame Kropotkin era la bondad personificada, pero tenía un temperamento algo melancólico y ya de niña era

consciente de ello, mientras que Kropotkin era alegre y rebosaba de vida e interés por todo, muy cálido y afectuoso. Su vasto conocimiento, su vasta experiencia y su gran capacidad de pensamiento, yo no los percibía en absoluto. Me bastaba con escuchar sus historias y jugar al delicioso juego que me enseñó, en el que él era un torero y yo el toro, lanzándome en vano sobre él.

–SEÑORITA EM HEATH

Después de dejar a Rachel, voy a la tienda de segunda mano a comprar más ropa. Un viaje de ida y vuelta al río me haría llegar tarde a la cena y, además, los pantalones de peto que he guardado allí son demasiado pesados para este tiempo. Todavía falta una hora o más para el atardecer y la temperatura debe de estar acercándose a los treinta y dos grados. Considero comprarme pantalones cortos como los que parece llevar todo el mundo, pero al final no puedo hacerlo y elijo los pantalones más ligeros que encuentro: son de muselina y se atan a la cintura. La sencillez de su diseño me atrae y no pesan prácticamente nada.

Mientras busco una camisa de manga corta, levanto una, más para admirar sus brillantes toques de color que para considerar su compra, pero cuando empiezo a devolverla al

perchero, otro cliente toma la palabra de la forma más amistosa. La llama camisa hawaiana y afirma que su particular combinación de colores es bastante llamativa con mi pelo y barba rojizos. Es un hombre negro delgado, de unos sesenta años. Está con su madre, explica, señalando con la cabeza a una anciana que se mueve glacialmente entre los vestidos. Me parece un hombre amable y bastante sincero. Me pregunto distraídamente si no será otro de los empleados de Anchee, pero compro la camisa de todos modos. Sus colores pueden alegrar las orillas del estanque de las ranas, y su llamativo estampado debería tolerar cualquier cantidad de manchas. Además, uno debe elegir sus batallas, y el vestuario no parece ser una cuestión de suficiente gravedad como para justificar que se ocupen de las barricadas por ahora.

Me pongo la ropa limpia (guardo la sucia en la mochila, dentro de la bolsa de plástico destinada a la nueva) y me alegra considerablemente. De pie frente al espejo con mi nueva ropa, me siento como un hombre nuevo. No solo está limpia, seca y es cómoda, sino que es ropa que nunca hubiera usado en mi antigua vida, y ese solo hecho me complace. Tal vez porque me hace sentir libre (un poco como mis jóvenes amigos que se ponen anillos en la nariz y arañas en la cabeza, se tiñen el pelo de azul o se lo rapan), nos hace sentir libres, aunque no lo seamos.

Llego a tiempo a cenar a la residencia de Mike, Brad y Dave. Hago una pausa después de mi caminata rápida y observo el vecindario. Las casas son altas y estrechas, de tres pisos, que envejecen sin demasiada gracia. Si bien algunas lucen placas brillantes que confiesen su edad, al igual que sus superiores un par de cuadras al oeste, los edificios en esta zona son más sórdidos, más fecundos: hábitat para estudiantes, artistas y otras personas con poco dinero. Me siento como en casa.

Me recuerda los días que pasé en una habitación escasamente amueblada escribiendo propaganda para estudiantes y trabajadores, incitando a la acción, atacando el sistema salarial, la guerra y otros rituales del capitalismo. Tengo que sonreír ante lo poco que progresé: terminé mi vida en una casa escasamente amueblada con dos habitaciones, escribiendo libros para... la posteridad, supongo que dirían... la gente que vive en esta calle. Estaba escribiendo mi *Ética* cuando morí. Todavía puedo recordar la última frase que escribí:

El hecho es que, mientras que el modo de vida está determinado por la historia del desarrollo de una sociedad dada, la conciencia, por otra parte, como intentaré demostrar, tiene un origen mucho más profundo, a saber, en la conciencia de equidad, que se desarrolla fisiológicamente en el hombre como en todos los animales sociales.

Tal vez te parezca extraño que pueda recordar la frase, pero no el momento en que la escribí, ni por qué fue exactamente (un ataque de tos, un desmayo, una convulsión) que no logré escribir la siguiente. La escribí y allí estaba, dando vueltas en mi mente. Lo siguiente que supe fue que Sophie estaba inclinada sobre mí, asegurándose que estaba bien en un tono que me decía que ciertamente no era así. Nunca escribí otra palabra después de eso, aunque la frase siguió dando vueltas y vueltas en mi mente, esperando a una compañera. No podría decir cuánto tiempo viví después de escribirla. No mucho, creo. No mucho en absoluto.

Siempre escribí. Mi hermano escribía poesía, poesía hermosa. Yo intenté hacerlo, pero no me fue muy bien. Los dos colaboramos en varios dramas, basados en los episodios más sangrientos de las vidas de los santos. Nos especializamos en representaciones de los sufrimientos del infierno, y cada vela que encontrábamos ardía y humeaba mientras recitábamos versos que consistían casi exclusivamente en gritos espeluznantes. Escribí varios diarios infantiles, de los que Frol era un suscriptor regular y selectivo. Pero mi verdadera ambición literaria era escribir novelas, como Turgenev, Tolstoi o Dickens (intenté escribir mi primera novela a los doce años), pero dejé de lado esas aspiraciones cuando encontré mi vocación política. Tal vez, como mi camisa hawaiana, la retome en mi nueva vida.

La mayoría de los porches necesitan una mano de pintura y están abarrotados de algo: muebles, cajas de cartón, máquinas, botellas de cerveza, banderas y estandartes de diversas filiaciones. El porche que busco está abarrotado de plantas en macetas, encaramadas en la barandilla, colgando del techo, en los alféizares de las ventanas y en los escalones. Una hilera de cactus diminutos se alza a lo largo del borde del porche como si estuvieran en el borde de un cañón del desierto. En medio de esta vegetación, el cabello azul brillante de Dave es una flor exótica. Él y una mujer joven descansan en lo que creo que es el asiento de un automóvil. Están fumando cigarrillos con un fuerte aroma turco en compañía de varios gatos (es imposible hacer un cálculo preciso), que podrían parecer todos muertos si no fuera por el lento balanceo de una cola de percal mullida, más bien como una cobra con pieles.

–¡Vaya, Peter! –exclama Dave, llamando a la casa a través de la ventana abierta que tiene detrás–. ¡Mirad, todo el mundo! ¡Peter acaba de volver de las islas! ¿Trajiste algo de *marihuana*, tío?

–No seas idiota –le dice la mujer a Dave–. Soy Caitlin –me dice–. Tú debes ser Peter. Mike está en la cocina, al fondo. Me da una sonrisa amistosa, pero no se mueve, supongo que para no molestar a los gatos. Su pelo es de un negro antinatural y está cortado recto a la altura de los hombros y justo por encima de los ojos. Sus ojos están pintados con el mismo motivo egipcio que los de Dave, y especulo que ella

puede ser la artista de ambos. Podría subir fácilmente al escenario en el papel de Cleopatra, especialmente con todos estos discípulos de Bast amontonados a su alrededor. Emiten un suave ronquido coral.

Plantas, gatos, humanos... nadie se mueve cuando subo los escalones, flanqueados a ambos lados por macetas de albahaca y romero. Cuando llego a la puerta, el rostro sonriente de Brad aparece al otro lado de la pantalla. La malla vaporosa filtra los detalles de modo que su rostro es un círculo carnoso, un círculo plateado más pequeño (el aro de su nariz) en el centro y una medialuna de dientes blancos debajo. “Qué camiseta más chula, Peter”. Mantiene la puerta abierta y, detrás de mí, una manada de patas golpea el porche en una cascada de golpes suaves. Un torrente felino fluye alrededor de mis piernas y entra en la casa, y los sigo hasta el interior solo para descubrir que han desaparecido sin dejar rastro.

Brad señala los sillones desiguales, el sofá de dos plazas con muelles y la alfombra de Oriente raída y descolorida que componen el mobiliario de la habitación, y dice: “Este es el lugar”. Un lugar que Sophie y yo podríamos haber decorado nosotros mismos. Sin gatos.

“¿Adónde se han ido?”, pregunto. “Los gatos”.

“Escucharon a Mike usando el abrelatas. Aquí solo hay un tipo de comida enlatada”.

El hecho de que pudieran oír algo es en sí mismo sorprendente. Un ventilador eléctrico hace vibrar el salón, la música resuena en la parte trasera de la casa como si una banda de tubas estuviera atrapada dentro de un ascensor. “Nunca había visto tanta solidaridad entre gatos antes”.

“Se criaron juntos en la casa. TJ, ya conocerás a TJ, él y su tío decidieron que el lugar necesitaba algunos gatos y fueron al refugio y se llevaron una docena a casa. Eso fue hace cinco años. Quedan ocho. Son totalmente geniales. Están en su propio mundo al lado del nuestro, ¿sabes? Por cierto, dejaste atónitos a todos en el restaurante. Doris me llamó para *agradecerme* por enviarte. Incluso al señor Doris le agradaste, y él odia a todo el mundo”.

“¿Señor Doris?”

“Lo siento, William. Todo el mundo lo llama señor Doris. Su esposa hace todo el trabajo y paga todas las facturas; él tiene todos los problemas y gasta todo el dinero”.

“¿Esos dos están *casados*?”

–Es raro, ¿no? No esperes que te lo digan. No lo dejan ver. Llevo trabajando allí más de un año y nunca los he visto tocarse. Si lo mencionas a uno de ellos, cambian de tema inmediatamente. Son peores que mis padres. Mike está en la cocina. Está muy contento por tener a Kropotkin para cenar, aunque en realidad no seas el Dandy en persona.

Sigo a Brad por un pasillo que se estrecha con percheros, un bajo y varias estanterías llenas de libros. Hay una fotografía grande de un hombre con gafas de montura metálica, un tipo de aspecto muy interesante que me cae muy bien. También me gusta el texto de una sola palabra del cartel: IMAGINE. Al final del pasillo, una hilera de máscaras africanas de madera emite un zumbido distintivo que simpatiza con los tonos graves de la música, mucho más fuerte aquí, palpitando como un pulso a través de las suelas de mis zapatos.

La música del futuro me entusiasma por su abundancia y variedad, por su descaro y energía. Desconozco sus matices, por supuesto. Pero esta pieza me parece particularmente compleja, con múltiples capas: el tono alterna entre furioso y esperanzado. La melodía, si es que se la puede llamar así, toma giros salvajes e impredecibles. Me gusta bastante.

Brad abre una puerta batiente y la música brota, llenando de sonido el salón. Me imagino que, al otro lado de ese umbral, hay un gran salón lleno de músicos, pero supongo que probablemente encontraré la misma reproducción electrónica que he escuchado en todas partes, pero con un volumen más grande y más alto.

Lo sigo hasta la habitación, que en su día fue un comedor, y dejo que la puerta se cierre detrás de mí. Es como si hubiéramos pisado una ola que se estrellara. Al igual que las máscaras, vibro (cada centímetro de mi cuerpo es parte del

sonido en sí), aunque no puedo distinguir un solo instrumento, una sola nota, una sola palabra en lo que parece ser una canción. No es una sensación del todo desagradable, pero sigo moviéndome, con los ojos puestos en Brad, mi improbable Moisés en este mar rojo de sonido. En algún lugar entre las pilas de maquinaria electrónica que se alzan a ambos lados de nosotros está la fuente de la música, aunque parece brotar de la tierra misma como magma en erupción. Imagino los clavos temblando en las tablas del suelo, la pintura cayendo de las paredes y el techo en escamas, mis suelas estallando en llamas.

Al otro extremo de la habitación, cruzamos una puerta batiente y entramos en la cocina como si hubiésemos llegado a la orilla. La música aumenta y se desvanece con el intervalo en que la puerta se abre y se cierra, se abre y se cierra, se abre y se cierra. Puedo distinguir con más claridad una voz en la música, ahora que la puerta la silencia, pero las palabras, cargadas de rima, surgen demasiado rápidas y furiosas para desentrañar el sentido:

... codicia

... velocidad

... alimentar

... consumir

... exhumar

... novio

Mike está junto a la estufa, trabajando en una olla que chisporrotea. El aire está impregnado de picantes especias orientales. Un hombre negro de mediana edad está sentado a la mesa. Los gatos llenan un rincón, reunidos alrededor de un solo plato, como los ocho pétalos de una margarita de la que se han arrancado cuatro. Todas las variedades de la tribu felina, desde el atigrado hasta el Siam, están representadas en su número.

–¡Eh, Peter! ¡Lo has conseguido! –grita Mike para hacerse oír por encima del estruendo de la música y del sonido explosivo de dos puñados de brócoli al caer sobre el aceite humeante. Hace un gesto con la cabeza mientras revuelve la olla y añade una ráfaga de ingredientes adicionales de una hilera de platitos junto a la estufa–. Peter, este es mi padre, Robert Cole. Papá, Peter Kropotkin.

Encantado de conocerte, dice Robert mientras se levanta de su asiento en la mesa de la cocina y me estrecha la mano, sin hacer ningún esfuerzo por hacerse oír por encima del alboroto. Sonríe orgulloso. *Mi hijo*, parece decir, *es todo un personaje, ¿no?* Se queda de pie, y yo también. Se parece mucho a su hijo, sólo que mayor, más corpulento y más moreno, con un bigote plateado que envidio por su pulcritud. Me aliso el mío con las yemas de los dedos, la barba con las palmas. Brad abre la nevera, saca dos botellas de cerveza, me da una y se sienta a la mesa con la otra.

La música ha alcanzado una intensidad que recuerda a la lluvia torrencial sobre un tejado de hojalata. Y entonces el instrumento que Pierce me enseñó a reconocer como una guitarra eléctrica toca una secuencia de acordes entrecortados y la música se detiene. Mike deja de hacer ruido y vierte una cascada de verduras picantes en un enorme cuenco de loza con un agradable chapoteo. Y entonces, de la nada, se oye al cantante decir con toda claridad: *No hay moral sin justicia, no hay justicia sin equidad*. Otras voces retoman esto, tejiéndolo en una ronda, intercambiando los términos de un lado a otro, creando un canto tumultuoso que va ganando intensidad hasta que, como la guitarra, se detiene de repente y todas las voces gritan al unísono: *¡Justicia!* La canción ha terminado.

El silencio que sigue es enorme. Nadie habla. Nadie se mueve. Recuerdo el momento en que Anchee entró en mi dormitorio y detuvo el tiempo.

–Suenan bien, Mike –dice Robert Cole, rompiendo el silencio–. Creo que es tu mejor canción hasta ahora.

“¿Esa canción es tuya?”, dije de golpe.

–Sí –dice Mike–. ¿Te gustó?

–Sí. Muchísimo. El final en particular.

“Es de *la Ética* de Kropotkin”.

“Lo sé.”

“Pensé que podrías.”

Robert Cole se ríe. “Bueno, veo que tienen mucho de qué hablar. Ya me iba, Peter. Un placer conocerte. Disfruta de la cena”.

“¿Vendrán mamá y tú al concierto esta noche?”, pregunta Mike. “Tocaremos un montón de cosas nuevas”.

–Intentaré hacerlo. No prometo nada. Tu madre volará a Seattle esta noche. Por la forma en que lo dice y la reacción de Mike, deduzco que no hay nada inusual en que la madre de Mike viaje a través del continente en avión. Parece que hoy en día un buen número de personas pasan la mayor parte de su vida en algún medio de transporte, cuando no están corriendo sin rumbo.

Robert empieza a salir por la puerta batiente al mismo tiempo que Dave y Caitlin llegan desde el porche delantero, y otras cuatro personas entran por otra puerta en el otro extremo de la cocina. Se produce un alboroto general mientras todos intercambian sus despedidas con el “Sr. Cole”, mientras que yo –“Peter Kropotkin de Rusia”– soy presentado por Brad, que parece haberme tomado bajo su protección. Mientras tanto, los jóvenes se mueven por la cocina en aparente caos trayendo platos, cubiertos, vasos y demás, y preparando la comida de la manera más agradable

e informal. La puerta batiente parece abrirse por sí sola, y no me sorprende ver a los gatos empujando la puerta –demasiado pesada para que cualquiera de ellos la pueda manejar– al unísono, para poder salir de la cocina en masa.

Todos toman asiento y Mike me lleva a un lugar entre alguien llamado Sondra y él. Los otros recién llegados son Zipper, Wendy y TJ. Le pregunto a este último si tiene alguna relación con la televisión, y eso provoca una risa de todos, excepto de Sondra, que parece estar en medio de algún conflicto con Mike. La naturaleza de las relaciones entre estos jóvenes (excepto Dave y Caitlin, que claramente son una pareja) solo puedo adivinarlas. Lo más probable es que estén en un estado de cambio constante.

Sondra tiene el pelo liso y blanco que parece utilizar para ocultar sus rasgos –quizás porque está enfadada– y una voz baja y tranquila. Wendy es bastante llamativa, con la cabeza rapada y unos grandes ojos almendrados y un carácter juguetón e irónico. Zipper es un joven pequeño y preciso, con rasgos latinos y un bigote fino. Su aspecto y sus modales me recuerdan a un vaquero que vi en el Oeste realizando hábiles trucos con un látigo. TJ es un tipo soñador, que huele a trementina, con el pelo castaño y peludo peinado hacia atrás como Lizst, una sonrisa amable y una postura encorvada.

La mesa, en la que podrían caber cómodamente seis personas, está apretada con nueve, pero me siento bien

empujándome contra mis compañeros como un cachorro en una camada. Son un grupo bullicioso y todo lo que puedo hacer es recordar sus nombres y seguir los temas generales de sus conversaciones telegráficas y cargadas de jerga (a menudo tres o cuatro a la vez), pero cuando se ríen, me sumo a ellos, lo entienda o no, y si puedo hacer alguna contribución a las diversas discusiones que me rodean, la ofrezco, esté seguro o no de su relevancia. Y pienso para mí mismo: por eso elegí vivir de nuevo: para estar entre la gente exactamente así.

La comida (brócoli y tofu en salsa de ajo sobre montoncitos de arroz humeante) es tan deliciosa que la como como poseído, transportado a otro mundo. Casi lloro de alegría. No he comido tan bien en los últimos años, y no habría podido probar sabores tan vibrantes si lo hubiera hecho. Sin embargo, estas papilas gustativas jóvenes son como una multitud entusiasta dispuesta a abrumarme con sensaciones. Elogio efusivamente al cocinero, como lo hacen todos los demás. Brad me dice: “Todos intercambiamos nuestros turnos para cocinar con Mike porque él cocina mejor que nosotros”.

–Ese cabrón nunca lava un plato –comenta Dave, no sin admiración.

“O limpia un baño”, añade Wendy.

“¿Por turnos?”, pregunto. “¿Compartís las tareas del hogar?”

“Vivimos en comunidad”, dice Mike.

“¿Los ocho?”

Se miran de reojo con fingida sorpresa y se echan a reír. “Toda la maldita tripulación”, dice Dave.

“Dave es la mascota”, dice Caitlin.

“Nunca había visto a esta gente en mi vida”, dice Zipper.

“Estuve aquí y ellos siguieron llegando”, dice TJ.

“Eso eran tus antiguas novias”, dice Wendy.

“No”, se lamenta TJ. “Se fueron mudando “.

“No les hagas caso”, dice Brad, por si no me doy cuenta de que solo se están divirtiendo. “Es realmente maravilloso”.

“Qué espléndido”, digo.

Y así es: una comida larga y relajada con amigos como los que fueron la alegría de mi antigua vida, y me pongo sentimental y bebo, tal vez un poco demasiado. Cada vez que mi cerveza está casi vacía, aparece otra botella llena cortesía de Brad, quien puede alcanzar la heladera desde donde está sentado inclinándose hacia atrás en su silla hasta

que está casi a punto de caerse, una calamidad que (debido a su gran habilidad adquirida sin duda a través de largas tardes de práctica) nunca sucede, a pesar de los silbidos y las burlas de sus compañeros.

Tal vez sea a sus buenos oficios a quien debo la decisión, en un momento particularmente estridente del procedimiento, cuando ya me han brindado y me han dado la bienvenida oficialmente a la mesa y se oyen gritos de “¡discurso! ¡discurso!”, de levantarme y proponer un brindis por la elegante mesa de la cocina en torno a la cual estamos reunidos tan amigablemente. Después de que Brad se asegura de que todos estén debidamente provistos, comienzo:

“Para mí”, anuncio con un cariñoso golpecito sobre la superficie de madera de la mesa, “la mesa de la cocina es un lugar más noble y sagrado que cualquier monumento o santuario promocionado para nuestra edificación por la Iglesia o el Estado”.

(Aplausos)

“La Iglesia querría que visitéis, con un gasto y una incomodidad no pequeños, los huesos enmohecidos de algún asceta piadoso en el lugar de su espantosa muerte a manos de los infieles (quienes, muy probablemente, sólo querían que los dejaran en paz) para rendir homenaje al muerto que, sin haber disfrutado nunca mucho de su propia

vida, consideró adecuado infligir esta sabiduría a los demás aplastando la alegría dondequiera que asomara su cabeza risueña, incluida, debo señalar, la clase de frivolidad que tiene lugar en esta hermosa mesa de cocina alrededor de la cual estamos reunidos aquí esta noche”.

(Aplausos, golpes en las mesas y un coro de Rock of Ages)

“–El Estado–” *(abucheos y silbidos)*

“Gracias, gracias. El Estado, para no quedarse atrás, transforma un inocente pastizal en un sagrado campo de batalla mediante la generosa aplicación de la sangre de hombres comunes que lucharon y murieron para que los ricos pudieran seguir prosperando y pronunciar buenos discursos sobre el sacrificio, un ritual conocido como patriotismo, tan esencial para el Estado como los milagros para la Iglesia, inspirando a otros a dedicarse al oficio sagrado, cuando, si se dijera la verdad, todo lo que el hombre común aprecia podría encontrarse alrededor de su mesa de cocina, donde él, tristemente convertido en patriota, ¡no cenará más!”

(Fuertes aplausos y diversas impresiones de explosiones y silbidos de proyectiles y muertes en el campo de batalla)

“La mesa de la cocina, por otra parte, es el lugar de todo lo mejor del hombre: su sociabilidad, su intelecto, su buen humor y su generosidad; no un monumento a la muerte sino

una celebración de la vida, no el robo de la vida sino su compartición, no la hipocresía patrioterica que generalmente pasa por historia sino el aquí y ahora, juntos en solidaridad, ¡en este mismo momento! Les presento: ¡La mesa de la cocina!”

(Un alboroto de hurras y golpes en la mesa que reducirían una mesa más pequeña a leña)

Brindamos por las mesas de cocina de todo el mundo para consagrar el asunto y me acomodo felizmente en mi asiento, disfrutando de las sonrisas de aprobación de mis jóvenes anfitriones.

Mientras Mike sirve café, Zipper arma un cigarrillo, lo enciende y se lo pasa a Brad, que está a su izquierda. Percibo el olor del humo y me doy cuenta de que no es tabaco, sino cannabis. He fumado hachís un par de veces, pero normalmente me he alejado de esos caprichos. Observo el cigarrillo pasar de una mano a otra y decido que tal vez esta noche me dé el gusto. La segunda vez que llega a mis manos me da un ataque de tos y lo rechazo, aunque ya ha cumplido su propósito de manera espectacular.

Mientras tanto, me explican el funcionamiento de su comunidad: cómo se determinan y rotan los puestos de trabajo, cómo se resuelven las quejas, la historia de su experimento. TJ, un poco mayor que los demás, es uno de los fundadores originales de la casa. Lleva viviendo aquí casi

seis años. Sondra es la que ha llegado más recientemente, ya que lleva aquí ocho meses. La mayoría lleva aquí dos o tres años.

Tienen un invernadero y un jardín en el pequeño patio trasero, del que cosechan una variedad de verduras y envasan el excedente para los meses de invierno. Las hierbas son su principal cultivo comercial y los restaurantes sus principales clientes.

Las plantas en macetas del porche (que también llenan las ventanas de la cocina) también son una fuente de ingresos, que se venden al por mayor a varios comerciantes de la ciudad.

Todos los miembros de la casa trabajan cinco horas a la semana en los jardines y las ganancias cubren todos los gastos del hogar. La conversación sobre los jardines me lleva pronto a describir los diversos jardines que Sophie y yo cuidamos con mucho éxito y cariño. Esta vez, cuando surge el tema, me resulta algo más fácil decir que soy viudo. Al menos no rompo a llorar, pero desentierro recuerdos que me dejan pensativo y en silencio.

Pero no por mucho tiempo. Como un niño, me desespero cuando me sirven el postre, un ingenioso capricho que recuerdo de mi última visita a Estados Unidos: el helado de cucurucho, aunque mis anfitriones insisten con cierta

vehemencia en que no es helado, sino algo llamado tofutti⁶, concretamente Fudge Ripple⁷.

–Somos veganos –me informa Caitlin–. ¿Sabes qué es eso?

–Tengo varios amigos que son vegetarianos –le aseguro mientras lamo mi cono.

“¿En Rusia?”

“En Inglaterra”. El derretimiento del helado, llamado tofutti, ha llegado a tal punto que requiere mi atención constante.

“¿Viviste en Inglaterra?”

“Mmmmmmm.”

“¿Dónde más has vivido?”

Recito todos los países en los que he vivido y viajado (para presumir un poco, supongo) mientras intento dominar el resto de mi cono. “Francia... Suiza... Italia... Bélgica... Siberia... Manchuria... España... Finlandia... Suecia... Canadá...”

Caitlin está muy impresionada, pero también, me doy cuenta con el rabillo del ojo, Mike, que ha estado

⁶ sustituto de helado, crema agria a base de soja, queso crema, queso en lonchas y queso ricotta.

⁷ Helado de caramelo con chocolate.

escuchando nuestra conversación. Me doy vuelta y él mira hacia otro lado con aire culpable, como si estuviera escuchando a escondidas alguna revelación íntima. Qué extraño, pienso. Se me ocurre que si está familiarizado con mi biografía, podría notar la coincidencia de que he vivido y viajado por todos los lugares donde estuvo el “Príncipe Anarquista”. Me regaño por ser tan indiscreto.

Afortunadamente, la conversación pasa a otros temas, pero sigo preguntándome si me preocupa que me descubran, que se revele mi secreto. ¿Cómo voy a seguir por la vida sin poder responder a las preguntas más sencillas sobre mi pasado? No es que no haya tenido que ocultar mi identidad antes, pero aquí no puede haber nada de “entre amigos”. Hasta donde sé, soy una facción de uno solo.

Pero lo más inquietante es cómo es posible que me descubran si ninguna persona sensata creerá la verdad si la descubre. Podría contar toda la historia ahora mismo y nadie en esta mesa creería que se trata de otra novela de ciencia ficción de H. G. Wells. La cerveza y el cannabis se combinan para hacer que esta última paradoja se vea con particular claridad, así como su corolario: dado que soy claramente imposible, el verdadero riesgo que corro es que se descubra que soy alguien que no soy –un destino mucho peor, me parece–, algo demasiado común entre los hombres. Y ya es cierto que no soy quien soy, pues incluso un tipo tan sociable como yo queda efectivamente silenciado por tales

deliberaciones, y me siento tan silencioso como un salero durante lo que parece una eternidad.

Pero nadie se da cuenta, porque están discutiendo apasionadamente sobre alguna controversia que involucra al departamento de arte de la universidad, algo que tiene que ver con requisitos y créditos, carreras y programas. La mayoría de ellos parecen ser artistas de un tipo u otro, aunque deduzco que Wendy no lo es, ya que muestra su aburrimiento con el tema a través de un delicioso repertorio de bostezos exagerados. Me resulta difícil seguir la discusión y me pregunto qué tiene que ver con la creación artística. Pero después de un tiempo, cuando los nombres de los profesores se utilizan como abreviaturas para las diversas facciones como si fueran los comandantes de ejércitos contendientes en una batalla campal a muerte, todo comienza a sonar familiar. He escuchado este tipo de conversación antes, en un contexto u otro, solo para luego encontrarme con los comandantes supuestamente en guerra en un bareto lamentándose por sus desgracias y unas cuantas pintas, denunciando a los diversos potentados por encima de ellos en términos muy similares. Así pasan muchas tardes espléndidas, pero nadie está un paso más cerca de la libertad, pues todos aceptan la jerarquía y su lugar en ella, y nunca se unen para resolver sus dificultades comunes.

Caitlin piensa en pedirme mi opinión. “Tal vez el arte no necesite un departamento, una carrera, un requisito o un crédito”, digo. “Creo que preferiría la libertad”.

“Es muy cierto”, dice Caitlin, y ella y los demás hablan sin tapujos de la libertad. Por eso me gustan los jóvenes. Todavía hablan de libertad. No se han resignado a la esclavitud o, peor aún, no se han engañado a sí mismos creyendo que es la libertad.

Me doy cuenta de que Sondra me mira fijamente. Se ha recogido el pelo detrás de una oreja para poder realizar esta hazaña. “¿Cuántos años tienes?”, me pregunta.

–Treinta y dos –digo, una mentira que ya he ensayado lo suficiente como para creerla yo mismo a medias.

–Te he estado observando –dice–. A veces pareces un anciano. Otras veces pareces un niño pequeño. No pareces un tipo de treinta y tantos años. ¿Entiendes lo que quiero decir?

“Sí.”

“¿Eso es algo ruso?”

“No me parece.”

“Es interesante”, dice. “Te hace parecer... completo, activo y terso al mismo tiempo”.

“Esta reunión me ha animado mucho”.

Ella asiente con seriedad. “No creo que nada suceda por casualidad, ¿sabes? Creo que las cosas suceden porque la gente quiere que sucedan. Como que hayas venido aquí esta noche a cenar. Querías estar aquí, o de lo contrario no estarías”. Me observa atentamente en busca del menor signo de desacuerdo.

–Eso es innegablemente cierto –digo.

Entrecierra los ojos mientras plantea la pregunta, *la* pregunta que parece por la forma en que la formula: “Entonces, ¿por qué querías cenar con un grupo extraño de desconocidos?”

Parece una pregunta sincera, motivada por una curiosidad insaciable, sin ninguna intención de ser grosero. “Yo mismo soy un extraño”.

Me observa por un momento. “Pero podríamos haber sido como Manson⁸ o algo así. Vivo con esta gente, pero aun así, ya sabes, son realmente extraños”.

No sé quién es Manson y decido no preguntar. “Pero Mike y los demás me acaban de hacer un favor compartiendo su limusina. Sus excentricidades importan poco. Estoy seguro

8 Charles Milles Manson fue un criminal, líder sectario y músico estadounidense, conocido por liderar lo que se conoció como la Familia Manson. Instigador del asesinato de la actriz Sharon Tate en 1969.

de que les parezco igualmente extraño. En cualquier caso, esta velada ha resultado ciertamente bien, así que me siento confirmado en mis maneras de confiar, por inusuales que sean”.

–Supongo que sí –dice, aunque no parece muy convencida–. Espero que no te importe que haga tantas preguntas. Soy poeta. Intento comprender a la gente, ¿sabes?

“Un objetivo espléndido. Mi hermano solía decir que la poesía requiere una mente discriminante tanto como habilidad con las palabras”.

–Me gusta eso. ¿Sigue en Rusia?

“Él está muerto.”

Ella se estremece levemente ante la palabra. “Dijiste... sobre tu esposa antes. ¿Hay alguien vivo todavía, en tu familia, quiero decir?”

–No. Nadie.

Ella me mira fijamente. Temo que se ponga a llorar, pero no lo hace. “Tengo veintidós años y nadie cercano a mí ha muerto jamás”.

“No tengas prisa por vivir esa experiencia”, le digo.

“¿Ves?”, dice ella, intentando sonreír. “Justo lo que diría un anciano”.

Poco después, cuando estoy ocupado en otra conversación, ella se levanta de la mesa. “¿Se ha ido Sondra?”, le pregunto a Mike cuando descubro su ausencia.

–¿Quién sabe? –dice con el ceño fruncido–. Probablemente esté encerrada en su habitación escribiendo sobre el momento. –Pronuncia esta frase con todo el desdén que puede y me doy cuenta de que, a pesar de su talento e inteligencia, Mike es un hombre joven. Emma solía decir que era raro que un hombre aceptara a una mujer como su igual, y me entristece saber que tal vez todavía sea así.

“Es su turno de lavar los platos”, comenta Dave, como si eso explicara su ausencia.

Tan espontáneamente como fue puesta, se limpia la mesa y se colocan los platos en el fregadero. Esta vez participo en las tareas. Todos, excepto TJ (que está esperando para encontrarse con un amigo) y Sondra, van a un club (supongo que se refieren a una discoteca) donde actuará Hemlock Cocktail. “¿Quieres venir a escucharnos tocar?”, me pregunta Mike.

Hasta ese momento, sin duda, habría dicho que sí, pero de repente me doy cuenta de lo cansado que estoy, de que ha anochecido y de que debo volver a casa en la oscuridad.

Recuerdo con placer un poco de la jerga del béisbol americano que aprendí la primera vez que estuve en Estados Unidos: “Lo dejaré para otro día. Tengo que trabajar por la mañana y quiero ir a la biblioteca antes”.

Agradezco efusivamente a todos y deseo a la banda una actuación exitosa. Me quedo hasta que solo nos quedamos TJ y yo (y Sondra en su habitación escribiendo). Le pregunto a TJ si estaría bien si yo lavara los platos.

–Es muy amable de tu parte –dice. Me señala el jabón y la esponja y me deja con ellos. Hace tiempo que soy partidario de las ventajas de las máquinas que ahorran trabajo, pero después de un día con una máquina lavavajillas, confieso que siento cierto placer al lavar estos platos a la antigua usanza. Hay una ventana encima del fregadero donde puedo ver mi cara reflejada, y no es tan malo como antes ver al tipo pelirrojo allí. Soy yo, Peter Kropotkin, de treinta y dos años, un inmigrante reciente de otro planeta, en todos los aspectos importantes no muy diferente del que me vio nacer.

Capítulo VIII

ENCUENTROS ACCIDENTALES

Si dos horas después de la puesta del sol de cualquier día se encuentra en esta ciudad a un esclavo ausente de la vivienda de su dueño o patrón sin el permiso escrito que se menciona a continuación, podrá ser castigado con azotes.

–De una ordenanza sobre los negros,
Richmond, 1859

Ahora, como ves, tienes que correr todo lo que puedas para mantenerte en el mismo sitio. Si quieres

Llegar a otro sitio, ¡tienes que correr al menos el doble de rápido!

–LEWIS CARROLL, *A través del espejo*

Camino hacia el oeste, en medio de la noche húmeda. Aunque no llueve del todo, las calles están resbaladizas por la humedad que flota en el aire y se condensa en todas las superficies. Las farolas están rodeadas de niebla y el olor a coches y a orina de animales se esparce por el aire como si me pusieran un trapo sucio debajo de la nariz. Sigo por las calles residenciales más tranquilas y no me encuentro con nadie. Estoy a unas pocas cuadras al este de Meadow, que tendré que cruzar por la carretera que parece un cañón que hay entre mí y el río, a la que Caitlin se refiere como la RMA, pero por ahora prefiero esta calle tranquila a las luces y el tráfico de la vía más transitada.

Disfruto de la soledad. No hay nadie más afuera a una hora que me parece temprana, diría que son las diez, pero no me molesto en comprobarlo con el reloj que llevo en el bolsillo. El follaje bloquea la mayor parte de la luz de las farolas y salpica todo de sombras, atenuando incluso mi camisa descontrolada, de modo que me siento casi invisible, como un fantasma. Pero soy real. Estoy aquí, *en el futuro*. Viví toda mi vida queriendo alcanzar el futuro, un futuro justo y

equitativo. No lo he alcanzado todavía, obviamente, pero es lógico que esté mucho más cerca, o al menos eso me parece.

Los poderosos veneran el pasado y desconfían del futuro, porque es el pasado el que les ha dado el poder y es el futuro el que se lo quitará. Por eso tratan de ponerle fin al futuro donde comienza: en la mente de los hombres. En 1886, mi hermano Sasha se suicidó mientras estaba exiliado en Siberia por un “delito político”: el crimen de querer un futuro mejor que el pasado. Sasha fue exiliado por sus pensamientos, por el mero sueño de ese futuro. No era un revolucionario sino un hombre mucho más moderado que yo, y sin embargo desperdició su vida en el exilio. Cuando se pegó un tiro, fue porque desesperaba de que ese futuro se hiciera realidad, aunque fuera de la forma más pequeña y personal.

Una de las últimas veces que hablamos antes de su exilio, estaba de mal humor. “Llega la revolución”, solía decir yo, para prefaciarse cualquier evocación de un mundo mejor. Me detuvo a mitad de la frase justo cuando yo la pronunciaba para preguntarme si lo decía en serio o si era sólo una metáfora de un cristiano liberal, como la “Segunda Venida”. ¿De verdad creía yo en esa revolución, en ese futuro? –quiso saber–. Era una pregunta que me había hecho mil veces y tenía preparada una respuesta. “No podía pedirles a los hombres que se arriesgaran a ser arrestados o a morir por una metáfora –dije–. No podía dedicar mi vida a una metáfora”.

Puso su mano en un lado de mi cara como si fuéramos niños otra vez, y él fuera el hermano mayor que me consolaba. “No desesperes”, dijo, aunque estaba claro que él era el que se estaba desesperando, y no fue hasta años después, cuando me enteré de su muerte, que comprendí que no me estaba ofreciendo ánimos, sino una advertencia.

“No desesperes”, recuerdo ahora. El futuro no es lo que pensé que sería. En algunos aspectos, tal vez, las cosas sean peores. Pero cuando llegue la revolución, el futuro será mejor que el pasado.

Un gato con cascabel me acompaña en mis cavilaciones, salta sobre un muro bajo de ladrillos y luego acelera el paso, poniéndose a mi altura para que pueda rascarle la cabeza si quiero. Le hago el favor y ronronea con un agradable ronroneo. Nos separamos en la esquina mientras yo giro hacia el sur, en dirección al río; lo oigo alejarse con sus cascabeles hacia el este, esperando al siguiente transeúnte.

En algunas de las casas veo gente haciendo cosas, a menudo descansando ante una luz parpadeante. Me detengo y miro fijamente uno de esos salones mientras veo la luz como lo que es: televisión. Un enorme automóvil avanza rugiendo por una hermosa ladera de una montaña sin ningún propósito aparente excepto demostrar la gran potencia del vehículo, arrojando rocas y grava rebotando sobre las rocas en todas direcciones. El geógrafo que hay en mí está horrorizado. ¿No hay preocupación por las

avalanchas o la erosión? ¿Qué estragos podrían causar estos colosos en una cuenca hidrográfica? En el centro de la imagen, la palabra MUTE (Silenciar) en rojo flota misteriosamente. Siento un escalofrío.

“Es feo, ¿no?”

No me sorprende del todo encontrar a Anchee de pie junto a mí. Sospeché que no podría mantenerse al margen y que aparecería tarde o temprano. Con su larga túnica blanca, parecería bastante extraño si alguien se apartara del televisor y mirara por la ventana. Sin embargo, no parece preocupado, aunque el tiempo claramente fluye: las copas de los árboles susurran con una ligera brisa; las imágenes siguen saliendo del televisor como rocas y grava.

“Es peor que feo”, digo.

Parece dudar de que haya algo peor que feo. “Es una plaga en realidad. Los cadáveres perdurarán durante milenios. Pero no he venido a hablar de coches. No estás contento conmigo. Pensé que podríamos hablar de las cosas”. Pone su brazo sobre mis hombros y yo me encojo de hombros.

“¿Qué pasa si no quiero hablar contigo?”

Se encoge de hombros. “Entonces volveré en un minuto, en cinco minutos, o hace cinco minutos. O dentro de cinco años a medianoche. Me da lo mismo. En algún momento te pillaré con ganas de hablar. Bien podría ser ahora”.

Acepta tu destino, dice el opresor. Está mostrando sus verdaderas características, este “benefactor”: solo otro matón, solo otro fanfarrón. Debería haber sabido por sus conversaciones sobre magia que no debía confiar en él, porque se cree un mago, un hechicero, un rey filósofo. “Solo tengo una cosa que decirte: déjame en paz. Tengo el deseo de vivir mi propia vida sin ninguna interferencia de tu parte”.

Parece como si hubiera herido sus sentimientos. “Interferencia’. Todavía estás enfadado por Tim Binder, ¿no? Estoy de acuerdo en que fue una torpeza, pero nada más sutil funcionaría. Al principio traté de alejar al perro y a la mujer, pero hay un gato al final de la calle, luego un trozo de vidriera, o la dirección del viento, quién sabe qué, pero siempre con el mismo resultado: si te dejan solo con tus pensamientos, te lamentas, te desesperas, te vas. A varios destinos diferentes, curiosamente. Un fracaso lamentable tras otro. Solo cuando un compañero humano aparece y te ofrece llevarte puedo conseguir que vayas a la catedral”. Habla con la convicción de un controlador encargado de hacer que los trenes circulen a tiempo sin chocar entre sí.

—¿Y por qué era tan importante que llegara a la catedral?

“Creo que lo sabes.”

“Quiero oírte decirlo.”

“Para que pudieras encontrarte con Rachel.”

“¿Y eso por qué importa?”

–¿No crees que ella importe? Pensé que te gustaba mucho.

No soy un hombre violento, pero estoy considerando estrangular a Anchee y solo me disuade el hecho de que él es treinta centímetros más alto que yo. “¿Ella sabe sobre esto?”

“Bueno, no eres demasiado sutil...”

–No me refiero *a eso*. Me refiero a ti y a lo que sea que estés tramando. ¿Ella sabe algo de eso?

Mi tono no parece afectarle. De hecho, parece que le divierte. “No, ella no sabe nada de mí. Y lo que estoy haciendo, en definitiva, es intentar hacer un mundo mejor, Peter, como siempre lo hiciste tú”.

“¿Y cómo se logrará eso utilizando a las personas como marionetas?”

–No te he obligado a ti, ni a ella ni a nadie a hacer nada. Le gustas, Peter. De verdad. Es una radical encubierta que vive en Richmond, Virginia. No te puedes imaginar lo afortunado que eres.

“Has manipulado...”

“Simplemente he creado nuevas oportunidades”.

“¿Nuevas oportunidades? ¿Y cómo se logra eso?”

“Reviso. Detengo el tiempo, cambio una variable, lo vuelvo a intentar”.

“Hasta que haga lo que quieres.”

–No, no, no. Me estás juzgando mal. No tengo una agenda fija. Mi interés es más... ¿cómo decirlo?

“Estético”, sugiero secamente.

“Sí, se podría decir eso.”

–Me permitirás que te lo diga, ¿no? ¡Qué amable! ¿Y qué hay de la ética? ¿Cuál es exactamente tu postura sobre la esclavitud?

Pone cara de disculpa. “Esto no ayuda, ¿verdad?”

“Me engañaste.”

“¿Qué pensabas? ¿Que te daría una nueva vida y no me interesaría?”

“¿Qué intentabas?”

“Piensa en ello como una ayuda mutua. Además, no tuve que avisarte de nada. Podría haber trabajado completamente entre bastidores. Pero cuando Tim

demostró ser tan hablador, pensé que simplemente me divertiría con ello”.

“¿Por eso se te ocurrió esa tontería de los cinco billetes de veinte?”

–Sí, exactamente. Me gustó bastante, ¿a ti no?

“No, definitivamente no. Me sentí como un ratón al que se le pagaba para complacer a un gato”.

Pone los ojos en blanco. “Lo hice para intrigarte, para que te emocionaras. Y funcionó. Admítelo. ¿Preferirías haber permanecido en la ignorancia y el aburrimiento?”

“¡Preferiría que me dejaras en paz!”

“Pero nadie está ‘solo’, al menos no así”.

Recuerdo la pregunta que me hubiera gustado hacer antes: “¿Hay otros aquí como yo?”

Finge confusión de forma bastante desacertada. El futuro lejano, a pesar de todos sus logros, aparentemente carece de clases de interpretación. “¿Como tú?”, pregunta.

“Sabes lo que quiero decir.”

Él se encoge de hombros y dice: “No, tú eres único. Este es tu momento, Peter, como dije antes. Sólo tú eres consciente de ese hecho; sólo tú tienes esa perspectiva. Hay lo que

llamamos accidentes, pero no importan, son sólo un efecto secundario”.

“¿Accidentes?”

“Este lugar es particularmente propenso a ellos. Está obsesionado con el pasado, lo reprime constantemente, lo resucita, se preocupa por él, abre viejas heridas, de modo que el pasado siempre está cerca de la superficie. Si el equilibrio se altera, a veces se rompe”.

“¿Cómo se abre paso?”

“Creo que de lo que hablamos es de quien. Los accidentales son personas desplazadas en el tiempo sin control, sin perspectiva. No saben dónde están ni por qué. Están totalmente perdidos”.

“¿Es mi vecino Earl uno de estos 'accidentales'?”

–Pensé que querías que me mantuviera al margen. Ahora, me pedirás que responda todas tus preguntas. ¿Qué quieres realmente, Peter?

–Serán las dos cosas, Anchee. ¿Y bien?

Sus ojos bailan de alegría. –Eres tal como lo imaginaba: vivaz, inteligente. Sí, por supuesto. Earl es uno de ellos.

“¿Y qué es lo que ha alterado ese “equilibrio” del que hablas?”

–Tú –dice, aprovechándose de la pregunta como si hubiera estado esperando a que yo la formulara–. El efecto de trasplantar a alguien como tú a un lugar como este puede ser enorme. Es como arrojar una piedra a un estanque en calma.

“¿Y Earl?”

Otro encogimiento de hombros desdeñoso. “Se dejó llevar por tu corriente, se podría decir. Earl se fue a dormir en 1864 y se despertó en 1995 sin tener ni idea”.

“Pero eso fue hace cuatro años”.

“¿Sí? ¿Tienes algún problema con eso? Aún no lo entiendes, ¿verdad? El tiempo no es un collar de cuentas. Un evento en el ecuador podría arrastrar escombros a la costa en cualquier latitud”.

Quiere hablar de este tipo de cosas, de cómo funciona su magia, no de detalles mundanos como Earl; pero me siento como si estuviera discutiendo sobre Newton con un verdugo mientras él hace un nudo en la cuerda. Puede hablar como si Earl hubiera aparecido aquí por casualidad, pero tengo fuertes sospechas de que Anchee lo puso aquí deliberadamente. Aquí tenemos a un hombre que controla

el tiempo. Difícilmente puede alegar ignorancia sobre las consecuencias.

–Mira, Anchee. En este momento no me importa qué hora es o no, si es una cuerda, una pelota o un maldito cajón de sorpresas. Lo que quiero saber es por qué me has traído aquí.

Cruza los brazos y sorbe por la nariz. –Pero hace apenas unos momentos dijiste que querías que te dejara en paz, para que pudieras vivir tu propia vida. Si te digo lo que quieres saber, ese solo conocimiento –ya sea que yo “interfiera” o no– afectará necesariamente tus acciones. ¿Estás seguro de que quieres saberlo? ¿No te preocupa tu libertad? –Todo es un poco demasiado teatral y posesivo, como si fuéramos personajes de una de las obras de Wilde, y se me ocurre que toda su mala actuación podría ser intencional, parte de pose, sea lo que sea.

No soy un hombre vulgar, pero acabo de pasar una tarde con Dave, que sabría exactamente la respuesta poco wildeana que merece este sofisma, y decido darle esa respuesta. “Que te jodan, Anchee. Dime la verdad”.

Sonríe. “Es así: te traje aquí porque, en varios aspectos importantes, eres exactamente lo opuesto a este lugar. Está obsesionado con el pasado y la esclavitud. Tú estás igualmente obsesionado, pero con la libertad y el futuro. Este lugar detesta el cambio; tú vives para él. Pero entiendes

la idea". Mantiene sus puños uno frente al otro y los golpea como carneros en pugna. "Quiero ver qué sucederá".

Se me ocurre que puede que simplemente esté loco, que sea una especie de bribón del futuro que causa estragos a lo largo del tiempo. "¿Así que me has traído aquí para provocar problemas, para causar un desastre, para arrojar algunas bombas y asesinar a algunas personas? Si eso es lo que pretendes, no me entiendes en absoluto".

—Tal vez ese sea el objetivo, comprenderte, quiero decir. Te he estudiado, he leído todo lo que has escrito, pero aun así, siempre hay un límite. Solo en tus acciones podré entenderte, pero me sorprendería mucho si lanzaras alguna bomba o lastimaras a una sola alma. Me sorprendería igualmente si no logaras provocar un alboroto.

Decido expresar una sospecha cada vez mayor sobre sus motivos: "¿Entonces se trata de una cuestión racial?"

"Aprendes rápido: aquí todos los problemas son problemas raciales. Pero en lo que a mí respecta, como dirían hoy en día, no. Mi apariencia te ha engañado. En realidad no parezco así". Levanta los puños de nuevo. Solo que ahora uno es negro y el otro es blanco. Los golpea y en un abrir y cerrar de ojos su apariencia ha cambiado: es idéntico en todos los aspectos, excepto que su túnica blanca ahora es negra y su piel negra ahora es blanca.

No estoy seguro de por qué una transformación tan simple resulta tan aterradora, pero me tiemblan un poco las rodillas y lo único que puedo hacer es mostrarme valiente. “No me importa lo que quieras que haga”, digo. “No lo haré”.

Abre las palmas de las manos hacia el cielo, el alma de la inocencia. “Pero todo lo que quiero que hagas es simplemente estar aquí, que hagas lo que quieras. Eso es todo. No voy a 'interferir' más. Lo prometo”.

–Si lo único que querías era que yo estuviera aquí, ¿por qué te esforzaste tanto para concertar una cita con Rachel?

“Te hará bien. Ya verás. Serás más feliz”.

“Eso lo decidiré yo.”

–Sí, lo harás. Pero yo he visto el futuro.

Cierro los ojos con exasperación y suspiro, y cuando los abro, él ya no está. Espero sinceramente no volver a verlo nunca más. No me atrevo a desear no haberlo visto nunca, porque entonces todos los deseos serían inútiles, y tengo que preguntarme: ¿Aún tienes tanto miedo a la muerte?

Me apresuro a llegar a Meadow, a las luces y al tráfico. Hay varias personas a pie, la mayoría en movimiento, aunque unas cuantas se quedan en las esquinas dedicadas a algún negocio clandestino. Una mujer se ofrece a venderme una “bandera” y yo me niego sin detenerme a preguntar qué

quiere decir. Casi todos los que van a pie son negros, excepto yo, y es casi como si pudiera ver los eslabones de las cadenas que anclan este lugar al pasado envueltos alrededor de sus tobillos.

Por la noche, la oscuridad de la zona se hace más patente con el duro resplandor de las luces eléctricas que llegan desde todas las direcciones: farolas, automóviles que pasan a toda velocidad, comercios resplandecientes, señales de tráfico. Este lugar nunca debe dormir, y lo parece. Aunque estos edificios cansados son al menos tan viejos como los de Fan, no hay placas que muestren su orgullo, solo carteles de PROHIBIDO EL PASO. Uno de los postes de luz está adornado con volantes que proclaman ¡NO MÁS PRISIONES! Incluso los edificios más nuevos son una vista lamentable. Cuando me acerco al que es, con diferencia, el edificio más bonito de la zona, obviamente nuevo y revestido de piedra pulida, no me sorprende ver que es una comisaría de policía.

Cruzo la calle y me cruzo con un anciano negro sentado en una caja en medio de un solar lleno de cristales rotos, a la vista de la comisaría. Debe de tener cerca de ochenta años, la edad del viejo Piotr, arrugado y moribundo en Dmitrov. Le deseo buenas noches, pero me mira con ojos medio ciegos y murmura en voz baja. En la escalinata de la comisaría, un agente fuma un cigarrillo y observa mi paso. Me pregunto si puede ver al anciano mejor que el anciano a él. ¡Ahí tienes un crimen! ¡Quiero gritarle al policía, ese pobre anciano!

Pero no creo que los policías hayan cambiado mucho desde mi época. Para querer el trabajo deben, me parece, ser oportunistas cínicos o verdaderos creyentes en el Estado, aunque he conocido a muchos que son ambas cosas. No hacemos las leyes, te dirán. Tampoco las cuestionan. La ley les llega como a Moisés en la montaña, y ellos obedecen entusiastas. De modo que la simple compasión humana que el joven policía puede sentir por el viejo demacrado sentado en la inmundicia a menos de cien metros de él se ve eclipsada por el Estado y sus leyes. Dejemos que este viejo se las arregle de alguna manera para romper leyes y no corazones, y de repente se volverá visible.

En la cárcel había ancianos que habían estado allí desde la infancia o la primera juventud, de los que se decía a menudo: “Una vez en la cárcel, siempre en la cárcel”. Cuando uno moría, cuatro compañeros de prisión lo llevaban a la fosa común, y el celador del cementerio y su perro negro eran los únicos dos seres que lo seguían; y mientras el cura de la prisión marchaba al frente de la procesión, recitando mecánicamente su oración y mirando a su alrededor, a los castaños o abetos que había a lo largo del camino, y los cuatro compañeros que llevaban el ataúd disfrutaban de la momentánea libertad del encierro, el perro negro era el único ser afectado por la solemnidad de la ceremonia.

Bajo la cabeza y corro a través de la oscuridad, hacia el río, mientras el sonido de los gemidos lastimeros de aquel perro resuena en mi memoria, en mi pecho. Las prisiones no

necesitan muros, sólo leyes y prisioneros, guardias y tumbas, y un sacerdote que bendiga todo el asunto. En cuanto a mí, echaré mi suerte con aquel perro negro.

Las escaleras de hierro que bajan hasta el río, si dan miedo durante el día, resultan realmente aterradoras por la noche, al menos en mi estado de ánimo actual. Solo el haz de luz, tan fino como un lápiz, de mi linterna marca mi camino resbaladizo, y los ecos acelerados de mis pasos se precipitan simultáneamente a mi encuentro desde abajo y descienden sobre mí desde arriba. Al llegar abajo, irrumpo en la noche, casi tirando un cubo de basura, azotando la oscuridad con el haz de luz de mi linterna, con el corazón acelerado.

Mi ansiado refugio –el encantador bosque cubierto de hiedra– no ofrece nada más que sombras turbias y susurrantes. Una ligera ráfaga de viento agita las hojas y las ramas, que silban, crujen y gimen, mientras un coro de ranas e insectos canta un himno invariable. Un búho es el solista ocasional, un búho cornudo si recuerdo bien el llamado. Sonrío ante mis propios miedos. Esto no es más que una noche en el bosque, un compañero bienvenido en tiempos pasados. ¿He venido al futuro para aprender a temer a la oscuridad? Después del día que he tenido, es mi fatiga lo que debería temer. Por fuerte y en forma que esté mi cuerpo rejuvenecido, estoy completamente exhausto.

Encuentro el camino y me sumerjo en el bosque, manteniendo la luz enfocada en el sendero para evitar caer

sobre raíces o torcerme el tobillo en un agujero. Una docena de metros más adelante en el sendero, me topo con una telaraña y siento al insecto asustado batirse en retirada a toda prisa sobre mi barba. Lo ayudo a huir con el dorso de mi mano. Para defenderme de otros de su tribu que puedan estar al acecho, tomo un palo y avanzo como antes, pero con un florete de madera, atacando y parando los ataques de gasa.

Pero aunque mi camino está despejado, todavía hay una gran noche oscura a mi alrededor. Y mi luz no destierra las sombras en la periferia de mi visión, sombras que a veces se mueven inexplicablemente, sombras que se desvanecen antes de que pueda encontrarlas con mi haz de luz. ¡Sombras –me regaño–, de tu cerebro exhausto!

Pero por más que lo intento, no puedo quitarme de encima la sensación de que no estoy solo. No he tenido poca experiencia en lo que a ser perseguido se refiere. Las autoridades, siempre seguras de que yo tramaba alguna travesura, de que estaba tramando alguna locura anarquista, enviaban hordas de espías para que me siguieran adondequiera que fuera. Es cierto que yo siempre estaba conspirando, dondequiera que estuviera, en mi cabeza, ya estuviera en Piccadilly o en la verdulería. A las autoridades nunca se les ocurrió que las peligrosas eran mis ideas, y ningún ejército de espías podría hacerlas menos peligrosas.

Pero esta sombra que ahora está detrás de mí es de un tipo diferente a los antiguos espías. Solían mantener una distancia prescrita, sin duda recomendada en algún manual, de modo que cuando me detenía, un grupo de ellos se acumulaba al otro lado de la calle o al final de la cuadra, como cuervos en una cerca. Esta sombra, sin embargo, se acerca cada vez más poco a poco. Puede que solo sea curiosidad, que quiera ver mejor, o puede que me esté acechando. O puede que sea mi imaginación. Es hora de zanjar el asunto, en cualquier caso. El miedo es miedo y hay que afrontarlo.

Delante de mí hay un claro entre los árboles, un tramo de diez metros de sendero arenoso antes de que el bosque vuelva a cubrirlo con sombras más profundas. Rápidamente elaboro un plan. Si es una tontería, al menos no habrá testigos.

Al entrar en el claro, miro hacia atrás por encima del hombro, con cuidado de mantener la linterna apuntando hacia el sendero, mientras mi florete de madera se mueve. Cuento los pasos mientras sigo adelante sin mirar hacia dónde voy, escudriñando la oscuridad que hay a mis espaldas. No he contado cinco pasos cuando veo una sombra que me sigue y que no es un árbol, a menos que camine sobre dos raíces. A la cuenta de diez, me detengo, y sigue avanzando un par de pasos antes de darse cuenta de su error y detenerse. Enciendo la luz y veo que es negro, delgado y fibroso, vestido con unos pantalones de

campesino toscos sujetos con una cuerda, nada más. Su rostro está surcado por el miedo, el dolor y la desesperación. Levanta las manos para bloquear la luz y yo la bajo de sus ojos. Sus pies descalzos están muy callosos.

No es más de esta época que yo, de eso estoy seguro, no sólo por su vestimenta anticuada, sino por la mirada que vi en esos ojos, como el Mariner de Coleridge⁹ a la deriva en un mar ancho y salado. Recuerdo la descripción que hizo Anchee de los accidentales: no pueden averiguar dónde están ni por qué. Están totalmente perdidos. Que me encuentre con dos de ellos en tan poco tiempo no puede ser mera coincidencia. O hay una legión de ellos o, como sospecho firmemente, Anchee literalmente los ha puesto en mi camino para ver qué hago.

–Soy Peter Kropotkin –digo–. También soy nuevo aquí. –Dejo caer mi bastón por si acaso piensa que es un arma. Le ofrezco la mano.

Creo que es la mano la que decide que lo que debo evitar a toda costa. ¿Qué clase de hombre blanco ofrece su mano a un esclavo fugitivo en estos bosques oscuros en medio de la noche? Uno que no está solo, tal vez, o que esconde una pistola o un látigo. Su dolor no le da el lujo de reflexionar sobre tales cuestiones. Sin decir una palabra, se da la vuelta

⁹ The Rime of the Ancient Mariner (en grafía original, es un poema escrito por el poeta inglés Samuel Taylor Coleridge en 1798. Relata la fantástica aventura de un marino durante un largo viaje en el mar.

y se adentra en el bosque. Alumbro con mi linterna y el haz cae de lleno sobre su espalda, resbaladiza por la sangre. Su piel oscura está surcada de cicatrices antiguas y recientes que solo podrían haber sido causadas por un látigo.

No recuerdo cuándo fue la primera vez que supe cómo eran esas cicatrices. Ya lo sabía cuando, siendo todavía un niño, me encontré con Frol, arrodillado junto al río y sin camisa, en el calor de un día de verano.

–¡Frol! –susurré con gran sorpresa al ver su espalda cubierta de rayas. De alguna manera, mi mente infantil había eximido al digno Frol de tal humillación.

Él supo inmediatamente de qué estaba hablando. –No te preocupes por eso, Petia¹⁰. Son trofeos de juventud. –Se puso la camisa aunque todavía estaba empapada y la tela se le pegaba al cuerpo. Mis ojos se dirigieron a sus rayas, claramente visibles a través de la tela mojada–. A medida que envejecemos, los golpes se dirigen al alma y perdonan la carne –dijo. El destello de su sonrisa sardónica rompió mi joven corazón. Tú harás lo mismo, parecía decir. Algún día serás tu padre, Principito.

Este recuerdo me invade mientras veo a ese hombre retroceder en la oscuridad como un animal herido, y corro hacia el bosque tras él. Tengo la ventaja de la luz, y por un tiempo lo alcanzo, pero la luz también me hace más

10 Diminutivo ruso para Piotr, o Peter, o Pedro, en referencia a Kropotkin.

cauteloso, mientras que él nunca afloja su impulso precipitado hacia la oscuridad. Corre como alguien que corre por su vida, lo que, imagino, si estuviera en su tiempo, seguramente haría. Por más que lo intento, tirando la precaución a los vientos, no puedo seguirle el ritmo. Pronto lo pierdo de vista y disminuyo la velocidad hasta caminar, cuando oigo un estruendo más adelante e imagino que se ha caído. Acelero y casi tropiezo con la misma raíz que debe haber sido su perdición. Está a cuatro patas en la arena, resoplando como un caballo sin aliento. Su cuerpo está mojado de sudor y sangre, cubierto de arena. Cuando me acerco, se da vuelta y se pone de pie de un salto, agazapado en el sendero.

“¡Acércate a mí, hombre blanco, y te mataré, lo juro, con mis propias manos!”

–Entonces no me acercaré a ti –digo con convicción, dando un generoso paso hacia atrás, esperando que este sea un tratado negociado con éxito–. Necesitas una camisa. –Empiezo a desabrocharme la mía–. También deberías hacer que te curen esas heridas. –Me quito la camisa y se la ofrezco. Sospecha que hay una trampa, así que la tiro al suelo a sus pies y retrocedo otro paso.

“¿Qué quieres de mí? ¿Eres la ley?”

Me estremezco al pensarlo. “No soy ninguna ley, te lo aseguro. Me preguntaba si podrías decirme la fecha”.

Su cabeza se echa hacia atrás de golpe ante esta incongruencia y ya no parece una pantera a punto de saltar.
–¿La fecha?

Soy tranquilo, agradable, nada parecido a un policía. “La fecha.”

Me mira fijamente. “¿Por qué preguntas?”

Me encojo de hombros. “¿Por qué no me lo dices?”

“Treinta. Agosto.”

“¿Y el año?”

“¿No sabes el año?”

–Lo sé. Tienes que escucharme: eres tú quien no sabe en qué año estamos. Éste no es tu tiempo. Has viajado a otro tiempo. Seguro que te has dado cuenta. ¿Te parece que estamos en agosto en Virginia? ¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿El tiempo suficiente para ver que las cosas no están bien?

Hemos corrido lo bastante hacia el este como para que uno de los puentes para automóviles esté al alcance del oído a unos cientos de metros de distancia. El zumbido del paso de las máquinas da testimonio de la verdad de lo que estoy diciendo, y puedo ver que escucha atentamente cada palabra, aunque su rostro está desfigurado por el dolor. Escucha, pero no tiene motivos para confiar en mí, para

creer mis increíbles tonterías. Le ofrezco un trato: “Te diré en qué año estamos realmente, si me dices qué año crees que estamos”.

Se seca el sudor de los ojos con mano temblorosa y se lame los labios. Está muy mal. –Muy bien. ¿En qué año crees que estamos?

“Estamos en 1999. ¿Qué año crees que es?”

Sacude la cabeza con fuerza. Su respiración se acelera. –¡Mil novecientos noventa y nueve! –grita y se endereza, haciendo una mueca de dolor por el esfuerzo–. ¿Por qué clase de tonto me tomas? Estamos en 1800 y tú estás loco, así que te dejo ir. –Se balancea hacia adelante y hacia atrás, casi muerto. –Cojo esta camisa y me voy. –Se inclina para recoger la camisa y se derrumba sobre una rodilla, luego se desploma hacia adelante, inconsciente por la pérdida de sangre, su terrible dolor y la verdad que debe saber en sus huesos, por mucho que lo niegue, de que este no es su mundo.

Lo examino para ver si presenta síntomas de shock y le cubro la espalda con mi camisa para detener la hemorragia. Estamos cerca de la carretera. Podría fácilmente trepar el terraplén, hacer señas a un vehículo y buscar ayuda oficial, pero me resisto a entregar a este pobre hombre a las autoridades. Hace dos siglos era un esclavo y, por lo que parece, lo habían golpeado recientemente. Si se despierta

en un hospital moderno sin nadie en el mundo que pueda hablar por él, es posible que le curen las heridas, pero pronto lo tildarán de lunático y, sin duda, se convertirá en uno. No puedo permitir que eso suceda.

Anchee dijo que estos accidentales no tienen control ni perspectiva, lo que implica que si de alguna manera pudieran adquirir control y perspectiva, podrían mantener el control de su cordura. Si hay que creer a Anchee, soy la única persona que puede ofrecer una perspectiva sensata para este hombre, la única que le hará la simple cortesía de creer que es quien dice ser, que sabe lo que dice saber y siente lo que dice sentir. En cuanto al control, una vez que el Estado se apodere de él, bien podría no haber dejado atrás la esclavitud.

Le quito la camisa empapada de sangre y examino sus heridas más de cerca. Necesitan que las limpie y las cure. Algunas podrían necesitar puntos de sutura, aunque en años anteriores ha tenido heridas peores que no fueron tratadas. Creo que estoy a la altura de la tarea. Afortunadamente, no es un hombre grande. Consigo levantarlo sobre mis hombros, me tambaleo hasta el río y lo dejo en la playa, con cuidado de que su espalda no toque el suelo.

De los escombros depositados por la última inundación, extraigo cuatro ramas de tamaño modesto y las coloco una al lado de la otra junto al agua. Con pesar de que su duro día de servicio termine así, saco los Pantalones de Buen Gusto

de mi mochila y los corto en tiras largas con mi navaja de bolsillo, luego uso las tiras para atar los troncos en una balsa. La deslizo dentro del agua, y efectivamente flota. Encuentro una tabla que servirá de timón y remo, luego pongo a mi pasajero a bordo, apoyando su cabeza en mi mochila para mantenerla fuera del agua. Me alejo, saltando a horcajadas sobre la popa como si fuera un caballo de lomo ancho, con la intención de flotar río abajo hasta mi isla, donde puedo hacer un fuego, hervir algunas vendas y tratar sus heridas.

Mi balsa no es un corcel ágil y el viaje resulta accidentado, pues se tambalea de roca en roca y temo reventarle la cabeza a mi paciente o ahogarlo en el río antes de poder atender su espalda. Pero finalmente llegamos a la playa con un tranquilizador crujido de arena. Me desmonto en el agua y empujo la popa conmigo mientras camino hasta la orilla. Agachado junto a la balsa, tiro de mi paciente hacia la isla. La balsa sin carga se eleva y atrapa la corriente, deslizándose por el canal antes de que pueda detenerla. Lo llevo en brazos, lo arrastro a la depresión que parece un lugar donde dormí hace siglos, pero fue solo anoche.

Pero no es momento de reflexionar. El río me ha enfriado y aquí en el agua sopla una fuerte brisa. Me entran unos escalofríos y me quito rápidamente los pantalones mojados y me pongo el peto, la camiseta de punto y la chaqueta, bailando para entrar en calor. No seré de ninguna ayuda para ninguno de los dos si me resfrío.

Me arrodillo a su lado, para protegerme del viento, escurro la sangre de la camisa hawaiana y la coloco de nuevo sobre sus heridas por un momento. Le quito los pantalones mojados y lo cubro con mi manta. Dejo caer nuestra ropa mojada sobre un arbusto y lavo mi camisa blanca en el río. Una vez que la hierva bien, la prepararé para hacer vendajes.

Me dispuse a hacer una fogata. Hay mucha madera a la deriva y el castor ha tenido la amabilidad de dejar algunas ramas sin comer al lado de su madriguera. La leña y las cerillas que guardé dentro de una bolsa de plástico están secas, así que todo va sobre ruedas.

Mientras me arrodillo ante una pequeña pira, a la que alimento con ramas de castor, mi invitado levanta la cabeza, mira a su alrededor, observándolo todo: a mí, a la isla, al río, al horizonte. Sus ojos se centran durante un tiempo considerable en los enormes edificios iluminados río abajo. Baja la cabeza y vuelve a erguirla, pero con una expresión más serena en el rostro, según me parece. No es difícil imaginar las razones: puede que esté loco, pero no soy un capataz; en esta isla no hay postes de flagelación ni grilletes; y esos edificios imposibles, por aterradores e inexplicables que sean, deben convencerlo de que está muy, muy lejos de casa. Tal vez lo suficientemente lejos como para ser libre.

Pongo agua a hervir y, mientras observo la olla, desgarmo mi camisa blanca en tiras para hacer vendas. En algún lugar, imagino que Anchee me observa y sonríe.

Lo único que quiero es que estés aquí y que hagas lo que quieras. Eso es todo.

Pero ¿qué es lo que “quiero” en circunstancias tan extraordinarias? ¿Qué es lo correcto? Si puedo creer a Anchee, soy responsable de que este pobre hombre se haya perdido en un mundo nuevo y extraño. Técnicamente, ya no es un esclavo, pero ¿de qué le servirá la libertad si este mundo lo vuelve loco?

No importan, son un efecto secundario, dice Anchee sobre las alteraciones accidentales.

Y yo, al parecer, soy el efecto deseado, una clase única. Estoy familiarizado con la retórica de la opresión: esta clase, esta raza, este partido realmente importa; todos los demás son secundarios. Todas las indignidades que este hombre sufrió como esclavo fueron meros efectos secundarios para quienes lo golpearon y prosperaron gracias a su trabajo; su prosperidad fue el efecto positivo de su privilegio incuestionable. Cuando conocí a Varina Davis¹¹, expresé la opinión de que se cometía una gran injusticia cuando a los esclavos, aunque se los proclamaba libres, no se les dio para su subsistencia ni siquiera un centímetro de la tierra que habían cultivado. Ella me dijo que a los ojos del Sur (con lo

11 Varina Anne Banks Davis (7 de mayo de 1826 - 16 de octubre de 1906) fue la única Primera Dama de los Estados Confederados de América y la segunda esposa durante mucho tiempo del presidente Jefferson Davis. No apoyaba la posición de la Confederación sobre la esclavitud.

que se refería a los ojos de los sureños blancos racistas de clase alta) la gran injusticia era que los propietarios de esclavos no habían sido compensados adecuadamente por la pérdida de su propiedad legal: ¡los esclavos!

¿Qué se puede decir ante una actitud tan obstinada en favor de la intolerancia? Le pregunté si creía que el violador debería tener derecho a cualquier descendencia que pudiera resultar de su agresión a una mujer inocente, y me respondió, con mucha firmeza, que desde luego no, y me preguntó por qué demonios le hacía una pregunta tan horrible.

Pero eso es historia antigua. Este pobre desgraciado se enfrenta a un nuevo conjunto de dificultades. Parece que le han robado la vida dos veces, mientras que yo, sin ninguna virtud propia, me he embarcado en la segunda. Debo hacer lo que pueda para restablecer el equilibrio.

No soy tan ingenuo como para aceptar al pie de la letra el arrogante desdén de Anchee por la importancia de las alteraciones accidentales. Bien pudo haber sido un medio para predisponerme a seguir exactamente el camino que he adoptado, jugando deliberadamente con mis sentimientos, manipulándome. Prometió no interferir más, pero ¿qué significado posible podría tener “más” para Anchee? Puede “prometer” no interferir, porque el trabajo ya está hecho. Todos los espías han sido contratados y tienen sus instrucciones, gente inocente ha sido arrojada de un lado a

otro en el tiempo como bolos, y aquí estoy sentado –¿justo en el momento justo?– destrozando mi ropa. Todo el asunto podría organizarse tan bien como un autómata de relojería en un escaparate: *Kropotkin en el James*. Me pregunto si cobrará entrada. He visto el futuro, dice él, que ni siquiera admite la realidad.

Pero si algo de lo que ha dicho tiene algún sentido, entonces se equivocó, pues debería haber dicho que ha visto *un* futuro. A lo que respondo: ¡Yo también!

Basta. He estado rasgando mi camisa con cada vez más fuerza. Un montón de tiras blancas llenan mi regazo. Anchee no importa, el futuro tampoco. ¿Qué haría de manera diferente? ¿Enviaría a este hombre a un manicomio o lo abandonaría en el bosque? ¿Lo arrojaría al río ahora mismo para demostrar que soy un hombre libre? No. No puedo preocuparme por la locura de Anchee. ¡Tengo que arreglármelas con la mía!

–¿Sabes lo que estás haciendo? –me dice una voz desde la oscuridad y doy un salto. Es Earl, de pie sobre la misma roca que ocupaba cuando lo conocí esta mañana. Señala las futuras vendas, mi antigua camisa, ahora esparcidas en el suelo a mis pies.

–Ya he tratado heridas antes –digo, sonando más seguro de la que tengo derecho.

Gruñe una respuesta dubitativa y cruza el agua con algo en los brazos. Lo coloca junto al fuego y veo que es un maletín de médico, viejo por su aspecto, sin rastro alguno de plástico. En la placa de bronce está grabado el nombre DR. EARL HOLLANDER con una caligrafía florida. “Soy médico”, dice para que no lo dude. Abre el maletín y dentro hay instrumentos relucientes. Se arrodilla junto al paciente. “¿Tienes una luz?”.

Le entrego la linterna.

“Hierve esas”, dice, refiriéndose a las tiras que estoy recogiendo del suelo.

–Esa era mi intención –digo, depositando un puñado en la olla.

Le quita la camisa hawaiana de la espalda al paciente y la deja caer en la arena. Mientras Earl coloca sus instrumentos sobre una tira de terciopelo rojo junto al paciente y examina las heridas, yo recupero la camisa hawaiana y la lavo en el río. Incluso en la oscuridad de la noche puedo ver el río llenarse de sangre y luego continuar limpio. Estoy seguro de que ha visto mucha sangre antes, más de la que le corresponde. Escurro la camisa con fuerza y la cuelgo con los pantalones.

Earl me hace una seña: “Ven y sujeta la luz”.

Capítulo IX

MEDICACIÓN EFICAZ

[Estamos sufriendo] un tiempo muy frío. Cuatro o cinco hombres murieron de frío anoche. Una gran parte de los prisioneros que han estado en confinamiento durante un largo tiempo han quedado reducidos a esqueletos por el hambre, la exposición y la suciedad constantes. No hay leña esta noche y hace mucho frío. Las noches son largas y se vuelven horribles por los gemidos de los desdichados que sufren.... Los hombres están demasiado débiles para caminar de noche para mantenerse calientes y se hunden y mueren de frío... de 15 a 20 y 25 mueren todos los días y son enterrados justo fuera de la prisión sin ataúdes, solo lonas envueltas alrededor de ellos.

–JOHN RANSOM, *Prisionero en Belle Isle*, 1863

Richmond era, sobre todo, una ciudad esclavista. Los esclavos y los negros libres sumaban poco más de la mitad de los aproximadamente 5.700 residentes en 1800. En el cercano condado de Henrico, del que Richmond se había formado recientemente, 4.600 esclavos más trabajaban en los campos de tabaco y trigo; allí también... los blancos eran una minoría... En el corazón de Richmond se encontraba el “poste público de azotes”, donde los blancos aprensivos podían enviar a sus bienes humanos para que los disciplinaran.

–DOUGLAS R. EGERTON, *La rebelión de Gabriel*

Durante más de una hora, ilumino la espalda del pobre hombre con la linterna mientras Earl limpia y sutura con destreza las heridas. Ninguno de los dos habla de nada más que de la tarea que nos ocupa. Hay demasiado que decir, demasiadas preguntas. Le debemos al paciente no distraernos hasta que hayamos hecho todo lo que podemos por él. Es difícil contemplar sus heridas durante tanto tiempo, y eso nos pasa factura a los dos. No se trata solo de la sangre, a la que uno se acostumbra, sino de imaginar la mano que sostuvo el látigo y desgarró la carne una y otra

vez, la mente detrás de la mano, la sociedad que lo querría así y el Estado que lo convertiría en ley. *Aquí todos los problemas son problemas raciales*, resuena en mis pensamientos. ¿Qué tan grande es ese “aquí”, me pregunto: esta ciudad, este Estado, este país, este momento?

La luz se vuelve tenue, las baterías incluidas parecen estar fallando, pero Earl casi ha terminado. Por sugerencia suya, apago la linterna y pongo un poco más de leña en el fuego. Tengo la mano acalambrada de sostener la luz y las piernas rígidas. Se siente bien moverse. La madera fresca prende e inunda nuestra pequeña isla de calor y luz. Earl y yo brillamos como un par de demonios o fantasmas que rondan el río, atendiendo a un camarada caído.

–¿Eras médico en Belle Isle? –pregunto.

“Soy médico dondequiera que voy”, dice mientras señala a su paciente con la cabeza. “¿Fugitivo?”

“Aquí ya no hay esclavitud”.

–Díselo a él. –Corta el último vendaje con las tijeras, deja caer los instrumentos en el agua hirviendo y se pone de pie, un poco inestable por haber estado arrodillado tanto tiempo.

–Él cree que es el 30 de agosto de 1800 –digo.

–Entonces debe estar loco.

–Debe ser. ¿Te dice algo esa fecha?

–No. Es antes de mi tiempo.

–¿Qué tiempo es, Earl?

“¿Tú eres el que tiene el reloj o se lo cambiaste a otro tipo?”

–No me refiero a la hora del día. ¿Qué fecha es la del lugar de donde vienes, Earl?

–Sin fechas ni nombres. –Mira río abajo y yo doy un rodeo a su alrededor para que me mire de frente, pero él no me mira a los ojos.

“Ya me diste tu nombre.”

“Me retracto.”

–Pensabas que estábamos en 1864, ¿verdad, Earl? Y entonces todo cambió.

“No pienso nada. No tengo opiniones ni creencias”.

“Estamos en el año 1999. ¿Lo sabías?”

–Eso me han dicho. –Sostiene la palma de la mano como si fuera una hoja de papel y la señala con la otra–. Ponga aquí su nombre, aquí su número de seguridad social, aquí la fecha, aquí su dirección, su pariente vivo más cercano...

“¿Estuviste prisionero en Belle Isle?”

Mueve la cabeza y habla como algunos consideran apropiado dirigirse a los niños, señalando el trozo de papel imaginario que tiene en la mano como si fuera una confesión firmada. –Sólo los locos piensan cosas así, Piotr. Esa terrible prisión fue hace mucho tiempo y es mejor olvidarla. Sólo un loco podría recordarla. A esos malos recuerdos los llamamos delirios, Pedro. Afortunadamente, hay medicamentos eficaces para los delirios. –Mete la mano en el maletín de su médico, saca un frasco naranja y lo agita. Emite el característico ruido sordo del plástico–. ¡Tome su medicina! –exclama alegremente y me arroja el frasco. Examino la etiqueta a la luz del fuego. Está desgastada y es difícil de leer, pero fue dispensada por el Hospital MCV¹². Los nombres de la medicina y del médico son ilegibles. Las instrucciones permanecen: tomar una al día con la comida. Lo que queda de la fecha dice 12 de octubre de 199.

“¿Cuánto tiempo hace que tienes esto?”

“Un rato.”

12 El Centro Médico VCU (VCU Health), anteriormente conocido como Medical College of Virginia (MCV), es el campus médico de la Virginia Commonwealth University (VCU), ubicado en el centro de Richmond , Virginia , Estados Unidos. Como MCV, el Centro Médico VCU se fusionó con el Instituto Profesional de Richmond en 1968 para crear VCU. En la década de 1990, se creó la Autoridad de Hospitales del Colegio Médico de Virginia para supervisar los Hospitales MCV.

“¿Cuánto tiempo los tomaste?”

“Una semana.”

“¿Por qué te detuviste?”

Se ríe. “No tenía nada para comer. Me dijeron que podían hacerme enfermar si no tenía comida. Pero cuando conseguí algo, quise que mis delirios volvieran. No había nada que pudiera reemplazarlos”. Se golpea la cabeza, formando una O con la boca, y hace un cloqueo hueco. “Cabeza vacía”. Mira por encima del hombro como si viera algo allí, sigue dando vueltas en círculo y no encuentra nada. Levanta las manos. “¡No hay nada allí! No hay Earl”. Su risa adquiere el tono agudo y maniaco que he oído de otros prisioneros cuando están perdiendo la cabeza.

–Eso es porque viviste en 1864. Hace mucho tiempo, pero no para ti. Debes haber sido un prisionero de la Unión.

Mueve el dedo bajo mi nariz. –¡Ja! Te dije que mi padre era de Tennessee. Yo también. ¿Cómo podría ser un soldado de la Unión? Tennessee se separó de la Unión en mayo de mil ochocientos sesenta y uno. Tendría que ser un traidor o un desertor. ¿Me estás llamando traidor?

Está claro que es todo fanfarronería y sigue sin mirarme a los ojos. Sus payasadas, sin duda, se han convertido en algo natural, pero están empezando a poner a prueba mi paciencia. –¡Tonterías! En lo que a mí respecta, sólo puedes

ser un traidor a tu conciencia si abandonas a tu prójimo. Ahora bien, ¿cómo llegaste aquí? Debes entenderlo: dime la verdad y te creeré. Yo también soy de otra época.

Me mira a los ojos. –Estás loco como yo, ¿no?

“Sí.”

“Entonces cuéntame tu historia primero”, dice.

Está bien. Así que le cuento mi historia, desde mi lecho de muerte hasta este momento. Ya lo has oído todo. Pero es la primera vez que la cuento y me siento más a gusto contándola, entusiasmándome en varias ocasiones. No esperaba sentir tanto alivio al contar mi vida de dos días, como si me estuviera confesando con un sacerdote. Como un sacerdote, Earl se guarda sus opiniones detrás de una pantalla hasta que he llegado al final, aunque tiene varias preguntas sobre las nociones de tiempo de Anchee a lo largo del camino. Pierde gran parte de su pose ridícula. Sospecho que es una forma de mantener a sus compañeros a distancia, aunque incluso él puede haber perdido de vista el hecho de que es fingida.

–Estás mucho más loco que yo –concluye. Lo dice con total naturalidad, sin que implique ningún juicio negativo y tal vez con un toque de admiración. Formamos una buena pareja de lunáticos–. Ahora bien, ¿por qué supones que ese ángel

o ese hombre del futuro o lo que sea te contó lo que estaba pasando, pero no me lo dijo a mí?

“No tengo ni idea.”

–Creo que lo sé –dice con un brillo en los ojos–. Quiere volverme loco porque no sé qué está pasando, y volverte loco a ti porque lo sabes. –Sonríe como si le pareciera una situación espléndida. Saca las dos botellas de vodka que había canjeado por lo de esta mañana y me da una, proponiendo un brindis: “Por nuestros delirios”. Las bebimos juntos y, así fortalecido, me cuenta su historia, perdiendo todo rastro de alegría en el proceso.

“No hubo nada mágico en cómo terminé en Richmond, en Belle Isle. Yo era médico, un médico rural, como mi padre; atendía sobre todo a granjeros, gente pobre. Había tratado a esclavos unas cuantas veces: huesos rotos, cosas así. No tenía opiniones firmes sobre la esclavitud en un sentido u otro. Me gustaba mantenerme al margen de la política. Entonces un día trajeron a un fugitivo todo mordido por los perros. Le habían arrancado tres dedos de la mano derecha. Su cara... Era horrible. Se lo merecía por huir, decían los dueños de esclavos, se quejaban amargamente de su pérdida. Después de eso, no sentí ningún interés por la esclavitud, ni por los dueños de esclavos tampoco. De vez en cuando hablaba de ello cuando me sentía valiente, lo que no ocurría muy a menudo; algunas personas estaban de acuerdo conmigo; la mayoría no. Y eso fue todo.

“Entonces llegó un punto en el que no se podía hablar de ello sin conseguir que se iniciara una pelea. Todo el mundo decía que habría una guerra si Lincoln era elegido. Lo decían tan a menudo que no creían que tuvieran otra opción. Sabían cómo me sentía y, en general, me dejaban en paz. Pero cuando estalló la guerra, cuando los dueños de esclavos nos arrastraron a todos al infierno con ellos, todo cambió. Todo el mundo se volvió loco. No era sólo una guerra, eran las Cruzadas, la Guerra de la Independencia y la Segunda Venida, todo en uno. No eran sólo las bandas y las banderas y todo lo demás lo que irritaba a todo el mundo. Creo que era la culpa. '¡Dejémoslo en manos de Dios, dejemos que Él decida si debemos tener esclavos!' Había predicadores que decían lo mismo desde el púlpito. Imagínese: una guerra santa por la esclavitud. Pero aun así, traté de mantenerme al margen y logré hacerlo durante un tiempo. Pero los soldados vinieron a mi casa, dijeron que me necesitaban, dijeron que tenía que ir con ellos, que era mi deber patriótico.

“Dije que no, gracias, y me respondieron que no tenía otra opción. Así que ahora yo también era un esclavo. Supongo que me lo merecía por no haberme enfrentado nunca a las cosas. Me enojé con los dueños de esclavos, con los soldados, conmigo mismo por haber dejado que esto sucediera, por no haber hecho lo que podía antes de que las cosas llegaran a ese punto. Pero sobre todo me sentí avergonzado. Me había dejado convertir en prisionero, en

esclavo, porque no decía lo que pensaba. En cuanto tuve la oportunidad, traté de huir al Norte. Como no podía mantenerme al margen, pensé que debía unirme al bando que creía que tenía razón. Pero los soldados rebeldes me atraparon, me trajeron aquí y dijeron que si estaba tan decidido a tratar a los yanquis, podría tener una isla entera”.

“¿Cuánto tiempo estuviste en Belle Isle?”

“Dieciséis meses. Nos tenían en un campamento, cientos de tiendas de campaña apiñadas en un pequeño espacio apestoso. Había un muro de tierra alrededor, de unos cinco pies de alto. Dentro del muro había una zanja que llamaban la línea muerta. Vi a más de un hombre cruzar esa línea deliberadamente para poder salir de allí de la única manera que podía.

“Los hombres morían todo el tiempo. En realidad, no había mucho que yo pudiera hacer por ellos. Para ser sincero, empecé a envidiar a los que morían. Luego empezó a hacer frío, un frío terrible, día tras día, y todo empeoró. Una noche de frío glacial, no pude soportarlo más. Me fui a dormir esperando y rezando para no despertarme en absoluto. Cuando me desperté, el campamento había desaparecido. Era solo un campo de hierba con un enorme puente que lo cruzaba (aunque en ese momento no tenía ni idea de lo que era): solo vi enormes pilares de piedra de treinta metros de altura. Hacía calor, brillaba el sol y la gente caminaba por ahí feliz como podía, sin apenas ropa. Pensé que estaba muerto.

Empecé a gritar y esa fue la primera vez que me llevaron al pueblo y hablaron conmigo, me dieron una medicación eficaz. Después de eso, me convertí en el loco Earl. Allí en el pueblo me conocen. Ahora me llevo bien con todo el mundo, pero la mayor parte del tiempo me quedo aquí. A menos que haya una inundación o una gran cantidad de hielo o algo así.

–Es bonito aquí. Hay mucha madera. Por todas partes crecen papayas, ardillas, ratas almizcleras, conejos, peces. Pero escúchame: no puedes tener nada que ver con nadie. Aquí nadie te escuchará. Nadie te creerá. Nadie quiere oír lo que tienes que decir. Y si te enojas cuando te tratan así, te encierran, te dan esas pastillas. Y luego te sientas en una pequeña habitación y no discutes mientras te dicen quién eres antes de dejarte ir. *Tienes que tener una actitud más positiva, Earl. ¡No queremos volver a verte aquí!*

Se pone a llorar. “Desearía poder olvidar. De verdad que sí. Pero un hombre necesita tener algo que recordar, ¿no es así? ¿No es así? Aunque sea algo horrible. De lo contrario, bien podría ser una... piedra o un árbol”.

–Escúchame, Earl: no estás loco. No tienes ningún delirio.
–Abro la botellita y arrojo el contenido al río.

Él me mira estupefacto. “No deberías haber hecho eso”.

“¿Por qué no?”

Se seca las lágrimas con las manos y sonríe. “Todos esos pobres peces se preguntarán quiénes son”.

“Tal vez sea más fácil atraparlos de esa manera”.

Por la mañana me despierto con el pensamiento poco elegante de: “¡Maldita sea, hoy tengo que ir a trabajar!”, y con un terrible dolor de cabeza; también tengo uno de esos. Abro los ojos con un doloroso aleteo y, en general, me siento mucho menos estable que Brad, que se inclina hacia atrás y hacia delante en su silla y sirve cerveza tras cerveza. El ayer pasa por mi mente como una frenética película sobre el aire y, como la película, no puedo asimilarlo todo. Hasta ahora, esta vida ha sido mucho más agitada que la anterior, pero no me quejo, ni siquiera del dolor de cabeza: un pequeño sacrificio que hacer por el placer de tener una compañía bulliciosa.

Cuando era joven por primera vez y oía a hombres mayores decir que vivirían su vida de un modo un tanto diferente si tuvieran que hacerlo de nuevo, pensaba con aire de superioridad: “No soy yo, puesto que estoy haciendo exactamente lo que quiero con mi vida”. Cuando comprendí lo que querían decir esos hombres (que no es tanto el hacer o no hacer esto o aquello, sino cómo se lo considera), ya no era joven, por supuesto. Emma una vez me llamó puritano, e incluso Sophie tuvo que reírse de lo engreído que me puse ante una acusación tan absolutamente justa. La pureza inquebrantable del idealismo juvenil a veces puede dejar de

lado la alegría como si fuera una distracción de los asuntos más importantes de la vida. La alegría de vivir, por el contrario, es una aliada voluntaria de la mayoría de los esfuerzos que valen la pena, incluso siendo un revolucionario, incluido un revolucionario con resaca.

Mi paciente está sentado frente al fuego que arde sin llama, observándome mientras recobro la vida. Lleva pantalones y la camisa hawaiana que le di. Sostiene la navaja de bolsillo (de hoja larga y abierta) en la mano derecha. Al parecer, ha estado bastante ocupado mientras yo dormitaba. Earl ha ido adondequiera que vaya Earl; algún día, supongo, averiguaré adónde.

–Buenos días, soy Peter Kropotkin –le recuerdo a mi invitado. Dudo que recuerde mucho de nuestra conversación anterior. Agotado, me acosté con la ropa puesta. Cuando me levanto, veo cuánta sangre de este hombre he logrado manchar en ella, y él también. Parezco un carnicero que acaba de salir del trabajo. –Espero que te sientas mejor esta mañana –digo.

Él asiente con cautela. “Me siento mejor, gracias. ¿De dónde eres?”

–¿Te refieres a mi acento? Soy ruso. No pensarías que he vivido en Inglaterra durante más de treinta años, ¿verdad? Un amigo inglés me dijo que sonaba como un comediante de music-hall con acento ruso. ¿Quieres desayunar?

Él asiente con seguridad. Saco el pan y divido lo que queda entre nosotros. Él se abalanza sobre su porción. –¿Quieres un poco de atún con eso? –pregunto. Él me mira dubitativo. –Necesitaré el cuchillo para abrirlo. Levanto la lata. –Supongo que no tenías esto en 1800, pero hay pescado aquí dentro. –Señalo la etiqueta donde una imagen de la criatura refuerza mi argumento. Señalo el cuchillo en su mano. –Una de las hojas es un abrelatas, tiene un extremo para abrir. ¿Quieres hacerlo? Le ofrezco la lata y él la toma.

“Simplemente cierra la hoja del cuchillo y abre esta hoja de aquí”.

Lo hace con una facilidad notable. Supongo que ha pasado algún tiempo familiarizándose con mi cuchillo.

“Ahora engancha esta pestaña del borde de la lata aquí, y presiona la punta de la cuchilla dentro del borde aquí, y levántala así”.

Lo hace, perforando la lata. Un poco de aceite sale por el agujero. Se la acerca a la nariz y la huele. Está gratamente sorprendido, tanto por la maravilla de la lata en sí como por el pescado que hay dentro, supongo. “¿Qué hago ahora?”

–Coloca la lata sobre tu rodilla y córtala por todo el borde, así. –Imito el movimiento necesario de balanceo de la mano y él lo entiende casi de inmediato–. Cuidado con el borde, está afilado –le digo mientras abre la tapa. Cierra el abridor

y abre la hoja del cuchillo, ensarta algunos trozos de pescado, los come con gran placer y me entrega el cuchillo y la lata. Doy un mordisco y se los devuelvo.

“Estamos en 1999, dices.”

“Así es.”

Mira alrededor de la isla. “¿Primavera?”

–Sí. Abril.

Piensa en ello, asiente con la cabeza y ríe un poco. “Seguro que no es agosto”.

–Sé que esto debe ser difícil para ti –le digo–. Yo he llegado a este momento desde 1921, hace setenta y ocho años, en realidad nada. Pero tú... muchas cosas han cambiado desde 1800. Te ayudaré con lo que sé, como el atún enlatado y las navajas de bolsillo de lujo.

“¿Por qué quieres ayudarme?”, pregunta con naturalidad.

Encogiéndome de hombros, menciono el único vínculo que parecemos compartir aparte de nuestra humanidad: “Aquí ambos somos desconocidos”, y él asiente con la cabeza. Aparentemente, eso le parece motivo suficiente.

Mira fijamente el agua, estudiando la costa. “No estoy en ningún lugar que conozca”, admite. “Pero conozco este río,

río arriba y río abajo, y este es mi río: el río James. Lo conozco, aunque haya cambiado de mil maneras. Pero no es el mismo río que conozco. Y no estamos en agosto, ni de lejos. *Debe* ser como dices: el mismo río, en una época diferente”. Toma un poco más de atún. “¿Los hombres siguen siendo los mismos de siempre?”, pregunta.

“Por ahora parece que sí. Yo solo llevo aquí un par de días”.

Asiente pensativo. Me parece un tipo pensativo en todos los aspectos. –Todos los que conozco se han ido. Muertos.

–Sí. Todo se ha ido. –No hay forma de suavizar el golpe, y lo dejo que lo piense en silencio sin que yo hable, mientras recojo un poco de leña para el fuego. Hay suficientes brasas para avivar el fuego sin dificultad, y pongo agua para el café. Él permanece sentado todo el tiempo, inmóvil como una estatua, mirando fijamente el fuego. Me pregunto quién estará ahí atrás, al otro lado del abismo del tiempo, a quien él no hubiera querido dejar atrás. Quienquiera que sea, su pérdida está escrita profundamente en las líneas de su rostro.

A la luz del día parece algo más joven de lo que pensé al principio, pero es casi imposible calcular su edad, pues tiene el aspecto curtido de un hombre que ha pasado la mayor parte de su vida al aire libre. Su vida como esclavo sin duda lo ha envejecido más allá de sus años.

Como si supiera lo que estoy pensando, me pregunta: “¿Todavía soy un esclavo?”

–No. La esclavitud ha sido ilegal en Estados Unidos durante más de cien años, pero no puedo mentirte. No tienes identidad legal. No eres dueño de nada. Tienes muchas cosas que aprender. Puede ser muy difícil. ¿Sabes leer y escribir?

Sacude la cabeza. “No se debe escolarizar a los esclavos”, dice. “Se promulgó una ley contra ello”.

–En Rusia fue lo mismo –le digo–. Los amos creen que los esclavos que saben leer y escribir pueden aprender y conspirar. Cuando liberaron a los siervos, algunos de nosotros formamos clases para enseñarles a leer y escribir. Lo redujimos a nueve sesiones de unas pocas horas cada una. Menos mal, porque nos cerraron pronto cuando se produjo la reacción. El inglés puede llevar un poco más de tiempo, por supuesto. El ruso es más fonético, pero estaré encantado de enseñarte. Si tu aptitud lingüística se parece en algo a tu aptitud mecánica, deberías estar escribiendo novelas para el verano.

Se ríe de nuevo. “Estás loco...”

“Pedro.”

“Jonás.”

Le ofrezco de nuevo la mano y esta vez él la toma. Su mano callosa aprieta la mía y la suelta como si tuviera miedo de hacerme daño o de que yo pudiera desaparecer como la criatura imaginaria que debo parecer ser. O tal vez todavía desconfíe de mi piel blanca.

Oímos risas detrás de nosotros y nos giramos para ver una flotilla de ocho botes de goma que se dirigen hacia nosotros, cada uno lleno de remadores novatos con cascos y chalecos salvavidas, un experto en la popa dando órdenes. Me complace ver que la mayoría de los capitanes de estas embarcaciones son mujeres. Todas saludan mientras pasan dando vueltas, riendo, como si estuvieran montadas en un tiovivo. La mayoría de estos aventureros son blancos, pero algunos son negros, y una pareja joven que yo juzgaría que son japoneses. Jonás los mira a todos con asombro. Estos deben ser los navegantes de recreo de los que habló Earl.

Una mujer llama a Jonás entre risas y voces: “¡Qué camiseta más chula!”.

Me mira desconcertado. “¿Qué está diciendo?”

“Camiseta genial. Significa que le gusta la camiseta. Genial es una palabra que he oído a menudo desde que estoy aquí y que significa bueno o interesante, además de sus significados habituales”. La deletreo en la arena con un palo, GENIAL, señalando las letras mientras la pronuncio.

–Genial. –Piensa en esto, en las letras más que en su significado. Sospecho que está pensando que todos los significados podrían transmitirse con signos como estos, si uno supiera cómo.

–Déjame mostrarte el alfabeto –le digo. Busco mi bolígrafo, quito la etiqueta de papel de la lata de atún y empiezo a imprimir las letras lo más prolijamente posible en el interior.

Él observa mi escritura con la máxima atención. Cuando le entrego el alfabeto en la etiqueta del atún, pasa las yemas de los dedos por encima, traza algunas de las letras. Pero sus ojos vuelven una y otra vez a la pluma que tengo en la mano. Hago girar el cuerpo, mostrándole cómo se extiende y se retrae la punta, y se la entrego. Deja a un lado con cuidado el pergamino del atún y toma la pluma. Le da varias vueltas, y luego varias veces más; temo que no se canse de este ejercicio. Y luego, de una manera que no veo, la desmonta en dos, luego en tres piezas: un cartucho plateado que debe contener la tinta, la parte superior donde se fija el clip y el cuerpo. Sostiene el cuerpo en alto y mira a través de él como si fuera un pequeño telescopio. Estudia la estructura del cartucho de tinta y temo que intente desmontarlo más. Me tranquilizo pensando que hoy encontraré sin duda otro bolígrafo en la basura, aunque quizá no tan bonito como éste, cuando vuelve a juntar las piezas, levante la palma pálida y apoye el bolígrafo sobre ella. “La sobrina del señor Charles, me enseñó mi nombre una vez, hace mucho

tiempo". Escribe JONÁS en la palma. La J está al revés y la H está torcida, pero en conjunto es una actuación impresionante. "El señor Charles se enfadó mucho por eso, así que no me enseña más. Mi madre dice que el inglés, lo llama "lengua blanca", se traga tus palabras hasta que no tienes nada que decir por ti mismo. Ella nunca aprendió a hablarlo, excepto para decir: "Sí, señor Charles". El señor Charles dice que eso es todo lo que ella necesita saber, en lo que a él respecta". Se ríe. "Él no sabe cómo lo llama cuando no está cerca".

Comienza a devolverme el bolígrafo, pero le sugiero que se lo quede. –Puedes practicar el alfabeto –le digo. Está claramente contento y asiente con la cabeza en señal de agradecimiento. No necesito preguntarle quién era el señor Charles. Por suerte, está a dos siglos de distancia y no hay problema. –¿Qué estabas haciendo cuando las cosas cambiaron? –pregunto–. Antes de que te encontraras aquí.

Duda en responder a mi pregunta. Creo que entiende lo que quiero decir, pero aparta la mirada, con el ceño fruncido, pensativo. El agua hierve, así que lo dejo reflexionando mientras preparo dos tazas de café fuerte.

Sus ojos se iluminan ante el olor y asiente con satisfacción ante el sabor. "¿Dices que el día de ayer ya pasó hace mucho tiempo? ¿Todos están muertos y desaparecidos?"

Sospecho cuál es el origen de su vacilación. He sido conspirador con la suficiente frecuencia como para reconocer los síntomas. “Estamos en 1999”, le aseguro. “No queda nadie a quien traicionar”.

Él asiente con la cabeza con decisión. “Entonces te lo contaré. No fue una noche cualquiera. Todo empezó con un esclavo de por aquí, llamado Gabriel, que siempre hablaba de libertad, de cosas de las que todos los demás tenían demasiado miedo de hablar, que decía que si queríamos la libertad, teníamos que luchar por ella, que si no queríamos la libertad, ¿cómo podíamos llamarnos hombres? Muy pronto todos los demás hombres dijeron que estarían con él si llegaba el día. 'Sólo danos la palabra', le dijo alguien, 'sólo toca tu trompeta y todos iremos al cielo'. Y la gente se reía y tenía miedo.

—Ese era yo. Supongo que tenía miedo. Después de la primera vez que lo escuché, ya no quise oírlo más, aunque todo el mundo estuviera hablando de él. Y, por supuesto, Gabriel había reunido un ejército secreto. Y anoche, o cuando fuera, oí a un esclavo decir que venía de cerca de la casa de Prosser que Gabriel y sus hombres se reunirían alrededor de la medianoche. No sabía, o no dijo, exactamente dónde, excepto que iban a tomar Richmond. Desde la primera vez que escuché a Gabriel, me asustó, porque sabía que tenía razón. No tengo por qué ser esclavo a menos que quiera serlo, pero si lucho, probablemente acabe muerto, y no quería eso. Pero cuando escucho la

noticia de que realmente está sucediendo, de que los esclavos se están alzando, ni siquiera lo pienso dos veces, simplemente me escabullo y me dirijo a la ciudad.

Sacude la cabeza ante su propia imprudencia. He oído historias similares antes de personas que han participado en revoluciones. Se encontraron en las barricadas sin haberlo considerado seriamente hasta que llegó el momento.

Bebe de su café y continúa: “Así que ahí voy, río abajo, rumbo al pueblo, con la esperanza de encontrarme con Gabriel y los demás, cuando de repente se desata una gran tormenta que arrasa con todo, derribando árboles, el río crece tan rápido que pensé que se llevaría el pueblo antes de que llegara. Así que tomo el camino más fácil, pensando que nadie debe salir en una noche como esa, pero de repente se me acercan unos hombres blancos, preguntándome qué estoy haciendo, preguntando qué está haciendo Gabriel, así que supongo que ya lo saben todo. Les digo que no sé nada, pero me golpean hasta que hablo. No les digo nada que no sepan ya de algún viejo tonto que lo ha regalado todo a cambio de nada. El hombre que me está golpeando me dice eso. Dice que nos van a colgar a todos, y yo lo considero bien. Me dejan encadenado bajo la lluvia torrencial, diciendo que tienen que cazar más negros y que volverán a buscarme en un rato. Lo último que recuerdo es el sonido de sus caballos alejándose.

“Cuando me despierto, las cadenas se han ido, los hombres se han ido. Estoy tumbado junto al río al atardecer, sufriendo, pero todavía puedo seguir adelante. Así que me dirijo a la ciudad como antes. Pero nada está bien. No llueve, el suelo está casi seco, el río está bajo. Todo tipo de cosas extrañas por todas partes. Pero aun así bajo por el río para hacer lo que digo que hagamos, la palabra que Gabriel me dio”.

“¿Y cuál era exactamente el plan?”

“Todos íbamos a Richmond a luchar contra los blancos, excepto los franceses, los metodistas y los cuáqueros, que no tenían esclavos. El plan era tomar primero el arsenal y el polvorín, pero no les dije a los hombres blancos esa parte del plan”.

“¿Y entonces qué pasó?”

Se encoge de hombros y se ríe. “Entonces te encuentro”.

“Así que esto fue una rebelión, una lucha por vuestra libertad, un intento de derrocar a vuestros opresores”.

–Hablas como él –dice–. Como Gabriel.

–Entonces estoy seguro de que era un tipo muy bueno. Por cierto, ¿por qué no me mataste?

Sonríe. “Estaba bastante seguro de que no eras francés, pero pensé que podrías ser cuáquero. Nunca había oído hablar de ningún cuáquero. No actuabas como un hombre blanco, no hablabas como tal, no me mirabas como tal”. Sacude la cabeza. “No puedo explicarlo. De todos modos, no tengo gusto por matar. ¿Esa Rusia es un buen lugar? ¿Mejor que esto de aquí?”

Me río tristemente al pensarlo. “No, desde luego no diría eso. Está lejos de eso. ¿De dónde eres? Me refiero a antes de Virginia”.

“Salí del océano, nací en un barco. El capitán me puso ese nombre. Le dijo a mi madre que si no podía mantenerme callado, me arrojaría por la borda como a Jonás. ¿Conoces esa historia?”

“Sí.”

“Mi madre no la conoció hasta más tarde. Dice que el capitán se la contó. Mi madre dijo que no debía volver a llorar hasta que bajase del barco conmigo en sus brazos y estuviésemos en Virginia. Entonces no volvería a callarme”.

“¿Y tu padre?”

–El capitán le disparó porque se resistió, dijo mi madre. Sospecho que se pelearon por ella, pero ella no dice nada al respecto y yo nunca pregunto. –Toma el pergamino con el alfabeto, lo extiende sobre su rodilla y busca las letras de su

nombre con la punta del dedo, una por una—. Háblame de ti –dice—. Háblame de Rusia. –Levanta la vista del pergamino y sonríe—. Háblame de 1999.

Me doy cuenta de que he conocido a otro hombre que añora el futuro. Espero que no le decepcione. Intento ponerlo al corriente de lo que sé de los dos siglos que se ha perdido.

Le hablo de la Guerra Civil estadounidense, de Abraham Lincoln y de la Proclamación de la Emancipación, desde una perspectiva que probablemente no habría contado con la aprobación de Varina Davis. Ella dijo que la guerra era una cuestión de derechos de los estados. Le dije que, como no creía en los estados, no me gustaban demasiado sus derechos, especialmente cuando parecían consistir principalmente en privar a los hombres de los suyos. Sin embargo, en el caso de Jonás, dejo a Varina al margen. Me alegra informar que la esclavitud ha terminado, aquí y por el momento al menos.

Le hablo de los maravillosos avances científicos de los siglos XIX y XX (hasta donde sé de ellos), y le intrigan especialmente las máquinas, especialmente las que vuelan. Le explico el perfil aerodinámico, que parece entender, y le señalo un avión que vuela muy alto, aunque no está del todo convencido de que no sea un pájaro.

–¿Es usted maestro de escuela? –me pregunta durante una pausa en mi discurso, y me declaro inocente de la acusación–. Le gusta enseñar cosas –observa con tacto–. Cuénteme cómo *llegó* hasta aquí.

Me sonrojo al darme cuenta de que la responsabilidad de informarle de dos siglos faltantes me ha impedido hablarle de mí como me pidió, así que una vez más continúo con mi relato.

A diferencia de Earl, Jonás está lleno de preguntas y a menudo me detiene para pedirme más información, sobre todo si menciono algo mecánico. En medio de la narración de mi conmovedora llegada, me encuentro explicando el motor de combustión interna lo mejor que puedo, para que la limusina pueda salir del aeropuerto; dibujo una representación simplificada de la bicicleta de Rachel en la arena al mismo tiempo que intento explicar lo que siento por ella; y espero pacientemente mientras él desaparece debajo de la camisa hawaiana con la linterna para poder presenciar su funcionamiento sin la competencia de la luz del sol.

Pero también tiene preguntas sobre Anchee y toma nota, como hice yo, cuando Anchee cambia de negro a blanco. Murmura una frase en un idioma que no conozco y me la traduce como “líbranos de los demonios”.

“¿Por qué Anchee te trajo aquí?”, pregunta al final de mi relato.

“No lo sé.”

“Déjame verlo”, dice.

“¿Eso?”, digo, porque realmente no tengo idea de qué está hablando.

“El reloj”, dice. “Déjame ver el reloj”.

Se lo entrego y lo examina con atención. Dejaré que descubra por sí mismo que el mango no funciona, que la parte trasera tiene bisagras y que en el interior hay un cuadrado de plástico oculto. Pero cuando lo abre, el cuadrado de plástico ha sido reemplazado por un pequeño trozo de papel. Revolotea hasta el suelo entre nosotros. Un escalofrío me recorre la nuca. –Lo cambió –digo–. Probablemente me robó el bolsillo cuando estábamos allí parados en la calle. ¿Cuándo fue?, me pregunto. ¿Mientras acariciaba al gato? ¿Mientras miraba la televisión? Detiene el tiempo y hace lo que quiere conmigo. Es todo lo que puedo hacer para contener mi rabia.

Jonás toma el papel, lo desdobra y me lo entrega para que lo lea. Es un poema escrito a mano que nunca había leído antes, aunque conozco la historia por la mitología griega. El color de la tinta coincide con el de mi pluma; supongo que la letra es de Anchee. Leo el poema en voz alta:

LEDA Y EL CISNE

*Un golpe inesperado: las grandes alas baten
en la aturdida joven, las oscuras membranas
le acarician los muslos, siente el pico en su nuca
y la opresión del pecho en su pecho indefenso.
¿Cómo pueden los blandos, sobrecojidos dedos
apartar de sus muslos la emplumada grandeza?
¿Y cómo puede el cuerpo, envuelto en blancas ráfagas,
no sentir el extraño corazón palpitante?
Un espasmo en las ingles engendra con el tiempo
la muralla caída, la torre, el techo en llamas
y la muerte de Agamenón.
Tan sometida,
tan domeñada por la sangre bestial del aire,
¿tomó con su energía cierto conocimiento
antes que el pico indiferente la soltara?*

WILLIAM BUTLER YEATS¹³

–No lo entiendo –dice Jonás.

“El cisne es un dios, Zeus. Se transforma en cisne para poder violar a Leda, una bella mujer humana, cuando ella baja al río.”

Jonás asiente como si esto tuviera todo el sentido para él.

13 Traducción de Antonio Rivero Taravillo.

“Después de que él la viola, ella tiene varios hijos, incluida una hija increíblemente hermosa llamada Helena. Ella es secuestrada por un hombre llamado Paris, lo que provoca una larga y horrible guerra y la destrucción de una gran ciudad. Otra hija, Clitemnestra, asesina a su esposo Agamenón cuando regresa de esa guerra. El poeta pregunta si Leda *sabía*, como un dios, lo que sucedería como resultado de este momento, lo que les sucedería a los niños nacidos de esta violación”.

“Esa es una buena historia”, dice Jonás.

—Los griegos tienen muchas historias maravillosas —conuerdo—. Pero hay algo más. Conocí al hombre que escribió este poema, William Butler Yeats, en la casa de un amigo. Estábamos hablando de historia, de quién la hizo y de si, atrapado por la marea de los acontecimientos, uno puede entender el significado de sus propias acciones, o incluso de las acciones de una nación o generación entera. Él utilizó esta historia para ilustrar uno de sus puntos. Habló de ella con mucha pasión. Por lo que sé, estaba trabajando en este poema en ese momento, o tal vez nuestra conversación fue su catalizador; no tengo ni idea. Pero el mensaje de Anchee es claro. Está diciendo que yo soy como Leda, un juguete de los dioses, y para demostrarlo demuestra su conocimiento de los más mínimos detalles de mi vida pasada, mientras que yo soy totalmente ignorante de él, de sus poderes y de sus intenciones, exactamente como Leda violada por Zeus.

–Pero Leda debe *saberlo* –objeta Jonás–. Ella tiene... ¿qué dice?... conocimiento divino, poder *divino*. *Es seguro*.

“¿Crees eso?”

“Ella tiene al Dios *dentro* de sí. Es la madre de los niños. Ella *sabe*”. Sospecho que su juicio tiene menos que ver con la razón que con su alta opinión de las madres, un prejuicio por el que difícilmente puedo culparlo. Aun así, tiene razón. Anchee me ha proporcionado una gran cantidad de conocimiento cuando podría haberme dejado aquí, en la ignorancia, como a Earl y Jonás. Tal vez sé más de lo que creo.

Jonás ha estado jugueteando con el reloj todo el tiempo que hemos estado hablando, y empiezo a decirle que lo deje, que ha agotado sus posibilidades, cuando agarra la tapa abierta, más o menos perpendicular al reloj, y la hace girar como si fuera una llave en una cerradura. Espero que se rompa, pero en lugar de eso gira con un clic. El reloj emite un zumbido audible y un brillo azulado que se expande hasta llenar nuestra isla. “¿Qué dice?”, pregunta Jonás, mostrándome la esfera del reloj. Ha desaparecido la familiar esfera del reloj. En su lugar hay letras y números en luz azul:

8:55 a.m.

10 de abril de 1999

Los leí en voz alta. Curiosamente, este giro de los acontecimientos me desconcertó más que a Jonás, quien, estaba aparentemente tan fuera de su elemento que no esperaba entender nada, decidió sabiamente no sorprenderse por nada.

–¿Qué es esa luz? –pregunta, como si yo lo supiera.

“No tengo ni idea.”

Antes de que pueda detenerlo, prueba de nuevo la perilla, la gira y los números de la esfera del reloj corren hacia atrás. Al principio, todo lo que está más allá del resplandor azul desaparece como si estuviéramos pasando por un túnel, pero luego reaparece, monstruosamente transformado: el río fluye hacia atrás, las hojas vuelan hacia los árboles y son tragadas por las ramas en una vertiginosa progresión de estaciones, el sol vuela vertiginosamente hacia el este. “¡Alto!”, grito, y se para.

La nieve se acumula en toda la costa y en las otras islas, aunque la nuestra sigue igual. El mundo está tranquilo y en calma. La esfera del reloj indica

3:12 p.m.

8 de febrero de 1988

En los árboles que bordean la orilla del río, una bandada de cuervos se posa en las ramas nevadas. Uno de ellos alza el vuelo en medio de una lluvia de nieve y vuela hacia nosotros, graznando ruidosamente. Vuela en círculos sobre nuestras cabezas y se posa en un árbol bajo en el otro extremo de la isla, donde todo parece tan cálido y seco como en nuestro extremo. Los cuervos comentan el asunto con graznidos apagados de un lado a otro del canal.

–Gíralo hacia el otro lado –le digo–. Vuelve a donde estaba.

–No sé leer –dice Jonás y me entrega el reloj–. Hazlo tú. Yo lo giré de esta manera. –Hace girar la punta del dedo sobre el vástago en el sentido de las agujas del reloj. Yo lo giro en sentido contrario y el proceso se invierte. La velocidad del viaje en el tiempo se controla según la distancia a la que se gira el vástago. A medida que nos acercamos a la hora en la que nos fuimos, voy más despacio y tomo nota atenta de la hora. El apagón se produce en el preciso momento en que llego al final del milenio y termina cuando la esfera muestra *las 8:55 a.m. del 10 de abril de 1999*, una vez más, momento en el que el giro del vástago en sentido contrario a las agujas del reloj ya no tiene ningún efecto. Así que si quiero presenciar, por ejemplo, mi llegada a esta isla, no puedo. Y eso es bueno, ya que no tengo ni idea de lo que me diría a mí mismo. Y si quiero ver el futuro, tendré que ser paciente y experimentarlo de la forma habitual.

El cuervo de nuestra isla emite un graznido estridente que expresa su opinión al respecto y se lanza al vuelo, dando vueltas alrededor de la costa, gritando repetidamente, desesperado, preguntándose dónde diablos habrán ido sus compañeros. Pronto, toda la población aviar de los alrededores se ha sumado al tumulto. Sin duda están denunciando a nuestro cuervo accidental como loco como un sombrerero.

Capítulo X

CASSANDRA ABOGA POR LOS REFUGIADOS

En mis conversaciones con los “salvajes” durante mis viajes por Siberia y Manchuria, me resultaba muy difícil explicar cómo era posible que en nuestras sociedades cristianas la gente muriese de hambre con tanta frecuencia, mientras que junto a ellos otros pueblos vivían en la opulencia. Para un tungus, un aleutiano y muchos otros, semejante situación resulta absolutamente incomprensible.

—PETER KROPOTKIN, *Ética*

“Es una mala memoria la que sólo funciona al revés”, comentó la Reina.

–LEWIS CARROLL, A través del espejo

Vuelvo a colocar la tapa del reloj en su posición normal y el reloj deja de zumbiar, los números azules desaparecen y el reloj vuelve a parecer un reloj normal. Tengo más tentaciones que nunca de tirarlo al río, pero lo cierro de golpe y lo guardo en mi bolsillo. “Líbranos de los demonios”, digo, o espero decirlo, en la lengua materna de Jonás. Si me equivoco, no me corrige.

“Todo va al revés”, dice emocionado.

“¿Es ahí a donde quieres ir? ¿Al pasado? El pasado no te ha tratado muy bien”.

“¿Por qué estás enojado?”

“Porque este maldito Anchee está manipulando mi supuesta nueva vida para su propia diversión. Esperaba poder lograr algo con ello. En cambio, estoy secuestrando cuervos de 1988 y recitando poemas de un joven que conocí en una cena hace un siglo”.

Jonás escucha con calma mi fanfarronería. “Me parece”, dice Jonás, “que te está jugando una mala pasada. Mi madre dice que los dioses se ríen todo el tiempo. En cuanto a mí, me considero un esclavo muerto. Pero me despierto como un hombre libre. Para mí este es... ¿cómo se dice?... un día fresco. Este es un día muy fresco”.

Después de un anuncio tan sincero de buenos sentimientos, ¿cómo puedo seguir contando mis insignificantes desgracias? Tengo que reírme de mí mismo. “Fue muy emocionante, ¿no?”

“Nunca había visto nada igual. Nieve cayendo *al* cielo”. Levanta con entusiasmo las manos para evocar la nieve y gime de dolor, pagando un alto precio por olvidar momentáneamente sus heridas.

Se tambalea un poco y temo que se vuelva a desmayar, pero me asegura que está bien. Reviso sus vendajes y están limpios y bien sujetos, sin evidencia de sangrado grave. Estoy a punto de aconsejarle que descanse cuando, por una vez, veo a Earl acercarse antes de que llegue: está cerca de la orilla, saltando de roca en roca con una ristra de peces en una mano y su maletín de médico en la otra. Se lo señalo a Jonás. “Aquí viene el médico que te trató”. Procedo a contarle una versión mucho más abreviada de la historia de Earl. Afortunadamente, no aparecen máquinas en el relato que impidan nuestro progreso, de modo que ya he concluido

cuando Earl está de pie en la roca que se ha convertido en mi puerta de entrada.

“Earl, me gustaría que conocieras a Jonás. Jonás, te presento a Earl”.

No estoy seguro de lo que esperaba cuando estos dos se conocieron, pero aun así me sorprende. A través de mis ojos, parecen tener poco en común, pero mi visión resulta defectuosa. Ambos son sureños y están del mismo lado de la cuestión de la esclavitud, aparentemente un asunto que no es menor en sí mismo. Separados en el tiempo por solo sesenta y tres años, un tiempo breve en la historia de un tema tan tenaz, comparten sus opiniones con fuerza. Jonás está ansioso por escuchar más sobre la guerra y los eventos que la llevaron a ella. Earl siente curiosidad por el comercio de esclavos africanos y el sistema de plantaciones. Su conversación está aderezada con frases como “¿No es esa la verdad?”, “¡Puedes decirlo otra vez!” y “Eso es un decir”. Ellos entienden, con todas sus sutilezas, exactamente lo que significa ese “eso”, mientras que yo solo puedo adivinarlo. Pero soy un oyente satisfecho. Además de su buen sentido, hay una música en el discurso de estos dos que me parece absolutamente encantadora, una música que parecen sacar a relucir el uno en el otro, como la armonización de hermanos.

Observo lo similares que son sus acentos a mi oído extranjero, que me recuerdan, en muchas de sus vocales en

particular, a Edimburgo, donde yo, recién llegado al mundo de habla inglesa, a menudo me veía obligado a intercambiar notas en trozos de papel para comunicarme con mi casera, aunque podía escribir un bonito discurso en inglés si tenía suficiente tiempo, papel y tinta. Mis propias vocales al hablar, a juzgar por las expresiones aturcidas de mis oyentes, deben haber sido espantosas. Incluso más tarde en mi vida, un amigo me aconsejó, después de una conferencia pública, que tal vez debería esforzarme en distinguir más claramente entre las palabras “ley” y “bajo”¹⁴, porque, como era el caso cuando hablaba de la abolición de la ley, mi público podría entender fácilmente que yo decía la abolición de lo bajo.

Después de que Earl confirmase mi opinión sobre las vendas de Jonás, repiten sus historias con gran detalle, y cada uno encuentra en el otro el público ideal para sus desgracias. Mientras Jonás cuenta su historia, Earl aplaude el valiente llamado a las armas de Gabriel; maldice rotundamente la tormenta, los viles jinetes, el cruel látigo, así como la esclavitud, los esclavistas, los dueños de esclavos y sus parientes; y testifica en términos inequívocos que se inclinaría a ser metodista si alguna vez se dedicase a la religión, lo que, por desgracia, no hizo. Se confiesan entre sí en voz baja que ninguno de los dos es cristiano, y yo proclamo en voz alta que ya somos tres.

14 Confusión entre law (ley) y low (bajo).

Jonás, aunque está absorto en un examen meticuloso de los instrumentos médicos de Earl por invitación de éste, presta atención a cada palabra de su narración. Cuando Earl narra la escena de su reclutamiento, Jonás toma la sierra de huesos como si fuera Excalibur y parece dispuesto a matar a cualquiera que abuse de su médico de esa manera. Y cuando Earl habla de hombres que mueren congelados por la noche, Jonás abraza el estuche de instrumentos como si fuera el cadáver de un camarada perdido, con los ojos llenos de lágrimas. Y cuando Earl se denuncia a sí mismo por no haber alzado la voz y las armas contra la esclavitud mucho antes, Jonás discrepa enérgicamente, señalando que un hombre podría lograr poco más que su propia esclavitud cuando la ley, los soldados y la riqueza estaban todos alineados en su contra.

Estos dos, a quienes yo creía tan diferentes, se entienden perfectamente. Ambos fueron víctimas de la misma tiranía, sin hogar y silenciados en su propia tierra, etiquetados de traidores en virtud de tener una conciencia que se atrevieron a seguir. Tal vez una medida de su pasión provenga del hecho de que no habrían podido mantener esta discusión franca en sus propios tiempos sin soportar el látigo, la prisión o ambas cosas. Mi experiencia en Rusia es que la esclavitud esclaviza a toda una cultura: amo y esclavo, defensor y oponente. Nadie es libre; todos están esclavizados por la noción de que un hombre puede poseer

a otro. El día que los siervos fueron liberados fue como si toda Rusia saliera de una mazmorra.

Estos dos, a pesar de los males que hayan podido sufrir, han escapado milagrosamente. Jonás sigue mareado por su libertad; por ahora, ésta eclipsa todas las demás emociones. Cuando uno ha caminado de un lado a otro de una celda durante años y luego sale, es difícil apartar la vista del horizonte. Earl, que ha descubierto el duro terreno que separa este río de sus aspiraciones, es decididamente menos optimista. Pero aun así, hace cuatro años, escapó de la muerte en prisión (una experiencia, puedo dar fe de ello, que deja a uno con una gratitud inquebrantable por la vida), pero hasta ahora no ha tenido a nadie con quien compartirla, nadie que le crea, nadie que entienda por lo que ha pasado. Así que él también tiene una nueva sensación de libertad esta mañana. La libertad para un animal social, después de todo, no consiste en la soledad, sino en la libre asociación y el entendimiento mutuo. De todas las emociones humanas, la soledad, en mi experiencia, es la peor.

Mis dos compañeros también comparten su entusiasmo por el pescado, lo limpian, lo preparan y comentan sobre él mientras siguen hablando. Yo hago mi parte encendiendo el fuego y consiguiendo arbolitos verdes con los que cocinar el pescado. A regañadientes, miro mi reloj-máquina del tiempo y veo que tengo que estar en el trabajo en poco más de una hora. Me preparo poniéndome mis otros pantalones

–aún húmedos, pero sin manchas de sangre (no suele ser la mejor vestimenta para un paseo frente a la comisaría)– y me siento cerca del fuego para secarlos y observo a Earl cocinar el pescado.

–Pareces muy callado –me dice Jonás–. ¿Pasa algo?

“Simplemente estaba disfrutando escuchándolos hablar”.

Él asiente pensativamente. “¿Extrañas tu casa?”

–¿Rusia? Sí, supongo que sí. No viví allí gran parte de mi vida. Me escapé de la prisión en 1876 y huí del país. No pude regresar hasta 1917, cuando una revolución derrocó a la antigua aristocracia. Volví a casa siendo un hombre viejo, pero aun así tenía muchas esperanzas... Pensé: ¡Esto es todo! ¡La revolución! –Sacudo la cabeza–. Ah, bueno, ahora no importa. Los matones y los abusadores tomaron el control y se perdió la oportunidad. Extraño a Rusia, pero la he extrañado la mayor parte de mi vida.

“Mi madre era así. Siempre me contaba historias sobre su hogar, como ella lo llamaba”. Sacude la cabeza y se ríe. “¡Extraño un lugar que nunca ví y a gente que nunca conocí!”.

Earl sirve el pescado en palitos que aún están humeantes y nos ponemos a devorarlo todo, menos los palitos. Yo pienso en masticar el mío para sacarle el jugo que pueda quedar. Mientras Jonás y yo alabamos al pescador–cocinero,

él se conmueve con nuestros elogios, casi tímido en sus protestas, y yo vislumbro al hombre que era hace 130 años, antes de que la guerra destruyera su vida. Tal vez ese hombre, y no sólo el Loco Earl, pueda algún día obtener su libertad, pueda tener la vida que el Estado le robó por luchar por sus “derechos”. Pobre Estado, tan maltratado por traidores y esclavos “desleales” que apenas podía arreglárselas para llevar a cabo su principal negocio: atender las muchas necesidades y derechos de las clases privilegiadas.

–¿Y tú qué? –le pregunta Jonás a Earl–. ¿Extrañas Tennessee?

Earl niega con la cabeza. “No, no tanto. Yo extraño a mi esposa. Si pudiera volver a verla, no me importaría cuando”.

Asiento con la cabeza para indicar que comprendo. –Yo también –digo en voz baja.

Jonás dice: “No tengo esposa. Había una chica en el pueblo, pero la vendieron y la llevaron a Carolina hace unos años. Después de eso, no volví a acercarme mucho a las mujeres. De todos modos, a los esclavos no se les permite casarse”.

–Ya no eres un esclavo –le digo.

Earl sacude la cabeza con tristeza y le dice a Jonás: “No, ahora eres un vagabundo, un desempleado, un loco sin un

centavo en el bolsillo. Las mujeres se desmayan cuando me ven llegar”. Hace una imitación cómica de un joven pretendiente arrogante que se pavonea por la avenida y nos hace reír a los dos, pero es una risa con un toque punzante.

Por más justas que sean las observaciones de Earl, temo que no sean el tipo de sentimientos que Jonás necesita escuchar en este momento, y empiezo a hablar, pero Jonás, al parecer, no se deja intimidar. “Sigo sin ser un esclavo”, dice con insistencia.

Está claro que Earl tiene más argumentos para su explicación, pero no dice nada. “Lo único que digo es que no os hagáis ilusiones”.

Jonás se ríe. “¡No estoy muerto! ¡Soy libre! Diría que he recibido suficientes buenas noticias para celebrar”.

Con pesar por tener que separarme de tan buena compañía, me levanto y me lavo la cara y las manos en el río. “Trabajaré hasta tarde esta noche”, digo. “No regresaré hasta la medianoche o más tarde”.

–No puedes quedarte aquí –dice Earl, señalando el horizonte río arriba–. El río pronto crecerá y lloverá aquí dentro de una hora. Jonás y yo estudiamos el mismo banco de nubes y coincidimos con la opinión de Earl.

“¿Crees que el agua cubrirá la isla?”, pregunto dubitativamente.

–No. Sólo la mitad de las rocas que hay entre aquí y la orilla. Pueden quedarse en mi casa hasta que encuentren otra. Es pequeña, pero está seca. –Me sonríe con un brillo en los ojos–. A menos que quieran construirse un barco.

–Creo que mis días como carpintero de barcos han concluido sin problemas –digo riendo.

Empaco mis pertenencias y Earl y yo ayudamos a Jonás a llegar a la orilla. No se queja, pero todavía se tambalea y nuestros empujones deben causarle dolor. Cuando llegamos a la orilla, él y Earl insisten en que pueden hacer el resto del viaje hasta la casa de Earl sin mí, para que yo pueda continuar con el trabajo. Earl dibuja un mapa en la arena para mostrarme la mejor ruta hasta su casa cuando regrese. Uno entra por el agujero en la cerca por las escaleras y continúa a lo largo de las vías del tren hasta que hay una segunda abertura en la cerca. “Pasa por la cerca, gira a la izquierda y son una docena de yardas más o menos”.

“¿Qué aspecto tiene?”

“Un matorral de zarzas. Es un agujero, muchos de nosotros lo cavamos en Belle Isle porque no había suficientes tiendas de campaña ni mantas para todos. Sin embargo, el suelo es mejor para cavar donde estoy ahora, tengo algunos maderos que lo apuntalan. En esta isla hay demasiada arena para hacer algo más que excavar”.

“¿Has construido una vivienda subterránea lo suficientemente grande para los tres?”

“Siempre y cuando nadie se levante”, dice, adoptando una postura encorvada y pasando la mano por encima de la cabeza para evocar su techo.

–¿Incluso yo? –pregunto. Estamos casi a la altura de los ojos. Su mano me despejaría la cabeza fácilmente, sin importar lo erguida que esté.

“No saltes”, aconseja con una sonrisa afable, muy diferente de la máscara maníaca de loco Earl.

Lamento tener que posponer mi visita a la casa de Earl hasta después del trabajo. La perspectiva de una vivienda subterránea me recuerda los vastos poblados subterráneos de perritos de las praderas que me fascinaron cuando visité las llanuras americanas. Imagínense una vasta pradera. Hasta donde alcanza la vista hay montones de tierra, y en cada uno de ellos hay un perrito de las praderas, enfrascado en una animada conversación con sus vecinos mediante breves ladridos. En cuanto se advierte la llegada del hombre, todos se sumergen en un instante en sus moradas; todos han desaparecido como por encanto. Pero si el peligro pasa, los pequeños animales reaparecen pronto. Familias enteras salen de sus galerías y se entregan a jugar. Los jóvenes se rascan, se molestan mutuamente y exhiben su gracia estando de pie, mientras los viejos vigilan. Se visitan unos a

otros, y los senderos trillados que conectan todos sus montones dan testimonio de la frecuencia de las visitas.

Por más agradable que sea esta imagen recordada, no tengo deseos de convertirme en roedor por ahora, no hasta que le haya dado otra oportunidad a la especie humana. Y aunque a mí me iría bien viviendo en una madriguera junto al río en mi nueva encarnación, Jonás seguramente se beneficiaría de una cama cálida y un techo sobre su cabeza. De hecho, es una cuestión de cierta urgencia si se quiere que recuperar adecuadamente. Desafortunadamente, aunque en una semana o dos podría conseguir una habitación si soy frugal, estas podrían ser semanas cruciales para Jonás. Tal vez, el refugio del que habló Rachel...

Entonces recuerdo la explicación de Rachel sobre la misión de su propia agencia: *ayudar a los refugiados*. Sin duda, según cualquier definición sensata del término, Jonás es un refugiado que huye de la persecución en su país natal, víctima de un régimen bárbaro al que no puede regresar sin enfrentarse a una muerte segura. Y, por muy reaccionario que sea Richmond todavía, dudo que mantenga un tratado de extradición con los Estados Confederados de América.

Mientras subo las escaleras y cruzo el puente, la idea empieza a tomar forma en mi mente. Cuando llego a Meadow Street, ya estoy decidido. Me detengo para observar la línea de nubes oscuras en el horizonte (la lluvia parece segura), pero no les presto atención. Consulto mi

mapa y el reloj. Está prácticamente de camino y tengo mucho tiempo. Cambio el rumbo hacia la casa de Rachel, con la intención de convencerla de que acepte a un esclavo de Virginia de 1800 como refugiado.

Me pregunto de dónde vienen los refugiados hoy en día y si Jonás podría pasar por uno de ellos. Con todo lo que se habla en la prensa sobre la economía global, supongo (ya que la guerra y la economía siempre han sido compañeras cercanas) que los refugiados serán igualmente globales. En verdad, no tengo idea de qué decirle a Rachel, excepto que aquí hay un tipo que necesita ayuda.

Paso por un hermoso parque identificado en el mapa como Byrd Park. Hay incluso más gente corriendo aquí que en el Fan, pero también unas cuantas parejas paseando. Varios pescadores prueban suerte en atractivos estanques bordeados de piedras donde niños chillones dan de comer a gansos y patos con bolsas de plástico llenas de pan. A pesar de los carteles que dicen NO SE ADMITEN PERROS, hay varios con sus amos a cuestas (sin duda contra su voluntad). Es una escena que calienta el corazón, esta aldea humana—hombres y mujeres, negros y blancos, jóvenes y viejos—disfrutando de la vida en este espacio verde común, impertérritos ante la constante llegada de las nubes de tormenta. Siento una oleada de optimismo de que tal vez he llegado al lugar correcto después de todo, una sensación que se ve ayudada, estoy seguro, por la inminente perspectiva de volver a ver a Rachel.

Confieso que, hasta el momento en que decidí visitarla esta mañana, el día y la noche que me esperaban parecían un desierto estéril entre mí y el oasis de nuestro reencuentro por la mañana. Dado el olor de la lluvia que se acerca y lo empapada que está la labor que me espera, quizá sea necesaria una metáfora menos reseca, algo para mi espíritu optimista. Me arrastra la perspectiva de volver a verla. Es todo lo que puedo hacer para mantener la cabeza fuera del agua. La razón me advierte que tal vez esté persiguiendo el espejismo del enamoramiento, pero ni el corazón ni los pies escuchan, y tanto el paso como el pulso son tan rápidos y ligeros como una araña en el agua.

Doy la vuelta a la esquina de la cuadra de Rachel y observo la ordenada hilera de casas (probablemente nuevas cuando yo morí), ninguna de ellas destartalada ni grandiosa. Localizo primero la casa de Chris, con un jardín en terrazas bien cuidado. Y entonces la oigo a ella, o lo que resulta ser el sonido de sus labores, y me acerco. Está barriendo los escalones de la entrada, bajándolos hacia atrás, haciendo sonar la escoba, su cuerpo se mueve de un lado a otro en un contrapunto hipnótico. Sus pequeños pies están descalzos. Vestida con ropa de punto sencilla (una camisa de punto que antes era negra y pantalones más oscuros y ajustados), es una visión desarmante. Su ropa no es inmodesta según los estándares actuales, lo sé, pero no deja ningún misterio en cuanto a la conformación de su cuerpo y sus extremidades, y la encuentro hermosa más allá de las palabras. Al verla así,

mi corazón se acelera, pero cuando me ve de reojo y se da vuelta para encontrarme mirándola fijamente, la expresión de su rostro no es del todo acogedora y me arroja a una orilla rocosa.

–Peter, pensé que nos veríamos mañana. –Asumo una actitud forzada y agradable que podría ser descendiente de la actitud de Varina Davis hacia mí, una especie de malicia exuberante, una habilidad social sureña que, según me informaron más tarde, es propia de la gente del Sur.

–Estábamos... o estamos... o estaremos... –digo, riéndome demasiado, tan nervioso como un colegial–. Lo siento. Estaba en camino al trabajo y pensé que estaría bien pasar a visitarte. Tenía un asunto que quería discutir contigo. No quería ser una molestia.

Su actitud deja claro que he fracasado en mis intenciones, ya que me hace un gesto con la cabeza y señala un par de mecedoras en el porche, como si estuviéramos en su oficina la primera vez que nos conocimos. No. Era mucho más amable entonces, cuando yo era un extraño. Antes de llorar en sus brazos. Mientras guarda su escoba junto a la puerta, parece estar evaluando la situación, evitando mi mirada, recelosa de mí por alguna razón que solo puedo imaginar. No puede ser mi atracción por ella; como señaló Anchee, ella ya es muy consciente de eso, agradablemente consciente, o eso parecía. No, algo ha sucedido desde la última vez que la vi que erosionó su opinión sobre mí.

–Siéntate, por favor –dice, porque, naturalmente, la he esperado y obedezco–. ¿Estás reconsiderando la clase?
–pregunta, casi con esperanza, como me suena a mí. La clase es nuestra única conexión real. Si yo dejara la clase, ella no tendría por qué tener nada más que ver conmigo.

–No, no. No tiene nada que ver con eso. Me he encontrado con un desgraciado junto al río. Tiene mala salud y está pasando por una mala racha, y estoy preocupado por él. Es un refugiado y he recordado que vuestra agencia ayuda a los refugiados a conseguir alojamiento y otras necesidades. Así que me he tomado la libertad de hablar con vosotros en su nombre. Le habría consultado, por supuesto, pero se me ocurrió justo cuando venía de camino al trabajo y estaba por los alrededores. –Sonríe mirando al barrio para demostrar lo bonito que me parece.

Un joven negro que va en bicicleta pasa a mi lado mirándome con abierta curiosidad. “Hola, Rachel”, dice.

–Hola, Gerald –saluda con una sonrisa amistosa, sonrisa que retira cuando vuelve a fijarse en mí–. ¿De dónde es ese refugiado? –me pregunta como si apenas creyera en su existencia, y mucho menos en lo que he dicho sobre él.

–Nació en el mar –digo, agradecido por esta sincera evasiva–. Sus padres eran de algún lugar de África.

“¿Somalia? ¿Es somalí?”

Recuerdo que los británicos, los franceses y los italianos se repartieron Somalia, pero eso sería en la costa este, y las raíces de Jonás probablemente estén en África occidental. Pero aun así... “Supongo que es posible”, digo. “Si así fuera, ¿qué tipo de ayuda podría estar disponible?”

Ella me ve a través de los ojos. “*No tan rápido*”, parece decir. “Tal vez podamos averiguar de dónde es. ¿Cómo se llama?”.

“Jonás.”

“Bíblico. Podría ser de cualquier lugar. ¿Apellido?”

“Solo Jonás, creo.”

Frunce el ceño con escepticismo, se recuesta en su silla y la deja balancearse hacia adelante y hacia atrás. “Solo Jonás, nacido en el mar. Esto cada vez suena mejor. ¿Qué idiomas habla?”

“Hablamos en inglés. No conozco su lengua materna. Es analfabeto, aunque me he ofrecido a enseñarle”.

—Por supuesto. —Hay un escalofrío en su voz que me parte el corazón. Nuestras miradas se encuentran. Ella ve mi angustia y yo veo su enojo, pero aunque debe saber la fuente de mi dolor, no tengo idea de qué he hecho para enojarla tanto. Continúa con su interrogatorio. —¿Parientes vivos?

“Ninguno.”

“¿Por qué no me sorprende? ¿Tiene alguna identificación? ¿Documentación? ¿Algo que pueda servir para establecer su identidad?”

“Nada.”

–Pareces muy seguro. Puede ser cualquier cosa: su billete de avión, por ejemplo.

“Sé que no tiene nada más que un par de pantalones y una camisa que le regalé. Y un bolígrafo. También se lo regalé”.

“¿Cómo logró llegar hasta aquí sin siquiera un boleto? ¿Lo escupió un gran pez?”

“No lo comprendo del todo ni yo mismo”.

–Pero ¿crees que es un refugiado africano? ¿Por qué? Incluso si es africano, ¿cómo sabes que es un refugiado? Ni siquiera sabes de qué país es, aunque parece saber todo lo demás sobre él. ¿Qué te hace pensar que es un refugiado?

Su tono me pone de los nervios y respondo con firmeza: “Porque debería serlo según cualquier definición sensata. Tiene las marcas inconfundibles de la tortura y la subyugación: cicatrices de látigos y grilletes. Son más elocuentes que cualquier 'documentación'”.

“¿Has visto estas cicatrices tú mismo?”

“Sí.”

“¿Ha estado en el INS?”

“¿INS?”

Ella inclina la cabeza hacia un lado, claramente pensando que mi ignorancia es inexplicable. –Servicio de Inmigración y Naturalización, Peter. Ya sabes, ¿la gente con la que trataste para entrar en este país?

–Sí, sí, ellos. –Está segura de que miento. Y trato de engañarla con las medias verdades que le digo, pero no quiero mentirle. Continúo con la frase torpe—. No ha hablado con nadie más que conmigo y con mi vecino del que te hablé. Acaba de llegar aquí.

“¿Por qué Richmond? ¿También lee a Dickens?”

Me sonrojo. “¿Tal vez podrías hablar con él?”, le ofrezco sin mucha convicción.

“Dígale que venga a la oficina el lunes. También podría decirle que sería útil que recordara de qué país de África es él (o sus padres) y cómo logró llegar hasta aquí desde allí sin hablar con nadie y sin tener nada que mostrar”.

–Lo haré. –Mi trabajo está hecho. Ya he hecho el ridículo por un día. Debería levantarme y marcharme. Si me apuro, puedo llegar a tiempo al trabajo. Pero me invade una oleada de soledad que me clava a la silla. Siento un peso en el pecho al darme cuenta de que, después de este incidente, es muy posible que no vuelva a ver a Rachel nunca más. Esta mañana fui testigo de la alegría que puede traer decir la pura verdad a dos extraños que piensan como yo. Y aquí estoy, mintiéndole (¿cómo se le puede llamar de otra manera?) a la única persona en todo este nuevo mundo con la que más me gustaría entablar amistad; y peor aún, ella *sabe* que miento. –Lamento haberte molestado –le digo.

–Peter –dice en voz baja, con un tono de voz totalmente diferente–, ¿hay algo que quieras decirme?

La miro y ella me mira fijamente. Parece que me están dando la oportunidad de confesar, pero desafortunadamente no sé cuál es mi crimen. –Muchas cosas –digo–. Pero hasta que sepa qué ha ocurrido para cambiar tu opinión sobre mí desde la última vez que me viste, no tiene sentido que diga nada, porque sea lo que sea, lo ensombrecerá todo. Sé que la historia de Jonás debe sonar escandalosa, pero te molestaste en el momento en que me viste. ¿He hecho algo para molestarte?

Ella considera su respuesta. “¿'Me molesta'? Sí, supongo que podría decirse eso. La desilusión es molesta, ¿no? Decepción. Quería leer algo que habías escrito. Parecías un

hombre tan agradable e interesante. Tenía curiosidad. Bueno, estaba *interesada*. Quería saber más sobre ti. Entonces, después del trabajo llevé tu solicitud a la biblioteca para buscar algunas de las cosas que enumerabas allí. No estaba tratando de verificar cómo estabas. Estaba segura de que todos esos artículos estarían allí esperándome. No tenía la menor duda. Era como una niña pequeño emocionada.

–Debí estar loca. Como sabes, no existen, Peter. Ni uno solo de ellos. ¿Por qué mentirías sobre algo así? No exigimos a nuestros tutores que publiquen en *Nature* y *Atlantic Monthly*. ¿Estabas tratando de impresionarme o algo así? Y ahora esta historia loca... Me gustabas mucho más antes de que me mintieras.

Se me parte el corazón. No puedo permitir que piense tan mal de mí. “No mentí. Escribí todos esos artículos. Solo cambié las fechas”.

“¿Qué dices? ¿Pero por qué? No lo entiendo”.

–Porque tenía que hacerlo. No sé si puedo explicarlo, si es posible que me creas... –Levanto las manos con exasperación–. Por favor, intenta confiar en mí. Eres la última persona del mundo de la que quisiera que pensara mal. Te tengo en la más alta estima posible.

Ella junta sus manos como si estuvieran frías o rezando. “Peter, sé que me quieres, pero me das miedo. Si vamos a tener algún tipo de relación, necesito saber quién eres realmente. Sé lo que dicen tus papeles y he leído tu solicitud, pero nada de eso, verdadero o falso, cuadra con alguien que vuela a Richmond después de la muerte de su esposa para vivir una vida sin hogar en el río, ¡tomando la causa de los africanos misteriosos que, como él, aparecen en Richmond, Virginia, como si hubieran caído del cielo! ¡Jesús, Peter! ¿Confiar en ti? ¿Cómo? ¿Cómo lo hago? Sé que tienes una tarjeta verde, la he visto, pero ¿cómo diablos la conseguiste? Ni siquiera has oído hablar del INS. Peter, dime qué está pasando, quién eres realmente. Si reviso todo en esa solicitud, la redacción, la enseñanza, ¿hay algo que sea válido...?”

“¿La verdad? Toda. ¿Quieres la verdad? Muy bien. Te diré la verdad, toda la verdad. Tuve que cambiar las fechas para hacerlas más creíbles. Escribí la mayoría de esos artículos hace más de cien años. Verás, mi fecha de nacimiento real es el 9 de diciembre de 1842”.

“Yo... no entiendo.”

“Tenía la esperanza de contártelo todo después de que tuvieras la oportunidad de conocerme y de saber que no estoy loco, pero fue una idea tonta y romántica. Sabes mi nombre. Al parecer, soy conocido en la historia. El joven que conocí en el aeropuerto y que usé como referencia hizo su

tesis sobre mí, una de las razones por las que me gustó tanto, supongo. Verás, soy “el” Peter Kropotkin, a veces llamado el Príncipe Anarquista, una etiqueta persistente que desprecio. Llegué a esta época anteayer desde mi lecho de muerte en 1921”.

Ella me mira estupefacta. Finalmente, habla: “¿Estás diciendo que eres un viajero en el tiempo?”. Su voz es casi un gemido.

–Por favor –le digo–. Por favor, escúchame.

Sólo porque se esfuerza por comprender lo extraño y lo ajeno como una cuestión de costumbre y de principios accede a mi petición. Me hace un gesto con la cabeza para que continúe, sin apenas contener sus emociones. No creo que la hubiera molestado más si le hubiera dicho que, de hecho, soy un traficante de drogas o un ladrón. Hay agencias a las que me pueden derivar en esos casos. Tal como están las cosas, ella es mi única oportunidad.

Así que, aunque probablemente llegaré tarde al trabajo como resultado de ello, cuento mi historia una tercera vez, ahora algo así como un ritual en esta nueva vida, aunque la cuento de manera diferente cada vez: recuerdo nuevos detalles pero no invento ninguno, cuento los mismos episodios pero con significados diferentes. Para Earl yo era un loco como él; para Jonás, un extranjero como él; para ambos, un compañero fugitivo, un ex presidiario. Contárselo

a Rachel, me parece, es su verdadera forma, la más cercana a mi corazón. Porque todo lo que quiero decir es que soy Peter Kropotkin, un buen hombre, creo, que está metido en un negocio que no entiendo, pero sin intenciones de ahogarme, no con una nueva vida por delante. No sé por qué estoy aquí, pero tengo la intención de hacer lo que siempre he hecho: hacer lo que pueda, por insignificante que sea, para mejorar el mundo.

–Ante la muerte me ofrecieron una nueva vida en el futuro y la acepté –concluyo–. Y, en general, me alegro de haberlo hecho. Me siento joven de nuevo, soy *joven* de nuevo. Me siento con un propósito de nuevo. Incluso tengo esperanzas. Para tomar prestada una frase de mi libro favorito del señor Dickens, el joven David Copperfield, tengo la intención de ser el héroe de mi nueva vida. –Sonrío, pero ella no me devuelve la sonrisa. Mi relato la conmueve profundamente; sus ojos están húmedos de lágrimas cuyo significado no puedo interpretar. Empezaron cuando le conté el asunto de Tim Binder por el que Anchee había organizado nuestro último encuentro. Me anuncio en cualquier caso: –También deseo decir que, de todas las maravillas de esta nueva vida, estoy muy contento de haberte conocido, Rachel, y espero sinceramente que podamos ser amigos durante mucho tiempo.

Nos miramos y veo en su rostro lo que no se atreve a decir, así que lo digo por ella: “No me crees, ¿verdad? Ni una sola

palabra". Ahora soy yo quien tiene los ojos inundados de lágrimas.

–Oh, Peter –dice ella, extendiéndome una mano compasiva.

Me levanto rápidamente y dejo que la mecedora se tambalee por el porche como un gato asustado. “Llego tarde al trabajo”, digo, y bajo las escaleras lo más rápido que puedo. Ella me llama por mi nombre, pero no miro hacia atrás y ella no viene tras de mí.

Supongo que debería sentirme halagado de que ella se sienta tan molesta al descubrir que estoy loco, cuando parecía un joven tan agradable y prometedor, pero no es así. Soy un loco, un demonio, un soñador tonto; me han considerado todo eso y cosas peores, pero nunca deshonesto, nunca loco. Es una píldora amarga.

Envíame un poema sobre Casandra, le digo a Anchee en la furia de mis pensamientos. Esclavizada por Agamenón y traída a casa como botín de guerra, maldecida por Apolo con saber la verdad y verse obligada a decirla, pero sin que jamás le creyeran. Ahora sería un mito más acertado, ¿no crees? ¡Que Yeats escriba algo parecido!

Como si escuchara mis pensamientos y sus poderes se extendieran hasta los cielos, comienza a caer una fuerte

lluvia. Cuando llego al trabajo, estoy empapado hasta los huesos.

Capítulo XI

AYUDA MUTUA

Todo es de todos. Todas las cosas son para todos, puesto que todos tienen necesidad de ellas, puesto que todos han trabajado en la medida de sus fuerzas para producirlas y puesto que no es posible evaluar la parte en que cada uno ha contribuido a producir las riquezas del mundo.

–PETER KROPOTKIN, *La conquista del pan*

No compitas... Eso es lo que nos enseña la Naturaleza.

–PETER KROPOTKIN, *La ayuda mutua*

Llueve todo el día a trompicones. El turno largo que tanto temía resulta ser una especie de refugio: tengo un techo sobre mi cabeza, y el trabajo pesado y monótono ayuda a adormecer mi mente y mis sentidos. Aunque mi mente, al menos, ya debía estar adormecida para haber pensado que Rachel podría creerme. Mis sentidos, supongo, estaban todo menos adormecidos. Recuerdo un artículo que leí en el avión sobre feromonas y entiendo perfectamente a qué se refería el autor. Cuando era cadete, había un término burdo para ese tipo de pensamiento. Supongo que usted tiene el equivalente en inglés, así que se lo ahorraré.

Después de comer, hago una pausa en la cocina, donde Ahmed, un iraquí que se ocupa de las ensaladas y el pan, mantiene el televisor encendido todo el tiempo. “Ayuda con el inglés”, me explica, pero el ruido del aparato hace imposible mantener una conversación, así que no sé si es eficaz como profesor de inglés.

Intento verlo, pero me agota. Las imágenes rápidas y evocadoras provocan todo tipo de emociones (miedo, lujuria, nostalgia, devoción) que se ponen de inmediato y sin vergüenza al servicio del consumo. *¿Alegría?* Consumir. *¿Lujuria?* Consumir. *¿Vergüenza?* Consumir. *¿Soledad?* Consumir. *¿Amor?* Consumir. En un abrir y cerrar de ojos estoy emocionalmente agotado, canalizado, embotellado

para el envío como una Coca-Cola. He volado sobre montañas, me he enamorado, he acunado a un bebé, he perdido a mi mujer, he rescatado a un gato de un árbol alto... todo para vaciar mi billetera. Tal vez eso es lo que necesito aprender para sobrevivir aquí: cómo ver la televisión... o más bien, cómo prepararme para su insidiosa influencia.

Pero hoy no. Aprovecho la pausa entre el almuerzo y la cena para fregar ollas y sartenes demasiado grandes para el lavavajillas, un respiro bienvenido de la rutina de alimentar las fauces mecánicas de esa maldita máquina. Durante un breve tiempo, no hay un solo plato sucio en el lugar. Disfruto del pequeño placer de un trabajo bien hecho y salgo a la calle a ver caer la lluvia. Golpea contra las ventanas con un estruendo terrible, desdibujando y retorciendo el mundo exterior. Espero que la madriguera de Earl esté tan seca como dice. Con una sonrisa sombría, observo la ironía de acostarme en un agujero bajo tierra, cuando por todos los derechos debería estar residiendo allí desde hace mucho tiempo.

Sólo hay cuatro mesas de clientes, todos en un auténtico letargo, esperando a que pase la lluvia con postres de chocolate, tazas de café y cigarrillos. Considero fumarme un cigarrillo, pero descarto la idea de inmediato. Mi cuerpo rejuvenecido no anhela el tabaco como lo hacía el de antes. Después de toda una vida fumando, he tenido suficiente; de hecho, lo dejé unas décadas antes de morir. Sería un

completo imbécil si volviera a fumar, así que me siento, sin humo y miserable, en la barra.

Un camarero y dos camareras, todos desconocidos para mí porque ayer no trabajaron, juegan a las cartas en el otro extremo de la barra. Me ignoran como si fuera invisible. Han dado por sentado que no hablo más inglés que las frases de tres palabras que le digo a la dirección, y les he dejado. Ahora mismo, prefiero la invisibilidad, porque revelar mi verdadera identidad (mi experiencia con Rachel me ha hecho comprender a la fuerza) es desterrarme de la sociedad humana, y la alternativa (mentir) mata el alma.

Una vez más, me fijo en el Peter del espejo que hay detrás de la barra. Ya no veo al viejo Peter ni tampoco al joven Peter; ahora veo a Peter el Loco, que pronto será tan conocido en la ciudad como el Loco Earl: *se cree un viajero en el tiempo. Imagínate. Está muy loco. Es una pena. Por lo demás, parece un buen tipo.* Por centésima vez veo la mano reconfortante de Rachel, su voz compasiva, y cierro los ojos con fuerza. *Aquí nadie te escuchará. Aquí nadie te creerá. Aquí nadie quiere oír lo que tienes que decir.*

–Ginebra –dice una de las camareras, y deja las cartas sobre la mesa.

Intento dejar la mente en blanco, pero recuerdo la primera vez que vi a Rachel, con un fajo de formularios en la mano, cada uno de ellos escrito con una serie de letras y números

sin sentido, pero en su cuidadoso español el revoltijo de números se convirtió gradualmente en esperanza. Los formularios mejorarían la vida una vez que uno encontrara las respuestas y las escribiera, pagara los sobornos o las tasas o los impuestos o como se llamen ahora, contratara a un abogado, por supuesto. Pero todo, por esa vía tortuosa, prometió, se resolvería, ¿no lo veis? Y la familia se sintió alentada y convencida. Los necesitados y los bien intencionados, si tan solo tuvieran paciencia, podrían eventualmente ayudarse mutuamente mediante los formularios adecuados.

Para mí, para Jonás, para Earl, no hay formularios, ni procedimientos, ni nadie que acepte siquiera nuestro soborno. Hemos escapado de la muerte, de la guerra y de la esclavitud, sólo para acabar convertidos en fantasmas, fantasmas imposibles e incómodos del pasado.

A mi padre le gustaban las historias de fantasmas y le gustaba asustarse contándoselas a mi hermano y a mí. Nos quedábamos boquiabiertos con las partes adecuadas, pero nunca creímos en ellas como lo hacía claramente nuestro padre, que las narraba con apasionada convicción. Aprendí mi escepticismo al observar la credulidad de mi padre.

Mi historia de fantasmas favorita no tiene fantasmas:

En su lecho de muerte, en sus últimas horas, mi madre le arrancó a mi padre un juramento de que liberaría a su

doncella Másha, pero después de que mi madre muriera, él, como era previsible, “olvidó” su promesa. Másha, que lo había oído jurar, no se atrevió a hablar para recordárselo a mi padre, porque fácilmente podría decidir casarla con un soldado borracho por tal descaro. Se vio obligada a emplear medios más sutiles. Un año después del juramento de mi padre, se vistió con uno de los vestidos blancos de mi madre y se apareció ante mi padre como el fantasma de su esposa. Imitando su manera de hablar y dirigiéndose a él con apodos cariñosos que había oído a lo largo de los años, esta aparición lo castigó por no haber cumplido aún su promesa. Mi padre quedó completamente engañado y la ingeniosa mujer fue liberada de inmediato. Supe la historia primero de mi crédulo padre cuando yo era niño; del propio “fantasma” mucho más tarde, cuando había vivido algunos años como mujer libre y mi padre estaba en su tumba. A menudo sucede que un fantasma, o al menos la creencia en uno, resulta más persuasiva que un alma viviente. Los santos para el hombre (y la mujer) están todos muertos.

Pero yo no soy mi supersticioso padre, y estoy seguro de que Rachel tampoco lo es. Ella no cree en fantasmas. Si lo hiciera, yo no estaría tan deseoso de que ella creyera en mí. Es precisamente en sus ojos fuertes, claros e inteligentes donde quiero verme reflejado tal como soy. Querido, me corrijo. Ya no hay posibilidad de eso. *Aquí nadie te escuchará. Aquí nadie te creerá. Aquí nadie quiere escuchar lo que tienes que decir.*

Brad me saca de mi ensoñación melancólica, se sienta en el taburete a mi lado y me mira con preocupación. –¿Estás bien, Peter?

Afuera, la lluvia ha disminuido hasta convertirse en una llovizna. Los jugadores de cartas no están a la vista. No he notado ningún cambio. Puse cara alegre. “Estoy bien, muy bien. No sabía que hoy trabajarías”.

–No, solo vine a recoger mi paga. –Mueve un sobre blanco en el bolsillo de su camisa, idéntico al que contenía el botín de Tim Binder–. ¿Seguro que estás bien? Te ves muy borracho.

“No dormí mucho, me temo. Todavía me estoy adaptando a las cosas aquí; todo es un poco abrumador. Aunque debo decir que pasé un tiempo maravilloso en la mesa de vuestra cocina ayer por la noche. Les agradezco a todos nuevamente por su espléndida hospitalidad”.

Brad se ríe. “Ojalá mi madre pudiera oírte decir eso: 'espléndida hospitalidad'. Siempre me regaña por ser grosero”. Hace una pausa y se tira pensativamente del aro de la nariz. “Todo el mundo te quería mucho, también”.

Ángel, el ayudante de camarero dominicano, pasa junto a nosotros con un cubo lleno de platos. Al parecer, todos los clientes se fueron con la lluvia. Los platos están manchados de ceniza y chocolate; las servilletas están hechas trizas y

obstruyen los desagües con confeti; las pajitas de plástico están retorcidas hasta formar nudos. Ayer alguien las convirtió en pequeños animales. Cuando trajo el cubo, Ángel dijo: “Mira, Pedro, el arca de Noé”.

Nuevos clientes, seis según mi recuento, entran por la puerta y sacuden sus paraguas en el suelo de baldosas.

–Tenemos que volver a hablar cuando ya no esté encadenado a mi puesto. –Me dispongo a volver al trabajo cuando me asalta una inspiración repentina–. ¿Aceptáis a nuevos residentes en vuestra comuna?

–Por supuesto. TJ dice que ha habido hasta una docena en el pasado, pero eso fue antes de que yo viviera allí. ¿Te interesa?

“Sí, por supuesto que sí.”

Brad está abrumado por el entusiasmo. “¿De verdad? Eso sería increíble. Todas las habitaciones realmente buenas están ocupadas, pero el sótano podría ser bastante agradable si se arregla un poco. El tío de TJ, Chaney, solía vivir y trabajar allí. Es escultor y todavía quedan algunas de sus cosas allí, demasiado pesadas para moverlas (una antorcha, un yunque y algunas de sus piezas), pero no estorban ni nada. Hay mucho espacio. Incluso hay un pequeño baño. Siempre puedes cubrir las obras con una manta”.

–Supongo que no te importa el trabajo del tío.

“Creo que es una mierda, pero al menos estaba haciendo algo, ¿sabes? Si no haces arte, no eres un artista, ¿entiendes lo que quiero decir?”

–En efecto. ¿Por casualidad esta habitación es lo suficientemente grande para dos? Tengo un amigo que también necesita un lugar donde quedarse.

“Es enorme, es como un apartamento entero. Ya está dividido en dos habitaciones. TJ y Chaney pusieron todos los muebles viejos ahí abajo, en una fila en el medio, creando dos habitaciones. Por cierto, si necesitas algún mueble, simplemente sácalo de la pila”.

“Aún no nos hemos mudado.”

–Lo harás. Te va a encantar. ¿Tu amigo también es ruso?

–No. Es africano.

Brad se balancea hacia adelante y hacia atrás en su taburete de bar, sonriendo. “Genial. Eso es genial. Nunca he conocido a un verdadero africano. ¿Qué es, sudafricano?”

“De África occidental, creo.”

No estoy seguro de qué constituye un “africano auténtico” en contraposición a otro tipo de persona, pero no me

preocupo. Brad y sus amigos tienen, al parecer, un hambre de lo exótico tan intensa como la necesidad de otros de lo familiar. Si Jonás y yo fuéramos estadounidenses con madres regañonas, anillos en la nariz y cabezas tatuadas, no creo que fuéramos tan geniales, tan maravillosos. “¿Cuándo podríamos mudarnos?”, pregunto. “¿Existe algún procedimiento para unirse a la comuna?”.

–Más o menos. Todo lo hacemos por consenso, así que todo el mundo tiene que estar de acuerdo con la gente nueva. Pero no veo ningún problema en ello. Como dije, a todo el mundo le gustaste y la sala está ahí abajo, no se usa para nada más que para guardar el arte malo de Chaney. ¿Cuándo sales del trabajo?

“A las once.”

“Ven al club después. Toda la casa estará allí si quieres hablar sobre mudarte. Dijiste que querías escucharnos tocar de todos modos. Saldremos un poco después de la medianoche”.

Como mis planes matinales con Rachel ya no existen, una noche lluviosa en la ciudad con Hemlock Cocktail suena como lo ideal. Estoy segura de que Jonás y Earl no perderán el sueño por mi ausencia, y la lluvia me ha convencido de que todos dormiremos mucho mejor si puedo conseguir un alojamiento adecuado. Brad dibuja un mapa del club en una servilleta y vuelvo al trabajo.

El equipo de la tarde incluye a la mayoría de las personas que conocí ayer, incluida Deidre, que me alegra mucho con el regalo de una foto de su perro Buster. Es un tipo muy guapo y coloco su imagen en la pared sobre el estanque para que la rana y yo tengamos un compañero siempre alegre.

La lluvia vuelve a caer de vez en cuando, desde una llovizna ligera hasta chaparrones. Pero, llueva o no, la noche del sábado resulta muy ajetreada y me alegro de estar ocupado de forma constante, porque, aunque lucho contra ella, mis pensamientos ociosos tienden a la autocompasión y la duda sobre mí mismo. Pero continúo con mis esfuerzos de conservación de alimentos en nombre de Buster, ampliando mi grupo de protegidos para incluir otro perro, un gato y una iguana. Y, ya que estoy en ello, incluyo a Earl, Jonás y a mí mismo. Para los perros, recupero carne y huesos; para el gato, pollo y pescado; la iguana reclama lechuga y perejil desechados; mientras que mis amigos accidentales y yo heredamos varias bolsas de plástico de pan y panecillos de maíz, con una amplia provisión de mantequilla, así como varias bolsas de naranjas en rodajas (una mera guarnición aquí, donde nadie sueña con el escorbuto).

Pero eso es sólo una pequeña parte, una minúscula gota de lo que se ahorra de un enorme cubo. Y una vez que he empezado a salvar alimentos para que no se desperdicien, me resulta difícil parar, pensando que si mis vecinos o yo no podemos usarlos, debe haber otros que sí puedan. Los

camareros se interesan y, con un mínimo de cooperación por su parte, la cosecha aumenta sustancialmente.

En cuanto se corre la voz de lo que estoy haciendo, surge una especie de competición entre los camareros y los ayudantes de camarero para ver quién puede traerme los bocados más sabrosos, y pronto se han inscrito docenas de mascotas y desgraciados para aprovecharse de la recompensa resultante. Ahmed, que es el que llena las cestas de pan en primer lugar, me proporciona bolsas de plástico vacías y alambres recubiertos de plástico para asegurarlas. El pan es nuestra colecta principal, ya que una cesta de pan normalmente me llega, a través de la mesa de un cliente, un poco más de la mitad llena. Las bolsas de pan resultan un excelente medio para almacenar no sólo el pan rescatado, sino casi cualquier cosa. Pronto me quedo sin espacio de almacenamiento para la cosecha, y Ahmed viene en mi rescate con un estante de pan vacío que puedo llevar a donde sea necesario. Para los artículos perecederos, Pierce despeja parte de un estante en el frigorífico para que yo los use. Después de una breve consulta, los ayudantes de camarero modifican su ruta para incluir una parada en el frigorífico. Sin embargo, no sufren ninguna pérdida de eficiencia, ya que ahora el contenedor de basura tarda el doble de tiempo en llenarse y son necesarios menos viajes al contenedor ubicado en el callejón al que llaman Dumpster (Vertedero).

Cuando los platos de la cena están en su punto álgido y yo estoy trabajando en un montón de contenedores de basura apilados, Doris entra en el lavaplatos, como se llama mi territorio, y me observa trabajar. Se trata de un hecho singular. Desde mis cinco minutos de “capacitación”, la dirección (incluso los diversos subdirectores cuyo trabajo parece consistir en mantener un cierto nivel de ansiedad) nunca había puesto un pie en el humeante dominio del lavaplatos, y aquí está la que, como Frol, es generalmente reconocida como responsable del buen funcionamiento de prácticamente todo.

No modifico en lo más mínimo mi rutina de recolección de alimentos, pero, como un cadete que realiza un ejercicio de entrenamiento durante mucho tiempo ensayado en un desfile ante un general visitante, reúno toda mi habilidad y mi sentido del espectáculo y actúo en la tribuna. Buster, como siempre, parece tremendamente entusiasmado; la rana salta de alegría inagotable; pero Doris se queda de pie al borde de mi campo de visión fumando y observando, fumando y observando, su opinión envuelta en una nube de humo y vapor. En cuanto a mí, estoy muy orgulloso de nuestros esfuerzos. Varias de las camareras (organizadas por Wendy de la comuna, creo) han descentralizado sensatamente el proceso al mantener su propio alijo de bolsas de pan en cada puesto de espera, de modo que fácilmente la mitad de la comida ha sido embolsada antes de que me llegue. Alguien más ha distribuido marcadores y otro

ha desarrollado un código simple para que cada bolsa esté marcada con su contenido. Todo lo que tengo que hacer con una buena parte de los recipientes es clasificar las bolsas utilizando la rejilla del pan como área de almacenamiento. Por temor a la ira de la gerencia, algunos de los ayudantes de camarero y camareras no participan, de modo que todavía hay tinajas que regresan con comida y platos revueltos, pero su número está disminuyendo constantemente.

Cuando me detengo para cambiar el agua sucia, Doris se acerca al estante del pan y examina las bolsas, aparentemente descifrando el sistema. Del estante de verduras, levanta una bolsa de papas fritas, un alimento desperdiciado favorito. Del estante de productos perecederos examina un bistec T-bone del que apenas se ha cortado un bocado y que fácilmente proporcionaría la cena para una familia pequeña. A esta altura ya estaría en la heladera, pero los ayudantes de camarero se mantienen alejados del lavaplatos mientras Doris esté cerca. Devuelve con cuidado cada bolsa a su lugar correspondiente. Los estantes superiores están llenos de bolsas de pan que parecen estar en las mismas condiciones en que comenzaron la velada. El pan americano moderno es tan blando, en mi opinión, que en realidad es mejor airearlo antes de comerlo.

Ella cuenta el número de bolsas de pan y sonríe levemente, luego me mira con expresión calculadora. “Esto es

aproximadamente la mitad del pan que enviamos esta noche”.

“¿Está bien guardarlo?”, pregunto.

Ella se ríe. Es un sonido extraño, casi triste. “No intentes joderme con esas tonterías de que no hablas inglés”, dice. “¿De acuerdo?”

–Está bien. Le pido disculpas por el engaño. Su marido...

“Disculpa aceptada. Háblame del pan”.

“Es todo pan que se hubiera tirado a la basura, te lo aseguro”.

–Ya lo sé. Pero no lo tiraste. ¿Por qué no?

“Es comida. Sólo necesito tres palabras para explicar por qué: es comida. ¿Cómo puedo tirarla a la basura si hasta un perro podría comérsela? ¿Por qué el restaurante no da menos a los clientes en lugar de desperdiciar tanto?”

Si mi pregunta la enfada, no da muestras de ello. De hecho, no parece enfadada en absoluto; más bien, debería decir que siente curiosidad. “Esperan una cesta llena. En cierto modo, eso es lo que la gente paga. Quieren sentirse mimados, atendidos, especiales. Si sirviéramos raciones más pequeñas, muchos clientes pensarían que somos tacaños y se irían a otro sitio”.

“¿Qué pasaría si cobraras menos?”

“Entonces se cuestionaría la calidad de la comida”.

“¿Así que los clientes pagan tanto y desperdician tanto para poder creer que son especiales y tener la seguridad de que la comida, de la cual tiran la mitad a la basura, es de la mejor calidad?”

Ella frunce los labios y asiente. “Podrías decir eso”. Considera el asunto más a fondo. “Definitivamente podrías decir eso”. Su cansancio parece descender sobre ella nuevamente desde el aire húmedo. “Sí, eso es exactamente lo que están haciendo”. Me da una sonrisa irónica, sacude la cabeza y comienza a alejarse.

“¿Está bien entonces? ¿Qué hemos estado haciendo?”

–Sí, está bien. Mejor que bien. Si tuviera un poco de sentido común, te diría que pararas de inmediato. Pero si tuviera un poco de sentido común, no habría pasado la mitad de mi vida en este lugar. ¿O sí? –Se va rápidamente. Ya ha tenido suficiente de hablar conmigo por una noche.

Toda nuestra conversación en el ruidoso lavaplatos se ha realizado a gritos para que pudiéramos escucharnos uno a otro, con el resultado de que cualquiera que estuviera cerca también podría oír. Dos ayudantes de camarero aparecen momentos después de la partida de Doris para llevar comida a la entrada. Por las sonrisas en sus rostros, deduzco que han

oído cada palabra. Pronto todo el equipo se entera, y cada uno de ellos ayuda a rescatar comida de calidad de los platos mimados de aquellos que han sido educados como buenos capitalistas desde la infancia para medir su valor por el consumo, y como incluso un glotón sólo puede consumir una cierta cantidad, terminan midiendo su valor por lo que pueden desperdiciar. No son malvados, ni toman decisiones verdaderamente malvadas. Así es como está estructurada la economía. La América moderna es el lugar más rico que he visto. Pero aun así, con una ética de consumo y tiempos prósperos, es un milagro que todo el lugar no esté hecho polvo. Es un milagro que alguien esté delgado. Tal vez eso explique todas esas carreras

A la hora de cerrar, Wendy se acerca al lavadero y grita por la máquina: “Brad me dijo que necesitas que te lleve al club”. Acepto con entusiasmo la invitación. Además, sugiere que podríamos encontrar gente que necesite nuestra comida recuperada en Monroe Park, frente a la catedral, y que podemos parar allí de camino al club.

Al final de la velada, el resto de la tripulación carga el pan en la parte trasera del coche de Wendy, al que todos llaman barco. “Es el viejo coche de mi padre”, me explica con aire culpable, aunque no sé exactamente qué está explicando. Tras un debate bastante animado, la minoría vegetariana se impone en la opinión de que la carne debería dársela a perros y gatos, innegablemente carnívoros, en lugar de a

humanos sobre los que claramente hay cierto desacuerdo. Pierce, que afirma tener un contacto en la Sociedad Protectora de Animales, acepta hacerse cargo de la carne; la primera parada es el congelador de su tía. El resto de nosotros nos dirigimos al parque.

Aunque conocí a Wendy anoche en la comuna, no tuve oportunidad de hablar con ella directamente (ya que estaba sentada en el otro extremo de la mesa), aunque, según recuerdo, al final de la velada estaba sentada en el regazo de Brad. Me gusta mucho su ingenio y su espíritu, pero también la encuentro un poco inquietante, aunque no estoy seguro de por qué.

Al principio, su cabeza *rapada* (un término que me enseña) me distrae, pero es una chica tan dulce y sensata, de no más de veintiún años, que pronto olvido su apariencia. En realidad, eso no es del todo cierto, porque es una belleza, un hecho que se ve de alguna manera con más fuerza por el dramático escenario de su cabeza rapada. Sobre la camisa, se ha puesto un mono de granjero y una camisa de punto corta. El efecto es bastante entrañable: Venus convertida en marimacho.

Me invita a ir de *copiloto* (otro término que me explica cuando le pregunto) y me expone sus orígenes en el lejano oeste, mientras cuatro de nuestros compañeros de trabajo se apiñan en el asiento trasero de su coche con poco espacio libre, Deidre en el regazo de Ahmed y otros dos cuyos

nombres no recuerdo. Wendy ha trabajado en el restaurante como *camarera* (otro término que me enseña) durante dos años y, hasta esta noche, nunca había pensado que el trabajo tendría una sola cosa buena, excepto el dinero.

“Lo que hiciste fue realmente genial”, dice ella.

“Lo hicimos.”

Ella me sonríe y me dice: “Lo hicimos”.

Mientras observo las casas que pasan, veo que pasamos por el mismo lugar donde Tim Binder me recogió y recuerdo mi viaje anterior. La visión de futuro de Anchee ha resultado un tanto defectuosa. Conocí a Rachel, tal como él deseaba. No puedo decir que me sienta más feliz por ello. En este momento, debería decir, me siento bastante miserable por ello.

Le menciono a Wendy la posibilidad de que Jonás y yo nos mudemos a la comuna, y ella proclama que es una idea increíble y está de acuerdo con Brad en que no debería haber objeciones por parte de nadie.

“Pareces alguien que va a hacer su parte en el desmalezado”, dice ella.

“En verdad lo haré.”

“Mike estará en el cielo, viviendo en la misma casa que el mismísimo Kropotkin”.

–Pero yo no soy *ese* Kropotkin –digo, y es verdad. Ese tipo está muerto y enterrado. Sea quien sea, he decidido que no soy él.

–Estás bastante cerca –dice Wendy–. A Mike le gusta el concepto. La realidad es aburrida. Después de todo, él no la escribió.

“Mike parece ocupar un estatus especial en el grupo”.

–Sí. El rey filósofo, el macho alfa, el chico maravilla, aunque Batman se separó hace tiempo. Aquí estamos.

Nos detenemos y ella apaga el motor. Mis preguntas pueden esperar. Miro hacia las sombras dentro y alrededor del parque lluvioso. Al principio, no veo a nadie. Luego las sombras comienzan a cambiar y moverse. Poco a poco las distingo por lo que son: bajo cada refugio disponible para protegerse de la lluvia (puertas, árboles, paraguas maltratados, cajas de cartón), docenas de personas, en su mayoría negras, en su mayoría hombres, se apiñan. Hay varios niños y mujeres entre ellos, algunos perros que miran desde detrás de un bosque de piernas. Todos nos miran con curiosidad mientras inexplicablemente salimos del auto de Wendy hacia la lluvia.

Cada uno de nosotros toma un puñado de pan. Wendy levanta un par de panes y grita: “¡Comida gratis!”. Y caminamos entre la multitud, y cada uno de nosotros se ve rodeado inmediatamente por los hambrientos. Si tuviéramos la habilidad de Cristo para multiplicar los panes, aun así no habríamos tenido suficiente para que todos comieran hasta saciarse, aunque no me sorprende ver que muchos de los que llegan antes y consiguen un pan no dudan en compartirlo con compañeros menos veloces, tal como sin duda han estado compartiendo el escaso refugio contra la lluvia durante todo el día.

A estas alturas, yo había esperado que aquellos que tenían verdadera abundancia estuvieran tan dispuestos a compartir su exceso como esta gente acurrucada bajo aleros goteantes lo está a compartir su miseria, pero los ricos típicamente poseen una superabundancia de codicia, lo que ayuda a explicar, supongo, por qué son ricos en primer lugar.

A veces, sin embargo, los jóvenes son la conciencia de varias generaciones. Así sucedió en Rusia, cuando surgió el movimiento “por el pueblo”, en el que los mejores de una generación dieron la espalda a los privilegios adquiridos con la esclavitud y a ninguna virtud propia, y trataron en cambio de enseñar a la gente común a leer y escribir, un “privilegio” que el Estado les había negado. Con este simple acto de justicia se sembraron las semillas de la revolución. No pensaron en la revolución, como tampoco lo han hecho

estos jóvenes –todos ellos ajenos al hambre– cuando arrebatan comida de la basura y se la dan a los hambrientos.

En este tiempo y lugar, nadie parece poder alegar sensatamente la escasez como excusa para el hambre. Cada noche se tira comida suficiente para alimentar a toda esta gente y a más. Quienes tienen fe en el Estado y en la llamada democracia representativa pueden retorcerse las manos y preguntarse en voz alta por qué el Estado permite un atropello tan inexcusable como el de estas personas sin hogar y hambrientas. Los más decididos exigirán a sus funcionarios electos que *hagan* algo. ¿Quién sabe? Tal vez un comité investigue el asunto, redacte un informe y formule recomendaciones. Mientras tanto, es probable que la policía saque de la vista a esta pobre gente para que no cause tanta preocupación entre la población.

O, como hemos hecho esta tarde, se puede simplemente tomar el pan de donde no se necesita ni se aprecia y entregarlo donde sí se necesita. Sin duda, hemos infringido varias leyes en el proceso. Afortunadamente, la evidencia de nuestros crímenes se ha consumido en cuestión de minutos.

Mientras regresamos al auto, un hombre se acerca, me agarra el antebrazo y me hace girar. Es negro, canoso y está enojado. “Oye, Red [Rojo], ¿qué *diablos* crees que estás haciendo?”

–Bueno, Gray [Gris], ¿qué carajo parece que estoy haciendo?

“Dar limosnas a la gente pobre es lo que parece y es lindo. Pero la gente no necesita limosnas. Es el sistema el que está jodido”.

“Estoy totalmente de acuerdo.”

Entrecierra los ojos y me observa. –Entonces, ¿por qué haces esta mierda?

“Los residuos matan el espíritu. Queríamos recordar la diferencia entre comida y basura”.

Él sonríe. “¿De dónde eres, hombre?”

“De Rusia.”

“¿No me digas? ¿Comunista?”

“Si te refieres al capitalismo de Estado de Marx y Lenin, no. Soy anarquista”.

“Me identifico, pero déjame decirte algo: no digas esas cosas. Cuídate las espaldas”.

Olvidando que se trata de una forma de hablar, me doy vuelta por un momento y veo a mis compañeros esperándome en el auto de Wendy. Me doy vuelta para

preguntar su nombre verdadero a Gray y decirle adiós, pero él ya no está.

Mientras nos alejamos, lo veo moverse entre la multitud hablando con uno y otro. Organizando, diría yo. Hay que ser uno para conocer a otro.

“¿Qué quería ese hombre?”, me pregunta Deidre.

“Justicia”, digo.

Capítulo XII

UNA VELADA TEATRAL Y LA RESACA MATINAL

En aquellos años, la ópera italiana estaba íntimamente relacionada, de algún modo extraño, con el movimiento radical, y los recitativos revolucionarios de Guillermo Tell y Los puritanos siempre eran recibidos con aplausos atronadores y vociferaciones que llegaban directamente al corazón de Alejandro II; mientras que en las galerías del sexto piso, en la sala de fumadores de la ópera y en la puerta del escenario, la mejor parte de la juventud de San Petersburgo se reunía en un culto idealista común a un arte noble. Todo esto puede parecer infantil, pero este culto a nuestros artistas

favoritos encendió en nosotros muchas ideas más elevadas e inspiraciones puras.

–PETER KROPOTKIN,
Memorias de un revolucionario

Los espías pueden imitar cualquier cosa menos la ética.

–PETER KROPOTKIN,
Memorias de un revolucionario

No estoy seguro de lo que espero encontrar en el club (si el club tiene un nombre, nadie se molesta en usarlo), algo mucho más “moderno”, ciertamente, lleno a rebosar de cajas de ritmos, sintetizadores y guitarras eléctricas. Lo que encuentro es una obra en proceso en un escenario de madera sencillo rodeado por un público que en su mayoría está de pie en un teatro hecho enteramente para personas sin hogar. Una barra recorre la pared opuesta al escenario y proporciona asientos para los más bajos en lugar de los más ricos en su superficie algo húmeda. Wendy y yo encontramos lugares cómodos allí junto a Dave, que está de pie, y Caitlin, que se sienta detrás de él con las piernas

envueltas alrededor de su cintura, los codos apoyados en sus hombros.

Justo cuando me estoy acomodando sobre la superficie de plástico, la multitud da un grito tremendo y salto al aire. Nadie parece particularmente sorprendido excepto yo. Caitlin y Dave explican lo que está sucediendo: al público se le ha dado la frase “¡Comercio de árboles!” para que la griten a voz en cuello cuando cualquier personaje dé la señal, “A esto le llamamos...” La única excepción es la heroína, a quien respondemos, “¡Revolución!” Este elemento participativo mantiene a todos con un espíritu bullicioso esperando la próxima oportunidad de sacudir las vigas, o en este caso, las tuberías, ya que el techo es un laberinto de ellas. El club está en el sótano de un gran edificio que supongo que alguna vez fue una iglesia, aunque no pude verlo bien antes de descender las escaleras de caracol de metal.

La trama de la obra es puro melodrama: una doncella virtuosa, Tercera, y su padre anciano y enfermizo, Antiguo, son atacados por varios ladrones y seductores viles, mientras que Tercera mantiene su virtud y coraje durante toda la obra. Antiguo, dado que la obra fue escrita sin duda por un dramaturgo joven, no tiene mucho que hacer más que vacilar. A pesar del tema sombrío, los episodios están representados de manera escandalosa con un buen humor extravagante. Me tranquiliza saber que la obra apenas ha comenzado y me instalo, ansioso por resultar encantado.

En la escena actual, el Supermercado del Mundo se niega a comprar las cosechas de Tercera y Antiguo a menos que utilicen sus semillas patentadas de precio exorbitante (robadas al anciano años antes). El Supermercado lleva medias azules brillantes, medias rojas y una capa, con las letras SM en el pecho, un traje, me explican mis compañeros, que me recuerda a un héroe famoso por defender “la verdad, la justicia y el estilo de vida americano”: un trío que aparece en la obra bajo la apariencia de los Tres Ratones Ciegos siguiendo al Supermercado con tazas de mendigo de hojalata y carteles de cartón alrededor de sus cuellos que los identifican. De vez en cuando, después de algún trato turbio, el trío hace sonar sus tazas furiosamente, y el Supermercado deja caer unas monedas en cada una, preguntándole al agradecido receptor: “¿Cómo llamamos a esto?”

¡Venta libre!

“... ¿y a esto?”

¡Venta libre!

“... ¿y esto?”

¡Venta libre!

Luce un escandaloso falo disecado al que llama el Hombrecito de Acero, y lo agita con gran efecto cómico hasta que Tercera, en una enérgica renuncia a sus

indeseables avances, se lo corta con un machete. “¡Mi semilla! ¡Mi semilla!”, grita, mientras Tercera rocía a la multitud con su relleno de confeti. Tercera, sosteniendo en alto el machete y su premio ahora flácido, pregunta a la multitud: “¿Cómo llamamos a esto?”.

¡Revolución!

“¡No escuché!”

¡Revolución!

Sin embargo, su victoria dura poco, ya que debe huir de la Policía de Comercio Mundial, que ha sido alertada por los gritos del Hombre del Supermercado. Llevan cascos que recuerdan a las máscaras de los soldados (de plástico, por supuesto) y llevan porras de aspecto muy desagradable, pero sus insignias (adornadas con símbolos de dólar) están prendidas en las solapas de elegantes trajes de negocios. Su escrupuloso cuidado por no ensuciar estos trajes impide su avance hasta tal punto que Tercera y Antiguo logran escapar corriendo a través de su campo de maíz.

Pero la desventurada pareja se topa de frente con Enorme Mack. Está vestido con un traje de vaca de music-hall con el añadido de una peluca roja rizada y una nariz bulbosa de payaso. Tambaleándose sobre su cabeza hay un par de cuernos extra, cuernos largos de Texas por lo que parecen, con los que se las arregla para desgarrar, enredar, volcar o

romper todo lo que se cruza en su camino: árboles, cultivos, miembros de la audiencia. Es muy alegre y tiene una mirada desorbitada, aún más desorbitada por tener tres ojos.

Le ofrece a Tercera un sándwich al que llama El Bocado Alegre, pero cuando ella lo acepta con cautela, él saca una jeringa con un líquido verde brillante con el que inyecta el sándwich. “¿Qué es eso?”, pregunta Tercera.

“¿A esto? A esto lo llamamos...”

¡Venta libre!

“¿Quieres que te lo haga más grande?”, le pregunta, sacando una jeringa del tamaño de un salami. Cuando ella se niega, él intenta obligarla a hacerlo. En la pelea cómica que sigue, Tercera y Mack se quedan congelados repetidamente en escena –él con el pie sobre el cuello de ella, sentado sobre su espalda, torciéndole la pierna– y él grita cada vez con su voz alegre: “A esto le llamamos...”

¡Venta libre!

Pero la situación cambia y ella logra inyectarle con su propia jeringa, con lo que él emprende una aria hilarante de arcadas y arcadas que culmina con su caída muerta, logrando de alguna manera, con su último aliento, llamar a la policía.

Tercera lanza cuernos y jeringas en el camino de la Policía de Comercio Mundial que los persigue, y todos caen unos sobre otros en un montón hilarante, mientras Tercera alaba a la multitud por grito tras grito de *Revolución*.

Tercera y su padre huyen al bosque (mediante unos árboles con bisagras que se levantan en posición vertical a su alrededor) con la esperanza de una nueva vida allí y cantan una canción sobre sus virtudes. (Un poco cursi y tedioso, eso, así que os lo ahorraré). Cuando, de repente, el coro se interrumpe por el ruido de un motor que se pone en marcha, y Kimberly Clark Kent sube al escenario. Es el alma de un mayordomo de verdad, salvo por la rugiente sierra motorizada que utiliza para abrirse paso a través del escenario hacia nuestros héroes, y los árboles con bisagras caen a las tablas con un sonoro golpe. A medida que cada árbol cae, Kimberly Clark Kent grita: “¡A esto lo llamamos nosotros!”.

¡Venta libre!

“¡A esto le llamamos!”

¡Venta libre!

“¡A esto le llamamos!”

¡Venta libre!

Me río, grito como el mejor, aunque no entiendo muchos de los chistes (y probablemente no me harían tanta gracia si los entendiera) cuando siento que alguien me toca el hombro. Es Mike, de pie detrás de la barra. Me hace un gesto para que me reúna con él al final. Me bajo de un salto y lo sigo hasta lo que resulta ser la sala verde, y él cierra la puerta detrás de nosotros.

Es un espacio angosto y de techo bajo, más parecido a un pasillo que a una habitación, lleno de gente y con un olor penetrante a humo de distintas variedades que arden a la vez: cigarrillos, cannabis, velas, incienso, un puro de algún momento del pasado reciente. A lo largo de la pared, junto a la puerta, hay varios televisores y computadoras. En las pantallas de los televisores se ve la obra en curso desde tres perspectivas diferentes. Otras tres pantallas están a oscuras. Brad está frente a una de las computadoras, completamente absorto en su trabajo y no quiere que lo interrumpen, me han dicho, porque está haciendo ajustes de último momento para la inminente actuación. Curiosamente, ni los televisores ni las computadoras parecen hacer ruido.

Sin embargo, la sala bulle con una docena de conversaciones apagadas. Mike me lleva entre la multitud demasiado rápido para que pueda seguir el hilo de ninguna de ellas, pero la obra es lo que, al parecer, está en boca de todos: la línea, la señal, las risas, los aplausos, cuando de repente la multitud que está en el frente grita *¡Revolución!*, haciendo temblar las paredes, suspendiendo la

conversación, mientras el elenco y sus satélites sonríen con satisfacción y esperan a que se apague el ruido ensordecedor. Tienen todos los motivos para estar contentos: están arrasando en el teatro, tal vez mucho más.

El enorme Mack, con su cabeza de vaca bajo el brazo, resulta ser TJ, y lo felicito por su actuación cómica. Truth, Justice y American Way me están pasando un cigarrillo de cannabis, que rechazo. Zipper (American Way), todavía con gafas oscuras y bigotes de ratón, me da la bienvenida a la casa, y TJ se suma a este sentimiento.

Creo que fue rápido. Pero antes de que tenga la oportunidad de decir algo más que “gracias”, Mike me toma del brazo y me lleva entre el resto de la multitud hasta el otro extremo de la sala. “Todos lo hemos hablado”, dice. “Tú y tu amigo sois bienvenidos a mudaros cuando queráis”.

“Es una noticia maravillosa, pero ¿no crees que deberías al menos conocer a Jonás primero?”

“Tu respuesta por él es suficiente.”

“¿Es este su procedimiento habitual? No queremos un trato especial”.

Mike se ríe como si yo hubiera hecho una broma. Es la primera vez que me doy cuenta de que sus ojos ya no son violetas, sino de un verde jade con iris felinos. “Quiero que conozcas a alguien”, dice. Un tipo de unos cuarenta años con

una chaqueta de lino arrugada se adelanta entre la multitud y me señala con la mano, y me veo obligado a tomarla.

Mike dice: “Peter Kropotkin, este es mi asesor, el Dr. Richard Sapworth”.

–Un placer –dice, inclinando la cabeza hacia atrás para poder observarme, supongo, a través de la parte adecuada de sus gafas. Su mano se retira al llegar sin siquiera llegar a agarrar la mía–. Cole me ha dicho que eres anarquista.

“Sí.”

¿Bookchin? ¿Chomsky? ¿O cómo se llama ese tipo de Oregon?

–No lo sé. Soy un hombre de Kropotkin hasta la médula.

“¿De verdad? Eso es inusual. ¿Parentesco?”

–No. Simplemente me gusta la manera de pensar de ese hombre.

Espera a que yo explique más, pero no lo hago.
“Interesante. ¿Dónde enseñas?”

“No enseño.”

Sonríó agradablemente y él decide que soy ingenioso. “Sé cómo te sientes. Cada año son más estúpidos, ¿no?”

“¿En la facultad?”

Él sonríe ante mi ironía. “Ellos también”.

“¿Cuál es tu campo?”, pregunto, pues conozco la etiqueta.

“Poner en práctica la conciencia”, dice, cuadrando los hombros.

“¿Qué es eso?”, pregunto.

–Bueno –dice, poniéndose de puntillas y riéndose–, esa es La Pregunta, ¿no?

Yo habría pensado que había varias más apremiantes, pero él considera que el asunto está zanjado. “Empecemos con *La República*”, dice, y lo hace, y continúa desde allí sin detenerse ante mi “no”. Intento escuchar, pero todo me suena como si fuera solo otro viaje de lemmings por la caminata de “no importa lo que pienses, solo cómo pienses” sobre el precipicio de “no importa lo que hagas” para ahogarse en un mar de preciosa inutilidad. Me distraigo observando sus gafas, que se niegan a mantenerse en su lugar y empiezan a deslizarse lentamente hacia la punta de su nariz larga y afilada, lo que le obliga a compensar inclinando la cabeza cada vez más hacia atrás para poder verme a través de las lentes, hasta que tanto él como yo nos quedamos mirando la punta de su nariz (donde las gafas se tambalean y su inminente caída es casi una certeza) cuando, con un gesto sorprendentemente enérgico que me hace

saltar cada vez, vuelve a colocarse las gafas descontroladas contra la cara con las yemas de los dedos índice y medio de la mano derecha, parpadea para recuperarse y el proceso comienza de nuevo. Tanto las gafas como la nariz parecen bastante maltratadas por ese trato, así que deduzco que se trata de una afición de cierta reputación.

–Seguro que te estoy aburriendo –dice sin demasiada preocupación–. El trabajo, el trabajo –dice–. Estoy seguro de que lo entiendes.

“Suenan bastante interesantes. Nunca había pensado en Kant en esos términos antes”.

“Puedo enviarte el documento por correo electrónico, si lo deseas”.

“Peter todavía no se ha instalado”, dice Mike. “Le prestaré mi copia del seminario”.

Sapworth asiente con la cabeza en señal de aprobación. –Peter –dice–, me pregunto si podría pedirte un favor.

“Por supuesto.” Siempre y cuando no tenga que escucharte pronunciar una palabra más sobre la conciencia.

“El departamento organiza una serie de conferencias para el programa de honores, una de esas cosas que se hacen para “servir a la comunidad universitaria en general”, y ya sabes cómo son los estudiantes de grado, siempre están

pidiendo teoría social, y realmente no tenemos a nadie desde que Ditameyer se jubiló anticipadamente el año pasado. Mike sugirió que tal vez estarías dispuesto a dar la próxima conferencia. Me envió tu currículum. Tu lista de publicaciones es realmente impresionante. Sé que estás en un año sabático, pero hemos tenido una cancelación de último momento, y esto me sacaría de un apuro. Hay un pequeño honorario. Nada importante. Puedes hablarles sobre Kropotkin y el *anarquismo*".

Pronuncia la palabra con el mismo tono que usaría un químico al hablar del *flogisto* o la *piedra filosofal*. Supongo que debería decir que no, sobre todo porque es evidente que Mike le ha mentado al hombre, incluso ha falsificado credenciales, pero alguien debería recoger el estandarte caído de Ditameyer y poner en su lugar a este tipo burlón. "Por supuesto", digo. "Me encantaría. ¿Qué tipo de público puedo esperar?"

—Veinte o treinta, en su mayoría estudiantes de tercer y cuarto año. Supuestamente son los mejores y los más brillantes, pero se quedan dormidos como el resto. Excepto Cole. —Inclina la cabeza para observar a Mike en el ángulo adecuado—. Un chico brillante.

El muchacho brillante dice que tiene que subir al escenario pronto y nos retiramos de Sapworth. "Te llamaré", dice el doctor a modo de despedida.

–¿Qué le dijiste sobre mí? –le pregunto a Mike cuando ya no podemos oírlo.

–Como él dijo, que eres un anarquista. Un experto, de hecho. Pensé que te gustaría tener la oportunidad de hablarle a un grupo de jóvenes brillantes sobre el tema del anarquismo.

–Sí, supongo que sí. –¿Cómo es que lo sabes? Pienso en preguntar, pero no me molesto. Después de muchos años de experiencia en la profesión, Sophie y yo finalmente llegamos a la conclusión de que, si uno puede soportar a un tipo, es mejor no delatar a un sospechoso de espionaje, ya que su lugar solo lo ocupará alguien más desagradable o sutil.

¡Libre comercio!, grita la multitud, y Mike, suplicando por su inminente actuación, acelera el paso. “¿Qué te parece la obra hasta ahora?”, pregunta en la puerta.

“Me gusta mucho”, digo.

“Es mía”, dice con orgullo. “La escribí yo”.

Regreso al público y la puerta se cierra detrás de mí.

Mientras tanto, en la obra, las cosas han tomado un giro oscuro. El padre de Tercera yace en el centro del escenario, muerto por causas que desconozco. El General, con el pecho tan adornado con medallas que se inclina bajo su peso, persigue a Tercera por un camino solitario. Tercera, me

cuenta Caitlin, ha estado trabajando largas horas por un salario bajo en la fábrica del General que produce vehículos inútiles e insensatos. Su padre acaba de morir de un ataque cardíaco provocado cuando se entera de que una niña fue asesinada en la carretera y se convence de que es Tercera.

El general es verdaderamente obeso y avanza con dificultad, sin muchas posibilidades de atraparla, pero Tercera, que está exhausta y enferma, descubre el cadáver de su padre y se deja llevar por la desesperación, cayendo de rodillas. El general la agarra, se quita el abrigo que resuena y la inmoviliza contra el suelo con su peso.

“Puede que sea viejo y gordo, pero siempre me salgo con la mía”, dice, bajándose los pantalones y luego procede a violarla, ahuecando una mano sobre su oreja mientras grita su frase, embistiendo precisamente cuando la multitud responde a su señal, de modo que todos somos cómplices de su violación:

“A esto le llamamos...”

¡Venta libre!

“A esto lo llamamos...”

¡Venta libre!

“A esto lo llamamos...”

¡Venta libre!

En esta imagen espeluznante, las luces se apagan, suena un acorde en una guitarra eléctrica y las luces se encienden. Mike avanza con el puño en alto y grita: “¡A esto lo llamamos *revolución!*”.

El ruido de la multitud y la música es como una explosión terrible, reverberando a través de cada átomo de mi cuerpo, y sin saber muy bien cómo llegué allí, me encuentro flotando arriba y abajo en un mar turbulento de jóvenes que gritan: *¡Revolución!*

Después de varias horas en el club, una docena de nosotros vamos a desayunar temprano a un restaurante, un establecimiento de comida moderno lleno de todo tipo de personas: estudiantes, trabajadores, jueguistas, amantes, todos intentando prolongar la noche del sábado.

El lugar, me explican mis compañeros, está decorado a la manera de una visión del futuro muy difundida en los años cincuenta. Lo llaman *retro* –un futuro como se imaginaba aquellos años–, un concepto que me parecería más divertido, estoy seguro, si no se me pudiera aplicar a mí. Hay cromo en todo, desde los dispensadores de servilletas hasta los taburetes de bar. Réplicas de plástico de naves espaciales con forma de cigarro, platillo y donut cuelgan de un hilo de plástico por todas partes. También aparecen en un llamativo mural que cubre una pared, junto con hombres mecánicos

que parecen dispensadores de servilletas y taburetes de bar, y personas de otros planetas que son calvas, con los ojos aún más grandes y la piel del color del resplandor de la luna. No puedo decir que haya más plástico de lo habitual, aunque es menos discreto, más bien orgulloso de sí mismo, podría decirse, en colores brillantes adornados con patrones que ningún árbol o piedra jamás podría crear, como el tablero de la mesa, turquesa cubierto de diminutos bumeranes dorados del tamaño de cacahuetes. Hoy en día, parece que el plástico se parece más a la madera, al mármol, al cuero o a algo parecido. Supongo que el plástico solía significar el futuro y ahora significa algo falso o barato, aunque esté en todas partes.

El ruido en el restaurante rivaliza con el estruendo en mi cuarto de lavar platos, y ya estoy ronco de gritar para que me escuchen los del club. Sin embargo, durante toda la noche he hecho un sinfín de preguntas, y mis jóvenes amigos han respondido sin cesar. *¿Qué es la ocultación? ¿Qué clase de empresa es Microsoft? ¿Existe otra Madonna? ¿Qué es un Munchkin? ¿Qué significa “hard-core”?* Remediar mi ignorancia se convierte en una especie de juego, y me dejo llevar por el espíritu del mismo y no soy tan circunspecto como debería. Aunque mi condición de extranjero perdona mi ignorancia de prácticamente todo –como lo hace la juventud de mis informantes (los jóvenes aceptan fácilmente, incluso esperan, la ignorancia por parte de alguien incluso diez años mayor que ellos cuando se trata de

asuntos de verdadera importancia)– mi entusiasmo desenfrenado al ser informado de que hombres y mujeres han viajado, de hecho, al espacio, incluso a la Luna, pone a prueba su credulidad hasta el punto de ruptura.

–¿Cómo es posible que no lo supiera? –pregunta un borracho cuyo nombre no recuerdo, expresando claramente la opinión no expresada de la mayoría–. ¿Ha estado viviendo en una maldita cueva o qué? Hay como cosmonautas y esas cosas, ¿no? –Se vuelve hacia sus compañeros–. ¿Cómo es posible que *no* lo supiera? *Un pequeño paso para el hombre* y toda esa mierda.

En ese momento, se escuchan aproximadamente dos docenas de conversaciones en voz alta al mismo tiempo que la nuestra, algunas acentuadas por estallidos de risas, golpes en las mesas y palabrotas. Aproximadamente media docena de máquinas que zumban, traquetean y baten están en funcionamiento. El ruido de los platos proporciona percusión a la música, una melodía animada que supongo se llama “Jailhouse Rock” (Rock de la cárcel), que resuena por encima de todo. Tal vez sea el tema de la prisión lo que me trae una respuesta a la mente. Recordando el efecto que tuvo el lugar en Alicia, grito a toda voz en el estruendo: “Viví en Siberia”, y venzo a mi crítico borracho en un instante. A juzgar por la reacción de todos, los bolcheviques deben haber superado incluso a los zares al convertir esa vasta y hermosa región en una prisión infame cuyas fronteras son

inexpugnables para cualquier noticia que pueda parecerse a la esperanza.

En ese momento, el estruendo se calma, aparentemente por voluntad propia: las conversaciones se detienen, las máquinas se paran, suena el último acorde de la canción, ni un plato toca otro plato, y Mike se dirige lánguidamente a la asamblea en un tono de voz normal: “Si quieren saber lo que la gente de todas partes sabe sobre Estados Unidos, sepan que no es la NASA. Adivinen cuál es la segunda palabra en inglés más reconocida en el mundo después de 'ok'”. No espera nuestras suposiciones, sino que sonríe con complicidad y anuncia la respuesta él mismo: “¡Coca-Cola!”.

Nadie en su audiencia se sorprende por este hecho excepto yo, y aunque la mayoría de ellos están bebiendo esa misma bebida mientras la denuncian –como yo–, encuentran esta información lamentable en extremo. Afortunadamente, cuando me preguntan, puedo afirmar honestamente que estoy familiarizado desde hace mucho tiempo con la Coca-Cola (la bebí varias veces en Nueva York en 1901). Mi conocimiento de la Coca-Cola, a pesar de mi estancia en Siberia, le hace ganar a Mike un brindis por su inteligencia que consiste en gran parte en esta misma bebida, una ironía de la que hace mucho hincapié. Mike es, tal vez, un artista que nunca deja de actuar.

Bebo varias botellas de Coca-Cola a lo largo de la noche y noto que la calidad ha disminuido mucho, aunque me

reservo esta opinión. Recuerdo que solía ser una bebida bastante alegre. La bebida moderna parece insignificante en comparación. Sospecho que la cantidad de cocaína se ha reducido mucho o incluso se ha eliminado por completo.

Afuera del restaurante, Wendy se ofrece a llevarme a buscar a Jonás, y yo acepto de inmediato. Mike y Brad dicen que irán a la casa y prepararán el sótano para hacerlo habitable. Me opongo a que se hagan esfuerzos especiales, pero me aseguran que solo pretenden poner un poco de orden.

Todos son tan amables conmigo que me siento terrible cuando Mike me lleva aparte mientras caminamos hacia los autos y me pregunta mi opinión sobre su obra ahora que la he visto completa, y tengo que decirle la verdad. “Me gustó mucho” –enumero varios momentos favoritos– “pero no me gustó nada el final”.

“¿Por qué no? ¿Querías algún tipo de final feliz?”

Recuerdo el anarquismo sarcástico de Sapworth e imagino que el asesor de Mike le está dando consejos sobre modales y humildad, además de sobre estudios académicos. “La mujer ha sido violada, Mike”.

“¿Sí? ¿Eso te sorprendió?”

“Eso espero, pero no es esa mi objeción. Transmite desesperación. Seguimos a esta mujer a través de todo tipo de pruebas y tribulaciones. Que las cosas terminen de esa manera es horrible. Es la esperanza, no la desesperación, lo que hace que las revoluciones triunfen”.

“Sólo hay esperanza si la gente se levanta”.

–Tal vez. Pero Tercera sigue allí, violada. Se levantó y miren lo que le pasó. Lo que es peor, nos obligaron a todos a mirar, casi a participar. ¿Cómo inspirará eso a la audiencia a actuar?

“No quiero inspirarlos. Quiero enojarlos. Quiero que transformen su enojo en acción. Hay esperanza en la acción”.

–Estoy de acuerdo. Pero ¿esperanza para quién? ¿Cuál es *su* esperanza? ¿Proporcionar motivación a los jóvenes que frecuentan clubes nocturnos para que se rebelen? Los villanos la violan, pero el dramaturgo la abandona.

“Estás siendo demasiado literal. Es solo una obra de teatro. Ella es solo un símbolo”.

Sólo un símbolo. Intento imaginarme a Turgueniev diciendo algo así, él, que solía llevar diarios personales para sus personajes, y no estoy muy seguro de qué decir. “Los símbolos nunca son *sólo* símbolos, ¿verdad? La vida de las personas cambia gracias a los símbolos: Hamlet hablando

con fantasmas, Quijote cargando contra molinos de viento, Guillermo Tell luchando contra la opresión. Más de un tipo, incluido Kropotkin, ha estado dispuesto a luchar para llevar una bandera que *represente* algo. Pero un símbolo que es sólo un símbolo no merece la pena”.

Su rostro es una máscara agradable. No me gustó el final. Escuchó eso (y sólo eso) de lo que dije. “Te veré en la casa”, dice y me da una sonrisa indiferente.

Capítulo XIII

EL CARRIL DE LOS PERDEDORES

Nuestro nuevo gobierno se basa en una idea exactamente opuesta a la de la Constitución de los Estados Unidos; sus cimientos están puestos y su piedra angular descansa sobre la gran verdad de que el negro no es igual al hombre blanco; que la esclavitud, la subordinación a la raza superior, es su condición natural y normal. Éste, nuestro nuevo gobierno, es el primero, en la historia del mundo, basado en esta gran verdad física, filosófica y moral.

–ALEXANDER STEPHENS, vicepresidente de la Confederación, 21 de marzo de 1861

Nuestro legado particular nos causa algunos problemas reales y dificultades adicionales que otras comunidades no tienen. En muchos sentidos, la Guerra Civil ha sido un peso que pende sobre nuestro cuello.

–TIMOTHY KAINE, alcalde de Richmond, 2000

Al amanecer, Wendy me lleva al río para buscar a Jonás. “¿De qué estuvieron hablando Mike y tú?”, me pregunta.

“De su obra. Le dije que no me gustaba el final”.

“Ooh, apuesto a que eso salió bien”.

“Me sentí mal, pero...”

“No te preocupes por eso. El daño le vendrá bien”.

La niebla lo envuelve todo y la lluvia amenaza con volver a empezar. La sensación de irrealidad aumenta porque somos las únicas personas que nos movemos, aparte de los coches de policía y los repartidores de periódicos. “Richmond está muerto el domingo por la mañana”, observa Wendy.

“Cuando me mudé aquí de niña, me levantaba el domingo, salía y pensaba que el mundo se había acabado o algo así”.

Sé por las conversaciones que mantuvimos esa noche que sus parientes (“mi gente”, como dice ella) son todos de Richmond, pero ella pasó sus primeros años en Houston, donde su padre había tenido algunos negocios en esa época. Se considera una habitante de Richmond, dice, aunque sus tías no estén del todo de acuerdo, pues se perdió algún componente clave de su educación al no asistir a las escuelas adecuadas hasta que tenía casi doce años y fue demasiado tarde. Mira de reojo el cartel de la calle. “Giro aquí, ¿no?”.

“Bien.”

Hasta ahora, ha seguido a medias mis instrucciones y a medias sus instintos. Me ha pedido que la deje encontrar el lugar por sí sola si puede, evitando echar un vistazo al mapa; una prueba de su memoria, supongo. “Creo que sé dónde está”, dice repetidamente, como si yo estuviera expresando alguna duda. “Estoy bastante segura”. A partir de aquí, los carteles marrones del parque James River la guían, y sonrío triunfante cuando entramos en el estacionamiento, una losa considerable de asfalto. La ciudad está llena de ellos, la mayoría del tiempo, como este, completamente vacíos, y aunque encuentro infantilmente conmovedor el anhelo de orden evidente en sus rayas paralelas dibujadas con precisión (como líneas tabú primitivas), no puedo evitar

señalar que una cuarta parte de esta superficie, si estuviera cultivada, podría alimentar fácilmente a toda la ciudad.

Wendy detiene el coche en un lugar sin rayas, frente al cartel de NO SE PERMITE ACAMPAR, y apaga el motor. “Ya estamos aquí”, dice.

Nos movemos lentamente. Ninguno de los dos ha pegado ojo. Es tentador quedarse sentado aquí. Finalmente, Wendy saca las llaves del contacto y salimos del coche. El eco de las puertas al cerrarse se desvanece en un profundo silencio. Respiro el aire húmedo y exuberante y me siento inmediatamente refrescado. Es difícil imaginar que durante toda la larga y ruidosa noche esta quietud pacífica me haya estado esperando aquí. Tal vez Earl tenga razón y no haya lugar en la ciudad para gente como yo. Pero el hombre (o, como me han corregido mis jóvenes amigos cuando hablo de esta manera sexista, *los humanos*) somos una especie social: queremos estar con otros de nuestra especie. El río siempre estará aquí esperando si necesito su refugio, o si deseo navegar hacia donde sea que uno vaya en estos días para comenzar de nuevo. La luna, tal vez. Me convertiré en (¿cómo es el término que usó mi acusador borracho?) un *cosmonauta*. Me río al pensarlo.

A lo lejos, algunos gansos se llaman entre sí y, más cerca, los cuervos comentan nuestra llegada con graznidos bajos y confidenciales. Me pregunto si alguno de ellos podría ser mi amigo secuestrado. Es agradable pensar que ha tenido el

mismo éxito que yo en encontrar una colonia compatible, aunque tal vez, como Earl, haya decidido (o se haya visto obligado) a vivir solo.

Wendy mira a su alrededor con una sonrisa felina y somnolienta. “Sabía que conocía este lugar. Nunca había estado aquí a la luz del día antes. Hay como un pequeño puente y un montón de escaleras y un sendero fangoso, ¿verdad? Vine aquí para bañarme desnuda unas cuantas veces. Pensé que este era el lugar a donde veníamos, pero no estaba segura. Nunca conduje, gracias a Dios”. Pone los ojos en blanco y la cabeza en una interpretación cómica de feliz embriaguez, que se convierte en un estiramiento, con las manos en alto, parándose de puntillas y luego volviéndose a sentar.

“¿Bañándote desnuda?”, pregunto.

–Nadar. Ya sabes, sin traje de baño. ¡*Desnudos!* En verano, después del trabajo, en una noche calurosa, es lo mejor. Algunos de nosotros solíamos venir aquí tarde, cuando había luna, a drogarnos y nadar.

“¿Las... eh... camareras?”

“Oh, todos. Esto fue cuando Chaney todavía estaba por aquí y todos nos amontonábamos en la parte trasera de su camioneta”.

Me imagino, con demasiada nitidez, a todos mis compañeros desnudos, retozando en el río iluminado por la luna como una familia de nutrias. “¿Es eso una diversión común?”, pregunto, con un graznido involuntario, apropiado, supongo, para un observador de sangre fría de esta cálida fiesta de mamíferos.

–¡Te da vergüenza! –me acusa con acierto, y no tiene sentido que lo niegue. A ella le parece divertido y, si es posible, mi vergüenza aumenta. –Es una “diversión bastante común” –me tranquiliza–. Mis padres no lo hacían, aunque quién sabe, cuando eran jóvenes en los años sesenta. No es como una orgía ni nada por el estilo; simplemente estuvimos nadando, pasando el rato, disfrutando de la vida, ¿sabes?

–Sí –respondo, con una voz todavía peligrosamente estridente–. Me imagino que hace mucho más calor en Richmond que en Rusia. Lo digo con cierta convicción para subrayar mi amplia visión del asunto y para proporcionar una base y una orientación científicas para el debate.

“¿Sabes lo que dice Tom Robbins¹⁵ sobre los veranos en Richmond?”

“No me lo puedo imaginar.”

15 Escritor americano, Tom Robbins es conocido por sus novelas cargadas de sátira, crítica y un personal sentido del humor. *También las vaqueras sienten melancolía*, su primera novela publicada en España, fue adaptada al cine en 1993 por el director Gus Van Sant.

“¡Hace más calor que en el interior de una sandía rociada con napalm!”, cita alegremente. “Es de Richmond, ¿sabes? ¿Has leído sus escritos? Son bastante geniales”.

“No, no lo he hecho.”

“De todos modos, creo que la desnudez es genial”, dice. “Al menos no se trata de comprar algo, posar y todo eso. No tienes que comprar nada para desnudarte”.

Tiene razón, por supuesto, y se lo digo, pero no tengo ganas de insistir en el tema. En realidad, tengo precisamente ese deseo, pero no estoy seguro de cómo me siento al respecto. Es evidente que no tengo tanta sangre fría como pensaba. Ya no tengo setenta y ocho años, me recuerdo, o mejor dicho, tengo setenta y ocho. Es solo mi cuerpo el que ha vuelto a ser joven. Sin embargo, ahora no me parece el momento más oportuno para explorar esta discrepancia.

Le he dado a Wendy la versión más esquemática de la situación de Jonás (le he dicho que es un refugiado que tiene mala salud y que ha sido maltratado por sus opresores) y, a diferencia de Rachel, ella ha aceptado la historia al pie de la letra. Sin embargo, tarde o temprano, habrá que poner a prueba el engaño. Bien podría ser ahora. Es posible, por supuesto, que Jonás prefiera quedarse aquí en el río (no he tenido oportunidad de consultarle sobre el asunto), pero al menos debería conocer a alguien de la ciudad actual antes

de tomar una decisión. No se me ocurre una mejor representante que la franca Wendy.

Veníamos con zapatos, porque mientras narraba la historia de Jonás recordé que no tenía zapatos y no podía imaginar que pudiera vivir mucho tiempo sin ellos en la ciudad. Como esperaba, nos ofrecieron zapatos de todos lados, de distintos tamaños, encontrados en varios autos. El borracho donó los del número nueve, que creo que son los que probablemente le queden mejor, aunque también tenemos del número ocho, del diez y una sandalia bastante grande llamada flip-flops (chancas). De plástico, por supuesto.

Mientras descendemos hacia el bosque brumoso y cruzamos el puente, veo una onda en forma de V en el canal y señalo un castor nadando justo debajo de nosotros, con un palo en la boca.

–Impresionante –susurra tan bajo que no habría sabido lo que dijo si no hubiera oído la palabra tantas veces anoche que la esperaba. No puedo decidir si la palabra ha perdido todo significado en los tiempos modernos o si estos jóvenes reaccionan con asombro ante una gama más amplia de fenómenos de lo que era común en mi época. Sin embargo, en el caso de los castores, una especie social altamente evolucionada y trabajadora cuyas habilidades de ingeniería no tienen rival, debo admitir que son verdaderamente asombrosos. Sus ojos brillan mientras lo ve desaparecer en

la niebla; la expresión de transformación en su rostro es definitivamente de asombro.

Al final de las escaleras, siguiendo las indicaciones de Earl, cruzamos la valla y caminamos por las vías del tren. “Estas son las vías por donde pasan los malditos trenes del carbón”, dice. Hay una planta generadora de electricidad alimentada con carbón al este de aquí, me dice, señalando río abajo con un mocasín negro; también hay un puerto marítimo desde el que se exporta carbón en cantidades prodigiosas para su combustión en instalaciones similares en todo el mundo.

Yo creo que es una buena noticia, porque ¿no es preferible el trabajo de las máquinas eléctricas a los agotadores esfuerzos de tipos como Jonás? Pero capto su tono y pregunto con cautela: “¿Hay algo malo en eso?”.

Mientras caminamos, ella me explica, con notable claridad y concisión, el efecto invernadero, la lluvia ácida y el calentamiento global (con desviaciones hacia los males de la minería a cielo abierto y las virtudes de la gestión sostenible de los recursos), y por primera vez me entero de que, como yo, es una estudiante seria de las ciencias geográficas y biológicas, y una aficionada a varias otras.

–Mi esposa –le digo– también era científica. Durante toda la noche, por alguna razón, Wendy ha sido a quien le he dicho esas cosas. *A mi esposa le encantaban las montañas. Mi esposa era muy valiente.* Al recordar la expresión de

Wendy mientras veía al castor alejarse nadando, me doy cuenta de por qué: me recuerda a Sophie.

“Así que debieron haber hablado de ciencia todo el tiempo”.

“Sí, lo hacíamos. Y de política también.”

“Debes extrañarla mucho”, dice ella.

–Sí, lo hago. Tú... me recuerdas a ella... cuando... cuando tenía tu edad.

–¿De verdad? –Sonríe, y parece más contenta con esta información de lo que esperaba cuando la hice. Pero es verdad, de todos modos. También es cierto que me recuerda a mi hija, aunque no puedo decirlo con claridad.

Cuando tenía tu edad, dije, es decir, con unos veintidós años, la edad que tenía Sophie cuando me casé con ella. Yo tenía treinta y seis años en ese momento, cuatro años más, en cierto sentido, que ahora. Hace cuarenta y dos años.

–¿Sabes algo sobre viajes en el tiempo? –pregunto, cambiando de tema, o al menos de perspectiva.

“Sólo lo que todo el mundo sabe”, dice. “Einstein y la relatividad y todo eso. No me interesa mucho la física. Es algo muy masculino, ¿sabes? ¡El Big Bang! Quiero decir, ¿de qué se trata?”

Le confesaría mi total incompreensión de todo lo que acaba de decir y le pediría que me lo explicara todo empezando por “lo que todo el mundo sabe”, pero hemos llegado a nuestro destino, el segundo agujero en la valla, y antes de seguir adelante, me parece oportuno informarle de manera informal, para que no se sorprenda o alarme indebidamente, qué esperar: “Jonás todavía está algo desorientado por sus experiencias antes de venir aquí, por lo que puede parecer un poco confundido. Se ha estado quedando con otro tipo que vive aquí abajo, bastante excéntrico, como verá, pero no le hará daño a nadie, se lo aseguro”.

Pero ella no necesita mis garantías, al menos no para ella misma. “¿Otro vagabundo?”

“¿Sin hogar? Supongo que lo llamarías así”.

“¿Él también necesita un lugar?”

Parece perfectamente preparada para acoger a otro desgraciado en un abrir y cerrar de ojos, y aunque me conmueve su generosidad, me siento seguro de expresar la opinión de Earl sobre el asunto: “No. Creo que el otro preferiría quedarse aquí. Tiene opiniones bastante firmes sobre la ciudad. No le ha resultado muy útil”.

Ella pasa por el agujero de la valla como si atravesara las puertas de una finca. “Impresionante”, dice, porque hay una

vista magnífica del río y de Belle Isle, que se alza entre la niebla. En el otro extremo de la isla se extiende el enorme puente para automóviles que aterrizó a Earl cuando se despertó por primera vez. Wendy lo llama el puente Lee. Cerca de él está el puente peatonal donde me encontraría con Rachel en unas horas. Imagino fugazmente este encuentro como lo imaginé al principio: lleno de alegría y pasión. ¿Qué diría Jonás? *Extraño un lugar que nunca veo y a gente que nunca conozco.*

–Peter –pregunta Wendy suavemente–. ¿Estás bien?

–Sí, estoy bien. Sólo un poco aturdido. El cansancio me hace ponerme filosófico.

“¿Eso es lo que hace?”, bromea.

–Tal vez debería intentar despertar a nuestros anfitriones –digo. Había esperado que el vigilante ya nos hubiera dado la bienvenida, pero no había señales de nadie–. ¡Hola! –grito alegremente–. Soy Peter. He traído a una amiga.

El único sonido que se oye es el rugido de los rápidos a cierta distancia. El estrecho sendero sólo tiene una dirección y lo seguimos durante una docena de pasos, pero no podemos ir más allá. Llega a un promontorio que cae abruptamente, un roble solitario se inclina precariamente sobre el agua. Los zarzales verdes bloquean nuestro paso en cualquier dirección que no sea la que hemos venido.

Después de quedar atrapado por las espinas repetidamente, mi paciencia se agota y se desgarrá. “¡Jonás! ¡Earl! ¿Dónde estás?”, grito a todo pulmón.

No hay respuesta.

–¿Estás segura de que este es el lugar correcto? –pregunta Wendy–. Tal vez deberíamos regresar.

Al oír la voz de Wendy, se oyen susurros feroces bajo nuestros pies, como si nos hubiéramos topado con un congreso de serpientes en sesión. Los susurros aumentan de intensidad hasta que el barítono de Jonás se libera con toda su voz: “Estamos aquí abajo, Peter. Earl le tiene miedo a la mujer”.

–No tengo miedo –protesta Earl, y para demostrarlo abre de golpe una trampilla a mis pies con un golpe resonante en mi espinilla, y luego saca la cabeza del suelo como un perrito de las praderas. Aúllo de dolor y por un momento me imagino como una gran ave rapaz apuntando al cerebro de perrito de las praderas de Earl. Le aconsejo con bastante vehemencia que tenga más cuidado en el futuro, pero ni Jonás ni Earl prestan atención a mis bramidos. Wendy los deja completamente atónitos. Ambos la miran boquiabiertos con expresiones de angustia dichosa o de felicidad angustiosa; es difícil determinar las proporciones precisas. La visión inesperada de una joven bonita explica su placer, pero no puedo imaginar qué les resulta tan

inquietante. Tal vez sea su cabeza rapada, aunque habría pensado que Earl ya estaría acostumbrado a esas vistas del mundo moderno. Sólo llevo aquí unos días y, como diría Wendy, el pelo no es gran cosa.

Pero sea lo que sea lo que los ha dejado mudos, ya es hora de dejar de mirarla, aunque sea con una sonrisa. Les hago una señal a mis camaradas para que muestren buenos modales y salgan del suelo, y ellos obedecen de inmediato.

–Te conozco –le dice Wendy a Earl antes de que tenga la oportunidad de presentarlos–. Eres Earl, ¿no? Yo soy Wendy. ¿Me recuerdas?

–El loco Earl –dice con una expresión de desgana y un paso de baile arrastrado. Tiene los ojos desorbitados y su sonrisa es una mueca de dolor. Es como si le hubiera dado un terrible ataque de pánico escénico–. Este caballero es... es... Jonás –dice. La mano que extiende en dirección a Jonás tiembla como una hoja en una ráfaga.

Estoy seguro de que Earl se siente incómodo por muchas razones, pero creo que la principal es que se siente avergonzado, profundamente avergonzado, y me compadezco de él. Debería haberme dado cuenta. Me lo imagino en el porche de su casa hace más de un siglo, ofreciendo su hospitalidad al mejor estilo sureño, con su esposa a su lado. Ahora vive en una tumba de gran tamaño. Se inclina por la cintura y se empala en un zarzal.

Mientras tanto, Jonás, igualmente nervioso, agacha la cabeza en un gesto obsequioso propio de un esclavo cauteloso al que le presentan una mujer blanca de aspecto escandaloso, y no la mira a los ojos por miedo a ofenderla. Justo cuando me desespero de ser responsable de organizar este desastroso encuentro, Wendy los agarra de la mano a cada uno y les da a ambos una sacudida tan fuerte que los pone de pie como los hombres que son. Wendy, cuya bendición es la verdadera medida de este ritual después de todo, sonríe como una joven diosa, y todos nos sentimos como si fuéramos tipos inteligentes por haberla complacido tanto.

Wendy nos cuenta a Jonás y a mí que conoce a Earl de una organización de voluntarios que ofrece una comida gratis todos los domingos en el parque, un evento al que Earl solía asistir con regularidad y al que ella nos invita a todos. “Nada de productos animales de ningún tipo”, dice Wendy orgullosa de la comida saludable¹⁶.

–No hay carne –asiente Earl con tristeza, pero añade rápidamente–: Pero está bien. Muy bien. –Mira a su alrededor en tono de disculpa, sufriendo un nuevo ataque de malestar por parte del anfitrión–. No tengo más que dos

16 Food Not Bombs (en español "Comida No Bombas") es una red de colectivos independientes relacionados con el vegetarianismo y el anarquismo que sirven gratuitamente comida vegana y vegetariana a otras personas.

sillas –dice en pánico, pareciendo dispuesto a azotarse a sí mismo por esta falta de etiqueta.

“¿Quién necesita sillas?”, dice Wendy. Para defender su postura, se sienta en el suelo y todos expresamos nuestra solidaridad con ella plantando nuestras nalgas sobre la tierra húmeda formando un semicírculo frente a ella.

“¿Cuánto tiempo llevas en Estados Unidos?”, le pregunta Wendy a Jonás, quien la ha estado observando con el mismo cuidado que un ángel venido a anunciar la Segunda Venida podría brindarle a un cristiano devoto.

“Anoche”, dice. “Llegué a Estados Unidos ayer mismo”.

“¡Estás bromeando!”, exclama Wendy. “¡Es increíble!”.

Y una vez más debo reconocer que el término es apropiado. Y ella ni siquiera sabe la mitad.

Como ya lo había previsto, Jonás acepta con agrado la oferta de vivir en la ciudad y Earl se encoge ante la mera sugerencia. Mientras Wendy le explica el funcionamiento de la comuna a Jonás, que se prueba unos zapatos, llevo a Earl aparte y le agradezco todo lo que ha hecho y me disculpo por invadir su privacidad.

–La mujer me ha dado un vuelco, eso es todo –dice en su defensa–. Yo... yo... no la esperaba. Ahora estoy bien. Es una buena mujer. La recuerdo. Jonás debería estar bien con unos

días de reposo en cama si no hace ninguna tontería. Le he cambiado el vendaje y parece que el sangrado está bajo control. –Me pasa un rollo de gasa de algodón blanca envuelta en plástico y un tubo de ungüento–. Esto que hay aquí es realmente bueno.

“¿De dónde sacaste estas cosas?”

“Siempre te meten en una pequeña habitación con hisopos y vendajes y cosas así. Ya verás. *El médico estará contigo enseguida*, te dicen. Te quedas allí sentado durante días, semanas. Ahora, simplemente tomo lo que necesito y me cuido”.

Wendy, al ver el rollo de gasa, piensa en preguntarle a Jonás cómo está. “¿Todavía tienes mucho dolor?”, le pregunta con simpatía.

“Me duele un poco”, reconoce, “pero ya me siento mucho mejor, gracias”.

“¿Estás tomando algo por ello?”

“¿Ello?”

–El dolor. –Busca en su bolso y saca un frasco naranja muy parecido al que antes contenía la medicina de Earl convertida en comida para gatos–. Me dieron esto cuando tuve un accidente el año pasado –dice Wendy–. Di tres vueltas y me destrocé. Me dejó unos moratones horribles.

Créeme, te hará sentir mucho mejor. –Se echa una cápsula en la mano, se encoge de hombros, luego una segunda y las coloca en la palma de Jonás, que tiene la suya hacia arriba–. Pruébalas.

Se las mete en la boca y las traga.

“Tarda un poco”, dice Wendy. “Veinte o treinta minutos”.

Como ya había predicho, Jonás ha elegido los zapatos del borracho. Wendy dice que son zapatillas para correr y que, en efecto, parecen haber recorrido una buena cantidad de pavimento. Jonás está muy satisfecho con ellas.

Earl me aconseja que nos pongamos en camino cuanto antes, porque enseguida pasará un tren. Sospecho que está intentando librarse de nosotros, porque por mucho que lo intente, no parece poder relajarse del todo en presencia de una compañía tan numerosa. Trae mis cosas, cuidadosamente guardadas en una bolsa de plástico, y las mete en mi mochila. Le pido que cuide mi caña de pescar y él acepta solemnemente esa responsabilidad.

Aparta de nuestro camino trozos sueltos de zarzas y ramas bajas mientras nos acompaña hasta el agujero en la cerca que sirve de umbral de su dominio, y allí nos da una afectuosa despedida. La soledad de su vida en esta franja accidental de terreno entre el ferrocarril y el río parece encarnada en su desolado gesto de saludo, y se me ocurre,

cuando doblamos la curva y desaparece entre las zarzas, que no es alguien a quien no le importen sus semejantes, sino más bien alguien que teme preocuparse demasiado por ellos. Resuelvo volver a visitarlo y hacer uso de mi caña de pescar.

Al darme cuenta de que nunca llegué a ver su vivienda subterránea, le pregunto a Jonás sobre ello.

“Es un agujero en el suelo”, dice, sacudiendo la cabeza. “No me interesa mucho”.

“Pero él debe pensar que le conviene”.

Jonás no está tan seguro. Sacude la cabeza. “Earl, tiene algunos problemas mentales. Es difícil decir qué es lo que le conviene hoy en día”.

“¿Conoces su historia?”, pregunta Wendy. “Cuando venía al parque, siempre parecía un hombre muy agradable, pero no le gustaba hablar de sí mismo”.

“Me contó su historia”, dice Jonás. “Lo metieron en una prisión terrible. Dijo que vio morir a demasiada gente allí. Parece que le rompió el corazón”.

¿Por qué estaba en prisión?

“No estoy seguro de cómo se llama”, dice Jonás. “Lo metieron en la cárcel por alzar la mano contra la esclavitud”.

“Un prisionero de conciencia.”

Jonás se ríe de la frase. “Me gusta”, dice. “Prisionero de conciencia. Pero que su conciencia sea libre, de lo contrario no lo encerrarían. Creo que estuvo prisionero de hombres con pistolas y cadenas, ¿qué opinas?”

Wendy está más que feliz de estar de acuerdo, y estoy encantado de ver que estos dos se lleven tan bien.

Cuando llegamos a las escaleras, Jonás se detiene en seco. Se queda de pie en el sendero y observa la estructura de arriba a abajo. Nunca había visto nada parecido antes, una enorme estructura cuadrada de hormigón y metal oxidado. “¿Qué hay al otro lado de eso?”, pregunta.

–Otra colina. ¿Necesitas ayuda? –pregunto, sólo por cortesía, porque está claro que sí.

–No, estaré bien –dice, aunque el asombro se refleja en su rostro.

Wendy le tiende el brazo e insiste en que lo tome, y Jonás accede de inmediato. Puedo ver que tiene un efecto muy persuasivo sobre él, como también lo tiene quizás la medicina que se ha tragado, pues su sonrisa, aunque cansada, es positivamente beatífica, y ha dejado de hacer muecas por el dolor de sus heridas. Ella ha demostrado ser un ángel de misericordia. Lo ayuda a subir los varios tramos de escaleras y sostiene su peso mientras descansamos en el

punto. Justo en ese momento, aparece un tren de carbón como había predicho Earl, y Jonás no se cansa de verlo pasar con su interminable traqueteo, docenas y docenas de vagones, cada uno con un montón de carbón negro que pesa cien toneladas o más. Observamos hasta que se pierde de vista, en camino a envolver el mundo en hollín.

Cuando nos instalamos en el coche, Jonás ocupando la honrosa posición de acompañante, Wendy le pregunta si le apetece ver un poco de la ciudad antes de ir a la casa y, naturalmente, acepta. Sea cual sea el destino, apenas puede contenerse ante la perspectiva de viajar en un automóvil, cuyos principios generales le he explicado anteriormente. Examina todo, abre y cierra un compartimento delante de él, sube y baja una trampilla por encima de la ventanilla, sube y baja la ventanilla con una manivela. Le pregunta a Wendy cómo funciona la palanca de cambios y temo que ella se sorprenda de su ignorancia, pero se lo toma con calma. Al parecer, no todo el mundo conduce tantos automóviles como los estadounidenses. Ella la llama palanca de cambios manual y confiesa que hace poco que aprendió a manejarla. Deduzco que debe ser la última tecnología. Jonás está tan empeñado en aprender sobre ella, el volante, los pedales, la radio, la cerradura de la puerta, los indicadores, etcétera... que apenas parece notar la ciudad que lo rodea, salvo las señales de tráfico. Le atraen especialmente las luces de señalización para peatones: una mano naranja levantada y un hombre caminando para parar y seguir respectivamente.

Pero cuando pasamos junto a un hombre negro con traje de negocios que se sube a un automóvil, Jonás se da la vuelta y observa con atención cómo el hombre se sube a su coche y se aleja. Jonás me mira y articula su pregunta: *¿es libre?*

Asiento con la cabeza, aunque sospecho, por lo que he observado hasta ahora, que las cosas son mucho más complejas que un simple sí o no. Pero él aprenderá esas sutilezas muy pronto.

Wendy no se da cuenta de nada de esto. Está de muy buen humor y ansiosa por mostrarnos los lugares de interés, un entusiasmo que se traduce en un estilo de conducción más animado que hasta ahora. Habla de haber recuperado el aliento y tal vez todavía esté bajo la influencia del cannabis, el alcohol y la Coca-Cola que la vi consumir durante el transcurso de la velada, y tal vez de muchas otras cosas que no vi. Parece que tenemos las calles prácticamente para nosotros solos, así que no estoy demasiado preocupada. Y para mi sorpresa, Jonás se deleita con nuestra velocidad, pregunta más de una vez a qué velocidad vamos y responde con una medida de regocijo proporcional a la velocidad que le dicen. Desde donde estoy sentado, tengo una visión clara del indicador que indica la velocidad. Cuando el dial supera los ochenta kilómetros por hora, no puedo soportar mirar más.

–Está bien –anuncia Wendy con voz autoritaria–, lo primero que tienes que ver es Monument Avenue (Avenida

monumental), o como a mí me gusta llamarla, Losers' Lane (Calle de los perdedores). Hice un informe sobre ella en la escuela secundaria que casi me hace que me echen –añade con orgullo–. ¿Sabes algo sobre la Guerra Civil estadounidense? –le pregunta a Jonás.

“Peter me contó”, dice.

“Entonces sabes que el Sur perdió”.

“Sí”, responde Jonás.

“Eso te pone muy por delante de algunos habitantes de Richmond”, dice riendo. “Quiero decir, ¿dónde hay más estatuas del bando perdedor, e incluso una avenida entera? ¿Ves a algún general británico por aquí? ¿Crees que tienen estatuas de Rommel y Goebbels en Alemania? ¿Crees que tienen el Día de Hitler? Lo que pasa con Richmond es que durante unos años fue la capital de la Confederación, y nunca lo superaron. Es como si no supieran que perdieron.

“Estos monumentos que están a punto de ver están protegidos por una ley estatal aprobada en los años setenta, cuando la ciudad estaba a punto de convertirse en una ciudad de mayoría negra debido a la huida de los blancos, que facultaba al gobernador a llamar a la milicia estatal si la ciudad alguna vez intentaba deshacerse de estos perdedores. Yo digo ¡que vengan!”

Entiendo muy poco de esto, y Jonás debe entender menos. Pero a Einstein añado a Rommel, Goebels y Hitler como alemanes que debo investigar. Antes de poder preguntar qué significa *la huida blanca* (me imagino una enorme bandada de garcetas), llegamos a nuestro destino.

“¡Aquí estamos!”, grita Wendy. Una estatua de bronce de un hombre a caballo yace justo enfrente y estamos en camino de colisionar con los cuartos traseros del caballo.

“Este es Jeb Stuart”, dice Wendy, colocando el automóvil en un círculo cerrado alrededor de la estatua, de modo que giramos a su alrededor como si estuviéramos en un remolino. Es una de las estatuas de soldados a caballo más espectaculares que he visto jamás. El sujeto está girado en su silla, mirando hacia atrás, con la espada desenvainada, a punto de ordenar una carga, sin duda. El caballo está detenido, pero su crin y cola se mueven salvajemente, cada músculo está tenso como un resorte en espiral, de modo que uno espera que entre en acción en cualquier momento. Nuestro vehículo en órbita completa la ilusión de que estamos volando a toda velocidad con este personaje literalmente apuesto. Todo está representado con detalles naturalistas: su capa, sus espuelas, el sexo del caballo y las venas abultadas. A pesar de esta aparente vitalidad, caballo y jinete están estrechamente acorralados dentro de una valla de hierro negro decorada con sables cruzados.

“Él comandaba la caballería confederada”, dice Wendy. “Lo llaman 'El último caballero'. ¿Puedes creer esa mierda? Todo es tan feudal, como *Monty Python y el Santo Grial*. Solía llevar un nudo de amante en la solapa y una pluma de pavo real en el sombrero. ¿Eso es como si lo hubieran arrestado en serio o qué?”. Lee la inscripción en voz alta: “‘ÉL DIO SU VIDA POR SU PAÍS Y SALVÓ A ESTA CIUDAD DE SER CAPTURADA'. Más bien es como si se rebelara contra su país, y la ciudad fue capturada de todos modos. Supuestamente dijo, cuando recibió la herida fatal, '¡Prefiero morir antes que ser azotado!'. A mi profesor de historia le encantaba esa frase. (Por supuesto, también le encantaba *Lo que el viento se llevó*). Por suerte, Jeb, recibió ambas cosas: muerte y azotes. Sigamos adelante”.

Wendy gira bruscamente el volante y abandonamos nuestra órbita alrededor de Stuart y nos dirigimos hacia el oeste por Monument Avenue a gran velocidad. La superficie de la carretera, aparentemente de bloques de asfalto, es mucho más áspera que las otras calles por las que he viajado hasta ahora. El mundo, dondequiera que mire, vibra como un diapasón golpeado. Aun así, las grandes casas y los árboles de esta amplia avenida son hermosos a medida que pasan moviéndose. Es un hermoso escenario para un antiguo esplendor.

Wendy continúa: “El siguiente es El Jefe, Bob E. Lee, el dios de Richmond, aunque en realidad nunca vivió aquí”.

Lo veo más adelante, entre las copas de los árboles, él y su caballo a horcajadas sobre la carretera, al parecer, tan grande y monumental como Stuart era pequeño y rápido, un hombre a caballo tan tranquilo como Stuart era frenético. El monumento es notable por su falta de inscripción. LEE, dice, y poco más puedo ver excepto un par de cabezas de leones como decoración. La velocidad de Wendy impide la atención a los detalles. Lee ocupa mucho más espacio que Stuart, con una rotonda de césped a su alrededor, lo que permite que la órbita de Wendy sea más grande e incluso más rápida, impulsándome de lado por la fuerza centrífuga hasta que mi muslo se apoya contra la puerta, que me aseguro de que esté cerrada. Los neumáticos del automóvil emiten un chirrido constante mientras Wendy reanuda su narración, la velocidad y el volumen aumentan a medida que avanza:

“Ahí está, amigos, el modelo de la virtud sureña: Compraba y vendía esclavos, aunque pensaba que la esclavitud era mala. Creía en la Unión y le juró lealtad, pero comandó las fuerzas rebeldes. Era el militar más inteligente del país y tenía que saber que el Sur iba a recibir una paliza, pero no tuvo las agallas para decirlo y salvar miles y miles de vidas. Digamos que el matón estaba confundido, así es que acabemos con él. Pero no, es una obsesión. Además del grandullón de bronce que hay aquí, hay escuelas, puentes, carreteras que llevan su nombre. Su imagen está en todas partes, como Jesús o Joe Camel. A veces pienso que si veo su cara estoica y estreñida una vez más, me volveré

completamente loca. ¿Qué hizo? Eso es lo que quiero saber. ¿*Qué hizo?* ¡Ni siquiera pude escapar de él naciendo niña! Mi segundo nombre, como el de muchas desafortunadas sureñas, incluidas mis dos hermanas, mi madre, la mayoría de mis tías, mi abuela, todas mis tías abuelas, es *Lee*. Por si acaso estás pensando que esto no es una locura total, solía haber un cine porno llamado *Lee Art Theater*, je incluso había un restaurante en la ciudad que llevaba el nombre de su maldito *caballo!* Dios escrito al revés es perro¹⁷; Lee escrito al revés es anguila. ¡Ya basta de Lee!

Nos alejamos de Lee a una velocidad increíble. Temo que si nuestro recorrido alcanza una velocidad mayor, me enfermaré. Me siento muy aliviado cuando, después de unas pocas cuerdas, ella detiene el vehículo a un costado de la carretera y se detiene frente al monumento totalmente diferente al esposo de Varina Davis, Jefferson Davis, el presidente de los Estados Confederados de América. Aquí no hay caballos, pero sí arquitectura: simbólicamente, la Casa de Estado con su líder posando frente a ella. Naturalmente, lo odio.

“En este caso”, dice, “hay que caminar y echar un vistazo para darse cuenta de la obscenidad que es”.

Wendy ayuda a Jonás a salir del coche, aunque a esta altura puede que él esté más firme que yo. Se endereza

17 God y dog.

lentamente, con cuidado de sus heridas, y mira hacia atrás a Lee. “Conozco a hombres como él”, dice.

“¿En África?”, pregunta Wendy.

Jonás me mira y reconozco la mirada de un hombre que lucha por no mentir. “Hasta ayer, yo era como él”, digo. “Demasiado asustado para hacer lo correcto”.

Wendy está claramente impresionada por este comentario y le lanza una mirada de admiración no disimulada mientras cruzamos la calle hacia Davis. “El presidente aquí no tenía ese problema”, dice. “Era un verdadero creyente. Murió siendo defensor de la Causa Perdida. Nunca se le pasó por la cabeza preguntarse si hacía lo correcto. *Creía en la esclavitud*”.

Davis se encuentra de pie frente a una hilera de columnas, cada una de las cuales representa un estado esclavista, en una postura oratoria. Justo detrás de él, una mujer encaramada en lo alto de un pilar de al menos quince metros de altura apunta hacia el cielo. La inscripción debajo de ella dice DEO VINDICE (Dios lo vindicará).

“Esa es Vindicatrix”, dice Wendy. “Se supone que es el espíritu del Sur. Blanca, por supuesto”. Wendy se da cuenta de que estoy leyendo una de las varias inscripciones y dice: “Si te gusta leer las estatuas, Jeff Davis es el hombre indicado para ti. Hay un ensayo completo sobre esto”.

Entiendo lo que quiere decir. Hay escritos por todas partes: el ejército, la marina, la ciudadanía; todos tienen un párrafo en alguna parte. En uno de los discursos más destacados, una defensa reaccionaria y estridente del *hombre* y su causa, veo la frase que utilizó Varina, “los derechos de los estados”, y le pregunto a Wendy qué significa exactamente.

“El derecho a tener esclavos”, dice. “El derecho a ser intolerante. Siempre que hablan de *derechos*, se refieren al de tener esclavos”.

Había empezado a preguntarme si Jonás podría seguir los acontecimientos con detalle, ya que no sabe leer y los acontecimientos a los que aludimos le son desconocidos, pero se ríe agradecido por lo que Wendy acaba de decir. “¡Eso es *exactamente!*”, exclama, y le dirige la misma mirada de admiración que ella le dirigió a él hace unos momentos. Mira palabra tras palabra, y no puede leer ni una sola de ellas, pero sabe *exactamente* lo que dicen, lo sabe con una precisión que supera la comprensión de los hombres que las escribieron, porque su significado está inscrito en código en su espalda, en su alma. Las mira con expresión triunfante, habiéndolas entendido de una vez por todas.

Aunque en un principio dudé de la sensatez de que Wendy hiciera un recorrido por este bulevar reaccionario, no puedo imaginar una mejor manera de dar la bienvenida a la ciudad a un esclavo recién liberado que burlarse de quienes lo mantendrían encadenado como si fuera su “derecho”. Tal

vez algún día se pueda fundir esta cosa y utilizar el metal para algún propósito útil. Al menos no balas de cañón, y supongo que es un consuelo para los descendientes de esos pobres desafortunados que perdieron su preciada propiedad humana que este papanatas de bronce predique a las palomas la justicia de la esclavitud.

Jonás, abrumado por la emoción o el cansancio, se tambalea un poco y debe apoyarse en el hombro de Wendy. “Creo que necesito sentarme”, dice, y ella se acerca y le aprieta la mano.

Regresamos al auto, donde Wendy insiste en que acortemos el recorrido para que Jonás pueda irse a la cama lo antes posible. Con solo media órbita alrededor de Davis, nos dirigimos hacia el este por Monument Avenue a un ritmo más sobrio que antes. Preocupada por haber puesto en peligro la salud de Jonás, le pide que le asegure con frecuencia que está bien. Las sonrisas que él le dedica en respuesta a su preocupación deberían disipar cualquier temor.

–Nos contaste cómo conseguiste tu segundo nombre, Lee –le digo, como si ese hubiera sido el único propósito de nuestra reciente expedición–. Pero ¿cómo conseguiste el nombre de Wendy?

La pregunta parece agradarle. “Mi padre, Dios lo bendiga, era un fanático *de Peter Pan*”, se ríe. “Como puedes

imaginar, tuvo una crisis de mediana edad realmente terrible en la época en que me expulsaron de la escuela. ¿Conoces a *Peter Pan*?”

–Sí, claro. Vi esa obra en Londres. Me gustó mucho. ¿Qué fue esa última parte? ¿Algún tipo de crisis que sufrió tu padre?

Por un momento no parece recordar sus propias palabras, pero luego se le ocurre: “¿Una *crisis de la mediana edad*?”, se ríe. “No necesitas saber eso. Créeme”.

Si a Jonás le interesa saber sobre Peter Pan o las crisis de la mediana edad, no lo demuestra, pues está absorto en sus propios pensamientos. La siguiente vez que Wendy le pregunta si se encuentra bien, responde: “Me gustaría ver una obra de teatro algún día”.

“No puedo permitirme ir al teatro, pero ¿qué tal una película algún día?”, sugiere.

Y aunque es imposible que él sepa de qué está hablando, acepta de todo corazón su invitación. Antes de salir de Monument Avenue, ella señala una mansión particularmente hermosa e imponente con jardines impecablemente cuidados, una mansión entre mansiones. “Esa es la casa de mis padres”, dice. “Ahí es donde crecí”. Gira en la siguiente esquina y se permite otro arranque de

velocidad para poner algo de distancia entre ella y ese edificio, y ni Jonás ni yo tenemos objeciones.

Cuando llegamos a la comuna, Mike y los gatos dormidos nos esperan en el porche delantero. Nos saluda con entusiasmo en voz baja y nos muestra el interior. Sin un abrelatas, los gatos no se mueven. Brad se apresura descalzo, preparándose para el trabajo, buscando un segundo calcetín, al parecer, pero se detiene en su búsqueda el tiempo suficiente para conocer a Jonás, su verdadero africano. No parece decepcionado y estrecha la mano de Jonás con vigor, agitando el calcetín en su mano libre a modo de disculpa, mientras reanuda su búsqueda, y salimos al pasillo.

Todos los demás se han metido en una cama caliente para abrazar el sueño bendito, o al menos así es como me los imagino. Hay suficientes ronquidos apagados provenientes de varios sectores de la casa para justificar mi hipótesis. Es un coro al que anhelo unirme, porque estoy muerto de hambre. Jonás también está exhausto por sus heridas y su excitación, y tiene los ojos vidriosos y los pies tambaleándose. Las cápsulas que le dio Wendy pueden haber contribuido en algo a esta condición.

–Te esperaba antes –dice Mike por encima del hombro.

“Les di mi famoso recorrido por Monument Avenue”, dice Wendy.

–¿Y habéis vivido para contarlo? –nos pregunta Mike a mí y a Jonás cuando llegamos a la cocina.

“Ni siquiera llegamos a Stonewall Jackson y Matthew Fontaine Maury”, dice Wendy.

“Qué lamentable”, dice Mike.

–¿Es Maury, el oceanógrafo? –pregunto.

“¿Has oído hablar de él?”, pregunta Wendy.

“Leí su libro *La geografía física del mar*. Sus ideas políticas eran terribles, pero era un científico brillante”.

“Mi combinación favorita”, dice Wendy.

–¿Pasaste a visitar a mamá y papá? –pregunta Mike con una mirada significativa en dirección a Jonás.

–Sí, claro –dice Wendy.

Le da la espalda a Mike y nos da a Jonás y a mí un fuerte abrazo, teniendo en cuenta los vendajes de Jonás. “Bienvenidos al manicomio”, dice. “Estoy tan contenta de que se estén mudando”.

“Gracias por la visita guiada”, dice Jonás. “Fue muy, muy buena”.

Ella disfruta de los elogios de Jonás y le hace una mueca a Mike. “¿Ves, chico listo? Hoy no trabajo”, le dice a Jonás. “Tal vez más tarde podamos terminar la gira, o ir al cine, o simplemente quedarnos por aquí si quieres. Lo que quieras”.

“Todo eso me gustaría mucho”, dice convencido.

“Y tú también, Peter”, piensa añadir.

–Lo dejaré para otro día –le digo–. Quiero ir a la biblioteca hoy. Parece que voy a dar una charla en un seminario de honores y necesito prepararme. He estado fuera de contacto durante un tiempo.

Las escaleras del sótano están detrás de una puerta en la cocina. Afortunadamente, Mike y Brad han asumido con toda la razón que nuestra primera tarea sería dormir, y nos esperan dos camas recién hechas.

Brad no ha desvirtuado el lugar. Es espacioso, con un retrete bajo las escaleras y dos habitaciones creadas a partir de una con una variedad de muebles (armarios, estanterías y cómodas) colocados en el medio. Hay cachivaches por todas partes, incluidas una buena cantidad de figuras de bronce, tanto humanas como de animales, que supongo que son obra del tío Chaney. Junto a la entrada del baño, bajo una colcha de chenilla mohosa¹⁸, se esconde algo que tiene

18 La chenilla es un tipo de hilo de pelo cortado que puede tejerse tanto en punto como en telar a fin de ofrecer una textura cardada.

aproximadamente el tamaño y la forma de una persona.
“¿Qué es esto?”

Brad, bajando las escaleras con sus pesadas botas, dice:
“Esa es una de las esculturas de las que te hablé. Pensé que querías taparla. Pesa una tonelada”.

Levanto la tela rugosa y un rostro familiar me devuelve la sonrisa: negro, blanco, ahora bronce con una rica pátina que parece más antigua que el objeto en sí. Es Anchee –Chaney–. Debería haber visto la similitud en los nombres. Está de pie en la misma pose que Jefferson Davis, con el ojo izquierdo caído en un guiño permanente. “Supongo que este es un autorretrato del tío de TJ”.

–Sí, ¿cómo lo supiste? –dice Mike.

–Un golpe de suerte –digo–. Un olfato para la pretensión.

No estoy seguro de qué sospecho de Mike, pero aun así sospecho de él. Y la mirada que le lanza al objeto –como si no fuera sólo un trozo de mala obra de arte, sino un *ídolo*, siendo él su principal idólatra– confirma mis sospechas. Pero mi único propósito sigue siendo dormir, y hará falta mucho más que las travesuras de Anchee para disuadirme de ello. Dejo caer el velo sobre el indeseable monumento dedicado a Anchee. Podría ser peor, pienso, Davis en persona podría estar aquí abajo para perturbar nuestro sueño.

“Me voy ahora”, dice Brad. “Bienvenidos a la comuna”.

Mike lo sigue escaleras arriba. “Nos vemos luego”, dice. “La cena es a las seis y media”.

Cuando Mike cierra la puerta en lo alto de las escaleras detrás de él, Jonás levanta el velo para echarle otro vistazo a nuestro amigo. “¿Éste es Anchee?”

“Así es.”

–Entiendo lo que quieres decir con eso de que se mete en tu vida. ¿Recuerdas al tipo del que te hablé, el que me dijo que Gabriel iba a ir a la ciudad?

“Sí.”

“Éste es el hombre de aquí.”

Capítulo XIV

SUEÑOS DENTRO DE SUEÑOS

*Y todos deberían gritar: ¡Cuidado! ¡Cuidado!
¡Sus ojos brillantes, su cabello flotante!
Teje un círculo a su alrededor tres veces,
Y cierra tus ojos con santo temor,
Porque él se alimentó de rocío de miel
y bebió la leche del Paraíso.*

–SAMUEL TAYLOR COLERIDGE,
“Kubla Khan”

¿Es todo lo que vemos o parecemos?

¿O es un sueño dentro de un sueño?

–EDGAR ALLAN POE,
“Un sueño dentro de un sueño”

Sé que estoy soñando, pero no me animo a confesármelo todavía, porque entonces el sueño podría terminar, podría despertar y ¿cómo podría encontrar el camino de vuelta aquí? Llevo un traje que conozco bien, porque ya lo he visto en mis sueños antes. Es un traje de joven príncipe persa, que en realidad usé sólo una vez, a los ocho años, en un baile de disfraces en honor de Nicolás I. El muchacho que se suponía que debía personificar al príncipe en compañía de su madre, una princesa persa igualmente auténtica, una amiga de la familia, había caído enfermo y, por casualidad, yo era la persona adecuada para ese traje. Al final de la velada, el zar quedó tan encantado que me inscribieron como candidato al cuerpo de pajes, asegurando así mi futura educación y carrera militar, una bendición que no me fue posible, porque me quedé dormido con la cabeza en el regazo de la bondadosa María Alexandrovna, la esposa del heredero al trono.

Las ironías de ese episodio fueron numerosas y deliciosas, pero ahora no me preocupan, porque en este sueño no soy un muchacho, sino un hombre, y el disfraz se ha expandido para adaptarse a mí, de modo que me siento como un pícaro de Byron, mientras monto un semental oscuro (el caballo de Stuart, me doy cuenta) a todo galope por el bosque, mis pantalones de seda ondeando como banderas en un viento fuerte, las riendas en una mano, la otra ocupada en mantener mi alto gorro de piel de astracán sobre mi cabeza, persiguiendo...

Ahí está el quid de la cuestión. No lo sé. No tengo ni idea. Una persona, creo. O personas...

Mientras me detengo a pensar qué emociones alimentan mi sentido de urgencia, una rama baja me hace caer el ridículo sombrero de la cabeza, y lo olvido en cuanto lo pierdo, y vuelvo mi atención, no a mi loca carrera por estos bosques a velocidades que rivalizan con el auto de Wendy, sino a mi cinturón, densamente incrustado de joyas, porque era, por supuesto, un príncipe extremadamente rico al que retraté. El cinturón de mis sueños luce nuevos adornos: colgando de él hay un sable que aparentemente le he robado a Stuart, y escondido dentro está su daga. Parecería estar armado para la batalla de alrededor de 1860.

¡Prefiero morir antes que ser azotado! Pienso, o al menos eso piensa mi yo onírico, pero no son los sentimientos de

Stuart los que comparto, a pesar de mi atuendo principesco y mi montura marcial, sino los de Jonás.

El corcel y yo salimos del bosque en medio de una lluvia de arena y grava para llegar al río James, que está crecido hasta convertirse en un torrente. Los árboles arrancados de raíz se arremolinan en la corriente marrón, la gente morena en las ramas agarra pequeños bultos con sus pertenencias y mira ansiosamente río abajo, donde el agua agitada hace pedazos los árboles y miles de ellos son arrastrados por el agua. Un trío de campesinos está aquí en la orilla, sentados en su bote volcado, observando el espectáculo. Los reconozco de la finca familiar en Nikólskoye, pero no recuerdo sus nombres. Me hablan en ruso:

–¡Príncipe! ¡Príncipe! ¡Ven a ver la inundación! ¡Los siervos han sido liberados!

El caballo de Stuart es una bestia asustadiza y se atemoriza ante las aguas turbulentas y los hombres que gritan, y poco puedo hacer para controlarlo. Uno de los campesinos salta, agarra al caballo por la crin al viento y la bestia se convierte rápidamente en bronce en la pose de su imagen de Losers' Lane. Me doy la vuelta en la silla, me deslizo sobre la grupa y la cola hasta el suelo y paso por encima de la valla negra baja que nos rodea. “Quiero alquilar su bote”, le digo al servicial campesino. “Debo llegar a la isla de inmediato”. Señalo Belle Isle, todavía envuelta en niebla, donde los

negocios esperan tan encubiertos que ni yo onírico no los revela ni siquiera a mí.

El campesino sacude la cabeza. “La corriente es demasiado fuerte”, dice. “Podrías ahogarte y tu muerte recaería sobre mi alma”.

–Pagaré –digo quitándome el cinturón y mostrándole la increíble riqueza que representa.

Se vuelve hacia sus compañeros: “Quiere que lo llevemos a la isla”.

“Su muerte pesaría sobre nuestras almas”, dicen moviendo la cabeza.

Con la daga saco de su engarce un enorme rubí y se lo doy al primer campesino. Este le da un mordisco como si fuera una manzana y se lo lanza a sus amigos, quienes, siguiendo su ejemplo, lo reparten entre ellos.

–Quizás, si nos dieras un recibo –sugiere pensativamente.

“¿Un recibo?”

Señala mi sable y señala la arena a nuestros pies. “Te diré lo que tienes que escribir y tú lo firmas”.

–Muy bien –digo, y mientras recita, escribo lo siguiente en la arena, sonriendo al recordar un “recibo” similar, solicitado

por verdaderos campesinos mucho, mucho tiempo atrás, antes de que me llevaran a través del río helado Tom:

Yo, el abajo firmante, testifico que me ahogué por voluntad de Dios y no por culpa de los campesinos.

Lo firma, P. Kropotkin.

Apenas lo he hecho cuando una ola se lo lleva todo. “¿Quieres que lo escriba de nuevo?”, pregunto, queriendo cumplir con mi parte del trato, aunque no creo en Dios y sé que no me ahogaré, porque, después de todo, esto es solo un sueño.

“No”, dice, “no será necesario. Dios tuvo tiempo de sobra para leerlo”.

Se oye un gran trueno y una voz retumbante nos dice desde arriba: “Tengo una sola pregunta”. Mi cabeza se echa hacia atrás y veo a un Anchee de enormes proporciones entronizado en una nube, sonriéndome. “¿Qué significa la P?”, pregunta. “¿Príncipe o Peter?”.

Me despierto y su risa resuena en mi cerebro. El único resto de mi sueño es mi puño temblando hacia el techo bajo, sin sable. Me echo hacia atrás con un suspiro. “Peter”, susurro enfadado, y de inmediato me siento como un imbécil. Es solo un sueño. Y aunque se me ocurre que puede ser más magia de Anchee, no quiero saber nada al respecto si lo es. Si el sinvergüenza quiere mis sueños, puede tenerlos,

tan insignificantes, caóticos y dignos de indiferencia como siempre los he encontrado. Si el faraón hubiera tenido mis sueños, José habría muerto en prisión mucho antes de poder haber elaborado una profecía plausible a partir de ellos.

En cualquier caso, no entiendo qué significa esto, porque pensar en ello me lleva inevitablemente a sentir un intenso y visceral deseo de borrar esa sonrisa petulante del rostro celestial de Anchee y guardársela en el bolsillo trasero. Así que, ya sea que este sueño sea otro mensaje de mi torturador o simplemente mi habitual tontería, parece que favorece la causa de Anchee en cualquier caso, es decir, que me mantiene desequilibrado, boxeando con sombras, en un estado constante de agitación; así es más *interesante*, estoy seguro, más *entretenido*. Después de todo, un gato se aburre pronto de un ratón muerto. Si pensaba que el futuro sería menos bárbaro en sus entretenimientos, me he desengañado de esa idea.

Anoche, en la parte trasera del restaurante había tres juegos, al menos así los llamaban mis compañeros. El menos horripilante daba al jugador la ilusión de conducir un coche a velocidades increíblemente altas, atropellando de vez en cuando a algún desventurado peatón, monja o cochecito de bebé, o chocando contra otros vehículos, edificios o árboles con una buena dosis de ruido y llamas. Se ganaban y se descontaban puntos por esto y por aquello, pero no parecían importar demasiado: la velocidad y el ruido eran el corazón y el alma del asunto. En el segundo juego, uno

asumía el papel de cualquier número de gladiadores exóticos que luchaban a muerte contra un oponente igualmente extraño de la manera más brutal imaginable; el estilo de lucha, casi parecido al ballet, hacía que matar a otro pareciera extrañamente atractivo, incluso erótico. El tercero, el más sencillo, era la antigua galería de tiro actualizada: el tirador sostenía una enorme ametralladora en sus brazos, atada al aparato por un cordón umbilical de cables, disparando a docenas y docenas de asaltantes humanos de tamaño natural, que no sólo caían al suelo al recibir los disparos como osos de hojalata vencidos, sino que sufrían heridas espantosas, miembros amputados, cabezas que explotaban. En medio de esta carnicería, sus gritos sonaban casi cómicos. El jugador que yo vi, al menos, se rió histéricamente durante todo el juego.

“Es sólo un juego”, me aseguraron mis guías, pero tuve que preguntarme: si esto son juegos, ¿qué horrores constituyen la realidad?

Me siento en la cama y me froto los ojos. Basta de morbo, basta de miedo. ¿Cuál fue la frase que apareció en la pantalla? *Fin del juego. Fin del juego, Anchee: Me niego a jugar.*

Una luz difusa se abre paso hasta el sótano a través de dos pequeñas ventanas que dan a un estrecho pasillo entre esta casa y la siguiente. Allí llueve, pero no demasiado fuerte en este momento. Aquí, la respiración profunda y soñolienta de

Jonás llena la habitación. Parece que dormiré durante un buen rato y se despertará con la tarde que la bella Wendy tiene planeada para él. Confío en que no me eche demasiado de menos. Saco el reloj del bolsillo de mis pantalones y lo sostengo a contraluz: son las diez y cuarto, todavía tengo tiempo para hacer algo con mi domingo. Me pongo la ropa y subo las escaleras con los pies en calcetines, la mochila y los zapatos en la mano. Toda la casa, como Jonás, suspira de sueño y yo me esfuerzo por hacer el menor ruido posible, porque no deseo compañía. No es que sea insociable exactamente. Simplemente no quiero que me detengan en mi propósito.

Ahmed me enseñó a utilizar el microondas del restaurante, y éste es bastante parecido, así que después de unos cuantos intentos (y de que emita muchos pitidos al más mínimo contacto) he calentado una taza de agua y me he preparado un café fuerte. Supongo que si supiera más sobre la máquina, habría una forma de silenciar todos estos ruidos superfluos, aunque el ruido electrónico gratuito parece estar a la orden del día. Desayuno con mis propias provisiones por ahora, sin estar seguro de qué alimentos de la cocina forman parte de la despensa común. Selecciono galletas y mantequilla de cacahuete y descubro que mi bigote recortado hace que la comida sea más agradable de lo que recuerdo de mis experiencias anteriores con él. Me lavo la cara y las manos en el lavabo y me prometo un baño de verdad cuando tenga un cambio de ropa limpio. Pero

primero, hay algo que necesito más que otra camisa más en la espalda. Necesito sumergirme en *los estudios*.

Fue Sophie la primera en caracterizar mis estudios como una adicción, burlándose de mí diciéndome que superaba incluso a Coleridge y Poe, porque no necesitaba opio para transportarme a otros reinos, mi curiosidad por sí sola era suficiente; y confieso que es verdad. No importa cuál sea el objeto de investigación. Simplemente perseguir el tema—globos meteorológicos o chimpancés o la “Oda a un ruiseñor” de Keats—, cada uno de ellos abre horizontes nuevos e insospechados, invitándome a ser explorados y comprendidos, atrayéndome cada vez más hacia el desierto de *los estudios*, descubriendo esos lugares, en lo profundo del corazón, donde todos los caminos parecen converger y descubrimos quiénes somos realmente y qué nos importa de verdad. Me encanta. Y ahora tengo ojos nuevos para agotar en nuevos textos, nuevos mapas, nuevos misterios. Y aunque en un sentido estoy una vida atrasado, estoy una vida por delante precisamente allí, en lo profundo del corazón de este desierto.

Junto a la puerta trasera de un pequeño vestíbulo que da a la cocina, hay una docena de perchas que sobresalen de la pared, con varias capas de abrigos, impermeables, bufandas y sombreros tan apretadas que al quitarse una prenda se cae encima otra. Hay suficientes para proteger a toda la casa, tal vez a la propia casa, de los elementos más duros durante varios días seguidos. Elijo un par de prendas de las capas más

antiguas, suponiendo que nadie las echará de menos durante el día. Con un impermeable negro largo, me dirijo a la biblioteca bajo un paraguas negro ancho que se abre por sí solo, exigiendo que me defienda, espantando las últimas telarañas de somnolencia de mi cerebro.

Si parezco un enterrador, no desentono, porque por mucho que pasen coches con gente en su interior, la ciudad sigue muerta. Por donde camino no hay nadie, ni siquiera los corredores y los perros. Sé que llueve, pero el paraguas sigue siendo una tecnología eficaz, y aunque fuera un día precioso, sospecho que habría muy pocos vecinos paseando, y los más amables irían atados a una correa canina. No es que la gente sea antipática en general, todo lo contrario. Pero la calle no es el lugar donde se manifiesta esa amabilidad. Las calles pertenecen casi por completo a los coches. Me parece que se pierde algo precioso en esa rendición, pero quizá estoy siendo anticuado, quizá incluso –me estremezco al decirlo– reaccionario.

Aún así, estoy empezando a detestar lo que Anchee tan acertadamente llamó una plaga, este despilfarro pródigo de recursos, y me divierto derritiendo mentalmente estos interminables autos y transformándolos en transatlánticos que atraco a lo largo de mi ruta, dos o tres por cuadra, como si una flota de *Titanics* hubiera llegado a la ciudad sin ser notada y hubiera encallado en las resbaladizas calles.

De pie en el vestíbulo de la biblioteca, sacudiendo la lluvia de mi paraguas, olvido mis pequeños problemas. Aquí hay riquezas más finas que los rubíes, un almacén inagotable de sueños. La biblioteca ofrece un refugio temporal en un océano de cambios, porque aquí todos los tiempos están presentes, en una página u otra, y todo está aquí, si sabes dónde buscar. Las puertas interiores se abren con un susurro cuando me acerco y las atravieso, buscando refugio, sonriendo ante el bendito aroma de los libros, que me complace informar que no han cambiado desde mi muerte (y que no están completamente oscurecidos por el aroma a plástico de un vestíbulo lleno de computadoras).

En una biblioteca extraña, descubro que es mejor dirigirse directamente al bibliotecario de referencia, ya que él o ella conoce las peculiaridades y rarezas del lugar y puede ahorrar horas de frustración. Dado que esta biblioteca los domingos está apenas más poblada que las calles, no es de extrañar que me encuentre a este bibliotecario de referencia esperando ansiosamente detrás de su escritorio alto como un perro en su jardín atento a algo, cualquier cosa, que olfatear, perseguir o buscar. Es alto y delgado, con rasgos oscuros exóticos, tal vez libaneses; y ojos rápidos y veloces que me ven llegar mucho antes de que llegue. Le devuelvo su sonrisa amistosa y me anuncio en busca de materiales sobre una amplia gama de temas.

–¿Qué materias? –pregunta con impaciencia, esperando mi orden, con los dedos sobre un teclado siempre listo para

usar. Sus ojos van y vienen entre mí y la pantalla de la computadora que está sobre el escritorio, como un niño a nuestro lado.

–Varias –respondo–. En primer lugar, supongo, estarían los acontecimientos del 30 de agosto de 1800, en Richmond. Una insurrección de esclavos...

–La rebelión de Gabriel –dice, mientras sus dedos vuelan y la pantalla parpadeante se refleja en sus grandes ojos, que se abren de par en par con satisfacción ante lo que revela la máquina. Las comisuras de su boca se curvan en una sonrisa. Conozco esa mirada: pregunta formulada y pregunta respondida (no exactamente *¡Eureka!*, sino su prima de voz suave); no curiosidad satisfecha, porque claramente esa curiosidad ha muerto; sino curiosidad alentada, curiosidad abrazada, curiosidad lista para la siguiente pregunta. No es de extrañar que el bibliotecario de referencia sea un adicto a *los estudios*.

Me inclino sobre el escritorio para observar más de cerca al precoz niño electrónico en acción, aliado de su curiosidad, causa de todo este alboroto. Cada vez que la conversación de anoche me confundía más, el tema de discusión era inevitablemente el de las computadoras. Cuando la miro ahora, es un televisor con una predilección por las palabras, o eso me parece. Recuerdo el enorme automóvil que se movía a toda velocidad por el paisaje televisado en imágenes rápidas y fragmentadas, y este texto resplandeciente parece

positivamente benigno en comparación. Pero, al igual que el televisor, el ordenador, supongo, debe tener muchas caras.

–Tenemos varias cosas sobre eso –me informa mi Virgilio¹⁹–. Déjame imprimirlas para ti. –Escribe unas cuantas líneas más–. ¿Algo más? Junto a la pantalla de la computadora, una máquina comienza a imprimir líneas de texto: autores y títulos de libros sobre una revolución de hace doscientos años de la que, francamente, nunca había oído hablar hasta ayer. Tal vez las computadoras no sean tan viles como Rachel parece pensar que son.

“¿Podrías enseñarme a utilizar una de estas?”, pregunto, señalando la computadora.

–Por supuesto –dice con tanta convicción que me siento como si me estuvieran incorporando a una hermandad proselitista. Me acompaña hasta una de las otras computadoras colocadas sobre escritorios altos, acerca una silla y me invita a subir al trono.

Cuando estoy en la posición adecuada, enciende el ordenador y tamborilea con los dedos, esperando, y yo también espero (o al menos adopto la pose), porque no tengo ni idea de lo que estoy esperando. Aparecen y

19 Publio Virgilio Marón , más conocido por Virgilio, fue un poeta romano, autor de la *Eneida*, las *Bucólicas* y las *Geórgicas*. En la obra de Dante Alighieri la *Divina comedia* aparece como su guía a través del Infierno y del Purgatorio.

desaparecen imágenes y palabras en la pantalla, pero nada tiene sentido. Deja de tamborilear con los dedos. La imagen ahora es estable, aunque todavía indescifrable. “Este es el menú de inicio”, empieza, y yo miro la pantalla, cubierta de palabras y símbolos, e intento penetrar sus misterios.

“¿Por qué hay una imagen de una casa?”, pregunto, porque debo empezar por algún lado, y estoy bastante seguro de que esa es efectivamente la representación de una pequeña casa gris, y no hay mucho más en la pantalla de lo que esté seguro.

“Eso significa hogar”, dice.

“¿De quién es la casa?”

Me mira y parpadea. Deduce que no estoy fingiendo mi ignorancia. Me estoy acostumbrando a esa mirada. –De nadie. Es donde empiezas. Esta pantalla es la de Inicio. Por eso el icono está en gris.

“¿El ícono está en gris?”

“El icono es gris.”

Asiento como si comprendiera el profundo significado de esto porque quiero seguir adelante, escapar de los confines de esta casa, este hogar gris. “Entonces es como el béisbol, ¿correcto? ¿Empiezas en casa?” Le gusta esta analogía. Como sucede con la mayoría de los maestros voluntarios,

cualquier señal de comprensión de un estudiante, por infinitesimal que sea, es motivo de alegría. Desafortunadamente, todavía estoy confundido. “Pensé que esto era el... ¿cómo lo llamaste? ‘el menú de inicio’”.

“Lo es. Es la misma cosa. El hogar es el punto de partida. En este programa, es un menú”.

“¿Menú como el de un restaurante?”

“Exactamente. Solo que tú pides *información*”.

Me doy cuenta de que está satisfecho con su propia analogía, aunque a mí no me interesa demasiado. Supongo que se trata de pedir información y luego devorarla, o, dada mi experiencia reciente en este tipo de asuntos, tirarla a la basura. Pero no digo nada de esto, porque quiero saber cómo funciona la cosa, no acosar a este hombre servicial con algún sermón sobre el consumo. “¿Qué es un *programa*?”, pregunto, lo que resulta ser una buena pregunta, ya que conduce a algunos principios generales. Y, finalmente, gracias a su paciencia y a mi persistencia, todo empieza a aclararse, poco a poco.

“...y para obtener la información bibliográfica de la entrada, simplemente haga clic en el título.”

“¿Disculpe? ¿Click?”

“Lo siento, es con el ratón”.

“¿Un ratón?”

–Así es. Hace que el puntero se mueva así, ¿lo ves? Pruébalo.

“El ratón hace que el puntero se mueva”. Me entrego a este sencillo placer.

“Así es. El botón izquierdo...”

Y así sucesivamente. Pero es probable que usted sepa mucho más sobre el tema que yo. Sin embargo, pronto, si se me permite alardear, estoy pilotando el asunto por mi cuenta, avergonzado de confesar que mi investigación de prueba es *Peter Kropotkin, 1842–1921*. Me ruborizo de orgullo porque la biblioteca tiene todos mis libros y que muchos de ellos están prestados en este momento. También hay algunos sobre mí escritos por extraños (creo que se llaman biografías críticas), pero resisto la tentación de descubrir hasta qué punto son críticas. Parece una terrible pérdida de tiempo leer sobre mí, o mejor dicho, sobre Dead Peter (el difunto Peter) como he llegado a pensar en él. Dado que claramente estaba equivocado en tantas cosas, imagino que mi tiempo estaría mejor empleado en buscar otras luces.

“¿Qué es eso?”, pregunto. Al final de la lista de fondos de la biblioteca hay varias líneas de texto azul.

“Esos son enlaces de Internet. ¿Eres estudiante o profesor?”

“Ninguno de los dos”, confieso, “no tengo relación con la universidad, soy solo un alma curiosa que tiene un día libre en el trabajo”. He oído hablar de Internet a mis jóvenes amigos, y aunque no logro asimilar del todo el concepto (una especie de vasto País de Nunca Jamás electrónico), está en un lugar destacado de mi lista de temas de investigación.

“Es una pena, para acceder a Internet desde estos ordenadores se necesita un número de estudiante o de profesor. Antes era de libre acceso, pero teníamos un problema con las personas sin hogar, o al menos *algunas* personas pensaron que era un problema. Si me preguntas, hacían un mejor uso de las máquinas que la mayoría de los estudiantes”.

Decido que me gusta este tipo por no ponerse del lado de esas *algunas* personas. “Es una lástima”, coincido. “Tenía muchas ganas de aprender sobre el tema, aunque estoy seguro de que hay mucho que me mantendrá ocupado en las estanterías”. No se puede imaginar un acólito más decepcionado de la fuente del conocimiento que el que yo retrato con tanta torpeza; mi curiosidad aplastada bajo la supervisión, todo por los prejuicios de *algunas* personas. Un estado de cosas tan injusto que contradice su propia naturaleza.

“Al diablo”, dice, mientras toma el teclado. Escribe y hace clic, echando de vez en cuando una mirada furtiva por encima del hombro, y me lleva más allá de un par de pantallas solemnes y de aspecto oficial. Los códigos y las contraseñas tienen un cierto atractivo infantil, puedo dar fe de ello, ya que he enviado más de una misiva codificada, y el ordenador parece adoptar un aire de misterio. Tal vez en lugar de Hogar debería llamarse El Escondite.

“Está bien, ya está”, dice mi bibliotecario de referencia. “Acabo de usar mi número y contraseña”. Me devuelve los controles. “Ahora, déjeme mostrarle algunos de los mejores sitios de referencia y guiarlo a través de algunas búsquedas simples...”

Al principio, a base de pura fuerza de voluntad y timidez tecnológica, logro ceñirme a la lista mental de temas que me llevaron a la biblioteca en primer lugar.

Descubrí que la rebelión de Gabriel fue un complot revolucionario en toda regla con muchas posibilidades de éxito, si una terrible tormenta no hubiera obligado a posponerla y delatado el juego. El impresionante Gabriel había reunido un ejército de unos quinientos o seiscientos conspiradores con una red de comunicaciones que se extendía a lo largo de enormes distancias para la época. El hecho mismo de que los esclavos hicieran todo el trabajo, incluido pilotar los barcos y conducir los carros, lo hizo posible.

Al final del asunto, veintisiete hombres valientes habían sido ahorcados por conspirar para ser libres en una tierra que se enorgullecía de ser la Tierra de la Libertad. De hecho, ese tipo de discurso, tan presente durante el debate constitucional, fue lo que inspiró al joven Gabriel a actuar. La pancarta que los conspiradores debían llevar a la batalla decía “Libertad o Muerte”.

Thomas Jefferson, vicepresidente en aquel momento, que hablaba con bastante grandilocuencia de la libertad, no hizo nada para conseguirla para los esclavos africanos, aunque la ciencia moderna ha confirmado los rumores que circulaban en mi época sobre una ama de esclavos y sus hijos. Lamentablemente, quizá no haya ninguna contradicción en ello. Liberar a los esclavos es invariablemente perder más de lo que se pretende, y Jefferson, sin duda un hombre brillante, lo habría sabido. Sin embargo, inquieto por los ahorcamientos, sugirió la “exportación” a los campos del Sur profundo como medio de lidiar con el resto de los conspiradores. La soga habría sido más humana. De este modo, Jefferson anticipó el expediente moderno de exportar el sufrimiento para que no empañara la búsqueda de la propia vida, la propia libertad, la propia felicidad. En cuanto a la felicidad de Jefferson, se evitó el espectáculo no deseado de ahorcar a docenas más de luchadores por la libertad, lo que habría resultado ruinoso en las próximas elecciones, y se convirtió en el tercer presidente de los Estados Unidos.

En mi opinión, un verdadero defensor de la libertad fue Richardson Taylor, un capitán de barco blanco que subió a bordo de su barco a Gabriel (un fugitivo muy publicitado desde la revuelta fallida) y, con gran riesgo para sí mismo, intentó llevárselo a Norfolk y posiblemente a la libertad más allá. Pero fueron traicionados por un esclavo llamado Billy, que se sintió tentado por la recompensa que se ofrecía por la cabeza de Gabriel, una suma suficiente para comprar su libertad. Sin embargo, como esclavo, a este Judas se le negó la medida completa de su recompensa porque, según razonaron sus superiores, era sólo un esclavo (y así siguió siéndolo), y así siguieron lo siendo todos durante décadas. No puedo evitar reflexionar sobre el efecto que podría haber tenido la rebelión de Gabriel en la joven nación si hubiera tenido éxito en su objetivo de libertad y justicia para todos. Tal vez Anchee podría decírmelo, si una de sus realidades así lo indicase.

Sin embargo, según todos los indicios, en *esta* realidad, se trató de un asunto principalmente urbano, en el que los conspiradores eran en su mayoría artesanos, trabajadores de la ciudad y barqueros, incluidos algunos blancos. Y aunque se había esperado que los trabajadores de las plantaciones como Jonás se unieran al esfuerzo una vez que la suerte estuviera echada, en el mejor de los casos habrían estado en la periferia de la conspiración y, sin duda, no habrían sido convocados a las armas la noche del intento fallido. Los esclavistas se habían enterado del complot. Al

parecer, los jinetes cabalgaron esa noche, recorriendo el campo en busca de revolucionarios, pero no encontraron a nadie, ya que la terrible tormenta había cancelado el intento. No fue hasta más tarde cuando los conspiradores fueron traicionados y acorralados. Anchee conocería todo esto, estoy seguro. Atrajo deliberadamente a Jonás hacia el camino del peligro y, muy probablemente, hacia el mío también. Pero para ser justos, el resultado es que Jonás ya no es un esclavo y es probable que, por su propia voluntad, no regresaría a 1800 ni siquiera si pudiera. Hasta ahora, al menos, Anchee ha demostrado ser una deidad afortunada en el universo de Jonás, si uno ignora las rayas que le infligieron sus captores.

Reflexionando sobre este enigma, paso al siguiente tema, el viaje en el tiempo en sí, que resulta ser un campo de estudio más elusivo. Una vez que he aprendido “lo que todo el mundo sabe” a partir de unos cuantos artículos de enciclopedia, la mayor parte de lo que puedo descubrir sobre el tema en esta época (una época en la que el viaje en el tiempo apenas se considera posible) es ficción o discusiones sobre gemelos que viajan a la velocidad de la luz que, salvo por aburrimiento, se leen como ficción. En cuanto a las muchas novelas e historias que tratan el tema, las sinopsis que leo las hacen parecer variadas e ingeniosas, un patio de recreo mental para el amante de la paradoja, pero no se ajustan del todo a mis propósitos, ya que mis preguntas clave sobre Anchee no se refieren a su ciencia o

sus paradojas o incluso a su magia, sino a sus motivos. En ese sentido, tal vez, las ficciones arrojen algo de luz, aunque sea solo por analogía: si en la visión de Anchee no hay una única realidad, como no hay una única historia, entonces cada una que crea se convierte en una ficción, una única novela en un estante infinito de novelas. Eso no es necesariamente algo malo. Mi hermano solía decir que la poesía hace mejores a los hombres, y creo que es verdad, o puede serlo, dependiendo de la poesía, por supuesto. Y lo mismo ocurre con las novelas: he leído novelas que me han hecho mejor hombre; también he leído novelas que me han hecho desear que el autor fuera un hombre mejor. Queda por ver qué tipo de ficción tiene Anchee en mente para mí. O, en realidad, ¡qué clase de persona coge una novela así de la estantería y la lee junto a la chimenea!

No puedo imaginarlo y, cuando se trata de eso, no me molesto. No quiero perder el tiempo lidiando con los métodos e intenciones de Anchee, retorciéndome las manos preguntándome cómo diablos llegué aquí como el desventurado Adán, cuando lo que realmente necesito saber es qué abarca todo esto, lo que realmente necesito hacer es explorar el nuevo territorio de mi vida para poder aprovecharlo al máximo. Puede que Anchee tenga sus intenciones para mí, pero mi mejor defensa contra ellas es conocer las mías. Mentalmente, hago una bola con mi lista de preguntas, la tiro a un lado y comienzo, como lo llamó mi mentor de Internet, “a simplemente navegar”.

Leo sobre el alunizaje, los automóviles, el INS, JFK y la televisión. A cada paso hay nuevos descubrimientos: Martin Luther King Jr., pruebas fósiles de Marte, Fidel Castro, Vietnam, Jerry Seinfeld (¡un comediante nihilista!) y, por supuesto, Internet en sí (porque parece tratar de sí misma tanto como de cualquier otra cosa). Finalmente entiendo el sufijo “punto com”, que ha estado pasando por mi lado con notable frecuencia desde mi llegada, y me imagino con un escalofrío la apoteosis definitiva del capitalismo en la trinidad de Internet, tarjetas de crédito y talleres clandestinos globales. Encuentro varios sitios dedicados a los plásticos en los que me detengo demasiado tiempo, escapando al petróleo y, de allí, a la OPEP, la Guerra del Golfo, el FMI y Amnistía Internacional. Descubro más de lo que me gustaría sobre las prisiones, pero como viejo presidiario, me siento compulsivamente atraído por el tema. En gran medida, debido a una draconiana campaña contra el mercado negro de drogas. Estados Unidos, con el 5 por ciento de la población mundial, cuenta con el 25 por ciento de los presos del mundo, y con una proporción de sus ciudadanos en prisión mayor que la de cualquier otro país en la historia. El racismo demográfico es verdaderamente asombroso, y sin embargo, hay quienes pretenden que el racismo es algo del pasado. ¡Me río a carcajadas cuando me doy cuenta de que una de las razones de la baja tasa de desempleo actual es el aumento del número de hombres, especialmente jóvenes negros, en la cárcel!

Me refugio en Einstein, un tipo tan agradable y brillante, cuya importancia no empecé a apreciar en mi vida anterior. Pero luego me topo con Adolf Hitler, y sólo encuentro la manera de escapar de esa horrible narrativa explorando la Guerra Civil Española, donde, por muy mal que terminaran las cosas, el anarquismo demostró que *podía funcionar*, incluso en las condiciones más adversas. Observo varios vínculos con el anarquismo que me tientan, pero mi ignorancia alega una necesidad mayor, y vuelvo a la Segunda Guerra Mundial, y de allí a Hiroshima, el Invierno Nuclear, la Destrucción Mutua Asegurada, Ronald Reagan, La Guerra de las Galaxias, El Imperio del Mal, Luke Skywalker y Darth Vader. Los encuentro en oferta y entiendo al tipo del avión (*tengo un Skywalker en casa de mi madre que debe valer un par de cientos a estas alturas, todavía en el envoltorio original*). Lo veo allí detrás de una ventana de plástico, revalorizándose lentamente, valiendo mucho más, al parecer, de lo que su dueño se da cuenta. Me aparto del ordenador y casi me caigo de mi alta silla.

Entonces decido tomarme un descanso, porque estoy perdiendo la distinción entre lo real y lo imaginario, o tal vez el mundo moderno ha prescindido de ello por completo. En cualquier caso, debería comer algo, porque es media tarde. Mi cabeza da vueltas. O hace “clic”. No estoy seguro de si Internet es una maravillosa ayuda para la investigación o el pasatiempo más demente y distractor que se haya inventado hasta ahora, algo así como una conferencia

pública en la que la identidad del orador permanece anónima y uno está constantemente asediado por todo tipo de personas, que pronuncian una serie errática de discursos sobre casi todo, desde lo trivial hasta lo profundo, interrumpiéndose unos a otros, apuntándose unos a otros, terminando los pensamientos de los demás. La fiesta del té de Alicia fue un evento sensato en comparación, pero no tan informativo²⁰.

Mi mente es una multitud desenfrenada, por mucho que parezca un individuo solitario bajo un paraguas negro, mis pensamientos corren en todas direcciones, perdiéndose rápidamente en un callejón sin salida u otro. Solo he explorado el rincón más pequeño de mi ignorancia y ya estoy abrumado. No solo todo ha cambiado, sino que el ritmo del cambio parece acelerarse constantemente también, de modo que lo que creo saber hoy probablemente resulte obsoleto la semana que viene.

Intento imaginarme dando una conferencia a jóvenes y brillantes estudiantes universitarios, todos ellos que conocerán los horrores que aprendí hoy y más. ¿Los jóvenes criados en Auschwitz y las bombas atómicas me considerarán ridículamente ingenuo?

20 En *Alicia en el País de las Maravillas*, el Sombrero Loco y la Liebre de Marzo siempre están celebrando una fiesta del té porque «son siempre las seis de la tarde».

Busco esperanzas, pero no las encuentro. Lo que más se necesita, me parecía en mi época, era un mayor sentido de comunidad, de pertenencia a una *misma especie*, ¡por el amor de Dios! En mi antigua vida me engañaba pensando que había fuerzas en juego que pronto lo conseguirían, pero ahora las cosas parecen incluso peores. Me encuentro con vagas afirmaciones de que de algún modo Internet proporcionará esa comunidad, pero soy escéptico. En la cárcel, nos enviábamos mensajes unos a otros en nuestras celdas separadas, un patético sustituto del contacto humano, pero que salvó a muchos de nosotros de volvernos locos. Tal vez así sea Internet. Pero ¿qué consuelo es intercambiar mensajes con alguien en Suecia o Kamchatka y vivir rodeado de extraños a los que temes y desconfías?

Mientras tanto, la ciudad en la que Anchee me ha dejado sigue celebrando la *Confederación*, un régimen que esclavizaría con regocijo a más de la mitad de la población de la ciudad como si fuera un *derecho*. No es de extrañar que Wendy –Wendy Lee– esté casi loca por el lugar: ¡Reacción, a toda velocidad hacia atrás!

Una vez más, pienso en irme de la ciudad, tal vez en dirección al oeste. Me gustaría ver Shenandoah, las Grandes Llanuras, las Montañas Rocosas. Podría hacer autostop (una palabra que aprendí mientras descifraba un fragmento de algo llamado *La guía del autoestopista galáctico*). Pero no, no soy un turista aquí. Este es mi mundo ahora, me guste o no. No puedo simplemente abandonar a Jonás. Y no importa

cuán dispersos puedan estar mis pensamientos, he prometido dar una conferencia sobre Dead Peter, que me recordaría que las revoluciones a menudo no surgen en las jurisdicciones más ilustradas sino en las más reaccionarias. No fue la liberación de los siervos por parte de Alejandro II lo que provocó la revolución rusa, sino la reacción que la siguió, dejando amargura e injusticia a su paso. No muy diferente de lo que sucedió aquí no hace mucho tiempo. Jim Crow²¹ es otro término que he aprendido hoy.

Hace muchos años escribí un ensayo titulado “Un llamamiento a los jóvenes”, un conmovedor llamamiento a la acción, lleno de inspiración pero escaso de análisis. Entre mis ensayos, había algo así como un hijo favorito, popular por su sinceridad y buen corazón, un dulce tenor en el coro, pero ciertamente ninguna filosofía. Sin embargo, parecía tocar una fibra sensible. En mi vida lo vi traducido a docenas de idiomas. Cuando lo escribí, Sophie y yo, que hacía poco que estábamos casados, nos habíamos instalado en Clarens, en una pequeña cabaña con vista a las aguas azules del lago de Ginebra, con la nieve pura del Dent du Midi de fondo. Un arroyuelo que tronaba como un poderoso torrente después de las lluvias corría bajo nuestras ventanas, y en la ladera de

21 Las leyes Jim Crow fueron unas leyes estatales y locales en los Estados Unidos, promulgadas a fines del siglo XIX, por las legislaturas estatales sureñas. Jim Crow era el nombre del sistema de castas raciales que funcionó principalmente, pero no exclusivamente, en los estados del sur y fronterizos, entre 1877 y mediados de la década de 1960. Jim Crow era más que una serie de leyes rígidas contra los negros: era una forma de vida.

la colina de enfrente se alzaba el viejo castillo de Chatelard. Estábamos muy enamorados y, como diría Wendy, el sexo era genial. Éramos tan condenadamente felices que apenas podíamos contener nuestra alegría. Ahí es donde me gustaría estar, en ese hermoso momento y lugar con mi bella esposa, escribiendo con la ayuda de su excelente crítica, prolíficamente, con confianza, con la sensación de que tengo algo que decir y que hay personas en el mundo que quieren escuchar. No aquí. No ahora.

Pero incluso entonces, me recuerdo, las cosas cambian; unos pocos años después de Clarens, volví a la cárcel y Sophie estaba arruinando su salud al vivir cerca de la prisión para poder visitarme. Sus visitas diarias, aunque sin sexo, me salvaron la vida. Si no te gusta el mundo, siempre me he aconsejado a mí mismo, cámbialo poco a poco. Muchos jóvenes se unieron al movimiento Free Peter Kropotkin (Libertad para Kropotkin) que surgió en todo el mundo –un movimiento que finalmente me sacó de la cárcel– después de haber leído “Un llamado a los jóvenes”. Como un buen hijo –o hija–, este hijo de tiempos mejores trabajó para liberar a su padre cuando su voz fue silenciada.

No sé si la vida ha cambiado, pero tengo la sensación de que, a pesar de las diferencias superficiales, los seres humanos somos los mismos animales de siempre, con las mismas virtudes y limitaciones, las mismas necesidades y emociones. A pesar de mi ignorancia, tendré que encontrar una manera de hablarle a ese animal. Tal vez ese sincero

discurso a la juventud, un llamamiento a todos los jóvenes que alguna vez hayan tenido la esperanza de hacer algo que valga la pena con sus vidas, no sea un mal punto de partida. Es un llamamiento, en cierto sentido, a la vida misma, porque si los jóvenes no tienen esperanza ni ideales, no hay nada que hacer, y más vale que nos marchemos como los dinosaurios.

Por un asteroide. Imagínate...

Me asomo por debajo de mi paraguas. No hay asteroides, solo esta tediosa lluvia. He estado vagando por el campus casi desierto, perdido en mis pensamientos, reflexionando sobre mis estudios, repasando viejos recuerdos, sondeando el presente, intentando adivinar el futuro. Todos viajamos un poco en el tiempo, la verdad sea dicha. Al parecer, he descrito un círculo, porque la gran caja blanca de una biblioteca se alza ante mí.

Ahora que he vuelto de lo que Sophie solía llamar mi viaje estudiantil a Xanadu, tengo un hambre voraz. Enseguida encuentro lo que estoy buscando (protección contra la lluvia para poder tener las dos manos libres para comer) en forma de una marquesina de autobús hecha de plástico transparente de la variedad que creo que se llama plexiglás. Me meto debajo, aparco mi paraguas en la esquina, me siento en el extremo de uno de los bancos de plástico (¿policarbonato?) y ceno con gusto más mantequilla de cacahuete y galletas.

Charlo con los pasajeros de los autobuses que van y vienen, al menos con aquellos que no me consideran demasiado maleducado para conversar. Me parece que la oferta de una galleta de mantequilla de maní es casi irresistible para todos, salvo para los más insociables, y desearía haber traído más. Resulta que el autobús lleva a los estudiantes de medicina de ida y vuelta a la facultad (el MCV de la medicación eficaz de Earl) y estos son, en su mayoría, aspirantes a médicos; no es de extrañar que tengan tan mala nutrición. Les pregunto cómo progresan sus estudios y, como estudiantes exhaustos en cualquier disciplina extenuante, se deshacen de sus cargas, dicen lo que piensan y, si se les convence, me confían sus sueños, ya magullados por su educación antes de haber tenido la oportunidad de ponerlos a prueba en el mundo.

Escucho con simpatía y les pregunto qué les preocupa en el futuro, y esto me lleva a una discusión, para mi horror, sobre *los seguros*. Como siempre, aparece otro acrónimo trino: HMO²², y se necesita todo el equipo de protección personal para explicarme las complejidades de esta idea descabellada (no es de extrañar: los profesionales de los seguros son los que inventaron el término “seguro de vida” para lo que claramente debería llamarse “seguro de muerte”, y “seguro de salud” para lo que debería llamarse

22 HMO son las siglas en inglés de Organización para el Mantenimiento de la Salud. Los planes HMO tienen su propia red de médicos, hospitales y otros proveedores de servicios de salud que han aceptado recibir pagos a cierto nivel por los servicios que prestan.

“seguro de enfermedad”). Un tipo me pregunta qué pienso sobre el “pagador único” y, después de que me explica esa idea, sugiero con cautela que tal vez todo el problema sea la noción de *pago*, que tal vez deberíamos pensar en términos de *las necesidades de las personas*, tanto de los médicos como de los pacientes (dejando a las compañías de seguros completamente fuera de esto), que tal vez las cosas podrían organizarse de manera algo diferente en función de los principios de cooperación y ayuda mutua...

Pierden el autobús para escucharme y me dan un fuerte apretón de manos antes de subir al siguiente, diciendo que le he dado mucho en qué pensar. Se van a trabajar en Otis Washington –como llaman a su cadáver– e insisten en referirse al muerto por su nombre y con pronombres personales, dicen, para no olvidar nunca que Otis alguna vez fue una persona como ellos.

No todos los jóvenes son idealistas –ni en mi época ni ahora– aunque el esbirro del materialismo que me explica el término “estilo de vida” me da un poco de escalofrío con la franqueza, incluso el orgullo, con que anuncia que “está en esto por el dinero, como todos los demás”.

Sus compañeras, dos mujeres jóvenes que están en un grupo de estudio con él, sacuden la cabeza. “Yo no”, dice una. “Yo tampoco”, dice la otra. El futuro Dr. Dólar sonríe. “Sí, claro. La medicina es un negocio como todo lo demás”.

Sus compañeros de clase no creen que valga la pena debatir estas afirmaciones tan generales y se lanzan a una discusión sobre un examen que se aproxima. Pero no puedo dejarlo así. Es inquietante, ¿no es cierto?, quedar fuera de “todos” y “todo”, porque ¿qué se puede hacer a partir de ahí? “¿Estás diciendo que *todo* es un negocio?”

Unté una galleta de mantequilla de maní y se la entregué. “Gracias. Sí. Exactamente. Todo es un negocio. Mmm. Qué bueno”.

“¿Y quién es el dueño de este negocio?”

“¿Mmm?”

“¿Quién es el dueño de este negocio de todo? Dices que todo es un negocio. Muy bien. Los negocios tienen dueños, ¿no es así? ¿Quién es el dueño del negocio de todo?”

–Mmm. Ya veo a qué te refieres. Supongo que Dios.

“¿Crees en Dios?”

–Bueno, no, realmente no.

–Ah, ahí está el problema, ¿no? Es un poco difícil para un hombre de ciencia imaginarse a un Gran Titiritero. Parece que el Negocio de Todo está pidiendo a gritos un dueño. ¿Lo ponemos a subasta, te parece? Yo ofrezco una galleta de mantequilla de maní. ¿Tú que ofreces?

Me ha estado sonriendo, complaciendo mi parloteo, pero cuando mira a los ojos perfectamente serios de Loco Peter, se siente un poco nervioso.

“Medicina, supongo.”

Me río a carcajadas. “Buena suposición. Lo recordaré cuando me ponga enfermo. Te gusta la oftalmología, ¿no? Sospecho que pronto necesitaré anteojos ahora que he conocido Internet. ¿Otra galleta?”

Mientras seguimos hablando, descubro que su cinismo, como el de muchos jóvenes, es sólo una profunda moda, y aunque no considero anarquista, sus “todos” y “todo”, espero no sean tan despiadados para cuando el próximo autobús pase rugiendo por la catedral y se detenga con un chirrido frente a nosotros.

Al poco rato estoy sentado en un refugio vacío comiendo la última galleta, con el maldito reloj en el regazo. Lo abro. Son las tres menos cuarto. Lo cierro de golpe.

La clase de inglés como segundo idioma está prevista para las tres. Quizá Rachel haya cancelado la clase (no parecía muy dispuesta a encargarse de ella), pero no, decido que si pudiera dejarlo pasar, no se habría enfadado tanto cuando su voluntario renunció. Puede que ya esté en el edificio. Miro por encima del hombro a través del plexiglás manchado por la lluvia hacia la biblioteca que se alza sobre

mí, como si de algún modo pudiera verla a través de las paredes.

A menudo me han dicho: “Kropotkin, tú crees que los hombres son tan razonables y se comportan siempre con total sensatez. Estás muy equivocado, amigo mío”. Pero no es cierto. Sé lo irracionales que son los hombres, lo irracional que puedo ser yo. Está más claro que el agua que la única “razón” por la que ahora miro a la biblioteca como si marcara la hora en el reloj es la esperanza de volver a ver a Rachel, una mujer que me considera un chiflado y un mentiroso. ¿Cómo puede ser eso razonable? Pero no deja de ser humano, y no es un rasgo tan malo para la supervivencia de la especie.

He visto el futuro, susurra Anchee en mi memoria mientras paso una vez más por las puertas interiores, con el corazón acelerado, y a pesar de mí mismo, espero que él lo haya visto realmente y que yo sea feliz allí, con Rachel en mis brazos. Yo también quiero echar un vistazo a ese futuro. Lo deseo terriblemente.

Capítulo XV

SOY CREÍDO

El énfasis de Kropotkin en las fuerzas objetivas que conducen al mundo hacia la anarquía lo llevó a minimizar el papel de las relaciones personales. En cierto sentido, era demasiado científico y sabio benigno como para apreciar plenamente el atractivo emocional del llamado anarquista a la liberación personal.

–RICHARD D. SONN, *Anarquismo*

Las analogías, es cierto, no deciden nada, pero pueden hacer que uno se sienta más a gusto.

–Sigmund Freud

En la recepción de la biblioteca, pregunto dónde está la clase de inglés, dejando que mi acento dé fe de mi necesidad de instrucción, y una amable mujer negra anota el número de la sala e incluso me dibuja un plano del piso superior. “Es como un laberinto ahí arriba”, me advierte.

No exagera. La habitación está escondida en un rincón al final de un laberinto de pasillos. Después de dar unas vueltas, veo a dos tipos que se acercan a mí. Uno es alto y torpe, un hombre agradable y corpulento; el otro es pequeño y remilgado, más preciso. Nos evaluamos mutuamente y concluimos correctamente que somos tres extranjeros traídos aquí por la misma razón.

“¿La clase de inglés es por aquí?”, pregunto.

–La clase ha muerto –dice amablemente el grandullón (turco, creo) mientras se corta la garganta con los dedos.

–La clase está *cancelada* –corrige el pequeño a su compañero sin mirarme. Su acento me resulta extraño. ¿De alguna nación latinoamericana, tal vez? Sospecho que allí es un caballero, donde sea que esté.

“¿Está todavía ahí el profesor?”, le pregunto al amable.

–Sigue siendo profesor allí –dice, asintiendo vigorosamente y señalando el camino hacia donde me dirijo.

–*El maestro todavía está allí* –dice el pequeño irritado, y el hombre grande se encoge de hombros en señal de disculpa por su pobre inglés.

–Muchas gracias –les digo y me abro paso entre ellos antes de poder hacer más correcciones. Escucho su intercambio mientras se alejan detrás de mí.

“¿Quieres que te lleve a casa?”, pregunta el grandullón.

“*¿Quieres que te lleve a casa?*”, entona el pequeño.

“¿Quieres?”

“Sí, gracias.”

“De nada.”

“De nada.”

Sonrío ante esta simbiosis mientras doy la vuelta a la última curva del laberinto. Sólo hay una puerta. A través de una ventana de la puerta, puedo ver la esquina de una gran mesa con sillas alrededor y una pizarra en la pared. Me acerco a la puerta para mirar más de cerca. Delante de una ventana vertical alta que mira hacia la cúpula de la catedral hay un individuo solitario. Casi grito, pero no lo hago. Me

quedo allí, con los puños apretados, lleno de rabia impotente.

Es Anchee.

Se gira, me ve y agacha la cabeza en un simulacro de arrepentimiento por haber “interferido” otra vez.

–Pensé que te debía una explicación –dice cuando entro. En la pizarra, con letras grandes, está escrito: CLASE CANCELADA. Los dedos oscuros de Anchee están empolvados con tiza. Se los limpia.

–Supongo que esto es obra tuya. –Veo mi reflejo en la ventana: piernas rígidas, ojos desorbitados y estoy un poco enrojecido. *¡Cuidado con el enano enfurecido!* Respiro profundamente.

Anchee finge no darse cuenta. “Me temo que sí. De todos modos, fue una idea tonta. Jugué con ello, pero al final lo dejé ir. Cumplieron su propósito”.

“¿Cuál fue?”, pregunto fríamente.

Sonríe, con un brillo en los ojos. Tiene ganas de contarle todo. “Bueno, para que me desprecien delante de ti y así tengas la oportunidad de estar a la altura de la caballerosa ocasión”. Baja la mano como si hubiera atrapado un estandarte caído y lo sostuviera en alto. Pero la baja de inmediato, extendiendo el pulgar y el meñique para simular

un teléfono en el que dice efusivamente en falsete: “No me sentiría seguro allí abajo, señorita Pederson. ¿Dónde aparcaría?”. Las erres de *where*, *there* y *park* no se pronuncian, y toda la frase está llena de diptongos, lo que revela que es, según las parodias de Wendy de los dialectos locales, un farsante aristocrático.

“Fuiste tú quien habló por teléfono.”

–Señora Charles (*Chah–les*) –dice–. *Encantado de conocerla (cono–cehle)* –le dice. Levanta la mano derecha en un gesto que recuerda al de una cobra que se balancea, pero no se arriesga a ofrecérmela, sabiendo, supongo, que gustosamente le arrancaría el brazo de su articulación y lo golpearía en la cabeza como a uno de esos personajes horripilantes de los juegos del restaurante. En lugar de eso, termina la actuación con un encogimiento de hombros sin intención de hacer daño, como si todo lo que se necesitara para pensar que todo el asunto es deliciosamente divertido fuera un sentido del humor más vivo. Una vez más, estoy seguro de que el hombre es un actor, sea lo que sea. No le guardo rencor por eso. En una época yo también contemplé la idea de una vida sobre los escenarios. Es el papel que ha escrito para sí mismo lo que desprecio. Aunque es posible que él no haya escrito este guión; solo tengo su palabra para eso. Algo así como la Biblia que se anuncia a sí misma como la Palabra de Dios. Se requiere corroboración.

–Veo lo que valen tus promesas –digo.

Su máscara se vuelve apenada: “Este asunto ya estaba arreglado antes de que habláramos, me temo, al menos desde mi perspectiva”. Me da una sonrisa lo suficientemente condescendiente como para que el balcón superior la registre y transmita la enorme discrepancia entre su gran perspectiva y la mía, tan estrecha. “No pude hacer que la clase volviera a la normalidad sin romper mi promesa de *no interferir* más”. Sus palmas vueltas hacia arriba parecen decir: “*¿Qué puede hacer un dios?* “. Recuerdo una pregunta que mi hermano y yo nos planteamos cuando tenía doce años: *¿Puede Dios hacer una piedra tan grande que no pueda moverla?* No me importaba entonces, y no me importa ahora.

“Enviaste a Jonás a una trampa”.

“Lo liberé de la esclavitud”.

“¿Y Earl?”

“Estuvo a punto de morir. Le salvé la vida”.

“Y lo volvió loco.”

“Aún puede recuperar el sentido común. Conocerle le ha hecho mucho bien”.

“Dijiste que eran ‘accidentales’. Y sin embargo, has manipulado deliberadamente sus vidas”.

“Dije que así los *llamamos*. Se deriva más del sentido *musical* en realidad”.

Me imagino a todos como notas dispuestas en un pentagrama, y la imagen me produce un escalofrío discordante.

“Insisto en que me digas qué es lo que tienes pensado para nosotros”.

“Lo haré, pero todavía no.”

“Hazlo ahora.”

–Pero ahora no lo entenderías.

“Vete al diablo, Anchee.”

Mi enojo le agrada y una sonrisa se dibuja en su rostro.
“Dios mío, cómo te ha cambiado el mundo moderno”.

–No me ha cambiado ni un ápice. Quieres hacerme participar en tu juego, parte del cual, creo, consiste en que me cuentes lo listo y paradójico que eres, explicándome las complejidades de tus artimañas mientras yo hago sonar los barrotes de mi jaula. No, gracias. Déjame que yo mismo organice un poco la trama, aquí y ahora: ¡la próxima vez que te vea, haré todo lo posible, sin dudarlo, para romperte el cuello!

“Pero Pedro, pensé que creías en *hacer con los demás*.”

–Y así lo hago, sin duda. Por eso espero fervientemente que, si *alguna vez* intento convertir a alguien en mi marioneta, engañarlo y manipularlo, como tú has hecho conmigo, mi víctima se levante y me estrangule con los cables que haya fabricado para hacerlo bailar. –Ya estoy casi gritando. Le doy crédito al laberinto de pasillos por amortiguar mi diatriba lo suficiente para que no nos ataque un ejército de bibliotecarios silenciadores.

Anchee se mantiene enloquecedoramente plácido, imperturbable, aunque da un prudente paso atrás. “¿A él? ¿Y si ese *alguien* fuera *ella*?”

“¡Entonces lo desearía diez veces más!”

–Eso es lo que sospechaba, mi caballeroso. Eso es lo que sospechaba. –Da una palmada al aire que tiene delante para indicar que soy un tonto y desaparece al instante. Me encuentro de puntillas, a punto de lanzarme al aire. Debo parecer bastante ridículo, como un titiritero con los brazos en alto, me doy cuenta, cuando me doy vuelta y veo a Rachel al otro lado del cristal, mirándome con los ojos muy abiertos.

Entra en la habitación y mira rápidamente a su alrededor. “Era él, ¿no? El hombre del futuro”.

“¿Lo viste?”

“Vi *algo*. Por una fracción de segundo”.

“Pero no lo suficiente como para estar segura”.

–Claro –repite ambiguamente, como si no estuviera del todo segura del significado de la palabra, mientras vuelve a examinar la habitación vacía bajo el ceño fruncido. Tiene la cara mojada y el pelo que la enmarca, los puños de la camisa, los bajos de los pantalones, los zapatos... Su mochila está manchada de lluvia. Debe de haber venido en bicicleta con una capa con capucha. Esta imagen mental, que creo en un instante, extrapolando unas gotas de agua, me conmueve y vislumbro por qué estoy tan prendado de ella; solo un atisbo, porque sigue siendo, al menos en su intensidad, bastante misteriosa para mí–. Te oí gritar... –Se ha fijado en lo que está escrito en la pizarra–. ¿Dónde está la clase?

–Nunca hubo una clase. Fue algo que organizó Anchee. No estoy segura de por qué... –Me detengo–. No, eso no es verdad. Estoy tratando de ahorrarme algo de vergüenza. –No puedo evitar reírme. ¡Supongo que no tiene sentido preocuparse por eso! –Ya que te he arrastrado a este loco drama al encontrarte tan atractiva, lo menos que puedo hacer es contarte todo lo que sé, incluso si es una locura. Me dijo que usó la clase como un recurso para unirnos. Está bastante interesado en unirnos. No sé por qué. Quiero decir, sé por qué yo lo estoy. No sé por qué él lo está. De todos modos, se hizo pasar por la señora Charles, según parece,

falsificando una llamada telefónica para que yo pudiera, ¿cómo lo dijo?, 'estar a la altura de la ocasión'.

Ella asiente pensativamente, casi soñadoramente, con una leve sonrisa en las comisuras de los labios. “Y así lo hizo”, dice, con un tono extrañamente complacido. Su miedo y su ira hacia mí parecen haber desaparecido por completo.

–¿Sabes? –dice–, nunca conocí a esa desagradable mujer ni a nadie de la clase. Eran voces en el teléfono, una lista de nombres en un correo electrónico, referencias de otras agencias... todo de desconocidos. No suelo trabajar así. No soporto trabajar así. –Me mira fijamente, como si, como Anchee, yo fuera a desaparecer–. No me arrastraste a ninguna parte –dice–. Para ser sincera, esperaba que estuvieras aquí. Una vez más, su opinión sobre mí ha sufrido un cambio radical, independientemente de todo lo que yo haya hecho conscientemente, y espero que no se convierta en un hábito.

–Yo esperaba lo mismo –digo.

Ella lo piensa, asiente para sí misma y parece tomar una decisión. “Quiero mostrarte algo”, dice. Se quita la mochila del hombro y la coloca sobre la mesa, manchándola con agua.

Abre la mochila con un clic y la abre. Dentro hay media docena de libros y una carpeta llena de papeles. Se seca la

cara con las mangas de la camisa y las manos en los muslos de los pantalones. Saca una hoja de pergamino de la carpeta, la examina con amabilidad pero con espíritu crítico y me la entrega. –Lo hice a eso de las tres de la mañana.

Es un boceto a lápiz de mí muy detallado, muy bueno, con sombras expertas, especialmente alrededor de los ojos. Me halaga mucho que haya recordado mi rostro tan vívidamente. “Soy yo”, digo estúpidamente.

–Así es –dice–. Lo he copiado de esto. –Saca un libro de la mochila. Me quita el dibujo de las manos y lo reemplaza por el libro, abierto en una fotografía de Difunto Peter tomada a los cuarenta y pocos años, según recuerdo. Pasa las mangas de la camisa por la mesa y deja el dibujo, invitándome a colocar el libro abierto a su lado. Sus manos se ciernen sobre uno y luego sobre el otro mientras habla–. Te adelgacé unos kilos, te recorté la barba, te quité las gafas, te di más pelo en la parte superior, alisé las arrugas alrededor de los ojos. –Toca los ojos en el dibujo con las yemas de los dedos y me mira a los ojos, levantando la mano como si quisiera tocarme la cara, pero se aparta antes de hacerlo–. Eres tú –dice, dando un paso atrás y cruzando los brazos, mirándome como si hubiera intentado negarlo.

–Entonces, ¿*me crees?* –Intento no parecer tan sorprendido como estoy, pero lo logro sólo en la medida en que soy capaz de hablar. Confieso que había adoptado en

silencio la sabiduría de Earl de que nadie en esta época me creería jamás y que debía dejar atrás esa vana esperanza.

Ella suspira. “No lo sé. No te... creo. Cuando te vi hace un momento, en ese primer momento” –señala el cristal como si todavía estuviera parada en el pasillo mirando hacia adentro– “supe en mis entrañas quién eras. No solo porque lo vi... *a él*, o lo que sea que vi, o creí ver... “Niega con la cabeza, dudando de ese yo anterior. “Pero mi cabeza está teniendo problemas para ponerse al día con mi instinto”.

–Mira a los dos Peters que están sobre la mesa y luego a mí, y les habla a ellos y a mí–. He estado leyendo tus libros: *La conquista del pan*, *La ayuda mutua*, *Memorias de un revolucionario*, la *Ética*. Es todo lo que he estado haciendo desde ayer. He dormido dos horas como máximo. No puedo dejar de leer. –Me observa de nuevo y está claro que quiere creermelo tanto como yo a ella–. Tus libros –dice con cautela, probando el hielo fino de esa frase, y luego poniendo todo su peso sobre ella–: Son tan ciertos, tan sabios y... hermosos. –Toca el libro abierto y le sonrío a Peter el Muerto–. Las *Memorias*, especialmente.

“Gracias”, digo.

Ella sacude la cabeza y me mira directamente a la cara. –No. Quiero darte las gracias. La gente habla de que los libros cambian sus vidas y, cuando era más joven, parecía que eso sucedía todo el tiempo, pero nunca antes había

sucedido *así*, y mucho menos últimamente. Para ser sincera, pensé que ya no me sentía así, que había dejado atrás otro concepto erróneo de la juventud. Pero empecé a leer estos libros y es como si hubiera estado esperando a que alguien dijera estas cosas toda mi vida. ¿Sabes a qué me refiero?

“Sí, lo recuerdo”. Exactamente. Recuerdo un momento así en mi vida anterior. Todavía lo recuerdo y siempre lo recordaré.

“Tus libros son como tú, suenan como tú, actúan como tú. *Son* lo que me hizo pensar que tal vez, sólo tal vez, estabas diciendo la verdad, sin importar lo loco que pudiera sonar. Por eso hice el dibujo. Por eso te cuento todo esto, supongo. Eres *tú*, ¿no? Eres realmente tú”.

“Sí.”

–¡Maldita sea! –se ríe, sacudiendo la cabeza, poniéndose de puntillas y secándose las lágrimas de los ojos–. ¡No sé por qué debería estar llorando! –exclama, provocando un nuevo estallido de risa. Agarra su mochila y la sacude con fuerza, salpicando fotografías y dibujos con gotas de lluvia, de modo que todos nuestros ojos se llenan de lágrimas a la vez–. ¡Maldita sea! Esto es una auténtica locura. Me siento como Natalie Wood en *Milagro en la calle 34*²³: una niña hastiada

²³ *El milagro de la calle 34* es una película navideña de 1947 dirigida por George Seaton y basada en la historia de Valentine Davies. Ganó 3 Premios de la Academia: Mejor actor de reparto (Edmund Gwenn), mejor guion

que intenta creer en Papá Noel. –Se ríe de nuevo y se deja caer en una de las sillas, tirando de la mochila hacia su regazo y abrazándola contra su pecho–. ¡Y mira lo que le pasó a Natalie Wood: se cayó de un barco y se ahogó! –Me mira con los ojos desorbitados, pero al ver mi perplejidad se transforma en un alma de compasión–. Pobrecito, no tienes la menor idea de lo que estoy hablando, ¿verdad?

Mis pensamientos son un solo coro: *ella me cree, ella me cree, ella realmente me cree*. A la luz de esta revelación, Natalie Wood, los milagros y Santa Claus no significan nada para mí en la calle Treinta y cuatro o en cualquier otra. “Está bien, te lo aseguro. He tenido mucha experiencia en la cola de los despistados últimamente”.

–Apuesto a que sí. *Milagro en la calle 34* es una película antigua sobre Papá Noel, una de mis favoritas cuando era niña. No sé si te gustará... es una especie de personaje capitalista, ¿no? Al menos *ahora* lo es. Además, supongo: el personaje de Natalie Wood termina creyendo en Papá Noel porque le da una casa grande en los suburbios. Ella muere más tarde. Natalie Wood, no el personaje. –Se ríe de nuevo y respira profundamente para calmarse–. ¿Peter?

“¿Sí?”

original (Valentine Davies) y mejor adaptación (George Seaton). Natalie Wood interpreta el personaje de Susan Walker.

Ella me mira a los ojos. “¿Te gustaría ir a algún lado y hablar?”

“Sí, mucho.”

“¿Está bien mi casa?”

–¿De acuerdo? Sería espléndido. –Me siento tan alegre como Santa Claus–. No puedo empezar a decirte lo feliz que estoy. Estaba empezando a pensar... Bueno, no importa lo que estaba empezando a pensar. Lo que pienso ahora es que Anchee ha demostrado ser profético. Dijo que sería más feliz si acudía a mi cita contigo. Sea lo que sea lo que pueda sucederme en esta vida, eso es sin duda cierto.

Ella parece un poco abrumada por esta proclamación, y dice en voz baja: “Salgamos de aquí”, y así lo hacemos, caminando a casa bajo una lluvia torrencial, mientras ella empuja su bicicleta a nuestro lado.

No puedo callarme. Su creencia, por muy vacilante que sea, me hace parlotear con preguntas, recuerdos, cavilaciones y todo lo que he hecho desde que la vi por última vez. Y cuanto más actuamos como si ella me creyera de verdad, más parece ser verdad, como *la suspensión voluntaria de la incredulidad* de Coleridge²⁴. De hecho, me

24 Suspensión de la incredulidad es una expresión, acuñada por el poeta y filósofo Samuel Taylor Coleridge en 1817, que se refiere a la voluntad del

hace contar toda mi historia de nuevo, de principio a fin, para beneficio de su yo creyente. El escéptico ni siquiera se molestaría en seguir el hilo narrativo.

“Para ser honesta, la primera vez no escuché mucho”, dice. “Tenía una voz en mi cabeza que me gritaba: ¡*Consíganle un psiquiatra a este hombre!* “.

“¿Un *psiquiatra* es...?”

“Un psicólogo. Un alienista.”

“Por supuesto.”

“Lo lamento.”

–No te preocupes. Lo entiendo perfectamente. Yo me habría creído completamente loco. *Encogido*. Me gusta eso. ¿Sabes el origen del término?

“Creo que es la abreviatura de loquero”²⁵.

“Suena espantoso.”

“No es tan malo. Lo encogido vuelve a crecer después de un tiempo”.

espectador/lector/jugador de aceptar como ciertas las premisas sobre las cuales se basa una ficción, aunque sean fantásticas o imposibles.

25 Shrink significa encoger, y headshrinker psiquiatra, loquero.

“Y muy bien, además.”

Sigue lloviendo con fuerza; el cielo está plomizo. Estamos sentados en lo que sería un solarío si hubiera sol. Está lleno de palmeras y un ficus larguirucho que dejaron por muerto en el callejón, pero que Rachel resucitó. Desde aquí, uno al lado del otro en un sofá de dos plazas heredado de sus padres, observamos la lluvia caer en el parque y bebemos un buen té negro.

La lluvia torrencial hizo que mi paraguas no sirviera para nada y, cuando llegamos, estaba bastante empapado. Ante su insistencia, me di una ducha caliente y me puse ropa vieja de su padre. Cuando salí, limpio, bien vestido y muy descansado, me esperaban té y galletas.

–Cuéntame algo de ti –le digo–. ¿De dónde eres?

“Aquí nací, crecí y me fui tan pronto como pude. Pero regresé. Tengo un amigo que dice que todo el mundo vuelve aquí. Pero tal vez sea solo porque él lo hizo”.

“¿Y qué te trajo de vuelta?”

“El trabajo. Mi papá. Mi papá me envió el anuncio del *Times-Dispatch*. Me dio la oportunidad de usar mi español y aportar mi granito de arena a la diversidad en Richmond. Me pareció una buena idea. Odiaba Seattle. No les creas: llueve todo el tiempo. Papá negó que supiera que se estaba

muriendo cuando me envió ese anuncio, pero sospecho que sí. Me alegré de estar aquí para él. Murió hace tres años”.

“Y tú te quedaste.”

“El lugar te va gustando. Me gusta Richmond cuando no está haciendo el ridículo luchando de nuevo en la Guerra Civil, o como les gusta llamarla por aquí, la Guerra entre los Estados. Pero eso no es realmente *Richmond*. La mayoría de esa gente ya no vive en la ciudad, hay demasiada gente negra aquí, los demás están en los condados”.

“¿A eso le llaman la huida blanca?”

Hablamos de cuestiones raciales en Richmond, y ella está de acuerdo con la evaluación de Anchee de que aquí todas las cuestiones son raciales.

–Pero Peter, lo que me produce curiosidad es por qué estás aquí. ¿Por qué crees que es así?

“Creo que la respuesta más honesta es que estoy aquí porque tenía miedo de morir, o para decirlo un poco más caritativamente, no estaba listo para morir *todavía*”.

–Oh, Peter, no seas tan duro contigo mismo. Quise decir...

–Querías saber qué planes tiene *Anchee* para mí aquí, qué quiere decir con toda esa charla sobre libertad y esclavitud. Y no tengo ni idea. Para mi vergüenza o no, no pregunté por

el paradero de mi resurrección; simplemente me apunté a vivir. Intentaré hacerlo lo mejor que pueda, pero más allá de eso no prometo nada más que tomar mis propias decisiones, sean las que sean; apenas he tenido tiempo de hacer planes. –Tengo que reírme–. Después de todo, solo tengo tres días.

–Y aun así, te pones a la defensiva. Es tu esposa, ¿no? Te sientes culpable por haberla dejado.

Me quedé atónito por la justicia de su acusación. “Ni siquiera se me ocurrió preguntarle si podía venir conmigo o no”.

“¿Qué diría si estuviera aquí ahora mismo?”

Me río. “Algo así como: 'Petya, no seas tan duro contigo mismo. ¡Te estabas *muriendo!*'”.

Rachel me mira a los ojos. “No puedes volver atrás, ¿verdad?”

–No. Anchee lo dejó muy claro.

–Espero que no me odies por decir esto, Peter. Pero me alegro de que no haya venido contigo. De lo contrario, no estaríamos sentados aquí, ¿no es así?

–Supongo que no. –Por un instante, su rostro abarca el universo entero, pero yo aparto la mirada, abrumado, como si tuviera vértigo.

Me sirve otra taza de té. –Fuiste una especie de celebridad en tu vida, ¿no?

Agradezco el cambio de tema, para charlar. “En cierto modo. No tengo nada que ver con un actor o un primer ministro. Pero era muy conocido”.

“¿Tenías fans?”

–Sí, supongo que dirías eso. La gente tenía una idea bastante romántica de mí.

–¿Y qué pasa con Sophie? ¿Era fan?

“La mayor parte de ese tipo de cosas sucedieron más tarde, pero sí, en cierto sentido, cuando nos conocimos. Ella era nueva en el movimiento. Me consideraba un veterano”.

“¿Cuál fue la diferencia entre vuestras edades?”

“Catorce años.”

–Sabes lo que diría Sigmund Freud, ¿no?

Cada vez me siento más incómodo con el rumbo que ha tomado la conversación. “Me temo que no. Otros me lo han mencionado. Era austríaco, ¿no? Pero no conozco su obra”.

Una mirada culpable cruza su rostro y se queda mirando por la ventana por un momento. Me toma la mano. –Lo siento, Peter. Sabía que no lo *sabías*. Te estaba poniendo a

prueba. Leí que no conocías la obra de Freud a pesar de que fuisteis contemporáneos, y cuando me vino a la mente, yo...

“Aprovechaste la oportunidad para probar mi veracidad”.

“Sí, lo siento muchísimo.”

–¿Para disipar tus dudas? No seas ridícula. Tiene todo el sentido del mundo. Si yo fuera tú, haría lo mismo. Es muy inteligente, además. Podrías tener un futuro en el espionaje.

“Desde que te conocí, me he sentido como un personaje de una historia de espías”.

“En la vida real no es tan glamoroso, pero me da curiosidad. ¿Qué *diría* Freud?”

Ella niega con la cabeza. “Peter, no importa. No soy freudiana. No me importa lo que él diga”.

–Tal vez sí. No lo sabré hasta que escuche lo que ese hombre tiene que decir. ¿Qué tan malo puede ser?

–De acuerdo. Supongo que diría que, como tu madre murió tan joven y tú culpaste a tu padre por su muerte, tu desarrollo sexual fue lento y, cuando lo hiciste, te sentiste atraído por una mujer mucho más joven, como ella, una mujer que querías que fuera tu madre, aunque debiste haber sido una especie de figura paterna para ella. Tu odio hacia tu autoritario padre también tendría algo que ver, por

cierto, en tus opiniones antiautoritarias, y tal vez en tu actitud caballerosa y protectora hacia las mujeres, pero no sé lo suficiente sobre eso como para decirlo.

Por un momento me quedo sin palabras. “¿Habría dicho todo eso?”

–Lo siento, Peter. Tú lo preguntaste. Ya nadie toma en serio a Freud. Yo no, por supuesto.

Considero el análisis freudiano. “Todo tiene sentido para mí”, digo. “Sobre todo la parte sobre mi padre y mi madre. Pero aun así amaba a Sophie. ¿Freud lo entendería?”

–No lo sé. Creo que él pensaba que todo se reduce al sexo de una manera u otra.

Supongo que eso es preferible a que todo sea economía. ¿Y tú qué opinas?

“El sexo es definitivamente preferible a los negocios”.

–No, quiero decir, ¿crees que amaba a mi esposa?

Ella pone su mano en un lado de mi cara. “Sé que la amabas. Y sé que eso fue hace mucho tiempo y que fue ayer”.

Ella retira la mano y se pone de pie, tomando la bandeja de té para reponer nuestras provisiones. “¿Puedes quedarte a cenar?”

“Estaría encantado.”

“Podemos ver una película que quiero que veas. Es mi historia de espías favorita. Se llama *Los tres días del cóndor*. Está basada en una novela llamada *Los seis días del cóndor*, pero me gusta más la película. Es más intensa y tiene un mejor final”²⁶.

26 (*Los tres días del cóndor*) es una película estadounidense de 1975 producida por Stanley Schneider y dirigida por Sydney Pollack. El guion, de Lorenzo Semple Jr. y David Rayfiel, fue adaptado de la novela de 1974 *Six Days of the Condor*, de James Grady.

Capítulo XVI

DIÁLOGOS DE DELFOS

El Estado es una condición, una determinada relación entre seres humanos, un modo de comportamiento humano; lo destruimos al contraer otras relaciones, al comportarnos de manera diferente.

–Gustav Landauer

Un espía debe informar. Si simplemente dijera que estuvo una semana en la calle sin notar nada misterioso, pronto lo incluirían en la lista de pago a medias o lo despedirían.

–PETER KROPOTKIN,
Memorias de un revolucionario

Una de mis escenas favoritas de toda la literatura es la mañana agridulce de *Romeo y Julieta*, cuando los amantes se despiertan en su lecho nupcial y Romeo debe huir de la ciudad al destierro. Pero permítanme que me entregue a la prerrogativa del narrador y haga un pequeño viaje en el tiempo, pasando rápidamente por un breve lapso, el intervalo durante el cual Rachel y yo nos enamoramos. Si bien es de gran interés para nosotros, aquí elijo omitir los detalles. Por un lado, a Rachel y a mí nos falta el interés dramático de *Romeo y Julieta*. Somos mayores en cualquier medida relevante para el asunto, y no tan propensos (como Wendy podría decir) a volvernos locos. Tenemos trabajos humildes que dictan nuestros horarios, no necesitamos la intromisión autoritaria de padres tiránicos ni la conspiración de sirvientes cómicos para eludirlos. Ningún peligro acechante amenaza nuestros paseos nocturnos por la orilla del río, salvo perder la noción del tiempo y tropezar con el hogar en la oscuridad. Las disputas sangrientas no surgen de nuestras discusiones animadas y juegos amorosos, y ningún fraile bienintencionado nos insta a casarnos o a tragar veneno. Pero, a decir verdad, la principal razón por la que omito esas escenas es que todavía soy demasiado modesto para dramatizar la pasión, un sentimiento que Shakespeare habría comprendido, espero, si el tema hubiera sido sus propias pasiones en lugar de las de *Romeo y Julieta*.

Además, la gente, cuando se encuentra con una pareja enamorada, suele inventar sus propias escenas románticas y las escenifica fugazmente en su imaginación; escenas, apuesto a que son más agradables para todos que las imaginadas para los que se pelean constantemente o los que se resignan con tristeza. Todos los que conocemos –mis compañeros de casa y sus vecinos, mis compañeros de trabajo y los suyos, los dependientes de la tienda de segunda mano y el muchacho llamado Gerald, la bibliotecaria y el viudo que vive al lado de Rachel y que se ríe cada vez que nos ve– parecen felices por nosotros. Estoy convencida de que la propia Sophie, si pudiera vernos, nos desearía lo mejor.

Rachel y yo, racionalistas ambos, intentamos reunir algunas dudas sensatas, pero no tenemos mucha suerte. En posteriores discusiones sobre las teorías de Freud, por ejemplo, Rachel sugiere que nuestro repentino apego y nuestros fuertes sentimientos mutuos pueden haber sido provocados por las circunstancias extraordinarias de nuestro encuentro –mi “trauma de nacimiento”, por así decirlo–, pero por más que lo intentamos, no encontramos que esta posibilidad sea motivo de preocupación, ya que ambos estamos muy contentos con el resultado. Dividimos nuestro tiempo entre mi casa y la de ella, y cada día está repleto de actividades.

Mis compañeros de casa nos han tildado de “guapos”, y supongo que lo somos. A Wendy todavía le resulta fácil

hacerme sonrojar, y en ocasiones Rachel es su cómplice en este entretenimiento. La mesa de la cocina, esa pila de tableros traidores, es el lugar favorito para esta diversión. Caitlin es el coro, gritando en el momento culminante: “¡Mirad! ¡Se está sonrojando!”, chillando con particular alegría cuando mi cuero cabelludo se asoma rojo a través de la escasa capa de mi pelo. Dave y Zipper hacen ruidos animales y comentarios lascivos para darle la interpretación más obscena posible al asunto. TJ, con su ojo de pintor, anuncia que mi cara y mi barba son casi del mismo tono de rojo. Los demás se ríen, aunque Brad dice de vez en cuando: “Vamos, todos, dejadlo en paz”. Sólo Sondra, cuando está presente en la mesa, se niega a participar en esta broma de buen corazón.

Pero es una chica rara y de mal humor, y no sé qué pensar de ella. Por alguna razón, parece preocupada por mi entrada en la casa y me evita a toda costa. Cuando nuestros caminos se cruzan en la cocina, el porche o los pasillos, inmediatamente encuentra otro lugar donde estar, aparta la mirada y esconde la cabeza detrás de su pelo liso y blanco. La teoría de Rachel es que la chica (perdón, mujer) está enamorada de mí, pero Rachel admite su parcialidad en este juicio. Además, Sondra evita a casi todo el mundo, por lo que sé, excepto a Brad, y en las raras noches en las que está de buen humor, a Mike.

Después de su entusiasmo inicial por mí, Mike se ha enfriado considerablemente desde que critiqué su obra. Es

bastante civilizado, incluso amistoso a su manera, pero no tiene ningún deseo de conocerme o de sondear mis pensamientos, aunque todavía lo sorprende mirándome o escuchando a escondidas mis conversaciones con otros. Parece estar esperando el momento oportuno, como si todos estuviéramos aquí esperando un tren. Le preguntaría qué está haciendo, pero supongo que solo me mentiría, así que espero el momento oportuno y tomo mi propio tren.

Paso la mayor parte de mi tiempo “libre” estudiando, trabajando *para* la conferencia, porque me cuesta poner la pluma sobre el papel o los dedos sobre el teclado. ¿Quién soy yo para hablar ahora, después de haber muerto hace casi ochenta años? Rachel me asegura que tengo mucho que decir y que ahora más que nunca es necesario decirlo, y trato de creer que tiene razón.

Una mañana, mientras regreso a casa desde casa de Rachel por los callejones, todavía disfrutando del recuerdo de una agradable despedida que nos dimos antes de salir a trabajar en nuestras ocupaciones separadas, me encuentro con un camión de basura y su tripulación y sigo detrás.

Desde que estoy en esta ciudad, he observado dos cosas que el gobierno hace admirablemente bien, lo admito a regañadientes, a saber: la entrega de correo y la recolección de basura. Una tarde antes acompañé a Penny, nuestra *cartera*, porque así prefiere llamarse en lugar *de cartero*, ya que no es un hombre y le resulta insoportable la aliteración

de Penny, la cartero. Le sondeé sobre la oficina de correos, una institución eficaz pero extrañamente despreciada, y sus observaciones me parecen fascinantes. A menudo, parece, se respeta a uno en proporción inversa a su contribución a la sociedad. Se dice que el cartero trae el *correo basura*, pero las corporaciones, que en última instancia son la fuente de toda esa basura postal, llevan la voz cantante. La creación de correo basura (publicidad) es una empresa prestigiosa para una persona joven e inteligente, mientras que los compañeros de Penny consideran que su ocupación es algo “perdedora”, aunque es ella quien todavía trae ocasionalmente ese regalo máspreciado, una carta escrita a mano de un amigo. Es entonces con curiosidad y deseo de aprender que me presento a los recolectores de basura y trato de entablar una conversación con ellos.

El más joven, Daniel Seven, mantiene una reticencia cautelosa, pero el mayor, Clement Arthur, que dice que lleva veinticinco años trabajando para la ciudad, es más amigable y tal vez siente tanta curiosidad por mí como yo por él.

El camión en sí es una maravilla para contemplar en acción. Nada puede resistirse a sus fauces mecánicas, devorando todo, desde ramas de árboles hasta divanes, con un solo mordisco. Alguien ha colocado un televisor que hasta yo sé que es viejo. Clement agarra un extremo, esperando a que Daniel termine lo que está haciendo para poder agarrar el otro extremo, pero yo me acerco y lo agarro, y lo empujamos satisfactoriamente hacia la parte trasera del camión.

“Escuche”, dice, y al instante se oye un fuerte estallido, como si se hubiera disparado un arma dentro del camión. “Un tubo de imagen”, explica.

Le digo que admiro la eficiencia de la recolección de basura de la ciudad y me pregunto cómo cree él que se podría mejorar, pero me resulta difícil sonsacarle.

Finalmente, dice: “Las cosas mejorarían si no fuera yo quien siempre tiene que recoger la basura. Para mí es un trabajo, lo mejor que puedo hacer con la educación que tengo, pero eso es todo. ¿Y tú, Daniel? ¿Quieres ser basurero durante veinticinco años?”

“Que te jodan, viejo.”

“¿Ves? Y ni siquiera soy viejo todavía. Seré viejo antes de ver que algo cambie mucho aquí en los callejones. Los tiempos son buenos, la gente está tirando cosas buenas. Mira esta bicicleta aquí”. Hay un lugar detrás de la cabina del camión donde ata los artículos rescatables. La bicicleta parece estar en perfectas condiciones.

“¿Cómo gestionarías todo el asunto de recoger la basura, si dependiera de ti?”

“Pero no es cosa mía. La ciudad pone las reglas”.

“¿Pero qué pasaría si una mañana te despertaras y no hubiera *ciudad*? La gente todavía estuviera aquí, todo

todavía estuviera aquí, pero no hubiera gobierno de la ciudad. Llegaras a trabajar y no hubiera jefes allí, y no regresaran. Todos los camiones estuvieran estacionados allí y la basura se estuviera amontonando por toda la ciudad. ¿Qué harías?”

Se ríe alegremente de esta visión. “Veo a dónde quieres llegar con esto. No hay *ciudad* en absoluto, solo gente y basura. El camión aquí es lo importante. ¿La ciudad dejó todos los camiones estacionados allí en el patio?”

“Así es.”

Reflexiona sobre la pregunta en silencio mientras metemos un montón de ramas en el camión. “Las recogería gratis un par de veces, para darle a la gente la oportunidad de recapacitar.

Luego tomaría un camión por cada barrio y lo dejaría allí con las llaves puestas. Cada barrio tendría uno, como las rutas que tenemos ahora, pero la gente del barrio, excepto los niños y los ancianos y similares, se turnarían para limpiar lo que ensucian los demás”.

Sonríe ante la idea. “Podría tener un efecto en la forma de actuar de la gente”.

–¡Gente de Windsor Farms²⁷ trabajando en un camión de la *basura*! –exclama Daniel, aunque no me di cuenta de que estaba escuchando–. ¿Qué has estado fumando, viejo?

“¿A quién llamas viejo? No necesito drogas para sentirme bien. Solo mis sueños y el aire limpio y puro”. Se ríe. “De todos modos, solo estamos hablando”.

Mi conversación con Clement Arthur me permite continuar con mis estudios con renovadas esperanzas y vigor, y siempre me alegra poder hacer coincidir mi caminata desde la casa de Rachel hasta la mía con el equipo de recolección de basura. E incluso Daniel termina por simpatizar conmigo. Dice que le interesa hacer videos, pero que no tiene equipo. Le presento a Brad y sus computadoras y creo que ya llevan algún tiempo colaborando en algo. Parece que he perdido la noción del tiempo.

Intento conocer gente nueva todos los días y conversar con ella. Los autobuses urbanos me parecen un medio maravilloso para disfrutar de este pasatiempo y un lugar agradable para leer, pensar y escribir si mi sociabilidad no es correspondida o se agota. Pero eso es poco frecuente, porque los habitantes de Richmond son gente muy amistosa. El zumbido de los motores proporciona una especie de intimidad para la conversación o la composición,

27 Diseñado en 1926, Windsor Farms es uno de los primeros barrios planificados de Richmond, inspirado en un pueblo inglés, con calles sinuosas y nombres de inspiración inglesa como Dover, Canterbury, Berkshire, etc.

esta última una habilidad que se adquiere con destreza. Si ahora mis frases son un viaje accidentado, tal vez mi mente esté asumiendo ese ritmo familiar.

Soy consciente de que quienes viajan en autobús distorsionan bastante mi muestra de humanidad. La publicidad que se ve (siempre un buen ejemplo en este mundo) conoce a su público: empleos en fábricas de pollos a 7 dólares la hora, problemas con las drogas, la lotería, el ejército, los usureros, la lotería. Para conocer *a todo el mundo* tendría que salir del comedor y sentarme en la mesa de alguien o escalar un muro en River Road o pasear por un campo de golf, gestos todos ellos que probablemente no sean bien recibidos. Así que los habitantes de Richmond que conozco son en su mayoría jóvenes (aunque blancos), extranjeros (de una impresionante variedad de países) o negros... ¡y no hay ningún confederado entre ellos!

Durante este tiempo, no hay señales de Anchee. O mi amenaza lo ha asustado, o estoy haciendo exactamente lo que él quiere que haga, así que no hay necesidad de que se entrometa. Antes de que me dé cuenta, han pasado días y días, y mi conferencia –así la llamo aunque todavía no exista– está a sólo unos días de distancia. Esta mañana, con mis notas esparcidas ante mí como un pantano traicionero, recuerdo una promesa que me hice a mí mismo y salí rápidamente de mi madriguera, encaminándome hacia el río a paso rápido, cruzando el puente y descendiendo al suelo

del bosque, un lugar que ha cambiado considerablemente en mi ausencia, porque la primavera en estos lugares no es un ocioso sin rumbo y obstruye el sendero con enredaderas y media docena de nuevas especies de plantas. Un árbol caído, un ligero desvío alrededor de él, le da al sendero un nuevo giro, como la serpiente que toma el sol sobre él. Un pájaro carpintero de cresta roja vuela entre las copas de los árboles con un grito risueño, como el de un niño atado a una cuerda, y sé que he llegado al lugar correcto.

No me dirijo directamente a la casa de Earl, sino a las rocas donde lo vi por primera vez, y me siento en su percha, mirando hacia el río y escucho su gorgoteo. En el medio, una bandada de cormoranes se acurruca en una roca que parece haber sido elegida por su pequeño tamaño, de modo que docenas de pájaros se paran hombro con hombro sin un centímetro de sobra, mientras que a solo unos metros de distancia una roca del doble de tamaño se encuentra perfectamente vacía. Recuerdo las reuniones espontáneas que Sophie y yo solíamos tener en nuestras diversas casitas a lo largo de los años con tantos amigos apiñados dentro que literalmente se derramaban por las ventanas y los porches hacia los jardines. Dondequiera que estuviéramos, cultivábamos cebollas y hierbas para que cuando añadiéramos agua a la sopa para los recién llegados, ¡pudiéramos añadir también algo de sabor! Recuerdo esos tiempos maravillosos; recuerdo que se desvanecieron, nuestras vidas se retiraron a un promontorio más desolado

y solitario; pero aun así, me reconfortan, como nos reconfortaban incluso entonces, esos recuerdos.

Todavía estoy pensando en ellas cuando Earl se sienta a mi lado. “Hola, Pete”, dice, “¿cómo van las cosas por la ciudad?”.

–Espléndido –digo–. ¿Cómo está el río?

“Como puedes ver”, dice con un gesto de su mano, “está bastante bien. Sigue fluyendo en esa dirección y no ha subido más que mi agujero. Ayer por la tarde vi el primer colibrí. Los águilas pescadoras están anidando. Pero se esperaban. Tú eres el que tendrás *noticias*”.

Así que le cuento todas mis novedades: mi nuevo alojamiento y Rachel, mis nuevos estudios y Rachel, mis nuevos paseos por la ciudad con Rachel. Él escucha con una sonrisa agradable, asintiendo con la cabeza de arriba a abajo. –Entonces, ¿el hombre del futuro, Anchan, o como sea que lo llames, te consiguió una chica?

“Se llama Rachel. No lo diría exactamente así. Él nos presentó”. Es la primera vez que comparto este eufemismo con alguien que no sea Rachel.

–Él te *trajo* aquí en primer lugar, como si hubiera plantado un árbol en medio de un campo de maíz o hubiera arrojado un bagre a un tanque de almacenamiento. A mí también, dices. Es bueno saber finalmente de dónde vengo, para

poder decirle a la gente: “Permíteme presentarme. Soy el Dr. Imposible del condado de Anchan. ¿Nunca has oído hablar de él? Bueno, está justo fuera del Tiempo, justo de este lado de la Otra Vida, un pequeño desvío alrededor de la Muerte. Es donde viven todos los locos”. ¿Le dijiste a Rachel de dónde eras, Pete? ¿Qué hora era y cómo llegaste aquí?

“Ciertamente lo hice, y ella parece creerme”.

–Entonces, ella también parece estar loca. Es como una enfermedad que se propaga. Si tú estás loco, todos los que creen en ti también deben estarlo. Cuanta más gente crea en ti, más loca se vuelve la cosa hasta que no queda más remedio que encerrarte en algún sitio hasta que recuperes la cordura y dejes en paz a la gente inocente. ¿Y quieres saber lo peor? –Su voz se ha elevado y sus ojos están llameantes.

–¿Cuál es, Earl?

–Nunca encierran al viejo Anchoo. Ni siquiera lo ven, o lo ven en todas partes. Como papel pintado. Así que no les importa que esté ahí, porque *siempre está* ahí, ¿no? –Sacude la cabeza–. Eso. Lo llaman Eso. Dicen que *así son las cosas. Será mejor que te acostumbres a Eso*. Deberías haberte quedado aquí abajo en el río, Pete. Sin papel pintado. –Se ríe–. ¡Sin paredes! –Respira profundamente, balanceándose de un lado a otro, tratando de estabilizarse–. ¿Cómo está Jonás? ¿Chinny–Chin también le consiguió una chica?

“Está muy bien. Él y Wendy son compañeros constantes, pero confío en que lo hayan logrado por iniciativa propia”.

“¿Cómo sabes que lo hicieron?”

–Supongo que no. Pero los viste: se llevaron bien de inmediato.

–No lo dudo, pero doscientos años es un largo camino para que un tipo venga a pie, sobre todo cuando no tiene zapatos y le han dado una paliza que casi lo mata. Me alegro por él. Chin–Chan le ha conseguido una chica. ¿Le ha dicho de dónde viene?

“No me parece.”

–Ahí lo tienes. Cuando lo hace, o ella se vuelve loca o se imagina que lo está. Es una oportunidad terrible. Es duro para todos. Aquí abajo no tengo ese tipo de problemas.

–Señala una bandada de gansos que flotan en la corriente–. Ahora me pregunto por esos gansos canadienses. Cuando estaba en prisión en la isla, comiendo maíz con gusanos y pagando el precio, veías a esos pájaros gordos ir y venir, algunos se quedaban como cena de algún oficial rebelde. Soñaba tanto con ellos que me alegraba verlos volar lejos. Ahora están aquí todo el tiempo, nunca se van. Cociné uno la última Navidad y lo comí durante cinco días. ¿Crees que Chan–Man tuvo algo que ver con todos estos gansos locos? No lo creo. Y puede que también tengas razón con respecto

a Wendy. Ella ya estaba loca antes de que llegaran ustedes, dando comida a todos los indigentes. ¿O crees que Chain-Gang la metió en eso?

–No lo sé, Earl. Simplemente no lo sé.

–Oye, Pete, no estés triste. Solo me estaba divirtiéndome. Estoy seguro de que él no tuvo nada que ver. Al diablo con él. Abajo los tiranos, ¿no?

Eso me hace sonreír. “Está bien. Al diablo con él. Mi verdadero problema es que voy a dar un discurso dentro de unos días y no tengo la menor idea de lo que voy a decir”.

“Al menos será breve, eso siempre es bueno en un discurso”.

Me río y tengo que confesarme a mí mismo lo que realmente me molesta y le digo a Earl: “Tengo miedo. Estoy aterrorizado. No es el discurso en sí. Lo peor que puede pasar es que haga el ridículo. Pero se parece demasiado a una época de mi antigua vida. La primera vez que me arrestaron –la primera vez que tenía treinta y dos años, podríamos decir– sabía que la policía me perseguía. Ya habían arrestado a varios amigos. Un tipo de voluntad débil que podía identificarme había sido detenido recientemente. Era sólo cuestión de tiempo que me entregara a las autoridades. Debería haber huido de la ciudad, pero me quedé una semana más para poder dar una conferencia en

la Sociedad Geográfica. Pasé más de dos años de mi vida en la cárcel porque pensé que tenía que pronunciar un discurso, aunque estaba lleno de premoniciones de peligro. Siento exactamente lo mismo ahora, pero debo hablar”.

“Tal vez deberías escuchar tus premoniciones”.

“No creo en las premoniciones.”

–Apuesto a que tu amigo Inchy lo sabe. Lo tiene todo bajo control. ¿Cómo es que te tocó dar este discurso?

“Mike, el joven brillante que me ofreció llevarme en el aeropuerto, fue quien lo organizó todo. Tengo fuertes sospechas de que es uno de los peones de Anchee”.

“Entonces no es sólo una premonición”.

–¿Qué se supone que debo hacer? ¿Pasar mi vida haciendo lo contrario de mis inclinaciones naturales? O tal vez *sea esa* su intención. En cuyo caso, para frustrarlo, debo hacer exactamente lo que me plazca. ¿Quién puede decirlo? Ni siquiera él, porque ¿por qué debería creer una palabra de lo que dice?

–Es un buen pepinillo –concuerta Earl–. ¿Cuál fue el discurso que pronunciaste en aquel entonces?

“Glaciación.”

Earl asiente pensativamente. –No te arrestaron por eso, ¿verdad?

“No, me arrestaron por difundir propaganda anarquista entre los trabajadores”.

“¿Fue un buen discurso?”

“Sí, supongo que sí. Logré derribar viejas nociones erróneas y fui nominado para ser presidente de la sección de geografía física”.

“¿Ves? Todo sale bien. ¿De qué se supone que vamos a hablar esta vez?”

“De anarquía.”

“Tal vez deberías quedarte con la glaciación”.

Me pongo a trabajar. He cambiado el turno con uno de los otros lavaplatos para poder salir el jueves a trabajar en mi domicilio, y trabajo hasta bien entrada la noche. Hacia el final de mi turno, Doris me llama a su despacho, o a la oficina como la conocen todos, aunque nadie más parece poner un pie en ella. Si lo hicieran, apenas habría espacio para ellos. El mobiliario consiste en su escritorio y su silla y un calendario con un hermoso paisaje fotográfico que supongo que es de la Toscana, clavado con chincheta en la parte posterior de la puerta. Me siento en una silla que saqué de la cocina para ese propósito, y apenas hay espacio para que me siente con

ella. El pequeño despacho ha quedado reducido al tamaño de un armario por pilas de cajas que llegan hasta el techo a lo largo de su perímetro, interrumpidas solo por la puerta y el escritorio. Parece que las cajas originalmente contenían alimentos u otros suministros, pero se han convertido en un servicio más abstracto. A unos centímetros a la izquierda de donde estoy sentado, por ejemplo, hay una antigua caja de aceitunas rellenas con la inscripción *GUEST CHECKS 1996* garabateada en negro en un lateral, a la altura de los ojos. Hay dos cajas encima, pero estoy demasiado cerca para leer sus marcas sin inclinarme hacia un lado. Debajo, dentro de una caja de ketchup está *BANCO 1992*. La caja inferior de la pila solía albergar a Jack Daniels, pero lo desalojaron en favor de *SALES TAX 198?*, el último dígito perdido para siempre en el diseño original de la caja, en gran parte negro. A mi derecha hay una pila similar, y la parte posterior de mi cabeza descansa sobre otra, y así va por toda la habitación, dos y tres pilas de profundidad en las esquinas, de modo que la habitación es efectivamente un óvalo. En estas cajas, reconozco los excrementos del comercio, siempre abundantes y de lenta descomposición, y me pregunto qué demonios querrá Doris conmigo aquí. Me imagino a mí mismo metido en una caja de hamburguesas encurtidas y colocado sobre una pila de esquina para que se pudran. *ANARQUISTA 1999*.

El escritorio de Doris es una versión más pequeña de la habitación: montones y montones de papeles dispersos

ocupan la mayor parte del espacio disponible mientras esperan ser deportados a uno de sus primos de cartón debidamente etiquetados; un teléfono, un cenicero y una taza de café conforman el único mobiliario de escritorio, con poco espacio libre. El cenicero está particularmente apretado. Casi lleno y humeante bajo un inestable montón de billetes, parece estar en riesgo de una avalancha o una conflagración en cualquier momento. En medio de este polvorín de peligro, Doris fuma con valentía.

“¿Un cigarrillo?”, me pregunta, sacando la mitad del paquete y apuntándome con él.

Ella siempre se olvida de que no fumo, o tal vez lee con precisión el deseo en mis ojos y disfruta tentándome. “No, gracias. Dejé de fumar hace algunos años”.

Ella sonríe levemente, una extravagancia para ella. “Bien por ti”. Da una calada profunda solo para recordarme lo que me estoy perdiendo, y dirige el humo hacia el techo. “Las cosas ciertamente han cambiado desde que estás aquí”, dice. Su tono deja completamente oculto si eso es un cumplido o una acusación. “Recibí una llamada el otro día de un dueño de restaurante en el Fan preguntándome si era cierto que estábamos alimentando a las personas sin hogar aquí. Dijo que sorprendió a algunas de sus camareras escondiendo comida, y dijeron que tomaron la idea de mi gente”. Hace una pausa para dar una calada con los párpados pesados. “Me reí de él y le dije que debía estar

bebiéndose sus ganancias si creía una historia como esa. 'Les dije que era una locura', dijo. '*¿Doris?*' Así, '*¿Doris?*' Le aseguré que nadie recibiría comida gratis de mí sin hurgar en los contenedores de basura como siempre lo han hecho. Tal vez me excedí con esa broma, demasiado fría incluso para una perra como yo. No creo que me creyera, empezó a decirme cuántas leyes estaríamos infringiendo si fuera verdad, como si yo no lo supiera. ¿Sabías que tus soldaditos estaban reclutando?

“No tenía ni idea.”

–No lo creo. Quiero enseñarte algo –dice. Abre lo que yo creía que era la puerta de un armario sobre su escritorio, cubierto de postales y fotos, y vemos el restaurante a través del espejo que hay detrás de la barra. Una hilera de botellas ocupa el primer plano, licores por su colorido aspecto, con su dulzura incrustada en los picos. Al fondo, sobre la barra, está la caja registradora. El camarero que sirve ginebra (cuyo nombre poco probable, según he sabido después, es Storm [Tormenta]) nos da la espalda mientras registra una venta, prepara las bebidas y prueba su encanto con la nueva camarera. Creo que se llama Shannon.

“Solía sentarme aquí durante horas”, dice Doris, “esperando que alguien me robara de alguna manera u otra: sirviendo bebidas a escondidas a sus amigos, “olvidándose” de registrar algunas ventas, comiéndose las naranjas, colocándose con el óxido nitroso de las latas de crema

batida. Piensan en nuevas formas todo el tiempo. Una vez pillé a una chica saliendo por la puerta trasera con mil vasos para llevar con los que pensaba hacer *arte*. “Nunca los usamos”, dijo en su defensa. ¿A quién le importa? ¿Entiendes a qué me refiero? ¿A quién le importa ahora? Yo estoy sentada aquí fumando tres paquetes al día mientras esos chicos trabajan, bastante duro la mayoría de ellos, pero soy yo la que gana setenta y cinco centavos por dólar, *incluyendo* todo lo que roban, y ellos son los que no pueden pagar el alquiler o comprar un coche que funcione lo suficientemente bien como para llegar a tiempo al trabajo”.

El encanto de Storm parece estar funcionando, y la camarera sigue de pie en la barra con una bandeja llena de bebidas, manteniendo una conversación muy amistosa con él mientras el hielo se derrite. Doris sacude la cabeza y le murmura a Shannon: “Solo tráele las bebidas y fóllatelo cuando quieras”. Me la señala. “Por supuesto, como puedes ver, la vida que llevan tiene ciertas ventajas. Ella consigue que Tom Cruise esté allí, y yo consigo...” Se encoge de hombros. “Yo consigo setenta y cinco centavos por dólar. ¿Quieres saber lo que decidí hace unos años? Que roben. Todos seremos más felices. No importa si estoy mirando o no. A veces pienso que incluso roban *menos* porque no estoy enojada con ellos todo el tiempo por robar, ¿sabes a qué me refiero?” Da una calada pensativa. “Pero eso no es lo que quiero mostrarte. Ya lo he resuelto”. Señala a uno de los clientes sentados en la barra. Nos mira fijamente, al espejo,

me doy cuenta. Sus ojos tienen el brillo ausente de los de un borracho y parece muy satisfecho de sí mismo. Está bebiendo un vaso de whisky solo, fácilmente un triple. Pica un platillo lleno de cerezas al marrasquino, un capricho que los camareros suelen servir para calmar a los niños inquietos. Sus labios tienen una pátina roja.

–¿Ves a ese tipo? Se llama Fred Spurlow. Trabaja en el departamento de salud. El rumor también le llegó a él, probablemente de la misma manera que a mí, y se pasó por aquí hace un rato para ver toda la operación por sí mismo. Le impresionó bastante lo bien organizado que estaba todo, quería saber quién era el “cabecilla”. Fred es así. Utiliza palabras como “cabecilla”. –Apaga un cigarrillo y enciende otro, haciendo una pausa para saborear la primera exhalación prolongada–. Fred y yo fuimos juntos al instituto. –Hace una mueca para transmitir el disgusto que le produce este recuerdo–. Por el bien de nuestra vieja amistad y un poco de Bushmills²⁸, ha accedido a olvidar todo el asunto siempre y cuando no lo hagamos más, sin contar lo que se está gastando esta noche en el bar. Eso es soborno a un funcionario público. Probablemente un delito grave.

“¿Quieres que nos detengamos?”

28 Bushmills whiskey irlandés de la destilería más antigua del mundo, desde 1608. por ser triplemente destilado, a diferencia de los escoceses que destilan únicamente dos veces, Bushmills es un whiskey suave pero complejo. su mezcla está hecha con 80% de malta.

–¡Ni hablar! Ya tengo invertida una caja de whisky en ello.

–¿Y qué pasa con tu marido?

“¿Qué pasa con él?”

“¿También aprueba nuestras actividades? Seguro que se dio cuenta...”

–William no se daría cuenta de que le estás robando el cerebro si se lo sacaras por las cuencas de los ojos, y seguro que no lo echaría de menos una vez que se lo hubieras quitado. *Ese es mi marido.* Y no me malinterpretes. Yo, personalmente, no apruebo ni desapruebo lo que estás haciendo. Todo lo que sé es que eres la primera cosa verdaderamente interesante que ocurre en este lugar en mucho tiempo, y no estoy dispuesta a renunciar a mi entretenimiento. Así que pensé en ayudarte a que las cosas sigan funcionando un poco más.

“¿Y luego qué pasa?”

Ella parece sorprendida por la pregunta. “Se desmoronan. Este tipo de cosas siempre suceden”. Mira a Shannon, que sigue charlando y sonriendo, luego a Fred, que chupa una cereza y ahora también tiene los ojos puestos en Shannon. “Fred y yo los joderemos de una manera u otra simplemente por hacer nuestro trabajo”.

Mira con tristeza ese futuro imaginado, como si pudiera verlo al otro lado del espejo, cierra la puerta y apaga el cigarrillo. Varias colillas viejas se escapan por los lados del cenicero y las tira a un cubo de basura que saca de debajo de su escritorio. Coge el cenicero, lo tira al cubo de basura y vuelve a colocar los dos en su lugar con un solo movimiento practicado que debe repetir varias veces al día.

Me fijo en una de las fotografías, visible ahora que la puerta está cerrada. Una joven sonriente posa con Doris, que tiene el ceño fruncido, junto a una esfera de un metro de diámetro hecha con cientos de vasos para llevar, que se abren hacia afuera, se unen de alguna manera y se montan sobre un pedestal. Sin duda, gracias a un uso inteligente del plástico, todas parecen contener distintas cantidades de café que desafían la gravedad: algunos con crema, otros solos. En algunas de ellas están inmortalizados palitos para revolver robados, aunque es probable que la única y prominente marca de lápiz labial a las diez en punto sea de la propia artista. La ladrona impenitente, con el brazo rodeando cariñosamente los hombros de su víctima, sostiene una cinta azul.

Doris saca un cigarrillo de su paquete y me lo apunta. “¿Seguro que no quieres un cigarrillo?”

No fumo, pero me llevo una taza de café para el camino a casa. La casa está vacía y recuerdo que la banda toca esta noche. Aprovecho la soledad para darme una ducha más

larga y caliente de lo habitual. Ninguna organización hará que mi trabajo sea más limpio que zambullirme en un revolcadero de cerdos, y esa noche tengo el ramillete adicional de los cigarrillos de Doris. Dejo que el agua caiga sobre mi cabeza con la esperanza de ahogar su voz recordándome con naturalidad: *Se desmoronan. Cosas como esta siempre lo hacen.*

¿Cosas como qué? ¿Compasión? ¿Cooperación? ¿Esperanza? No me hago ilusiones sobre el bien que estamos haciendo a los hambrientos, pero la diferencia en mis soldados, como los llamaba Doris, es inconmensurable, y tal vez no sea algo que se desmorone con la primera ráfaga de avaricia que golpee sus vidas. Al menos nunca volverán a mirar una canasta de pan de la misma manera. Y luego está Buster, sin duda un perro más feliz por haber iniciado todo el asunto.

Se acaba el agua caliente y salgo de mi ensoñación y de la ducha. Mientras me seco con una toalla, el hombre del espejo se ha convertido en una imagen borrosa y lo dejo así. “Lo que sea que te esté molestando, Kropotkin”, me digo, “será más fácil afrontarlo si sabes qué demonios vas a decir”. Será mejor que me ponga a trabajar.

Regreso al sótano y a mis estudios, y Mortimer, un gato atigrado anaranjado y regordete que últimamente prefiere mi regazo al porche, pronto se une a mí. Los gatos se instalan de vez en cuando en una variedad de lugares favoritos y se

reúnen periódicamente como si se diera una señal que solo ellos escuchan desde todos los rincones de la casa para tumbarse en un montón y acicalarse mutuamente y hablar de los problemas felinos del día. Me he presentado a todos ellos, pero a Mortimer le gusta especialmente mi estilo de rascarle la cabeza.

Además de la cama, he completado mi mobiliario con un escritorio hecho con una puerta sin usar sobre un par de estanterías bajas donde guardo mi creciente guardarropa. He decorado las paredes oscuras con obras de arte donadas por los artistas residentes de Resident Alien. Mi favorita es la representación de Caitlin de una tortuga marina verde de dos metros de largo. Brad ha instalado un ordenador en mi escritorio, uno de sus desechos. Rodeado de él hay libros, una gruesa y creciente pared de ellos. El bibliotecario de referencia, inspirado por mi curiosidad, me deslizó discretamente una tarjeta que me otorgaba privilegios de préstamo, y la he aprovechado al máximo, habiendo descubierto que para la investigación sería todavía prefiero la página a la pantalla, el paso reflexivo de una página al clic en enlaces. Vamos, vamos, vamos no es más de mi agrado en los estudios que en la calle. En este momento, Lao-tzu, Wilson, Thoreau, Bookchin, X y Singer yacen abiertos en una pila cambiante mientras deliberamos sobre la eterna pregunta: *¿Qué hay que hacer?*

Un crujido en la escalera me sobresalta, y Mortimer y yo miramos hacia arriba para ver a Sondra parada a mitad de la

escalera, con la mano apoyada en la barandilla. “Necesito hablar contigo”, dice, como si yo hubiera estado evitando precisamente eso, y recuerdo que Wilde dijo una noche que dentro de cada poeta se esconde un actor, generalmente malo, que se ofrece como un espécimen perfecto.

–Por supuesto –le digo, invitándola con entusiasmo a pasar a mi habitación. Pongo a Mortimer frente al monitor (le gusta el calor), pero una pata que cuelga golpea los libros en equilibrio y los hace caer, enterrando el teclado en el proceso. Retiro los libros de una silla y se la ofrezco a mi invitada–. Es la primera vez que vienes aquí, ¿no? Desde que Jonás y yo nos mudamos.

–Sí –sus ojos buscan en mi desordenado espacio en busca de significado, pero no encuentran ninguno–. Es muy bonito. –Se sienta ligeramente hacia delante, su pelo blanco y lacio flanquea su rostro largo y estrecho como cortinas, cortinas que se echan hacia atrás de repente y se aseguran detrás de las orejas con un estiramiento de su cuello y un movimiento de sus manos. Me mira a los ojos con una franqueza cautivadora–. Él sabía que vendrías –dice–. Lo supo semanas antes de que vinieras, tal vez antes.

“¿Y ‘él’ sería?”

–Vamos. Ya sabes quién es. Mike.

“¿Te dijo que iba a venir?”

–No, pero antes de que tú vinieras, él se estaba volviendo completamente loco *esperando* algo durante meses. Lo pillaba mirando el calendario, contando los días. Si le preguntaba al respecto, decía que no era nada, que no era asunto mío. ¿Cómo podía ser ambas cosas? Le pregunté y tuvimos una gran pelea, así que dejé de preguntar. Pero él seguía buscando, esperando nada, lo que fuera que no era asunto mío. Todo eso se detuvo cuando llegaste tú. El Gran Día finalmente había llegado. Desde entonces ha sido simplemente extraño. Ya no está *allí*. *Siempre* está en otro lugar. Quiero decir, siempre ha sido un cadete espacial, pero tenía sus momentos, ¿sabes? Me dejaba entrar. Prestaba atención. Ahora le pregunto qué está pensando, y simplemente me da una mirada espeluznante y dice: “Ya verás. Verás *exactamente* lo que estoy pensando”. ¿Qué se supone que debo hacer con eso?

Y tú *lo tratas* de forma diferente a los demás. Con el resto de nosotros, te ríes y eres amable todo el tiempo. Casi no habláis, aunque parece que seríais los que más tendríais de qué hablar. ¿Qué está pasando, Peter? ¿Qué ha pasado para que mi novio, terriblemente inteligente y presumido, se haya convertido en este psicópata?

¿Cómo le digo *tu novio es un espía*? ¿Qué significaría para ella una declaración así? ¿Qué significa para mí, en realidad? He evitado escrupulosamente estas preguntas, que me llevan de nuevo a Anchee y a una trama de la que no quiero formar parte. Tengo una vida que me hace más feliz que

nunca. Tampoco se trata de una mera exuberancia juvenil (aunque parece que también la he recuperado), sino de una alegría madura por la vida como la que todos los hombres desean. ¿Por qué debería arriesgar todo eso enfrentándome a mi joven amigo Mike, claramente una pista si Anchee está escribiendo el guión? Sospecho que el tío Chaney ha tomado prestada una página adhesiva del tío Remus, y el joven Mike es el maravilloso bebé de alquitrán disfrazado. –Todo esto podría ser una mera coincidencia –digo–. ¿Estás segura de que no dijo nada en absoluto que insinuara ese “nada” que esperaba?

“Cuando estaba de buen humor o muy animado, decía que algo *muy* importante estaba a punto de suceder, algo *revolucionario*, decía, y que todo iba a cambiar. Se mostraba críptico y extraño, pero ya estoy acostumbrada a eso. Pensé que era solo él quien se preparaba psicológicamente para el concierto en Providence. La gente piensa que actuar es fácil para él porque es muy relajado, pero se estresa durante días antes de actuar. Todo es cuestión de vida o muerte para él.

“Cuando volvió de Providence, me dijo: 'Soy el genio más grande del planeta'. Pero cuando hablé con Brad, me dijo que habían fracasado por completo. Era un bar de universitarios ricos y no les interesaba para nada una extraña banda de punk anarquista de Richmond. Brad y Dave no pueden entender por qué Mike los contrató allí en primer lugar. Brad dijo que Mike actuó como si no le importara en lo más mínimo que prácticamente los abuchearan fuera del

escenario y que ni siquiera tocaran el último set. ¿A *Mike* no le importaba? No lo creo. Pero cuando traté de preguntarle al respecto, todo lo que pudo decir fue que vendrías a cenar, como si la única razón por la que fueron a Providence fuera para recogerte en el aeropuerto.

–Cometí el error de preguntarle por qué era tan importante que vinieras a cenar. No te ofendas, pero eras un extraño en una limusina que tenía el mismo nombre que uno de sus héroes. Y se enojó por eso, se puso a la defensiva como siempre, dijo que no quería hablar de eso y que yo no lo entendería de todos modos y que iba a arruinarlo todo obsesionándose todo el tiempo. Pero *él* es el que está obsesionado. –Se detiene para recuperar el aliento y controlar su ira–. De todos modos, tuvimos una gran pelea por eso justo antes de que vinieras. Su padre vino en medio de todo y eso fue todo. Lo último que dijo fue que si se salía con la suya, te mudarías aquí y que si no me gustaba, podía irme.

No le pregunto cómo pudo saber algo así antes de que yo lo hubiera pensado, porque confío en que probablemente sé la respuesta a esa pregunta mejor que ella. Puedo imaginar el dolor que sus crueles comentarios deben haberle causado. No es de extrañar que tenga sentimientos encontrados sobre mí. Resisto el impulso de exponer mis propias sospechas sobre Mike, porque no confío lo suficiente en ella como para revelar la verdad sobre mí, y una revelación lleva prácticamente a la otra. El único camino

que me queda es persuadirla de su locura. –Este extraño comportamiento, dices, comenzó algunos meses antes de mi llegada, pero nunca vi a Mike antes de llegar a Richmond. Ni siquiera supe que iba a venir aquí hasta el último minuto. –Cuento nuestros crímenes con los dedos–. Él, Brad y Dave me trajeron; propuso mi nombre para esta conferencia que daré en la universidad; supuso correctamente que un tipo sin hogar como yo podría mudarse aquí: esta es la suma total de nuestra colusión, un asunto que difícilmente merece una transformación como la que describes. Tal vez Mike esté molesto por algo más. Tal vez esté ebrio de poder. Es como la “dictadura del proletariado” de Marx: una vez que son dictadores, ya no son el proletariado, sino los nuevos jefes.

–Tiene algo que ver contigo. Sé que sí. Y con este discurso que estás a punto de pronunciar.

–Entonces es una cuestión de su propia imaginación, porque no me ha contado el secreto. Yo sospecho que podría estar involucrado en algún asunto turbio con el misterioso tío Chaney, del que tanto he oído hablar. –Miré con el ceño fruncido su figura inmóvil, envuelta en chenilla.

Ella sacude la cabeza. “No entiendo cómo. Hace tiempo que se fue. Se fue antes de que yo me mudara”.

“¿Adónde fue?”

–No lo sé. No creo que nadie lo sepa. Podrías preguntarle a TJ. Es su tío.

–¿Pero él y Mike eran particularmente cercanos?

–Supongo que sí. A todo el mundo le gustaba Chaney. Todos contaban historias sobre él. Yo me cansé de oírlas, la verdad. Pero si no fuera por él, no habría casa.

“¿Qué quieres decir?”

“Quiero decir que esta es la casa de Chaney”.

Me alegro de estar sentado. Mi anfitrión mágico está lleno de sorpresas. “¿La *casa de Chaney*?”

“Pensé que lo sabías. TJ suele contarles a los recién llegados la historia de cómo su tío, al que había perdido hacía mucho tiempo, apareció de la nada, compró esta casa y aportó el dinero para arreglarla para un 'experimento de vida en comunidad' y luego se fue hace unos nueve meses diciendo que volvería cuando el mundo hubiera cambiado”.

“¿Dijo esas mismas palabras?”

“Eso es lo que todos dicen que dijo. Pero siempre decía cosas locas como esa. Nadie se lo toma demasiado en serio. Siempre he pensado que era su manera de decir que nunca volvería, como cuando digo 'publicaré mis poemas cuando los cerdos vuelen'”.

Esta conmovedora confesión no puede dejar de conmoverme, y me apresuro a tranquilizarla. “Entonces, espero con ansias a los cerdos voladores”, digo. “Seguro que serán la próxima novedad”.

A pesar de sus problemas, logra sonreír. “Eres demasiado amable”, dice. “Apuesto a que la gente te lo ha dicho antes”.

“Sí, lo han hecho.”

“¿Hablarás con Mike y descubrirás qué está pasando?”

–Como soy un tipo tan agradable, supongo que tendré que hacerlo. Pero no prometo nada. En la medida en que él sepa lo que está pasando y me lo diga, intentaré descubrir la verdad del asunto y compartirla contigo en la primera oportunidad. Y, ya que estoy en ello, le sugeriré que te trate con la amabilidad y el respeto que mereces.

–No le digas eso. No le digas que hablé contigo. *Por favor.* Se cabrearía mucho.

“Como desees.”

–Gracias, Peter –dice, abrazándome por el cuello, y me conmueven los recuerdos de los abrazos espontáneos de mi Sasha cuando su indulgente padre volvía a complacerla. Sobre nuestras cabezas, la puerta principal se abre y se oyen pasos en el pasillo. Sondra sube corriendo las escaleras y grita mientras desaparece en la cocina: –Mike, ¿eres tú?

Mientras escucho su respuesta, el joven que hay en mí le advertiría que no se metiera con ese sinvergüenza, pero el viejo sabe que no serviría de nada, incluso podría volverlo más atractivo. Mortimer, que se apoya en mi regazo sobre planos de libros que se mueven como un oso polar sobre hielo traicionero, me aconseja con su maullido seco y lacónico que los ignore a ambos y que le rasque detrás de las orejas como a él le gusta.

Capítulo XVII

A TRAVÉS DEL ESPEJO

Hay que buscar nuevos caminos, nuevas cuestiones: el pasado ha sobrevivido y no vivirá más.

–PETER KROPOTKIN, *Campos, fábricas y talleres*

La cuestión, entonces, no es tanto cómo evitar las revoluciones, sino cómo lograr los mayores resultados con la menor cantidad de guerra civil, el menor número de víctimas y un mínimo de amargura mutua.

–PETER KROPOTKIN,
Memorias de un revolucionario

La noche siguiente, después de un largo día de escribir discursos, de prepararlos y de tirarlos a la basura, me uno a Rachel, Jonás y Wendy para explorar el canal recientemente restaurado del centro de la ciudad. Una pequeña parte del sistema de canales que floreció antes de los ferrocarriles ha resucitado como una hermosa, aunque inútil, vía fluvial para embarcaciones eléctricas de recreo, flanqueada, no por caminos de sirga, sino por un atractivo paseo marítimo con vistas a la ciudad por un lado y al río por el otro, y que se llamará Paseo del Canal. Está en los últimos días de construcción: las embarcaciones están envueltas en lonas, las luces y otros accesorios en varias etapas de instalación, prolijos montículos de escombros que aún no se han retirado, tiras de plástico amarillas estiradas aquí y caídas allá sin ningún propósito aparente. Pero las pasarelas están terminadas, los trabajadores se han ido a casa por el día y somos parte de una población diminuta y dispersa de intrusos. Un grupo bullicioso de muchachos circula, aprovechando esta última oportunidad para violar en bloque la prohibición de bicicletas y pequeños vehículos letales conocidos como patinetas, pero la mayoría de nosotros somos paseantes al anochecer disfrutando de un paseo tranquilo en un día fresco y agradable.

Abril es un mes cambiante, al parecer. También históricamente. Abril fue el mes en que se rebeló; abril fue el mes en que cayó.

Le digo esto a Jonás, que se ríe de mí: “Sin duda te estás convirtiendo en un habitante de Richmond, Peter. Wendy dice que tarde o temprano la historia se te va a filtrar en el cerebro si te quedas aquí mucho tiempo. Me contó un chiste: “¿Cuántos habitantes de Richmond hacen falta para cambiar una bombilla?”

“Hace un par de semanas no sabías lo que *era una bombilla*. Ahora estás contando chistes sobre ellas. Me sorprendes”.

“Hay un chiste que se llama el chiste de la bombilla. ¿Lo conocías?”

“Nunca había oído hablar de él. ¿Cómo es?”

“¿Cuántos hacen falta para cambiar una bombilla? Es como decir: ‘¿Cuántos anarquistas hacen falta para cambiar una bombilla?’”

“¿Cuántos?”

“No lo sé. Sólo lo estaba usando como ejemplo”.

–Hmmm... Yo diría... todos.

“Pero eso no tiene gracia.”

–No, ¿verdad? ¿Qué tal uno, en solidaridad con todos los demás?

–Eso está mejor. Aún es demasiado serio.

“Ya lo tengo: 'Viene la revolución' –apoyo mi juego de palabras con un movimiento en espiral– 'la bombilla estará equitativamente jodida'”.

Se ríe de eso, así que dejo de hablar mientras voy ganando. “¿Cuántos habitantes de Richmond se necesitan?”

“Casi lo olvido. Hacen falta cuatro. Uno para joderla y tres para hablar de su herencia. Tú puedes ser uno de esos tres”.

“Es un lugar muy concurrido”.

Esta salida es la más ambiciosa que he presenciado hasta ahora en la notable convalecencia de Jonás, que se desarrolla principalmente en torno a la mesa. El ungüento que Earl le proporcionó parece obrar milagros, o tal vez esté respondiendo enteramente a los buenos oficios de Wendy. Como la mayoría de los nuevos amantes, se han guardado muchas cosas para sí mismos, al igual que Rachel y yo. Sin embargo, esta cita doble fue una excelente sugerencia de Wendy. Su desenfrenado cariño mutuo se manifiesta en palabras, caricias y miradas, lo que me lleva a especular que sus bromas sobre mí han sido una estratagema para distraer

la atención de Jonás, igualmente lindo, y de ella misma, quienes apenas reciben ninguna burla. Esta inequidad también puede deberse a la falta de Jonás de la coloración roja necesario que todos parecen encontrar tan condenadamente divertida.

Rachel y Wendy, que sólo habían hablado antes en el contexto de la tumultuosa mesa de la cocina, tienen mucho de qué hablar, al parecer, en este lugar más tranquilo. Caminan una docena de pasos delante de Jonás y de mí, Wendy relata alguna aventura en tono confidencial, una historia animada a juzgar por sus manos juguetonas. El sonido de sus risas al final de la historia nos llega a Jonás y a mí, y sonreímos al unísono por nuestra gran buena suerte.

Debemos parecer unos conspiradores bastante siniestros, aunque alegres, con nuestros abrigos negros largos a juego, heredados de Brad y Dave, caminando uno al lado del otro, comparando notas sobre nuestras nuevas vidas, deteniéndonos para examinar cada pieza de maquinaria a lo largo del camino. Y la maquinaria es, lo confieso, bastante irresistible para el niño que llevo dentro: filas de grandes ruedas de hierro que controlan bombas y esclusas y quién sabe qué más, todo controlado por diales y medidores misteriosos que me hacen forzar la memoria para recordar mi escaso acervo de conocimientos hidráulicos.

Al poco rato, Rachel y Wendy se nos adelantaron a cierta distancia y, para mi sorpresa, Jonás perdió todo interés en

los aparatos y dijo que tenía un asunto de gran importancia que deseaba discutir conmigo en privado. La maquinaria atraía a un flujo constante de intrusos curiosos, por lo que continuamos por el paseo en busca de una mayor privacidad. El canal y la pasarela pasan por debajo de un ancho puente para automóviles de poca altura que había frente a nosotros. Debajo del puente parecía un lugar bueno.

En la barandilla de arriba hay un hombre con una cámara que toma fotografías del canal. Miro por encima de mi hombro y veo que ha elegido una buena perspectiva, aún mejor desde donde está, con grandes edificios antiguos en primer plano y vistas de las cataratas del río James a lo lejos. Tomo nota mental de echar un vistazo a una cámara moderna cuando tenga la oportunidad de ver qué avances se han hecho. Aunque me parece que, incluso ahora, el hombre es más importante que el objetivo.

Mientras pasamos bajo las frescas sombras del puente, Jonás va directo al grano: “Le dije la verdad a Wendy”.

Lleva algún tiempo debatiéndose sobre esta decisión y hemos hablado de ello más de una vez. “¿Cómo te fue?”

“Le digo que he sido un esclavo toda mi vida, que vengo de una época diferente, de un mundo completamente diferente. Tenía que decírselo. No puedo mentirle a la mujer por mucho tiempo. No cuando nos sentimos así. No puedo

permitir que ella piense que soy estúpido todo el tiempo por todas las cosas que no sé. Todo el día, todos los días, intento entender las cosas, ¿sabes? *Todo* es diferente. Música en un pequeño círculo plateado como este. Bandas elásticas. ¿Cómo lo llamas? Teléfono. La primera vez que lo oí *chirriar, chirriar, chirriar*, lo perseguí con el zapato en la mano. Wendy se estaba riendo tanto que ni siquiera podía hablar”.

–No me dejes en suspenso, amigo mío. ¿Wendy te creyó o no?

–Más o menos. –Se ríe, obviamente sorprendido de que ella le crea–. Quiere ver el reloj, para estar segura, y le dije que se lo mostraría. ¿Aún lo tienes?

Veo inmediatamente hacia dónde va todo esto y me invaden las dudas. “Por supuesto”, digo, “nunca tuve el buen sentido de tirarlo a la basura”.

Me tiende la mano y me dice: “¿Puedo tenerlo?”

Sé que él y Wendy no sólo quieren *ver* el reloj, sino verlo funcionar, jugar con el tiempo como si fuera un volante, un pasatiempo que me parece tonto y peligroso en extremo. No quiero dárselo, pero ¿cómo puedo negarle la oportunidad de que crea en él? El reloj es *mío* sólo en la medida en que Anchee lo deslizó en mi bolsillo y no en el de Jonás.

–Por supuesto –digo–. Es tan tuyo como mío. –Resisto a la tentación de advertirle que tenga cuidado. Él puede

imaginar los riesgos tan bien como yo; tal vez, con su aptitud para las cosas mecánicas, mejor-. Líbranos de los demonios –digo, mientras coloco el reloj en su palma y lo rodeamos con nuestras manos.

Se ríe. “Tú y yo hemos sido invitados a la casa de los demonios”. Sostiene el reloj entre el pulgar y el índice y lo mueve. “Ésta es la invitación”. Lo deja caer en el bolsillo interior de su chaqueta y le da una palmadita.

–Sólo por curiosidad, ¿qué pretendéis hacer exactamente tú y Wendy con él?

Sonríe y agradece el plan: “Lo llevaremos a Monument Avenue esta noche. Wendy dice que quiere que le muestre un momento antes de que esa estatua de Lee esté allí. Dice que creará en *cualquier cosa*”. Se ríe entre dientes ante la declaración de su amante.

–Es un plan admirable –digo-. No puedo imaginar un medio más pacífico de derribar un símbolo odiado de opresión que *preexistirlo*, pero ¿no crees...? –Me detengo antes de ponerme paternal-. Buena suerte –digo.

Rachel y Wendy se han detenido a esperarnos en el lugar donde la pasarela emerge desde debajo del puente, en el límite entre la sombra y el sol. Nos disponemos a alcanzarlas y me doy cuenta de que Jonás camina incluso a este paso acelerado con total facilidad. Y ayer estaba ayudando a Dave

y Caitlin en el invernadero. “¿Cómo están tus heridas?”, pregunto.

–No me molestan en absoluto. Ya no necesito vendajes.
–Se encoge de hombros dentro del abrigo y sonríe–. Me siento bien, mejor que bien.

–Earl estará encantado de saberlo. Fui a verlo ayer. Me preguntó por ti.

–Tal vez Wendy y yo vayamos a verlo mañana. ¿Sigue igual?

“Sigue igual.”

“Pensé en él el otro día, en los tres. Wendy y yo fuimos a ver una película el otro día. ¿Has visto alguna vez una de ellas? Todas esas imágenes, muy, muy rápidas, con una luz brillante brillando a través de ellas”. Mueve sus manos para imitar un proyector de películas, sus dedos oscuros representan rayos de luz; y me lo imagino arrastrando a Wendy hasta la cabina del proyccionista para que pudiera investigar cómo se lograba la magia.

–Sí, lo conocía de mi antigua vida, aunque no estaba a la altura de la nueva que vi en el avión. Pero entonces no oí el sonido. Al parecer, venía a través de unos cables que te colocas en los oídos. Desde entonces, Rachel y yo hemos visto vídeos.

–Vimos una película llamada *Matrix*. Muy extraña. Muy ruidosa. Demasiadas armas, creo. *Bang, bang, bang, bang, bang*. No entiendo mucho. Pero me hizo pensar: soy como el hombre de la película, como tú y Earl también, como él, vivo en un *mundo mágico*. –Hemos llegado hasta Wendy y Rachel, y él pone su brazo alrededor de los hombros de Wendy mientras salen a la luz del sol, y sin la mueca de dolor que tal movimiento le habría costado no hace mucho tiempo, barre con su brazo libre el espectáculo de los imponentes edificios de la ciudad–. El totalmente asombroso, mundo mágico.

Me acerco a Rachel por detrás y la rodeo con mis brazos, y ella los abraza. “Jonás me pidió el reloj”, le digo, “y se lo di”.

“Me lo imaginé”, dice ella.

“¿Lo sabías? ¿Wendy te contó cuál era su plan?”

–Por supuesto. ¿De qué creías que estábamos hablando? ¿De hornear galletas?

–Seguro que no hay suerte. Ahora que lo dices, tengo un hambre terrible. –Le acaricio el cuello con la nariz y gruño.

“¿Me vas a comer?”

–Creo que sólo la oreja. –Le mordisqueo el lóbulo y ella se ríe y se da vuelta en mis brazos. La miro a los ojos sonrientes.

–No te preocupes, Peter. Todo saldrá bien.

“¿Crees eso? ¿Hice lo correcto con el reloj? ¿Es realmente una buena idea?”

“Lo veremos por nosotros mismos esta noche, ¿no?”

“¿Lo haremos? ¿Quieres decir que estamos invitados?”

–Por supuesto. No me lo perdería. Para ser sincera, he estado reuniendo valor para pedir que me muestren el reloj. La fe es maravillosa, Peter, pero sólo un idiota le da la espalda por completo a una prueba contundente.

–Estoy de acuerdo, pero me temo que aún necesitarás fe. El hecho de que lleve una máquina del tiempo en el bolsillo no significa que sea quien digo ser.

–Tienes razón –reflexiona–. Pero sin duda te hace más interesante. –Me da un beso rápido–. No hagas pucheros, Peter. Sé que eres quien dices ser porque sé que no me mentirías.

“Un argumento muy convincente.”

–Wendy lo creía así. Dijo que Jonás estaba seguro de que le darías el reloj, pero que no te gustaría.

“Tenía toda la razón.”

“¿Dónde está el joven y audaz explorador?”

“Tal vez ya no sea tan joven.”

“Lo sé.”

“¿Pero qué pasa si nuestras 'exploraciones' cambian las cosas?”

“Eso tal vez no sea tan malo, como señalas a menudo”.

“Tocado.”

Cuando alcanzamos a Wendy y Jonás, él dice por encima del hombro: “Peter, casi lo olvido. Aprendí el alfabeto que me diste. Wendy me dijo todos sus nombres y sonidos. Y algunos sufijos, ¿cómo los llamas? He estado practicando”.

“Da miedo”, dice Wendy. “Una mañana repasamos el abecedario como dos veces y cuando llego a casa del trabajo, hay una carta de amor esperándome”. Ella le da un golpecito cariñoso con la cadera y él no sabe si sentirse orgulloso o avergonzado. “Mientras tanto, arregla mi mecedora, arregla la puerta de nuestra habitación para que no se atasque más y la vieja cerradura funcione de verdad. Incluso consiguió que mi vieja aspiradora, que llevaba cien años esperando a ir ala basura, volviera a funcionar”.

“Sólo estoy ocupado”, dice. “Me gusta estar ocupado”, añade en defensa de su industria, y reconozco que es un alma encerrada en sí misma y que se ha desatado. Cuando los siervos fueron liberados, muchos amos necios vieron su

profecía de la ociosidad refutada diez veces y se preguntaron en voz alta por qué los miserables tramposos nunca habían trabajado tan duro para ellos y su látigo.

Bajamos un tramo de escaleras hasta el nivel de la calle y Jonás señala los carteles que bordean la acera. “No aparcar”, dice lentamente. “¿No. Estacionamiento. En. Cualquier. Momento?” (Mira a Wendy en busca de confirmación y ella sonríe con adoración). “No. Estacionamiento. En. Cualquier. Momento”.

Como si supiera que deseo hablar con él, Mike se ha esfumado todo el día y no ha regresado cuando emprendemos nuestra expedición a Monument Avenue a medianoche. Rachel, cuyo entusiasmo por esta aventura parece ilimitado, hace campaña a favor de las bicicletas como medio de transporte, señalando que si tuviéramos que huir de la zona, podríamos eludir fácilmente la persecución en los callejones de los alrededores; pero al descubrir que Jonás (aunque está ansioso por aprender) nunca ha montado en bicicleta, rápidamente cede y se une a mí en el asiento trasero del coche de Wendy.

“Poneos el cinturón de seguridad”, aconseja, y ya se lo ha puesto antes incluso de que se ponga en marcha el motor.

El mío, que obviamente no se ha usado durante algún tiempo, debe ser desenterrado de los cojines del asiento y de otros desechos diversos (bolígrafos, envoltorios de caramelos, monedas), una excavación que retrasa nuestra partida unos minutos. “¿Tengo que señalar lo ridículo que es preocuparse por mi seguridad en *esta* máquina”, pregunto a mis compañeros, “cuando estamos a punto de tirar la precaución por la borda con la otra?”

“¡No!” responden al unísono, y así, escarmentado, me preparo con mal humor para el viaje.

He intentado convencer a los demás de que se busque un lugar apartado para este experimento, pero están decididos a flanquear al general con una retirada táctica al pasado. Al recordarles el cuervo secuestrado, he conseguido convencerlos de que viajen a una época anterior a la colonización europea y africana de la zona, para reducir el riesgo de secuestrar a personas del pasado, por no hablar de asustarlos hasta la muerte o provocar su ira. Wendy y Rachel, las historiadoras de la expedición, coinciden en que la fecha de 1600 es la más segura en ese sentido. Aunque ninguna de las dos puede hablar con seguridad sobre el asunto, creen que la población nativa residía mucho más cerca del río de lo que estaremos nosotros. A menos que viajemos a la prehistoria, donde se presentan otros peligros, no hay forma de evitar el riesgo por completo.

Varias luces eléctricas iluminan el monumento por la noche, y sólo cuando llegamos y aparcamos a una manzana de distancia, Wendy admite que en el pasado se han cometido actos de vandalismo contra el valiente soldado y que la policía puede estar alerta ante cualquier actividad sospechosa en sus inmediaciones. Nos sentamos en el coche y esperamos a que pase el ruidoso y jadeante paso de un corredor que, al parecer, no se hartó cuando salió el sol. Me pregunto en voz alta si habrá algo en la comida que provoque este correr sin rumbo, incluso cuando estoy tranquilo, y Wendy dice que son *las endorfinas* y promete explicarlo más tarde. Cuando ya no lo vemos, salimos del coche, cerrando las puertas lo más silenciosamente posible y nos dirigimos a la explanada bordeada de árboles, recorriendo el mismo camino que utilizó el corredor, acercándonos con cautela al general Lee en un lento desfile en fila india. Se me ocurre que seríamos menos sospechosos si todos nos quitáramos la ropa y echáramos a correr.

Llevamos mi vieja manta para extenderla en el césped de Lee y así parecer simples excursionistas a la luz de la luna, aunque a nadie se le ocurrió traer comida para completar la farsa. No importa. Estaba tan ansioso durante la cena que apenas comí un bocado, y todavía no creo que pudiera hacerlo. Hay algo en todo este asunto que no me gusta, pero no puedo precisar exactamente qué.

Salimos de entre los árboles y vemos a Lee al otro lado de la calle, todo iluminado, todo un estadista tan majestuoso

como cualquier Estado podría desear, y un caballo realmente hermoso. “Podemos verlo perfectamente desde aquí”, señalo. “¿Qué tiene de malo estar aquí?”

–No lo entiendes. Quiero estar frente a él –dice Wendy–. Quiero estar de pie en su jardín delantero.

Miro a Jonás en busca de apoyo, pero él se encoge de hombros como si dijera: “*Si eso es lo que quiere la mujer*”, y miro a Rachel, que dice: “Vamos, Peter. Este es el espectáculo de Wendy. Solo estamos haciendo un picnic inofensivo. No estamos infringiendo ninguna ley”.

–Si así fuera, me convencería más fácilmente de que veo lo bueno que hay en ello. –Rachel me lo permite con una sonrisa y yo cedo. –Muy bien –digo–. Sigamos adelante.

El plan es muy sencillo: nos situaremos delante de la estatua, encenderemos la máquina del tiempo, visitaremos 1600 o algo así, estaremos de vuelta en un instante y abandonaremos el lugar a toda prisa. De vez en cuando pasa algún coche, pero deberíamos poder cronometrar nuestro viaje de forma que nadie nos vea. No tengo claro qué observaría un testigo en cualquier caso. Si alguien que vive en una de estas grandes casas cercanas mira por la ventana y ve (o cree ver) un breve resplandor azul en el picnic antes de que se marche, es dudoso que informe de este incidente a las autoridades o que les importe si lo hace. Hemos hablado de todo esto antes de venir aquí y estamos seguros

de que no nos enfrentamos a ningún peligro real. Aun así, estoy tan nervioso como un gato, mucho más nervioso que Mortimer, confío, que probablemente esté durmiendo cerca de mi monitor mientras hablamos.

Todos estamos de acuerdo en que Wendy debería tener el honor de operar el reloj. Mientras Rachel y yo extendimos la manta en el suelo, Jonás le explica una vez más los controles y ella le repite sus instrucciones. Nos paramos sobre la manta, todos apiñados alrededor de Wendy, mirando a Lee. Wendy enciende la máquina y aparece la luz azul. Agarra el vástago con las yemas de los dedos. “¿Listos?”, pregunta.

En ese momento, una figura oscura sale de detrás del pedestal de piedra de Lee y una voz ronca grita: “¡Quietos! ¡Policía! ¡Pongan sus manos donde pueda verlas!”. En la periferia de la luz azul, un policía se agacha, con su arma y su linterna apuntándonos. A Jonás, en realidad, cuyo rostro desafiante y brillante no presagia nada bueno para las negociaciones pacíficas.

–En el sentido de las agujas del reloj –susurro con urgencia en el oído de Wendy como un suave recordatorio de que nuestro destino está completamente en sus manos. Ella me entiende de inmediato y el mundo se vuelve tranquilizadoramente negro, sin policía ni arma, y la luz cegadora en el rostro de Jonás cae a sus pies. Miro con cierta aprensión para ver si todavía hay algún policía. No lo hay.

–Estuvo cerca –dice Rachel estremeciéndose.

“Dime”, exclama Jonás.

–Sigue estando allí –les recuerdo–. *En ese momento y lugar.*

–¿Qué demonios estaba haciendo allí en primer lugar?
–pregunta Wendy–. Estaba como *esperándonos*.

“Tal vez sí”, dice Jonás. “Tal vez Anchee esté haciendo sus trucos otra vez”.

–Pero ¿qué creía el policía que íbamos a *hacer*? –pregunta Wendy–. Nos estaba apuntando con un *arma*. Es una locura total.

–Tal vez Anchee le susurró alguna mentira al oído –sugiere Jonás.

–Ya basta de Anchee –digo con firmeza–. No podemos molestarnos con sus tonterías: estamos en nuestra propia expedición.

Rachel me abraza el brazo. “Ese es el espíritu”, dice.

Durante esta conversación, todos estamos concentrados en el reloj que Wendy sostiene ante sí para que podamos presenciar cómo los años se cuentan hacia atrás con una rapidez cada vez mayor. El apagón impuesto por la negativa

o la incapacidad de la máquina para conducir a sus pasajeros a un tiempo y lugar donde puedan encontrarse con sus seres anteriores dura algo más que el viaje que hicimos Jonás y yo (ya que las vidas de Rachel y Wendy comenzaron en esta ciudad hace algunos años), pero sigue siendo solo cuestión de segundos, el tiempo justo para haber mantenido la conversación que he escrito anteriormente. Cuando el apagón se levanta y la estatua de Lee aparece a la vista el día de primavera en que Rachel nació en un hospital cercano en 1965, lo abucheamos rotundamente en el rápido parpadeo de los días hasta 1890, cuando desaparece abruptamente después de un cuarto de minuto más o menos. Una carrera de soldados no dura más de un segundo mientras aceleramos a través de los siglos. Pronto alcanzamos tal velocidad en nuestro movimiento a través del tiempo que el mundo parece desprovisto de objetos distinguibles y se convierte en una mera progresión de colores.

Nos detenemos en medio de un verde imponente e intenso. Un gran bosque se alza a nuestro alrededor, silencioso salvo por el débil trino de los pájaros y el parloteo de las ardillas. Los árboles son inmensos y están muy espaciados: castaños, robles blancos, nogales. La mayoría tienen un diámetro de más de un metro. Veo uno de un grosor tal que los cuatro no podríamos abrazarlo con las manos. Enredaderas tan gruesas como el brazo de un hombre trepan hasta la exuberante y frondosa copa de finales de primavera, a más de treinta metros por encima de

nuestras cabezas. Es como si todos nos hubiéramos encogido en un instante hasta la mitad de nuestro tamaño anterior. El espeso dosel deja pasar poca luz solar directa y todo es fresco y oscuro y huele a vida.

“¡Genial!” susurra Wendy astutamente.

Rachel me aprieta la mano con tanta fuerza que temo que se me rompa. “Dios mío”, dice. “Es todo verdad”.

–Pensé que tenías fe –le digo.

“Nadie tiene tanta fe. ¡*Mira!* ¿Podemos ir al bosque?”

Sin dudarle, Wendy apaga el reloj y el resplandor azul desaparece. Antes de que pueda detenerla, se adentra en el bosque con Jonás voluntariamente detrás. Levanta las manos al aire y baila alrededor de donde dentro de unos siglos estará un Lee de bronce. Jonás la agarra por la cintura y la levanta en el aire riendo. “¡Vamos!”, nos llama. “¡Es increíble!”.

He leído relatos de lo que encontraron los primeros visitantes europeos cuando llegaron a estas costas, pero no me prepararon del todo para la realidad. Para cuando llegue Jonás, dentro de un par de siglos, la mayor parte de este lugar ya habrá sido destruido. ¿Cómo pudo suceder –me pregunto por milésima vez desde mi infancia– que la gente llegara a pensar que podía *poseer* esta magnificencia? Tal

vez esa misma *arrogancia* los llevó a concluir que podían poseer a sus semejantes en cuerpo y alma.

–¿Vamos? –le pregunto a Rachel, ofreciéndole mi brazo.

“Por supuesto”, dice ella.

Pasamos del césped bien cuidado de Lee al suelo del bosque, repleto de castaños, bellotas y nogales duros como el hueso (suficiente alimento para sustentar a una increíble población de vida salvaje), y experimento una sensación de libertad total como la que he anhelado toda mi vida. Aquí estamos en un bosque atemporal que no pertenece a nadie, sin ley, sin iglesia, sin policías... ¿Quién podría pedir algo más?

“Volveremos en un rato”, nos dice Wendy. Ella y Jonás han estado siguiendo un sendero de ciervos en el bosque y ahora desaparecen detrás de una colina baja.

Empiezo a llamarlos, pero Rachel dice: “Déjalos en paz”.

“¿Adónde van?”, pregunto.

–Oh, Peter –responde Rachel–. ¿Dónde crees que van? Al fin y al cabo, estamos en el Edén.

–Oh –digo, y pronto Rachel y yo descubrimos un sendero propio hacia las profundidades frescas y tranquilas del bosque verde oscuro. Mi rostro carmesí ilumina el camino

como Rodolfo, otro cuento navideño que Rachel me cuenta en voz baja mientras descansamos tranquilamente en la orilla de un arroyo cubierto de musgo mientras masticamos ramitas de berros. Una bandada de pavos salvajes pasta a nuestro alrededor. Las ardillas terrestres exploran alegremente los pliegues de nuestra ropa desechada.

Después de un tiempo (y, sinceramente, no podría decir cuánto tiempo, aunque lo suficiente como para lamentar la omisión de una canasta de picnic), los cuatro nos reunimos con el mejor ánimo para discutir nuestro próximo movimiento.

–Tenemos que volver –digo y todos asienten de mala gana.

“¿Y qué pasa con el policía?”, nos recuerda Wendy.

No tardamos mucho en idear un plan, ya que tenemos todo el tiempo del mundo para escribir nuestros papeles y ensayarlos con antelación. Ocupamos nuestras posiciones y nos dirigimos con determinación hacia el futuro, presentándonos ante el sorprendido agente de patrulla prácticamente encima de él. Jonás tiene el honor de cegarlo con el haz de su propia linterna. Me toca a mí, con mi bajo centro de gravedad y la fuerza de mi parte superior del cuerpo, darle un puñetazo en el estómago. Wendy y Rachel le quitan el arma y todos le echamos la manta sobre la cabeza. Un golpecito en la cabeza con la linterna acalla sus objeciones y lo envolvemos en la manta (con cuidado para

que pueda respirar) y lo sujetamos con nuestros cinturones. Después corremos como locos hacia el coche y nos alejamos lentamente. Wendy, a pesar de su buen humor, posee la presencia de ánimo para conducir moderadamente, incluso mientras se rebota en su asiento gritando: “¡Eso fue jodidamente *increíble!*”.

Rachel y yo nos abrazamos, olvidamos por completo nuestros cinturones de seguridad. Ella me quita una ramita de berro de la barba y me la pasa por la nariz de un lado a otro. “¿Dónde has estado toda mi vida?”, me pregunta, y no puedo imaginar cómo responder a una pregunta tan compleja.

A la mañana siguiente me despierto y veo a Zipper sonriendo a Rachel y a mí en la cama. Intento cubrir el hombro desnudo de Rachel con la sábana, pero el peso combinado de todos los gatos lo vuelve inamovible. Aparecieron en algún momento en mitad de la noche. Wendy afirmó una vez que buscan el resplandor poscoital (de ahí su afición por mi habitación cuando Rachel está aquí), pero es posible que solo estuviera bromeando.

Zipper, cuyo apodo descubrí que es una versión refinada de ZipLoc, una variedad de bolsa de plástico en la que prefiere envasar el cannabis que vende, parece haber estado probando los productos esta mañana. “Hola, chicos. Esta noche voy a cocinar así es que me voy al mercado. Todos los

veganos incondicionales se han separado de la banda para ir a Chapel Hill, y estaba pensando...”

“¿Mike se fue?”

–Sí. Algún concierto benéfico para liberar a alguien o algo así. No sé. No creo que la mitad del tiempo sepan para qué están tocando. Me dijo que te dijera que volverían para tu charla en la escuela. De todos modos, estaba pensando...

“¿Sondra fue con ellos?”

–Sí. Todos menos vosotros, Wendy y Jonás, TJ y yo. Ya he hablado con todos los demás. ¿Qué os parece? Un bistec a la parrilla. Todos hemos jurado guardar el secreto.

Rachel se ríe suavemente en mi hombro mientras se despierta y se da vuelta sobre su espalda, estirando los brazos por encima de su cabeza. “Suenan deliciosos”, dice.

Tengo muchas ganas de sentarme a trabajar, porque finalmente he llegado a una idea de lo que quiero decir, pero tan pronto como Rachel se ha ido pedaleando, Wendy y Jonás me piden verme en la cocina para una nueva revelación.

“Cuando aprendo algo nuevo”, dice Jonás, “trato de encontrarlo en todas partes, lo leo todo de nuevo, buscándolo. Wendy me enseñó sobre la 'ch' como en 'iglesia' (church) y 'cadenas' (chains) y 'playa' (beach). Así que lo

busco toda la mañana: 'cerilla' (match) en la caja de cerillas, 'Richmond' y 'Despacho' (dispatch) en el periódico, 'canal' (channel) en el control del televisor. 'Chapstick' (pintalabios). Luego me encuentro con esto aquí; casi no lo noto porque está en medio de la palabra y las letras son muy pequeñas”. Levanta el tubo de ungüento que nos dio Earl y lee: “*Nano-Heal-All (nano-cura-todo)* del Doctor Anchee. Wendy dice que 'nano' significa que hay pequeñas *máquinas* adentro que reconstruyen todo como estaba”. Me ofrece el tubo para que lo inspeccione, pero levanto las manos. “Quédatelo”, digo.

“Ya no lo necesito”, dice. Se da la vuelta y se quita la camisa de la espalda. No solo se han curado sus cicatrices recientes, sino también las antiguas. Está tan libre de cicatrices como mi yo renacido.

“No existe ningún medicamento que pueda hacer eso”, dice Wendy. “Ni siquiera de lejos. Debe actuar a nivel molecular”.

“Es como magia”, lo admito.

Ella toca los hombros sin cicatrices de Jonás como si las cicatrices todavía estuvieran allí y besa su espalda. “¿Por qué Chaney está haciendo todo esto?”, pregunta. “Todo ese *dolor*. ¿Cree que está bien ahora porque no se *nota*?”. Ella lo cubre con su camisa, y él se da vuelta y la sostiene en sus brazos. Ella apoya la cabeza en su pecho. “Todo el mundo

quería a Chaney. Siempre fue tan *amable* con todos. Ahora es como si solo nos estuviera mintiendo, utilizándonos. Sin ninguna razón”.

–Puede que sus intenciones sean decentes –le digo–. No sabemos cuáles son.

–No importa –dice Jonás–. No son *mis* intenciones ni las *tuyas*. Tal como yo lo veo, el hombre me golpeó y ahora viene él y cura mis heridas. Está bien. Está bien. Estamos *a* mano. Hasta aquí puedo llegar hasta saber adónde iremos.

Suspiro con cansancio. “Tienes razón. No tiene sentido seguir fingiendo que Anchee dejará *nuestras* vidas en paz. No hay nada que hacer más que llegar al fondo de las cosas”.

“Estamos *en* el fondo de la cuestión”, dice Jonás. “Necesitamos salir *de ahí*”.

Después de cenar, Zipper, TJ, Wendy, Jonás, Rachel y yo nos sentamos en círculo en el patio trasero como una manada de leones hartos que se recuperan de un festín sangriento. “Sabía que todos ustedes eran carnívoros encubiertos”, se ríe nuestro chef. “Incluso tú, Wendy Lee”.

“No me llames así”, dice ella.

“¿Cómo llegó la comuna a ser vegetariana?”, pregunto.

“Fue idea de Mike”, dice Zipper.

“Y es una buena opción”, dice TJ. “Es más saludable y más ético”.

“Lo que sea”, dice Zipper. “Sólo sé que cuando hay luna llena, quiero destrozar algo de carne. Como solía decir Chaney, somos bestias en la jungla”.

“Chaney solía decir muchísimas tonterías”, dice TJ, claramente divertido por los recuerdos de las tonterías de Chaney.

–¿Quién es ese Chaney del que tanto oigo hablar?
–pregunta Jonás, con una máscara de inocencia en el rostro. Ya le he visto usar esa expresión antes. La llama su cara de esclavo.

–Es mi tío –dice TJ–. O mi medio tío, supongo. Mi abuela se volvió a casar después de dejar a mi abuelo, y ella y su segundo marido tuvieron a Chaney.

–Entonces, ¿lo conoces de toda la vida?

–No, no sabía nada de él. Mi padre ni siquiera lo conocía. Nunca vi a mi abuela (mi padre y mi abuelo estaban bastante resentidos por su marcha) y, si sabían dónde estaba o si se había vuelto a casar, nunca dijeron ni una palabra al respecto. Tampoco le contó a Chaney lo de mi padre. Él se enteró después de que ella muriera y él estuviera buscando entre sus cosas que tenía un medio hermano. Vino a buscar

a mi padre, pero mi madre y mi padre acababan de morir y él me encontró a mí.

–¿Y no sabías nada *de esto* antes de que el tío Chaney te lo contara? –pregunta Jonás.

“No tenía ni idea, pero mis padres eran así. No me contaban nada. Desde luego, no me contaban que mi abuela se había casado con un hombre negro. No quiero ofender, pero así eran ellos”.

–¿Tus padres murieron justo antes de que él apareciera? –pregunto.

“Tuvieron un accidente de coche. La policía dijo que probablemente estaban intentando evitar chocar contra un ciervo o algo así y perdieron el control. Mi padre solía conducir bastante rápido”.

O tal vez, pienso, el futuro apareció de la nada y no pudieron escapar de él. Wendy respira profundamente y comienza a hablar, pero lo piensa mejor. La misma sospecha está escrita en su rostro. Y a diferencia de mí, ella *conocía* a Chaney/Anchee. Recuerdo su expresión cariñosa cuando contaba esas salidas para nadar desnudos. Y sin embargo, aquí está el mismo hombre sospechoso de asesinato. ¿Cómo puede ser? Deben ser las miles de mentiras que habría tenido que decir, eliminando toda posibilidad de confianza.

TJ, sin embargo, habla con cariño de su tío, al que había perdido hace mucho tiempo: “Estaba en la mitad de mi tercer año de secundaria. No sabía qué iba a hacer. Chaney llegó y nos instaló en este lugar. Así es como empezó la comuna. En cierto modo, él me salvó la vida”.

Este testimonio me deja sin palabras. Wendy apenas puede contenerse. Pero a Rachel se le ocurre preguntar: “¿No eran él y Mike muy cercanos? Estaba hablando de él la otra noche”.

TJ se ríe. “¿Cercanos? Era como si fueran del mismo planeta. Siempre hablaban cosas muy, muy profundas. Nadie podía entender ni una *palabra* de lo que decían”.

“Pude entenderlos”, dice Zipper.

“Sólo porque estabas drogado todo el tiempo.”

“Me ayudó.”

TJ se ríe, recordando a su tío. “¿Qué era lo que solía decir sobre los gatos?”, le pregunta TJ a Zipper, conocido en la casa por ser un imitador consumado.

Zipper levanta una mano y se mete en el personaje, hace una pantomima de Chaney inhalando cannabis y dice con el acento inconfundible de Anchee: “Estos gatos no son gatos comunes y corrientes; estos gatos han vivido nueve vidas,

nueve veces. Estos gatos”, inhala de nuevo, “¡conocían a los malditos faraones!”.

TJ aplaude la actuación y se sorprende de que Wendy no participe. Si él estuviera sentado donde yo estoy, vería que los ojos de Wendy se han llenado de lágrimas. Jonás extiende la mano y le toma la suya.

“¿Y tú, Wendy Lee?”, pregunta Zipper. “¿Entendiste los diálogos entre Chaney y Mike?”

–No me llames así. Chaney solía llamarme así. Sólo para hacerme enojar.

“No me di cuenta de que te enojara mucho cuando estaba cerca”, dice Zipper.

–Bueno, lo hizo. Hizo muchas cosas para enojarme. Se fue, por una razón.

–Lo hizo –reconoce Zipper, levantando las manos y mirando de un lado a otro, preguntándose qué le pasa a Wendy–. Me has pillado. Lo hizo él.

“Volverá”, dice TJ.

–¿Por qué dices eso? –pregunta Rachel.

“Creo que lo hará. No parece propio de él, ¿sabes? Simplemente lo de irse”.

–¿Por qué no? –pregunta Wendy–. Apareció sin más, ¿no? De repente, de la *nada*. Tal vez sea ahí donde debería estar. ¿Cómo sabes cómo es?

TJ está completamente desconcertado por la ira de Wendy. Pero incluso si conociera nuestras peores sospechas, es dudoso que pudiera empezar a creer esas cosas de su salvador.

Zipper, que nunca se detiene en lo negativo, dice: “Voy a decir una cosa sobre Chaney: sabía más sobre el cultivo de plantas que cualquier otra persona viva. Y eso es un hecho”.

“Él sabía cosas”, coincide TJ.

–Él sabía *de ciencia* –dice Wendy, y los tres acuerdan en silencio detenerse en este punto de aparente acuerdo, incluso si los jóvenes están más que un poco desconcertados de que Wendy, de entre todas las personas, hable de ciencia en un tono de voz tan despectivo.

–Hola, Peter –dice Zipper después de un rato–. ¿No vas a dar una charla en la escuela mañana?

“Sí.”

“¿De qué se trata?”

“De anarquía”, digo.

“Genial”, dice Zipper.

Se oye un fuerte estruendo en la casa. “¡Los gatos!”, exclama TJ. “¿Dónde has puesto los huesos?”, le pregunta a Zipper.

“Los puse en el bote de basura con esa enorme tabla de cortar encima para sujetar la tapa”.

–¿Por qué no los entregaste desde el principio? –pregunto–. Confío en que esos gatos podrían entrar en la bóveda de un banco si se lo propusieran.

Zipper se encoge de hombros. “Nunca había cocinado un filete aquí antes”.

Capítulo XVIII

UN LLAMAMIENTO A LOS JÓVENES Y A LA LIBERACIÓN DE RICHMOND

Ay, todos nosotros juntos, los que sufrimos y somos insultados diariamente, somos una multitud que nadie puede contar, somos el océano que puede abrazar y tragar todo lo demás.

Cuando tengamos la voluntad de hacerlo, en ese mismo momento se hará justicia: en ese mismo instante los tiranos de la Tierra morderán el polvo.

–PETER KROPOTKIN, *Un llamado a los jóvenes*

Oímos el mismo cielo resonar con vítores cuando las fuerzas de los Estados Unidos llegaron a la

Plaza del Capitolio, y luego nos dimos la vuelta y continuamos lentamente nuestro camino.

–CAPITÁN CLEMENT SULIVANE, CSA,
al salir de Richmond. 3 de abril de 1865

La banda vuelve en mitad de la noche, tan silenciosa como ladrones. Tomo prestada una página del libro de Zipper, y Mike se despierta y me encuentra sentado en su habitación como el fantasma de Marley, sólo que ya hemos pasado la medianoche y nos acercamos al mediodía. De hecho, la hora se ha hecho tan tarde que, si va a haber tiempo para que respondan algunas de mis preguntas antes de la una (la hora señalada para mi conferencia), Mike necesita despertarse de su letargo, y por eso, durante los últimos diez o quince minutos (a falta de cadenas que hacer sonar), he estado tocando la “Internacional” (una canción chirriante, en realidad) con una armónica que encontré junto a la cama. Es bueno saber que recuerdo cómo tocar, al menos tan bien como siempre, y me gusta pensar que mi entusiasmo compensa cualquier deficiencia que pueda haber en la interpretación.

Su habitación es sencilla. Su pulcritud, legendaria en la casa, no ha sido exagerada en el relato (el comentario de Dave, “*Es como si nadie viviera allí*” es el más perspicaz,

creo). A excepción del bulto que respira entre las sábanas, esto podría ser el escaparate de una tienda de muebles. Su padre y su madre comparten un marco de fotos en su escritorio. Nadie más se siente tan honrado. Las llaves, el cambio y un peine de bolsillo son las únicas pertenencias personales que quedan a la vista en la cómoda o junto a la cama, a excepción de la armónica antes mencionada, un lapsus poco habitual, estoy seguro. Sus maletas todavía están hechas, justo dentro de la puerta, lo que aumenta la impresión de que se trata de un hotel del que piensa partir directamente, y la siguiente parada, quién sabe, tal vez el futuro. Cualquiera que sea la tregua que él y Sondra hayan ideado para el viaje a Carolina del Norte, él duerme solo esta mañana. Sospecho que lo prefiere así.

Mi diana finalmente produce el efecto deseado y él se sienta en la cama. Se frota los ojos (de un color avellana bastante común esta mañana), busca en un cajón unas gafas que nunca antes le había visto usar y se las acerca a la cara para poder identificar a su torturador.

Así es como se ve en realidad, creo. Un tipo bastante común.

“¿Qué hora es?”, pregunta.

Mientras intentaba hacer sonar su despertador, hice que empezara a marcar las 12:00, 12:00, 12:00, 12:00, 12:00 con un frenesí persistente sin saber muy bien cómo logré esta

hazaña o por qué la tonta máquina es capaz de hacerlo. “Mediodía”, miento, porque en realidad son las once y media, y él maldice y salta de la cama como un buen muchacho y se dirige a la ducha. Bajo a la cocina y lo espero allí. No pasa mucho tiempo antes de que se acabe el agua caliente, se viste y baja las escaleras, aunque puedo decir por su ritmo pausado que se ha informado de la hora correcta desde la última vez que lo vi.

Se sienta a desayunar como siempre, una Coca-Cola Light y una barrita energética, como si eso no fuera una mala comida. He notado que nunca cocina sólo para él, sino que come diversos productos envasados. Cocinar es uno de sus muchos logros, al que no debe dedicarse por mero placer o supervivencia, sino que se reserva estrictamente para la actuación. Cantar es otro de ellos. Es tan probable oírle cantar en el jardín como ver bailar a una tortuga.

“El gran día ha llegado”, digo.

–Sí –dice, asintiendo con la cabeza, con una sonrisa que no deja de ser irónica, puesto que todas sus expresiones y gestos están tocados, moldeados, manipulados por la ironía, de modo que uno siempre debe conformarse con grados de sinceridad, nunca con la cosa en sí–. El gran día ha llegado.

–¿Qué es exactamente lo que cree usted que está a punto de ocurrir hoy y que tiene tanta importancia?

“Por supuesto, vas a hablar en el Auditorio de Negocios sobre la ‘anarquía’”. Incluso esta declaración literal recibe la ironía, las comillas en torno a *la anarquía* y el gratuito “por supuesto”.

“¿Un auditorio? Pensé que habría unos veinte estudiantes de un seminario. ¿Para qué necesitamos un auditorio?”

“Se han invitado a otras clases: biología, filosofía, ciencias políticas, historia, economía, todas ellas áreas de especialización de Kropotkin. Incluso algunas clases de secundaria”.

“¿Qué tal Jailbird (la prisión)? ¿Tienes eso cubierto?”

Se ríe de mi ingenio. “Oh, sí. La justicia penal estará presente”.

–Estoy seguro. ¿Cuántos en total?

–Unos cientos, quizá más. Sin contar a los periodistas. Vas a salir en la televisión, Peter. Con un poco de suerte, saldrás en las noticias locales. No te preocupes. Es un día de pocas noticias. Sólo buscan un fragmento de prensa. Son relaciones públicas para la universidad.

Estoy familiarizado con el *sound bite* (audio, fragmento de lenguaje arrancado de su contexto y adaptado al sentido necesario), de modo que ese lenguaje también es simplemente otro “recurso”.

¿Cuánto tiempo hace que sabes todo esto?

“Sapworth llamó hace días. Pensé que lo sabías”.

Me aparto de la mesa. –Eso es todo: la última mentira que escucho. Sapworth es un peón tanto como yo. Supongo que ya sabías *todo* esto antes de presentarme a Sapworth, antes de verme en el aeropuerto. Soy viejo, aunque sea nuevo en todas estas paradojas relativistas, ya que no entendí la importancia de Einstein en mi época. Pero no soy tonto y aprendo rápido. Así que no respondas, si no debes hacerlo, pero *no más mentiras*, o habrás visto lo último de mí en este o en cualquier otro momento. ¿Nos entendemos?

“Sí.”

Ha adoptado la mirada de diversión irónica que he notado en su amo ante cualquier manifestación de mi temperamento, como si yo fuera un cachorro enloquecido, sin ninguna amenaza real excepto para él mismo y los muebles. Todo lo que puedo hacer es no lanzarme sobre él, pero, cualesquiera sean los defectos que pueda tener todavía, ser demasiado joven no es uno de ellos.

“Entonces, intentémoslo de nuevo: ¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?”

“Sabía que vendrías desde hace casi un año, la fecha concreta desde hace unos meses”.

“'Todo' es todo lo que ha sucedido hasta ahora”.

“Sí.”

“¿Y dónde termina tu conocimiento?”

“Cuanto hablas.”

–De todos modos, ¿por qué es tan importante este maldito discurso?

“No lo sé exactamente.”

“¿Qué pasa si no pronuncio el discurso?”

Una expresión de pánico se dibuja en su rostro, la primera reacción real que he podido provocar desde que lo desperté bruscamente. Es Tim Binder de nuevo.

“¿Qué obtienes por tus servicios, cien dólares?”

“No hago nada por dinero”

“¿Para qué entonces?”

“Por un mundo justo. Un mundo mejor.”

“¿De un solo discurso? Créeme, no soy tan bueno”.

“No sólo tu discurso. No sé qué más. Sólo sé mi parte del asunto”.

–Pero este discurso es crucial. Un impulsor, la primera pieza de dominó que cae, algo así, ¿correcto?

“Creo que sí. Estamos creando el futuro en el que Anchee vive”.

Dice esto último con cierta solemnidad y tengo que confesar que tiene un cierto aire de nostalgia. “¿Has estado allí?”, le pregunto.

“Dijo que no podría...”

–“... posiblemente adaptarte”, lo sé. Yo mismo entendí esa frase. Te ha metido en un círculo bastante fatalista, ¿no? Desde aquí parece una tontería. ¿Importa lo que diga en este discurso o lo que importa es simplemente el acontecimiento?

Tarda en responder y temo que haya jurado guardar el secreto. Pero al final dice: “No lo creo. No creo que importe *lo que* usted diga. Eso implicaría demasiadas variables”.

–¿Eso no te molesta?

No es esa la pregunta que él espera y se enorgullece, ofendido de que su conciencia se vea arrastrada a ese asunto. “De todos modos, nadie escucha”, dice con petulancia.

–Quizá te hayan escuchado y los hayas aburrido. Quizá no crean que los hayas escuchado lo suficiente como para merecer una opinión sobre sus vidas. ¿Cómo pudiste hacerlo? Has estado demasiado ocupado organizando cosas, siguiendo órdenes. *Yo sólo sé mi parte*. ¡Qué maldito idiota has resultado ser!

Él ni siquiera se molesta en defenderse, se limita a mirarme desafiante. “Dime”, pregunto, “¿quién crees que soy?”

“Creo que eres quien dices ser.”

–Ahora eres un solipsista. Muy bien. Te aseguro que *no soy* quien digo ser. Soy, de hecho, cualquiera *menos él*. Así que ahora te pregunto: ¿Quién soy yo? Actúas como si creyeras que lo sabes.

Mastica lo que queda de su barra y termina su bebida. Se encoge de hombros, indiferente ante el asunto. “Anchee dice que decírtelo no hará ninguna diferencia en el resultado, así que mejor lo hago”. Me mira a los ojos. Me habla con franqueza: “Eres un facsímil de Kropotkin. Un androide del futuro”.

“El futuro. Como el futuro del tío Chaney”.

–Sí, Anchee, pero él no es un androide. Anchee es un posthumano.

Considero los términos. *Androide*. Como la Criatura de Mary Shelley, imagino, pero descendiente del plástico en lugar del cementerio. *Posthumano*. Desafortunadamente, solo evoca a un cartero que entrega cartas crípticas por las calles del tiempo, en su mayoría propaganda. Creo que se supone que debo percibir algo más grandioso. Pero incluso sin sus significados precisos, dejan un hedor familiar en el aire, y entiendo algunas cosas con más claridad. “Déjame adivinar: la raza inferior y la superior. Es por eso que no tienes reparos en engañarme: no soy realmente humano. Soy simplemente un androide, y si me usas, entonces tal vez algún día también puedas ser un posthumano, o al menos vivir de su favor y vender a tus compañeros al río. ¡Pensé que eras un anarquista! ¿Cómo pudiste caer en esta tontería racista? Soy humano, te lo aseguro, de adentro hacia afuera, ¡y tengo setenta y ocho años de experiencia como animal para saberlo cuando lo vivo!”

Brad entra por la puerta trasera con cestas de albahaca y cilantro del invernadero para las entregas del restaurante del mediodía. (“Los restaurantes yuppies son la piedra angular de nuestra economía”, me explicó una vez Wendy). En lugar de su habitual anillo en la nariz, Brad luce unos diminutos cuernos largos de Texas que brotan de cada fosa nasal como si un pequeño toro se escondiera dentro de su nariz.

“Me gustan los cuernos”, le digo.

–Gracias –dice con calidez. Es un tipo muy dulce y bondadoso. Me pregunto si está involucrado en la conspiración, sea lo que sea. Decido que prefiero no saberlo. –Auditorio de Negocios a la una, ¿no? –pregunta.

–Bien –dice Mike–. Sapworth parloteará un rato, así que no empezará hasta después de un cuarto de hora. –Expresa esta opinión, si es que la hay, como si fuera un hecho.

Brad, que corta y ata las hierbas con la misma rapidez asombrosa con la que algunas mujeres tejen o hacen crochet, asiente como un toro satisfecho. “Estaré allí. No me lo perdería. ¿Van a venir Wendy y Jonás?”, me pregunta.

–Sí. Esta mañana visitarán a un amigo. Nos encontraremos allí. Rachel vendrá caminando desde el trabajo.

Mientras digo estas palabras, una gran tristeza desciende sobre mí. El conocimiento de Mike termina cuando yo hablo. Mi premonición brilla con su luz siniestra y persistente poco después, inclinándose hacia una celda fría y oscura. Paso mis manos por la mesa de la cocina. He disfrutado de vivir aquí estos últimos días. Podría quedarme aquí unas horas más. Una o dos horas deberían ser suficientes. Todo es solo una sucesión de eventos. Uno de ellos desvía el flujo...

No, no puedo hacerlo. Me levanto y me pongo mi abrigo largo negro, porque me sienta bien. Debo hablar. Quedarme callado sería admitir que no importa lo que diga. Si todavía

estás conmigo después de todas estas páginas, sin duda sabes lo probable que es que *lo admita*.

–Vamos –le digo a mi joven y descarriado amigo–. Terminemos con esto de una vez.

Pronto estamos todos preparados. Estoy sentado en un escenario con Mike, Sapworth y otras luminarias. El auditorio está casi lleno. De alguna manera, según el programa y un cartel en el vestíbulo, mi charla se ha convertido en la primera de una serie de charlas sobre “Liderazgo” patrocinadas por la universidad como “parte de su compromiso permanente con una presencia significativa en la comunidad”, una frase que sospecho significa que normalmente no le importa un comino la comunidad y que este asunto organizado a toda prisa es una simple concesión. Por lo que escucho entre los chismes de los dignatarios, su propósito es “quedar bien en el estudio personal”, una especie de narcisismo institucional que no tengo el corazón para perseguir.

Me parece divertido que “Anarquía”, el título que se ve claramente en el programa y en el cartel que hay en la puerta, se considere un tema adecuado para una serie patrocinada por el Estado sobre “Liderazgo”, pero esas contradicciones ya no me sorprendían en mi antigua vida y parecen casi esperadas en ésta. Mis patrocinadores deben pensar que tengo la intención de denunciar la anarquía; o, más probablemente, usar el término irónicamente; o, lo más

probable, es que no le han dado mucha importancia. Todo esto es una farsa de una manera u otra.

Sospecho que así es como se ha entretenido Anchee durante su reciente silencio: ha estado convirtiendo el grano de arena que es mi discurso en una montaña de estiércol de toro. Había una fila de autobuses escolares fuera del auditorio. ¿Por qué todos estos jóvenes? ¿Qué *está* tramando?

Mientras estoy sentado en este teatro que parece una caja, es difícil no pensar en todos nosotros como marionetas en una caja de marionetas. Las primeras filas están llenas de amigos de la casa y del restaurante. Solo Sondra está ausente del equipo de la casa. Dave y Caitlin parecen la realeza egipcia y llaman más la atención que cualquiera de nosotros en el escenario. TJ y Zipper despliegan una pancarta que dice ANARCHY RULES (Reglas de la anarquía) y no puedo evitar sonreír. Incluso Deidre y Ahmed están aquí, del restaurante. Me sorprende ver que están tomados de la mano; no tenía ni idea. Creo que son los soldados reclutadores de los que habló Doris. Doris misma regresa a su asiento junto a ellos, después de fumar un cigarrillo, supongo. Wendy y Jonás están sentados frente al podio medio girados en sus asientos, vigilando atentamente a la creciente multitud como un par de espías al acecho del Otro Lado. No puedo imaginar quién o qué podría ser en este caso.

Considerándolo todo, me encuentro razonablemente bien, salvo por una preocupación primordial: *Rachel aún no ha llegado*. He postergado mi asiento en el escenario todo lo que he podido, con la esperanza de verla antes de que empiece mi discurso. Y, aun así, si apareciera ahora, en medio de mi larga introducción, dejaría mi asiento y me acercaría a ella para advertirle: *esto es una trampa. Haz algo diferente. Rompe la cadena*.

Pero al parecer Rachel llega tarde. ¿Qué podría ser? ¿Un inmigrante descarriado de último momento que llegó en el avión de medianoche? ¿Una inundación? ¿Una plaga? ¿Un vendedor locuaz? Sea lo que sea, ella no *debería* estar aquí, yo no *debería* hablar con ella antes de dirigirme a la multitud. Eso es una píldora amarga de tragar, porque sé quién es el que *quiere ser* en este mundo, y yo soy, como la Tercera de Mike, solo un símbolo a su disposición.

Como había amenazado, Sapworth está haciendo sus comentarios iniciales. Esta vez está atacando a Nietzsche, y no me atrevo a escuchar. El tipo que está a mi lado, presentado como Dean Fine (aunque no sé si ese “Dean” es nombre o título), se ríe entre dientes del ingenio de Sapworth, y es difícil no pensar que está guiado de alguna manera, como si todos tuvieran un guión menos yo. Antes habló, en los términos más vagos posibles, sobre liderazgo, pero tampoco lo escuché. Confío en que me hagan saber cuándo me toca seguir adelante. Recuerdo a Sansón el ciego y me imagino a mí mismo como Pedro el ciego, con la barba

roja ondeando salvajemente, derribando este palacio de plástico con un buen tirón de mis cadenas, gritando: “¿*Dónde está?*”.

Como para confirmar mis sospechas con una señal, una puerta trasera se abre justo cuando Sapworth termina su discurso exactamente a la 1:15, y subo al podio entre aplausos corteses y la imagen de Rachel agitando la mano para dar ánimos mientras la puerta se cierra ruidosamente detrás de ella. Le devuelvo el saludo y espero que no sea una despedida.

Y aunque no es visible aquí, soy consciente de la presencia de Anchee: después de todo, *estamos creando el futuro en el que Anchee habita*, un futuro en el que me dijo que yo era un hombre famoso, pero yo, tontamente, no pregunté por qué. ¿Famoso como Dickens o famoso como Jesús? Esto último quizás ilustra lo que le sucede a un narrador que se convierte en el cuento en sí: principio, medio y final.

Los equipos de televisión que flanquean el escenario encienden luces cegadoras que me dejan parpadeando como un lunar bajo el sol durante unos segundos, con la vista llena de manchas de color. Ya he observado que mi público es un mosaico. Con los estudiantes más jóvenes, no es difícil ver dónde empieza una clase y dónde empieza otra. Los uniformes, tanto literales como figurados, los demarcan por clase, por raza, por género. Me gustan bastante los chicos de la ciudad, en su mayoría negros, pero no

exclusivamente, dando vueltas en sus asientos, saludándose. Una fila de chicas de escuelas privadas con uniformes azul pálido (todas blancas, menos una chica negra) parecen criadas para la pureza, aunque los chismes se mueven bastante bien arriba y abajo de sus filas. Los estudiantes universitarios son un grupo más variado y se dispersan de forma más aleatoria por el pasillo, que es, después de todo, su territorio. Algunos parecen dispuestos a liderar mañana. Algunos parecen poco probables de hacerlo.

Mientras miro sus rostros, jóvenes, inocentes (a pesar de sus afectaciones), decido, como debo, que, a pesar de Mike y Anchee, importa lo que les diga. Como si leyeran mi mente, se quedan en silencio. No se mueven. Así reconfortado, empiezo:

“Buenos días, jóvenes de Richmond. Originalmente había planeado esta charla para un grupo mucho más pequeño, así que espero que me perdonen por cierta informalidad...”

Sapworth reaparece y agarra el micrófono como si fuera una serpiente y lucha con él hasta someterlo con un ruido que envidiaría cualquier serpiente de cascabel, y me deja con una sonrisa, el micrófono ahora a la altura de mi nariz. Algunos encuentran este episodio divertido, y los animo con muecas exageradas a cada giro y vuelta áspera del recalcitrante micrófono. Cuando vuelvo a hablar, me sobresalto de lo fuerte que es y me doy una palmada en el

pecho. Eso provoca otra risa, así que sigo adelante y lo toco, divirtiéndome un poco exageradamente con el micrófono mientras continúo, bajando las palabras más duras con un estruendo divino:

“Sólo puedo imaginar los diversos pretextos bajo los cuales la mayoría de ustedes han sido traídos aquí. Tal vez algo como esto: 'Hay un gracioso muchacho ruso que despotrica sobre algo terriblemente inteligente y trivial para su *mejoramiento y edificación*; la asistencia es *obligatoria*, *esperen* una pregunta en el examen, los holgazanes serán *severamente reprendidos*'". Esto provoca risas y sonrisas de reconocimiento en mi audiencia.

“Estoy seguro de que el profesor Sapworth me presentó bastante bien. El excelente decano tuvo algunas palabras muy buenas que decir. Yo mismo traté de no escuchar esas cosas. Quiero que imagines que todo lo que dijeron sobre mí, por escandaloso que sea, es de hecho cierto: soy la Verdad, soy la Justicia, soy el estilo de vida americano. Soy bueno para ti. Soy un experto. Sígueme y haré de ti un líder”.

Me aparto del micrófono confidencialmente para que la gente del vestíbulo no se entere: “¿Y si todos les estamos mintiendo? Por lo que saben, podría ser un androide del futuro que viene a apoderarse de sus mentes y fomentar la revolución”. Esto provoca otra risa, y la mayoría de ellos ha decidido que estoy lo suficientemente loco como para ser una mejora con respecto a sus rutinas habituales.

“No tengan miedo. La revolución se fomenta sola, creo yo. Es parte de la naturaleza de las cosas, como la evolución. Se ha dicho que la revolución es una evolución rápida, pero la evolución en sí, según el pensamiento más reciente, no es en absoluto un proceso continuo y uniforme, sino un proceso desordenado, o como dicen ustedes, como una montaña rusa”.

Una joven pensativa en la tercera fila asiente y yo le sonrío.

“De lo que quiero hablar esta mañana es de la imaginación. Puede parecer un tema extraño viniendo de un hombre de ciencia como yo, pero en realidad no hay ninguna contradicción. La ciencia y la ficción nacen en el mismo lugar: en la imaginación. La hipótesis científica y la inspiración de una novela se *imaginan* primero: una para comprobarla científica y prácticamente mediante la observación y la experimentación, la otra para comprobarla estética y éticamente en el proceso de desarrollo de la historia. Además, el propósito de ambas es, en gran medida, *educar* nuestra imaginación para que no respondamos a voluntad a cualquier sensación que se nos presente. Pero, en efecto, nos volvemos buenos en eso: imaginamos cómo funciona el mundo, imaginamos cómo podría ser de otro modo, imaginamos cómo, si se dieran las condiciones adecuadas, una podría convertirse en la otra. Creo que de la imaginación educada nacen revoluciones de todo tipo. ¿Qué puedo querer decir con esto? Permítanme ilustrarlo planteando a su imaginación algunas tareas sencillas.

“No llevo mucho tiempo en Richmond, sólo unas semanas. Llegué aquí un poco por casualidad, pero me ha parecido bastante agradable. Como sabéis, una de las cosas maravillosas de la ciudad es el hermoso río que la atraviesa, la razón, de hecho, por la que la ciudad está aquí en primer lugar, porque es un hábitat maravilloso para los seres humanos. La primera tarea que me gustaría que hicieseis esta mañana es imaginar que sois animales. No es difícil imaginarlo, ya que sois animales. Imaginad que camináis hasta la orilla del río en un día cálido y agradable, con una ligera brisa. Imaginad que os desnudáis y os zambullís en el río, que nadáis, que retozáis en el agua, que jugáis con vuestros compañeros, que os secáis al sol, que os ponéis ropa limpia y seca, si queréis, o no, si lo preferís. Cada una de esas sensaciones es deliciosa más allá de toda medida, ¿no es así? Sed libres de añadir a este acervo de sensaciones vuestra propia imaginación y vuestro conocimiento animal”. Están gratamente escandalizados e incluso los profesores dispersos sonríen perezosamente como nutrias dormitando.

“Estas imaginaciones, aunque son ficciones agradables, también pueden ser muy instructivas para la mente científica inquisitiva, ya que plantean todo tipo de preguntas: ¿Crees que estas sensaciones son diferentes para los humanos negros o blancos? ¿Crees que eran iguales para los rojos antes de que existieran los negros o los blancos? ¿Crees que estas sensaciones son más agradables para Bill Gates, digamos, o para el Papa? ¿Quién tiene más

probabilidades de bañarse desnudo, tú o ellos? ¿Alguna de estas sensaciones debería ser ilegal? Y, si es así, ¿con la autorización de quién? Estas son algunas de las preguntas que puede plantear imaginarse a uno mismo como un animal feliz en la orilla de un río, y ¿no es eso, después de todo, aquí y ahora, exactamente lo que uno se esfuerza por ser? Y si es así, ¿no son estas las preguntas que uno debería hacerse mientras se prepara para la vida en las orillas del mundo? A veces, lo más difícil de imaginar es lo que uno es exactamente. Y a menudo es lo más instructivo”.

No están seguros de adónde quiero llegar con todo esto, y tal vez yo tampoco, pero parecen dispuestos a seguir el rumbo conmigo, lo que me trae a la mente una historia que decido contar, porque temo que me haya vuelto demasiado impulsivo para algunos. “Quizás se estén preguntando qué tiene todo esto que ver con *el liderazgo*, así que les diré lo que sé sobre el tema. Una vez, cuando transportaba algunas mercancías en Siberia, un vapor que avanzaba lentamente río arriba me alcanzó, y cuando subí a bordo, los pasajeros me dijeron que el capitán se había emborrachado hasta el delirio y saltó por la borda. Sin embargo, se salvó y ahora estaba enfermo en su camarote. Me pidieron que tomara el mando del vapor, y tuve que consentir; pero pronto descubrí, para mi gran asombro, que todo seguía su curso de una manera tan rutinaria y excelente que, aunque desfilé todo el día por el puente, no tenía casi nada que hacer. Así es el liderazgo, ya ven. Como todos los que estábamos a

bordo creíamos que necesitábamos un líder y que yo era uno de ellos, todo salió bien. Pero si hubieran imaginado con la misma convicción que no necesitaban ningún líder, se las habrían arreglado igual de bien, mejor, confío, por no haberme dejado pavoneándome y distrayéndolos de su propio sentido común.

Mientras hago una pausa para beber un poco de agua, puedo distinguir qué profesores se consideran capitanes de barcos y cuáles no. No puedo mirar a nadie que esté cerca del escenario sin quedarme ciego por las luces de la televisión. Rachel está de pie al fondo de la sala, junto a un poste, y parece muy orgullosa de mí, y verla me da ánimos. Tal vez todo salga bien; tal vez mis temores sean infundados. Ordeno mis papeles y encuentro mi lugar.

“Además del James, otro gran río fluye por Richmond, y es el río del tiempo. Tal vez sea un río imaginario. Tal vez sea real. El jurado de la física parece no haber decidido todavía sobre esto último. Pero el tiempo es bastante real en la vida, y como un torrente parece arrastrarnos con él. A veces llamamos a ese río historia, y se dice que Richmond es especialmente rico en ese recurso. Así que la segunda cosa que me gustaría que imaginaran esta mañana es un viaje a la cabecera de este río. Antes de que esta ciudad, construida por esclavos, fuera imaginada y existiera por un hombre blanco llamado William Byrd, antes de que...”

Las puertas de ambos lados del pasillo se abren ruidosamente y entran policías. Uno de ellos me resulta demasiado familiar. Lo reconocería incluso sin la venda en la cabeza, probablemente para aparentar. No lo golpeamos tan fuerte. Nuestras miradas se cruzan y él claramente no está de acuerdo. Parece que ha traído a todos sus amigos. No hay una manta lo suficientemente grande para todos ellos, al menos un policía por cada salida, según mis cálculos. Le doy un cabezazo a un policía con su propia linterna y me pregunto por qué tengo la premonición de que, *de alguna manera*, podría terminar en la cárcel. ¡Qué tonto *he* resultado ser! Pero, aun así, esto no es toda culpa mía, son demasiados para eso y todos tienen sus ojos puestos en mí. Me pregunto qué mentiras les habrá dicho Anchee. Rachel también los ve y se abre paso a lo largo de la pared hacia una de las salidas, tal vez para crear una distracción, pero el asunto parece desesperado desde mi posición.

Bebo otro trago de agua. –No sé cuánto tiempo más tendremos esta mañana, así que permítanme dejar a un lado el texto que he preparado y pasar directamente al grano. Miren a su alrededor, ¿qué ven? Humanos, todos. De la misma especie. Imagínense, por ejemplo, en Rusia. O en África. Me han dicho que con la televisión e Internet es fácil imaginar una sala llena de humanos allí o en cualquier otro lugar. Ahora, en el pasado o en el futuro. Viejos, jóvenes. Homosexuales, heterosexuales. Ricos, pobres. Negros, blancos, amarillos, rojos, morenos. Conózcanlos. No los

olviden. Son iguales a ustedes: la misma especie, las mismas necesidades, el mismo hábitat. Eduquen su imaginación para que sepan que es verdad. Y si quieren ser animales felices, vivan en consecuencia. Toda injusticia cometida contra un ser humano individual en estas costas la sufre la humanidad en su conjunto, y toda herida así infligida debe ser lavada tarde o temprano en ese mismo río del tiempo.

Sapworth ha abandonado el escenario y está hablando con uno de los policías, y han entrado un par más. Los jóvenes, blancos favorables al acoso policial y justamente nerviosos en su presencia, difunden la noticia de que algo pasa. Algunos, temiendo una redada antidrogas, se retuercen para deshacerse de su contrabando lo más discretamente posible. La sala está repleta de rumores.

–La policía –digo, y en un instante tengo la atención de todos, incluso de los propios policías. Comienzo de nuevo–. Creo que la policía está aquí por mí. Los demás pueden relajarse. Pero antes de irme, me gustaría pedirles un favor a todos los presentes, dos favores en realidad. El primero es simplemente decir la verdad. Los fragmentos de audio tienen una forma de masticar el sentido. Sin duda oirán todo tipo de tonterías sobre lo que he dicho hoy aquí, y me gustaría que dijeran que no es así. En segundo lugar, la próxima vez que compren algo –una camisa, un reloj– aquí tienen una tarea más para su imaginación: vayan a la habitación donde vive la persona que lo hizo, imaginen su vida, imaginen cuánto del dinero que acaban de gastar

realmente llega a su bolsillo, si es que tiene bolsillos. Imaginen a dónde va el resto. Imaginen a dónde podría ir. Imaginen la justicia. Imaginen la equidad.

“Darwin dice que la conciencia ‘mira hacia atrás y sirve como guía para el futuro’. Aquí en Richmond, que ha visto más que su cuota de esclavitud, encarcelamiento e inequidad, ¡dejen que el pasado los impulse a imaginar la libertad, la justicia, *¡la anarquía!*”

¡Ah!, la palabra que los policías estaban esperando, al parecer, y avanzan por los pasillos hacia el escenario. “¡Peter!”, llama Jonás, y al principio no lo veo, a unos pocos metros frente a mí. Lo sostiene en alto y me lo lanza sin darme la oportunidad de pensar si quiero atraparlo o no, pero lo atrapo (el maldito reloj) y corro hacia atrás del escenario, de modo que cuando la policía me alcanza, he desaparecido sin dejar rastro, y estoy sentado en la ladera de una colina, con la ciudad en llamas debajo de mí. Hay una terrible explosión al sureste que ilumina el cielo como si hubiera llegado el día del juicio. La tierra tiembla debajo de mí por la fuerza de la misma, y cientos de proyectiles detonan en el aire y la lluvia chisporrotea en un río que ya parece hecho de fuego. Un puente solitario cruza el James por donde está (o estará) el Canal Walk. Las explosiones iluminan una corriente de carros y soldados que lo atraviesan, en dirección sur.

Según el reloj, es el 3 de abril de 1865.

Me doy cuenta de lo que veo. Los confederados (gobierno y ejército) están evacuando la ciudad. Sin pensarlo más, apago el reloj y me lo guardo en el bolsillo, corriendo colina abajo para unirme a los que llegan desde todas las direcciones a los muelles, supongo que para combatir el incendio.

La ciudad ruge en llamas, que saltan de edificio en edificio, devorándolo todo. Me acerco a un tipo de ojos brillantes que dice ser periodista y no tiene tiempo para mí, pero corro a su lado y persisto en mis preguntas, hasta que entiendo lo esencial de la cuestión: los confederados han prendido fuego a todo lo que pueda ser de valor para los federales que avanzan, incluidos los almacenes de tabaco y algodón y los polvorines. No podrían haber elegido una política más catastrófica si su intención deliberada hubiera sido arrasar la ciudad y dejar a toda la población muerta o sin hogar. Incluso ahora se pueden escuchar las nuevas explosiones de los proyectiles y el constante avance de las llamas. Mi apuesto informante entra corriendo en una residencia donde un par de soldados vestidos de gris me bloquean el paso.

“La ciudad está en llamas”, les digo, “quien esté dentro podría estar mejor servido si ustedes luchan contra las llamas en lugar de contra mí”.

“¿Quién carajo eres tú?”, finalmente uno de ellos piensa en preguntarme.

–Soy el embajador ruso –le digo, y doy media vuelta rápidamente, sumergiéndome una vez más en la calle, ahora un río de humanidad, o más bien de los miembros más pobres de la especie –negros, blancos, hombres, mujeres, niños, ancianos con bastones, jóvenes con muletas–, todos fluyendo en la misma dirección.

“¿Adónde vas?”, le pregunto a un anciano de pelo blanco que empuja una carretilla.

–Al economato de la calle Catorce –grita con acento alemán–. Los guardias se marcharán pronto. He oído que hay comida de sobra dentro.

La demacración de sus rasgos se ve acentuada por la luz parpadeante. Miro a mi alrededor y veo la misma desesperación hambrienta en todos los rostros.

Una mujer negra que escuchó nuestra conversación le pregunta: “¿Qué te hace pensar que nos permitieron tener algo de eso?”

“Están a punto de quedarse sin carretas para llevárselo”, dice un joven blanco con una sola pierna. “No les queda otra opción”.

“Tiene razón”, dice otro tipo con un ligero acento escocés. “No se puede comprar un carro en la ciudad por un saco de oro”.

“¡Un hombre me ofreció diez dólares en oro por mi carretilla!”, exclama mi informante alemán. Casi todos llevan una bolsa, una cesta, un cubo, un saco o empujan una carretilla. Ayudo a la mujer negra a quitar un toldo de la entrada de una tienda abandonada para hacer un fardo.

“Pero dicen que los hijos de Lee se están muriendo de hambre”, objeta una mujer blanca demacrada.

–Sí, lo están –dice el chico de una pierna–. Y lo estarán esta noche. Pero puedes apostar a que Jeff Davis y ellos no. Los funcionarios del gobierno que se largaron ayer tienen de sobra para comer.

La multitud se agolpa en torno al depósito de la comisaría como un mar tempestuoso y observa con creciente impaciencia y rabia cómo los soldados cargan carro tras carro con tocino, jamones, harina, azúcar, café y whisky y se los llevan lo más rápido que pueden. Y aún hay más, aunque la gente de esta multitud no puede recordar su última buena comida. Para algunos, darse cuenta de que este botín estuvo allí todo el tiempo, guardado bajo llave, es una terrible desilusión; para otros, es la confirmación de sus peores sospechas. Todos muestran una notable moderación al no precipitarse *en masa hacia la comisaría*, aunque tal vez simplemente estén demasiado hambrientos y débiles para hacer el intento.

Finalmente, al amanecer, cuando el último carro destartalado, requisado sin duda a algún granjero, avanza tambaleándose hacia el puente, y los soldados lo siguen, un grupo de hombres abre a la fuerza las puertas del depósito, y la gente avanza y reclama el botín del Estado caído como si imaginaran que, en virtud de su sudor, trabajo y sufrimiento, es suyo.

Es una multitud sin ley, sin duda, con muchos borrachos y todos hambrientos, pero no siento un gran peligro en medio de ella mientras avanzamos lentamente hacia nuestra parte del botín. Sólo cuando los últimos soldados de caballería vestidos de gris que huyen cargan entre la multitud en dirección al puente, con las espadas desenvainadas por si algún ciudadano resulta ser un obstáculo, y muchos de nosotros tenemos que lanzarnos a las cunetas para evitar ser pisoteados, me siento en verdadero peligro, ¡porque las fuerzas de la Ley y el Orden están pasando! Y cuando el último de ellos ha cruzado el puente y se ha perdido de vista, llevándose consigo su Causa Perdida, la población vuelve a la tarea de sobrevivir con un suspiro de alivio casi audible. Esta gente aún no sabe que los confederados volverán, con su causa con ellos, bajo el mando del general Jim Crow²⁹, y yo ciertamente no tengo el corazón para decírselo.

²⁹ “Jim Crow”, nombre tomado de un personaje ficticio de un trovador, llegó a ser el apodo del sistema de apartheid racial de Estados Unidos entre 1870 y 1960.

Cuando llego al frente de la cola, meto una buena cantidad de provisiones en el abrigo, me la echo al hombro y salgo a trompicones. El aire está cargado de humo y pronto las llamas envolverán el propio economato. Me dirijo a las chabolas destartaladas que hay a lo largo del canal, donde una fila de niños están sentados mirando cómo se quema el último puente. Son blancos y negros, me dicen que son hijos e hijas de barqueros, y, como Papá Noel, reparto el botín entre ellos.

Los ensordecedores hurras que se oyen a cierta distancia hacia el oeste resuenan incluso por encima del tumulto que nos rodea, y uno de los chicos grita: “¡Es la Unión!”. Y todos sonrían de oreja a oreja. Una de las chicas, delgada como un palo y pálida como sugiere el papel, dice: “Quizás quieran café”, y levanta el paquete que acabo de darle.

Los dejo con su celebración y me dirijo hacia los gritos, los cantos y los bailes. Nunca he oído nada igual. Miles de voces se alzan en júbilo, y ni siquiera he llegado al corazón de todo ello. La canción que más me conmueve es la de una multitud de hombres y mujeres negros que ayer eran esclavos:

*¡La cadena de la esclavitud finalmente se rompió!
¡Por fin se rompió! ¡Por fin se rompió!
¡La cadena de la esclavitud finalmente se rompió!
¡Alabaré a Dios hasta que muera!*

Me topo con un destacamento de soldados de la Unión que piden a los más aptos que luchen contra el incendio, y yo presto mi trabajo a la causa. Como no tenemos ningún vehículo contra incendios con el que apagar el fuego, nuestra tarea consiste en retirar los materiales inflamables con hachas y fuerza bruta del camino del incendio. A un ingeniero de la Unión se le ocurre la feliz estratagema de hacer estallar las casas clave que se encuentran en el camino del fuego, y así se contiene el incendio en un tiempo notablemente corto, aunque un tercio de la ciudad ha sido destruida sin sentido por la violenta retirada del Imperio Esclavista.

Agotado y ennegrecido por el humo, con el pelo chamuscado hasta quedar encrespado, me uno a mis compañeros bomberos, en su mayoría antiguos esclavos que son refugiados del campo, en una celebración vespertina en la que tengo otra oportunidad de practicar mi forma de tocar la armónica. Ellos tratan de imaginar las vidas que les esperan y yo guardo silencio al respecto. El tema de Lincoln surge a menudo y agarro el reloj en la mano, sabiendo lo que sucederá mañana, y decido verlo con mis propios ojos.

Me escondo entre las ramas de un magnolio en la plaza del Capitolio y espero a que todos los demás, excepto los centinelas de la Unión, se duerman. Saco el reloj y me adelanto a un tiempo menor al de un día, cuando la plaza está llena de una multitud expectante. Llego en un carruaje, vestido con un abrigo largo negro y un sombrero alto de

seda, y habla desde la escalinata del Capitolio. Es un hombre bastante notable y de aspecto extraño, para lo que ninguna de las imágenes que he visto de él me ha preparado del todo: feo, torpe y desgarrado como un árbol nudoso. Daría miedo en una pantalla de televisión y, lo que es más, no creo que le importe. Nunca he visto a otro líder al que el poder parezca haber corrompido menos que a él.

Es un discurso notable, más notable aún si tenemos en cuenta la multitud de bienes humanos de la noche a la mañana que constituyen la mayoría de su audiencia. Una frase resuena en mi memoria con particular fuerza, como estoy seguro de que también lo hace en aquellos a quienes va dirigida:

Aunque vuestros llamados amos os han privado de vuestros derechos dados por Dios, ahora sois tan libres como yo, y si los que dicen ser vuestros superiores no saben que sois libres, tomad la espada y la bayoneta y enseñadles que lo sois.

Lo único que puedo hacer es permanecer escondido mientras él se sube a su carruaje y se aleja, porque correría tras él y le advertiría que en once días un fanático proesclavista lo asesinará mientras está sentado en un teatro viendo una obra con su esposa. Y, sin embargo, pudo ver a Richmond libre antes de morir, y eso debe haber sido un gran consuelo. Trajo a su hijo Tad, de doce años, a

Richmond con él. Estoy seguro de que quería que el niño lo viera, lo recordara, se imaginara cómo podría ser.

Bajo de mi percha de magnolia y camino hasta el borde de la ciudad y más allá, hacia lo que creo que es el lugar correcto. Debo estar regresando a mi propia vida, tan seguro como que Lincoln debe navegar de regreso a la suya. No puedo vivir en el pasado. Y aún no estoy listo para dejar de imaginar una vida para mí en el futuro. Mi presente ahora, supongo.

El reloj funciona perfectamente, aunque estoy a unas decenas de metros de la marca, y mi aparición en las escaleras del Auditorio de Negocios provoca un cierto alboroto:

¿Qué es esa luz azul?

¿Qué luz azul?

Ese es el tipo anárquico ¿no?

¡Qué asco! ¡Está como quemado o algo así!

¡Él está aquí! ¡Él está aquí!

Hay algo familiar en esa última voz, y me doy vuelta para ver que es Sondra, pero se funde con la multitud justo cuando los policías me agarran de cada brazo y me tiran, arrastrándome por las escaleras mientras los camarógrafos

de televisión corren a nuestro alrededor como un enjambre de avispas. No puedo imaginar por qué estoy causando tanto alboroto. Veo a Rachel en el borde de la multitud, y con un movimiento de cabeza me dirige hacia un vagabundo torpe que habla en voz alta consigo mismo, acercándose a la policía y a mí, sin mirar por dónde va. “¡El reloj! ¡El reloj! ¡El reloj!”, grita, y entonces estoy listo para él. La policía se indigna cuando choca de frente con su prisionero, y los dos, claramente locos, intercambiamos algunas palabras, nos llamamos locos y nos enzarzamos en una especie de pelea, mientras uno le dedica su tiempo al otro.

Capítulo XIX

ENCARCELADO A LAS ONCE

Pero quien se une a un partido de avanzada debe estar dispuesto a pasar varios años en prisión, y no tiene por qué lamentarse. Siente que incluso durante su encarcelamiento no sigue siendo una parte completamente inactiva del movimiento que difunde y fortalece las ideas que le son queridas.

–PETER KROPOTKIN,
Memorias de un revolucionario

Es imposible ver a Kropotkin en el patio de la prisión e intercambiar un saludo con él sin preguntarse:

“¿Por qué soy libre? ¿Será porque no valgo nada más?”

—ELIE RECLUS

Permítanme que les describa mi celda. Tiene un metro ochenta por tres metros y medio, el techo es alto, tres metros y medio por lo menos, y en cada esquina hay una cámara que parece un murciélago. Una pared larga tiene una puerta con barrotes que da a un pasillo paralelo gris iluminado por tubos fluorescentes las veinticuatro horas del día. Hasta donde puedo ver en el pasillo, no hay otras celdas ni puertas de ningún tipo. Nadie pasa por ese pasillo a menos que lo haga cuando yo duermo. Las otras tres paredes sin ventanas de la celda son de concreto duro, pintadas de gris hormigón. Se pueden detectar varios tonos, rectángulos añadidos posteriormente para ocultar los grafitis, que se acumulan en todos los lugares obvios; pero en la esquina detrás del catre, el censor, con el gris más azulado, no logró ocultar por completo las palabras que apenas se ven a través de la pintura: *APÁGUENLAS*, garabateadas repetidamente con letras de imprenta diminutas. Mi mobiliario consiste en lo siguiente: un inodoro de acero que reluce como una nave espacial y apesta a desinfectante que se repone de algún enorme manantial de desinfectante, un lavabo de agua fría con un grifo accionado por resorte y sin tapón, un catre de

acero, una manta acrílica, una toalla del tamaño de la mitad de un pañuelo con una abrasividad no muy distinta a la del suelo de cemento, y una pastilla de jabón verde o desinfectante cuajado. En una de las paredes estrechas hay un compartimento, de unos veinte por veinticinco centímetros, también de acero reluciente, en el que se colocan mis comidas detrás de una puerta corredera. Suena un timbre para anunciar la comida. La comida es sencilla pero bastante decente: una galleta de jamón para el desayuno, un guiso para el almuerzo, una hamburguesa o pizza para la cena. Todas las noches, con la cena, me dan un libro o un folleto, siempre uno de los míos de mi vida anterior, como si fuera un suscriptor en serie de *Las obras completas de Peter A. Kropotkin*. Una especie de broma cruel, supongo, aunque no me hace gracia. El difunto Peter es la última persona de la que quisiera saber nada en este momento. Los dejo amontonados en un rincón. El *de las prisiones rusas y francesas* es una edición estadounidense de tal tamaño que sirve como tapa de inodoro para reducir el hedor del desinfectante. Los demás todavía no han encontrado un uso, ya que me han proporcionado suministros adecuados de papel higiénico para el futuro previsible.

“Futuro previsible”. Una frase tonta ahora que la he escrito. Si es previsible, ¿cómo puede seguir siendo el futuro? ¿Cómo puede evitar ser historia mientras una persona lo sepa con certeza? Ah, bueno, dejémoslo así. El

futuro previsible es el futuro que vivimos sin sorpresas, supongo. No sé la hora, la fecha con certeza, ni en qué parte del mundo podría estar esta prisión. Podría estar en cualquier parte, pero lo más probable es que sea bajo tierra, porque aún no he visto la luz del día ni ningún indicio de ella. Solo tengo mis comidas convencionales con las que marcar regularmente el paso del tiempo. La cocina, se me ocurre, podría acelerar o ralentizar mis días a voluntad, simplemente variando el ritmo del servicio de comidas. Mi estómago no notaría la diferencia, porque gruñe todo el tiempo. Cuando aparezca un ganso asado detrás de la puerta corrediza, supongo que me desearé una Feliz Navidad.

Hace una semana, o quizás debería decir hace siete galletas de jamón, me despojaron de mis pertenencias, me dieron ropa de presidiario (gris, por supuesto) y me trajeron aquí unos agentes que guardaban un silencio deliberado. Todavía no me han interrogado, y mucho menos me han acusado ni me han llevado ante un magistrado. No he hablado con nadie.

Quizás hayas notado que, en mi descripción de este lugar, no mencioné ningún otro sonido que el del timbre de la comida. Tal vez supongas equivocadamente que llevo una vida casi silenciosa, con tal vez el zumbido de los tubos fluorescentes o el silbido del aire acondicionado o el estruendo de mis propios pensamientos como la única ruptura del silencio. Ojalá fuera así.

En el pasillo, es decir, en la dirección en la que se encuentra mi compartimento de libros y comida, más allá de donde puedo ver, pero lo suficientemente cerca para oír con claridad, hay un televisor encendido a todas horas. Supongo que alguien lo mira, porque los canales cambian, a veces en rápida sucesión durante lo que parecen horas y horas, fragmentando la información que puedo obtener de él, como la hora del día. Mi espectador imaginario tiene preferencia por los deportes y, ocasionalmente, las noticias. La mayoría de las veces duermo durante los eventos deportivos. No recuerdo las reglas de los deportes que conozco, y nunca he oído hablar de la mitad, lo que hace que sea casi imposible imaginar lo que estoy escuchando describir. Al principio traté de imaginar a algunos saltadores de altura, imaginándolos ejecutando sus caídas controladas al agua basándome únicamente en las descripciones y críticas parlanchinas de los comentaristas, pero el esfuerzo solo me entristeció, porque la belleza animal del espectáculo estaba completamente ausente. Aunque siempre me emocionaba el chapoteo de la entrada cuando podía oírlo por encima del parloteo. Una noche escuché un combate de boxeo desde el principio hasta el final brutal que me hizo correr la sangre, apretar los puños y lanzar puñetazos, pero he decidido renunciar a ese placer en el futuro porque es insalubre para mi estado mental, ya de por sí bastante acalorado.

Lo más extraño, me parece, es que mi observador nunca hace un sonido. Incluso cuando el pandemonio sale de la televisión después de alguna jugada espectacular, carrera o lesión, y el locutor está gritando delirantemente como el mejor de ellos, mi observador nunca dice ni pío. Si es tan neutral respecto del resultado, ¿por qué mira tantas competiciones? Tal vez sea un conocedor de conflictos y se despierte sólo ante los más exquisitos. O tal vez el bastardo silencioso ni siquiera esté allí. Sin embargo, si está allí, sin duda tiene la suerte de tener evidencia de mí y de mi principal pasatiempo, porque ronco bastante fuerte durante los dos deportes más tediosos para escuchar, el golf y las carreras de autos.

De vez en cuando, cuando mi observador no encuentra un concurso que le guste o cuando una noticia le llama la atención en su ir y venir de un programa a otro, se toma un poco de la noticia. Por suerte o por desgracia, parece estar particularmente interesado en mi caso, lo cual no es sorprendente, supongo, ya que somos vecinos.

En esos momentos, camino de un lado a otro y escucho las aventuras de otro Kropotkin más, esta vez el Peter de la tele, el más fantástico hasta ahora. Camino cuatro pasos hacia arriba y cuatro pasos hacia abajo, tratando de mantenerme en forma, pero lo único que consigo es marearme. O tal vez sea la historia que se está contando la que hace eso, escuchar mi vida suspendida en una red de mentiras, una mosca anarquista regordeta y tonta:

Mientras una nación atónita busca respuestas tras la tragedia de Littleton (en la que Eric Harris y Dylan Klebold mataron a tiros sin sentido a trece víctimas en un ataque de terror antes de volverse contra sí mismos), muchos apuntan hacia aquí, a Richmond, Virginia, y a indicios de una conspiración mucho más amplia y siniestra de lo que se había imaginado anteriormente.

La mayoría de los estadounidenses oyeron hablar por primera vez de Peter Kropotkin cuando se difundió por primera vez este vídeo de su dramático arresto, que coincidió literalmente con los acontecimientos de Littleton, tras la tragedia del instituto, y los investigadores sugirieron por primera vez una posible conexión entre ambos episodios. Pero para los habitantes de Richmond, esto fue sólo el clímax de una serie de acontecimientos inquietantes.

Nuestra historia comienza a principios de abril, cuando un hombre misterioso que se hacía llamar Peter Kropotkin llegó a esta tranquila ciudad sureña, llena de historia y tradición, y comenzó a organizar a la juventud descontenta local, predicando una filosofía vaga y antigubernamental, con matices violentos. Buddy Showalter recuerda vívidamente el día en que Kropotkin se presentó en su puesto de limusinas del aeropuerto:

Ahora nos llegan de todo tipo, pero yo sabía que había algo raro en este desde el principio. No tiene equipaje, por ejemplo. Dice que viene desde Rusia, ¿y no tiene equipaje?

Trata de contarme una historia sobre que las aerolíneas lo perdieron, pero no me lo creí. Entonces aparecen estos tres tipos de la Mafia de las Gabardinas, con los abrigo negros y los tatuajes y todo lo demás, y son francamente groseros conmigo, pero así son estos punks en estos días. No es de extrañar. Pero de repente se ofrecen a compartir su limusina con ese tipo Kropotkin. No tenía sentido.

Me pareció bastante obvio que los tres se iban a encontrar con este personaje de Kropotkin para hacer algún tipo de trato, como si estuvieran confabulados o algo así, pero fingían no conocerse, como si por casualidad se dirigieran al mismo lugar, y estos punks de repente se comportan de manera amable con un completo extraño que no se sabe de dónde viene. No me lo creí. Pensé que eran drogas o algo así. No tenía idea de que eran terroristas. Llevaban consigo unas maletas. No me dejaban tocarlas. Supuestamente eran maletas de música, pero el chófer dice que eran terriblemente pesadas, y yo estoy pensando que eran armas.

El sendero conduce a continuación hasta esta casa en ruinas cerca de la Universidad Commonwealth de Virginia. Después de dejar a Kropotkin en el cercano parque Monroe, aquí es donde el conductor George Stovall dejó a los tres jóvenes que se reunieron con Kropotkin en el aeropuerto:

Así es. Los traje aquí después de dejar al ruso. Tenían muchas cosas pesadas, sí, pero se manejaban bien. No sé si alguna de ellas eran armas. No sé si conocían al ruso de

antes o no. Todos parecían llevarse bastante bien allí, hablando de cosas. El ruso era especialmente agradable, un verdadero caballero. El tipo con el tatuaje en la cabeza escribió algo y se lo dio al hombre, pero no sé de qué se trataba.

De hecho, esa es sólo una de las muchas preguntas sin respuesta que rodean a Kropotkin. La casa está vacía ahora, sellada por la policía como parte de la investigación en curso, pero aparentemente era la residencia de varios radicales conocidos y traficantes de drogas. Hablamos con uno de los oficiales que realizó el registro inicial de la casa:

Obviamente, todos se habían ido a toda prisa. Es seguro decir que había gente viviendo en prácticamente todas las habitaciones de la casa. Es difícil determinar un número exacto. Kropotkin y el tipo negro aparentemente se instalaron en el sótano. Encontramos un montón de libros de la biblioteca de la universidad que faltaban allí, de naturaleza radical, y un soplete de acetileno. Tenían parafernalia de cultivo por todas partes: macetas, tierra, luces y fertilizantes. Era como un vivero. Tenían un invernadero en la parte trasera e incluso estaban cultivando cosas en el techo. Parece que era una operación para ganar dinero: tenían una cuenta bancaria y todo. Se llevaron todas las plantas, pero tenemos la intención de examinar la residencia más a fondo en ese sentido, y estamos considerando esto como una investigación de drogas en este momento. No hay demasiadas cosas que se puedan cultivar

en un espacio tan pequeño y obtener ganancias con ello, si sabes a lo que me refiero.

La policía intentó localizar al propietario de la propiedad, pero descubrió que el propietario registrado era una empresa que se autodenomina Ayuda Mutua Ltd.³⁰, propiedad de Peter Kropotkin, de Rusia, y que la casa había sido comprada en 1995 por un agente suyo, un tal AM Chaney, una figura extravagante de la escena artística local que se fue a un lugar desconocido hace unos nueve meses y del que no se ha sabido nada desde entonces. De modo que los tres jóvenes que conocieron a Kropotkin en el aeropuerto, como por casualidad, en realidad vivían en su casa.

¿Quién es, entonces, ese misterioso Kropotkin que se encuentra detenido? Para encontrar una pista, podemos recurrir a la figura histórica cuyo nombre ha adoptado. Quienes conozcan a personajes oscuros de la historia recordarán a Peter Kropotkin como el príncipe anarquista que vivió una vida de privilegios en la Rusia zarista y que, en un momento dado, llegó a ser paje personal de Alejandro II, como vemos en esta vieja fotografía de Kropotkin en uniforme, para luego darle la espalda a su familia y a su país y dedicarse a actividades revolucionarias, cumpliendo al menos dos condenas de prisión por sus actos antes de morir en 1921 a los setenta y ocho años, poco después del triunfo de los bolcheviques. Aquí vemos una fotografía de Emma

³⁰ Ltd. (Private Limited Company) (Compañía Limitada Privada).

Goldman, famosa radical estadounidense conocida a menudo como Emma la Roja, hablando en el funeral de Kropotkin ante una enorme multitud de dolientes, tal vez la mayor asamblea de anarquistas de la historia.

El Servicio de Inmigración y Naturalización (INS) y el Departamento de Estado no tienen constancia de que este hombre se llame Peter Kropotkin o de cualquier otra forma, y los funcionarios rusos informan de que están igualmente desconcertados. Ni siquiera la aerolínea tiene constancia de haberle vendido un billete, aunque las tripulaciones de ambos vuelos lo recuerdan vívidamente y comparten con entusiasmo la opinión de George Stovall de que era un tipo excepcionalmente agradable.

Pero por más encantador que pueda resultar para los conductores de limusinas y los auxiliares de vuelo, las autoridades consideran que es un asunto de gran preocupación que adopte el alias de un infame anarquista que abogaba por la abolición del Estado y el imperio de la ley; en resumen, la anarquía total. Un funcionario de inmigración con el que hablamos describió los documentos falsos de Kropotkin como, entre comillas, sin duda las mejores falsificaciones que hemos visto nunca, lo que sugiere tal vez que no se trata de un simple caso de fraude de inmigración, sino del trabajo de expertos en el arte del espionaje.

Sea quien sea, se enfrenta a varios cargos, entre ellos el de agresión a un agente de policía de Richmond y el de resistencia al arresto. Las autoridades con las que hablamos no estaban en libertad de comentar los detalles de los otros posibles cargos pendientes contra él y se limitaron a decir que es objeto de una investigación en curso tanto por parte del INS como del FBI. Alegando motivos de seguridad, también se negaron a divulgar el paradero del prisionero, salvo para decir que se encuentra en una prisión de máxima seguridad. Se cree que se encuentra en algún lugar de la ciudad, pero las autoridades no confirmaron ni negaron estos rumores. Las autoridades subrayaron que se mantendría informado al público estadounidense de los acontecimientos importantes en el caso tan pronto como tales revelaciones no pusieran en peligro la investigación en curso o comprometieran a los agentes sobre el terreno.

Y ahora en Little...

En esta fotografía tomada por un fotógrafo aficionado y publicada hace apenas unas horas por las autoridades, vemos al hombre que se hace llamar Kropotkin a la izquierda de la pantalla con un cómplice conocido únicamente por el nombre en clave Jonás a la derecha. Notarás que ambos llevan la característica gabardina negra que se hizo famosa por la Mafia de las Gabardinas. El fotógrafo que tomó esta fotografía vio por casualidad a estos dos invadiendo el sitio de construcción del nuevo Paseo del Canal en el centro de

Richmond y pensó que parecían sospechosos. Las autoridades se negaron a especular sobre lo que la pareja podría haber estado haciendo, pero no descartaron la posibilidad de que estuvieran considerándolo como un objetivo potencial para otro ataque al estilo Littleton, tal vez durante las ceremonias de apertura del Paseo del Canal programadas para principios de junio, donde se espera que asistan varios dignatarios estatales y locales.

En cuanto al hombre llamado Jonás, si bien ha sido objeto de una extensa búsqueda, hasta ahora, admiten las autoridades, parece haber desaparecido sin dejar rastro.

Y ahora con el pronóstico...

Esta mañana, las autoridades hicieron pública esta cinta de vídeo de una operación encubierta de la policía que muestra a Kropotkin y sus seguidores distribuyendo comida robada de varios restaurantes de la zona entre los indigentes y los más desposeídos, en un intento, según creen los investigadores, de reclutar un Ejército de Desafectos entre las clases bajas de la ciudad para crear disturbios y posiblemente participar en actos de violencia. La policía fue informada de la posibilidad de esta red de jóvenes radicales por el empleado del departamento de salud de la ciudad, Fred Spurlow, que afirma que le ofrecieron sobornos y favores sexuales para que guardara silencio sobre lo que sabía. Se topó con la conspiración, dice, mientras investigaba

una denuncia rutinaria en el restaurante donde trabajaba la misteriosa figura conocida como Kropotkin.

En cuanto a la misteriosa figura que está en el centro de toda esta controversia, el hombre llamado Kropotkin, las autoridades se negaron a especular sobre el alcance total de sus actividades clandestinas. Conscientes de que los rumores están circulando, no pudieron dar crédito a ninguno de ellos, ni negarlo, en esta etapa de la investigación.

Sin embargo, fuentes cercanas a la investigación revelaron a este reportero bajo condición de anonimato que Kropotkin y su equipo son sospechosos de participar en un complot para hacer estallar los famosos, queridos y a menudo controvertidos monumentos de Monument Avenue, que honran a varios héroes de la Guerra Civil estadounidense, incluido el general Robert E. Lee, cuya estatua ven detrás de mí. Se cree que estos ataques fueron planeados como parte de un complot más amplio para crear malestar racial en esta ciudad habitualmente pacífica y la oportunidad de nuevos actos de violencia. Se sabe que varios de los seguidores de Kropotkin se afeitan la cabeza al estilo de los grupos de supremacía blanca de cabezas rapadas que abogan por la guerra racial, aunque mis fuentes hicieron hincapié en que aún no se ha establecido un vínculo claro entre Kropotkin y esos grupos.

Independientemente de las respuestas que pueda aportar la investigación, la ciudad de Richmond debe respirar más

tranquila esta noche sabiendo que Kropotkin está tras las rejas, aunque los extraños efectos de su presencia siguen sintiéndose. Los esfuerzos por localizar e interrogar a otros posibles conspiradores se han visto gravemente obstaculizados, según informa la policía, por la actitud desafiante activa de los jóvenes de la ciudad, que incluye, como se muestra aquí, el uso de abrigo negro largo y barbas postizas tanto por parte de hombres como de mujeres. Y aquí tengo la camiseta más popular de la ciudad entre los jóvenes radicales. Como pueden ver, muestra a Kropotkin tras las rejas con la leyenda YO SOY KROPOTKIN.

Mientras tanto, una sección local de los Hijos de los Veteranos Confederados ha apostado un guardia de seguridad en los terrenos del Monumento de Lee. Como pueden ver, están vestidos con auténticos uniformes confederados mientras vigilan solemnemente a su ex comandante. Su presencia ha generado una nueva controversia con manifestaciones y contramanifestaciones, y un acalorado debate en el Ayuntamiento de Richmond. Sin embargo, los confederados insisten en que no abandonarán sus puestos mientras este monumento esté potencialmente en peligro. Por el aspecto de las cosas aquí esta noche, con rebeldes y radicales enfrentándose en otra noche de disensión, podrían estar en una vigilia muy larga.

Mientras el General Lee y su amado caballo Traveler miran hacia Monument Avenue esta noche, seguramente deben estar...

“Inanimados” es la palabra que me viene a la mente, pero nunca lo sabré. Mi observador y yo hemos pasado al tenis. *Thunk, thunk, thunk...* Un sonido bastante tranquilizador. ¿Era ese un *sonido* de mi observador, justo ahora, justo antes de que nos retiráramos de Lee? Un gruñido de disgusto cuando los confederados valientemente subieron a la pantalla para proteger a su Comandante de Bronce de la Causa Perdida, una imagen en mi mente bastante parecida a los Hijos de Israel y el Becerro de Oro con mucho menos alegría. No estoy seguro. Puede que yo mismo haya hecho el sonido inconscientemente. No tengo ningún problema en imaginármelos, como digo, todos grises y solemnes como una ciudad humeante, y la imagen es dolorosa en extremo. Hubo una gran celebración cuando se fueron, y aquí están de nuevo.

Las autoridades acaban de publicar un fragmento de una cinta de vídeo del discurso de Kropotkin en la Virginia Commonwealth University de Richmond (Virginia), pronunciado el 20 de abril (como ya debe saber todo el mundo), el cumpleaños de Hitler, precisamente a la misma hora en que se producía la tragedia de Littleton. El discurso de Kropotkin se titula simplemente “Anarquía”, lo que, cuando vea la cinta de vídeo, sin duda estará de acuerdo en que parece ser la intención de sus comentarios, ¡y también una buena descripción de sus procesos de pensamiento!

Se unen a nosotros ahora, para arrojar algo de luz sobre el contenido bastante extraño de esta cinta de vídeo, en nuestros estudios de Washington, el Dr. Rudolph Klausner, del Instituto Strickland de Washington y experto en disfuncionalismo social (espero haberme expresado correctamente), y aquí, conmigo en Nueva York, tenemos a Barbara Blaine, autora de varios libros provocadores sobre la cultura moderna, incluido su volumen más reciente, que ven en la pantalla, LA LIBERTAD ESTÁ MATANDO A AMÉRICA, que USA Today califica de audaz e incisivo. Buenas noches a ambos.

Buenas noches, Jill.

Antes de ver la cinta de vídeo, quedan algunas preguntas pendientes. En primer lugar, el misterioso personaje conocido únicamente como Jonás, que todavía no ha sido detenido, ha parecido extraño, a la luz de los recientes indicios de que Kropotkin puede estar vinculado a varios grupos racistas, que en la única fotografía (ciertamente borrosa) que tenemos de él parezca ser un individuo afroamericano. ¿Le parece extraño, doctor Klausner?

No, me temo que no. Es casi, digamos, algo esperable. Como sabes, Jill, durante la era nazi, hubo un número indeterminado de judíos que trabajaron en colaboración voluntaria con sus opresores. En tales situaciones, la minoría internaliza el odio que se les dirige y lo transforma en autodesprecio, y finalmente dirige ese odio hacia el exterior,

y en las etapas finales, ellos mismos se convierten en los opresores de su propia especie, su peor pesadilla, por así decirlo. Mis investigaciones demuestran que gran parte de la presunta discriminación en este país es en realidad de este tipo.

Fascinante. Para esas personas desorientadas, lo negro es blanco y lo blanco es negro. ¿Qué opinas de esa afirmación, Barbara?

No podría estar más de acuerdo. Y permítanme añadir que el brillante análisis del Dr. Klausner se ve reforzado por informes recientes que indican que este Jonás tenía una novia blanca, tal vez varias, que vivían con él y podemos suponer que, dado que no tenía medios visibles de sustento, también lo mantenían. Los empleados del cine donde ambos vieron una violenta película de culto de ciencia ficción sólo unos días antes de la tragedia, informan que la chica, que se afeita la cabeza y viste ropa de hombre, por cierto, pagó literalmente todo. Todo esto es sintomático de la fragmentación de la identidad racial y de género que nuestra sociedad demasiado libre en realidad fomenta y alienta en nuestra juventud de una miríada de formas, como analizo en mi libro con cierta extensión, en particular en el capítulo que titulo Atletas negros y feministas blancas: el nuevo mestizaje.

Hmmm. ¿En serio? Eso suena a... algo muy fuerte, Barbara. Pero volviendo a Kropotkin, a medida que las pruebas siguen

acumulándose, hay quienes siguen afirmando que no hay nada que vincule claramente a este Kropotkin con Eric Harris o Dylan Klebold y que los medios de comunicación, la policía y el pueblo estadounidense simplemente se están apresurando a juzgar. ¿Qué piensan ustedes dos sobre eso? ¿Doctor Klausner?

(Risas masculinas) ¡Es mejor apresurarse a juzgar que no juzgar en absoluto! He tenido la oportunidad de ver con cierta extensión el vídeo que vamos a ver a continuación del discurso de este hombre a un grupo de estudiantes de secundaria inocentes, y debo decirles que me perturba. ¡Me perturba profundamente! Y, por supuesto, el hombre hizo coincidir sus comentarios precisamente con los incidentes en Littleton, el día del cumpleaños de Hitler, vestido con la chaqueta negra de la anarquía, exhortando a sus seguidores a ser animales por el amor de Dios. ¿Coincidencia? Tal vez. Tal vez no. Pero no olvidemos que están llegando informes de los departamentos de policía de todo el país que sugieren que se planearon otros ataques tan atroces en toda la nación, pero que las autoridades pudieron cortarlos de raíz con un trabajo policial de advertencia. No, en lugar de cuestionar a las autoridades, creo que deberíamos agradecerles por evitar lo que podría haber sido una tragedia de grandes proporciones.

Estoy totalmente de acuerdo con el Dr. Klausner, Jill. El precio de la libertad es la vigilancia eterna. En nuestra sociedad actual, en la que todo vale, hay quienes parecen

pensar que la libertad se consigue sin ese precio, que podemos permitir que esta especie de demagogia autodenominada siga adelante sin control delante de nuestras narices sin poner en peligro las preciosas libertades por las que nuestros antepasados soportaron tantas penurias e hicieron tantos sacrificios. Como explico en el capítulo inicial de mi libro, la primera tarea de una sociedad verdaderamente libre es aceptar limitaciones a su libertad.

Con eso en mente, veamos el vídeo, ¿de acuerdo?

(Es realmente difícil plasmarlo. He visto suficientes de las artes mágicas de Brad para imaginar cómo se puede hacer, para que en realidad parezca que estoy diciendo este galimatías. Lo puedo ver muy bien. De hecho, en este punto [parece que se repite cada hora] lo recuerdo mejor que lo que dije en realidad.)

Buenos días, jóvenes de Richmond. Soy la Verdad, soy la Justicia, soy el estilo de vida americano. Soy bueno para ustedes. Soy un experto. Síganme y los convertiré en líderes. Soy un androide del futuro que viene a fomentar la revolución. No tengan miedo. La revolución está en la naturaleza de las cosas. La revolución fomenta la revolución, fomenta la revolución, fomenta la revolución. Como un caos. Imaginen que son animales, como dice Darwin. Tomen el mando... No sé cuánto tiempo más tendremos. Miren a su alrededor, ¿qué ven? Gays, negros. No humanos, no de la misma especie. Es fácil para ustedes, con la televisión e

Internet, saber que son los verdaderos animales lavados en el río del tiempo. Mírennos. Imagínense en Alemania. En Colorado. En Richmond. ¡Todo lo que digo es verdad! ¡Aquí en Richmond imaginen la anarquía! ¡Para el mejoramiento y la edificación de la raza, los negros serán severamente reprendidos!

¡Guau! Debo decir que es un material bastante fuerte. ¿Doctor Klausner?

Bueno, es un patrón familiar, ¿no? El uso de iconos del pop, las apelaciones a los instintos más bajos, la referencia desordenada a Charles Manson, así como a la canción de los Beatles "Revolution", la visión del mundo claramente paranoica llena de androides y otras imágenes antisociales extraídas de la ciencia ficción, como la película Barbara a la que astutamente nos llamó la atención hace un momento. El hombre está claramente demente. Pero permítanme enfatizar que él es simplemente parte de la demencia cultural más amplia bajo la que nos desenvolvemos. Una tradición de demencia, por así decirlo. En la que cada horror enfermizo y retorcido es glorificado en nombre de la libertad de expresión y protegido como un derecho.

Por supuesto, doctor Klausner. No podría estar más de acuerdo. De hecho, dedico un capítulo entero de mi libro precisamente a esta cuestión en relación con la llamada acción afirmativa y la NEA, en un capítulo que titulo El mito del número de miembros y la violación de la virgen.

Eso suena fascinante, Barbara.

Es un gran cumplido viniendo de usted, Dr. Klausner.

Rodolfo, por favor.

Volviendo a Kropotkin, Rudolph y Barbara, una última pregunta. ¿No estarían de acuerdo en que la mención específica de Colorado en este discurso incendiario sugiere con bastante fuerza que Kropotkin tenía conocimiento previo de los acontecimientos que estaban sucediendo en Littleton (niños inocentes asesinados a tiros en el mismo momento en que él decía esas cosas horribles), posiblemente incluso complicidad en esos acontecimientos, y no, como algunos han sostenido, una apresurada decisión de los medios de comunicación?

Por supuesto, Jill.

Bueno, veo que nos hemos quedado sin tiempo. Me gustaría agradecerles a ambos por estar con nosotros esta noche. Y Barbara, sin duda buscaremos su libro, LA LIBERTAD ESTÁ MATANDO A AMÉRICA, disponible en Simon & Schuster, ¿no? También se puede encargar en línea en nuestro sitio web, donde encontrará una cobertura continua, en profundidad y durante todo el día, de nuestro artículo principal de esta hora, ¡Kropotkin: América invadida!

Si pensara por un momento que se harían semejantes absurdos de mi vida y de mis palabras sin la intervención activa de Anchee en el asunto, no creo que pudiera soportarlo. Transformarme en todo lo que uno detesta. Pero nadie pasa un tiempo significativo en prisión sin contemplar el suicidio, tanto por motivos como por medios, y ya he determinado tres formas de manejar la tarea aquí si llegara el caso. Afortunadamente, supongo que veo la intervención de Anchee en todo y siento más rabia que desilusión y desesperación. Se me ocurre lo terriblemente tonto que parecería Sansón sin Dios a quien culpar de todo el asunto. Y la mujer, por supuesto, que le robó la fuerza con un corte de pelo. ¿Por qué los amantes de Dios siempre culpan a la mujer? Me pregunto qué diría Freud. Tendré que preguntarle a Rachel la próxima vez que la vea.

En un incidente relacionado, en el que se sospecha firmemente que se trató de un incendio provocado, el restaurante en el que supuestamente trabajaban Kropotkin y varios de sus seguidores ardió hasta los cimientos en un misterioso incendio antes del amanecer. El restaurante estaba cerrado a esa hora y, afortunadamente, nadie resultó herido. Los bomberos que aparecen aquí combatiendo el infierno dicen que el fuego parece haberse originado en una oficina cerrada donde se guardaban documentos confidenciales del restaurante. El dueño del restaurante, William Bates, habría dicho a las autoridades que cree que su esposa Doris puede haber caído bajo la influencia de

Kropotkin y haber provocado deliberadamente el incendio para encubrir sus negocios ilegales. También falta una cantidad no revelada de dinero en efectivo. La policía está buscando a la señora Bates a esta hora para interrogarla. Cualquiera que tenga algún conocimiento de su paradero debe ponerse en contacto con las autoridades locales.

Prueba en la Toscana, apuesto por ella.

Rachel Pederson, que aparece aquí saliendo de la sede de la policía, fue puesta en libertad tras ser detenida en relación con el extraño caso del hombre que se hace llamar Peter Kropotkin. En un principio se pensó que estaba implicada en la redada de medianoche de Kropotkin en la estatua del general Robert E. Lee, en la que el agente de policía de Richmond Darin McArthur fue brutalmente agredido. La Sra. Pederson fue puesta en libertad cuando McArthur no logró identificarla positivamente como miembro de la banda, diciendo: "Tenía las manos ocupadas con los dos hombres, así que no pude ver bien a las mujeres".

En declaraciones a los periodistas, Pederson afirmó que Kropotkin está siendo víctima de una red sistemática de mentiras e insinuaciones y que el tiempo acabará por darle la razón. Sin embargo, no ofreció ninguna prueba de sus afirmaciones. Amenazando con manifestaciones masivas, prometió que los partidarios de Kropotkin no descansarían hasta que lo absolvieran de todos los cargos y lo pusieran en

libertad. Mientras tanto, la agencia para la que trabaja, la Agencia de Asistencia para Refugiados e Inmigración, ha emitido un comunicado en el que sostiene que en ningún momento la agencia proporcionó deliberadamente ayuda alguna a Kropotkin o a sus seguidores y que Pederson ya no es empleada de la agencia y actúa completamente por su cuenta.

Las autoridades locales rechazaron la idea de manifestaciones masivas, señalando que había pocas pruebas que indicaran que Kropotkin contaba con el apoyo de más de unas pocas docenas de individuos perturbados.

Cuando se le preguntó sobre eso, la Sra. Pederson se rió y dijo, “Dénnos tiempo”, pero se negó a dar más detalles.

Al menos no la llamaban *señorita*. Tengo que imaginarme su risa, su voz. Sólo informan de lo que tiene que decir en resúmenes desdeñosos mientras que Buddy Showalter prácticamente tiene su propio programa. No importa. Puedo imaginarla más vívidamente de lo que jamás podrían mostrarla, incluso con docenas de cámaras, comentaristas y presentadores, y eso es lo que hago:

Le preguntan dónde pretende desenterrar a más de unos pocos anarquistas trastornados en Richmond, y ella imagina las legiones que el lugar debe albergar justo debajo de la superficie histórica, y se ríe a carcajadas, creo, cuando se le ocurre su respuesta con un juego de palabras, con el

beneficio adicional de un mensaje para mí. “Danos tiempo”, dice con un poco de énfasis en “tiempo” en caso de que esté escuchando, y sé exactamente lo que quiere decir.

Ella tiene la intención de utilizar el reloj.

¡El reloj! ¡El reloj! ¡El reloj!

Rachel no es de las que se jactan de lo que ha dicho. Si promete manifestaciones multitudinarias, las habrá. Considero las posibilidades y no puedo evitar reírme a carcajadas. Es delicioso imaginar a los oprimidos levantándose de sus tumbas hacia una nueva vida. Eso es lo que siempre imaginé que sería la resurrección cristiana de los muertos en el Día del Juicio, aunque nunca escuché a un predicador hablar de ello de esa manera. Todos lo vieron como una citación masiva para comparecer ante el director.

Mi espíritu se vuelve tan eufórico que comienzo a cantar para mi observador con la esperanza de que me diga que me calle y ambos seamos más felices por haber tenido algún contacto humano, pero aparentemente me canso de cantar antes que él, otra prueba de que no existe.

Y entonces caigo en un sueño agitado y sueño con Rachel en mis brazos en la orilla del río, haciendo el amor, cuando nos sacude una terrible explosión, y vemos la ciudad en llamas en la orilla opuesta. Corremos desnudos, sin tiempo para vestirnos, tan rápido como podemos, pero cuando

llegamos al puente, ya está en llamas. Nos tomamos de las manos y corremos hacia el fuego. Puedo sentir el calor abrasador de la cabeza a los pies, y luego, milagrosamente, las llamas se retiran ante nosotros y las perseguimos desde el puente, desde la ciudad, hacia el cielo, donde se convierten en nubes y se alejan, y ella y yo volamos.

Cuando me despierto, el tono de la televisión ha cambiado de alguna manera, no tan suave, no tan guionado, tal vez incluso un poco asustado, y es como si realmente pudiera escuchar la marea empezando a cambiar.

Para beneficio de nuestros espectadores en casa, tal vez podrías decirnos exactamente qué estamos viendo aquí, Stephanie.

Por supuesto, Dan. El puente peatonal que ves detrás de mí, debajo del puente Lee, es la ruta que suelen utilizar los corredores, ciclistas y personas que hacen picnics en su camino hacia y desde Belle Isle, parte del sistema de parques del río James aquí en la ciudad de Richmond. Al amanecer de esta mañana, los hombres que ves pasar, que sufren de exposición, desnutrición, congelación, disentería y enfermedades demasiado numerosas para mencionarlas, comenzaron a cruzar este puente hacia la ciudad. Nadie parece saber de dónde vinieron, pero hay literalmente miles y su número no muestra signos de disminuir. Como puedes ver detrás de mí, la ciudad ha movilizado todas las

ambulancias disponibles e incluso ha pedido voluntarios para ayudar a trasladar a estos hombres a los hospitales del centro.

¿Has podido hablar con alguno de estos hombres, Stephanie?

Como puedes ver, Dan, la policía local ha levantado barricadas para, según dicen, facilitar la rápida evacuación de estos hombres. Pero antes de que la policía colocara las barricadas, pudimos hablar brevemente con algunos de ellos. La mayoría parecían estar en estado de shock y no querían o no podían hablar con nosotros sobre lo que habían pasado, pero hubo algunos que sí lo hicieron y todos afirmaron haber estado prisioneros en la isla sin comida ni refugio adecuados durante varios meses, incluso más, aunque los detalles eran vagos y contradictorios. Pero como puedes ver incluso desde aquí, estos hombres tienen un aspecto realmente horrible, como si hubieran salido de un campo de concentración. Nunca he visto nada igual.

No hace mucho tiempo, alguien que se hacía pasar por portavoz del grupo, un tal Dr. Earl Hollander, afirmó que todos estos hombres, ¡escuche esto, Dan!, habían venido aquí para apoyar a Peter Kropotkin y exigían su liberación inmediata. Sin embargo, no hemos podido confirmar esta afirmación ni siquiera la conexión de Hollander con estos hombres. Hollander se fue de manera bastante abrupta poco después de que llegara la policía estatal.

Entiendo que el gobernador de Virginia estaba en el lugar de los hechos.

Así es, Dan. El gobernador Jim Gilmore estuvo aquí hace unos momentos para evaluar la situación, pero se negó a hablar con los periodistas, diciendo que había otros asuntos urgentes que requerían su atención inmediata.

De lo cual supongo que se refería también a los hombres afroamericanos que empezaron a marchar hacia la ciudad.

Así es, Dan.

¿Tenemos una imagen de eso? Vamos a ir a ver a Chan Rundgren en Richmond para ver lo último de una serie de extraños sucesos que ocurrieron allí. ¿Chan?

Sí, Dan. Chan Rundgren está aquí en Capitol Square en Richmond con un hombre que se identifica simplemente como Gabriel y que afirma ser el líder de esta marcha. Hasta donde podemos determinar, comenzaron su caminata aproximadamente seis millas al norte de la ciudad en algún momento de esta mañana. El grupo original, unos quinientos hombres afroamericanos con atuendos antiguos, ha recogido un buen número de reclutas o curiosos a lo largo del camino. Su ruta los llevó a través de Virginia Union University, una universidad históricamente negra activa en manifestaciones y sentadas en los años sesenta, donde se informa que Gabriel pronunció un discurso que vació tanto

las aulas como las oficinas administrativas. Tuvo el mismo éxito en reclutar a los residentes del barrio tradicionalmente afroamericano Jackson Ward. Los periodistas lo alcanzaron aquí en el final de su marcha, Capitol Square. Las estimaciones de las cifras reunidas aquí hasta ahora oscilan entre dos y tres mil, y siguen llegando más. Sr. Gabriel, ¿qué es lo que su grupo espera lograr aquí?

Hemos recorrido dos siglos para ver la ciudad libre, para liberarla, si aún no lo está. Damos la bienvenida a nuestra causa a todos los hombres que aman la libertad, tanto negros como blancos, del pasado como del presente.

¿De dónde exactamente es tu grupo?

De aquí, del suelo bajo tus pies. ¿Puedo explicarlo mejor? Hace doscientos años estábamos preparados para atacar aquí para liberarnos y liberar este lugar. Pero fracasamos en el intento. Esta vez, en cambio, hemos viajado a través del tiempo con Jonás, quien nos rescató. A cambio, venimos a ayudarlo en sus esfuerzos por liberar a su amigo Kropotkin.

Disculpe, Chan, pero nos enteramos de otra noticia de última hora en Richmond y vamos a ver a Melanie Maples, que está junto al río. ¿Melanie?

Sí, Dan. Estoy aquí, delante del Annabelle Lee, un barco de excursión fluvial que es escenario de lo que puede ser el episodio más extraño hasta ahora. Hace poco, hombres,

mujeres y niños afroamericanos, muchos de ellos encadenados y con grilletes en los pies, empezaron a desembarcar de este barco. Según el equipo de limpieza que se presentó para preparar el barco para una fiesta de bodas programada para esta mañana, encontraron a estas personas ya en el barco, con todas las cubiertas abarrotadas. Nadie puede explicar de dónde vinieron ni cómo lograron que subieran a tantos a bordo. Cientos ya han desembarcado y, como puedes ver, Dan, el barco sigue abarrotado hasta los topes y siguen saliendo. En cuanto a por qué están aquí, las personas con las que hablé dicen que son esclavos que han venido aquí para ser libres. Ellos también afirman haber sido rescatados por Jonás y exigen la liberación de Peter Kropotkin.

¿Se trata entonces del mismo Jonás misterioso buscado en relación con el asunto Kropotkin?

Así es, Dan. Dicen que saldrá de su escondite cuando sea prudente hacerlo. Se cree que puede estar a bordo del barco, pero hasta ahora nadie ha podido acceder a la embarcación para realizar una búsqueda. Como puedes ver, el barco está inundado de una luz azul que los lugareños nos dicen que no es normal. Se rumorea que tres agentes de policía de la ciudad de Richmond abordaron el barco hace más de una hora, pero no se ha sabido nada de ellos desde entonces, aunque no hemos podido obtener confirmación de ese rumor. Los funcionarios de policía se negaron a hacer

comentarios, salvo para decir que el asunto está bajo investigación.

¿Y hacia dónde se dirige esta gente, Melanie?

Se dirigen a Capitol Square, donde pretenden reunirse con el grupo de Jonás, quitarse las cadenas y celebrar su libertad. ¿Qué es eso? Ahora volvemos a Chan en Capitol Square.

Tengo un poco de dificultad para oír, Dan. Como puedes ver, la multitud sigue creciendo. En el centro hay una herrería improvisada donde Gabriel, herrero de profesión, está quitando los grilletes a los refugiados de Annabelle Lee que han comenzado a llegar aquí. Hace poco se ordenó a la multitud que se dispersara y regresara a sus casas, pero Gabriel respondió: “No tenemos casas a las que regresar, a menos que el gobernador quiera invitarnos a la suya”, en referencia a la Mansión del Gobernador, que está a unos cientos de metros de donde estamos parados. Las autoridades no insistieron, porque en este momento esto sigue siendo una manifestación pacífica, aunque ilegal. Cualquier acción de la policía podría resultar desastrosa en este momento, porque a pesar de los repetidos anuncios que desalientan a la gente a venir aquí, cada vez llegan más personas. He hablado con muchos de ellos. Varios parecen creer en las afirmaciones de Gabriel sobre los viajes en el tiempo, creyendo que él es en realidad el joven herrero carismático que fue el líder de un levantamiento de esclavos abortado aquí en 1800, que resultó en su ejecución junto con

muchos de sus seguidores, un evento cuyo recuerdo aún se mantiene vivo en la comunidad afroamericana de aquí. Otros dicen que no les importa la historia, pero que encuentran su mensaje de equidad e inclusión convincente. Pero te digo, Dan, nunca he visto nada igual en mi vida. Me enteré hace unos momentos de que la fiesta de bodas de la que habló Melanie ha trasladado todo el evento aquí, y han invitado a todas estas personas para ayudarlos a celebrar. De hecho, el ambiente en general es tanto de celebración como de manifestación. Como me dijo un anciano caballero negro hace un rato, ¡si esta ciudad no era libre antes, seguro que lo es ahora! ¿Disculpa? ¡Estás bromeando!

Me acaban de informar de que, en el último giro extraño, los primeros refugiados de Belle Isle que fueron dados de alta del hospital MCV que está al otro lado de la calle se han unido a la multitud reunida en sillas de ruedas con sueros intravenosos, ¡en compañía de estudiantes de medicina de MCV con camisetas con la leyenda YO SOY KROPOTKIN! Los informes que tenemos de MCV indican que las autoridades de allí están convencidas de que los hombres que salen de Belle Isle son, de hecho, prisioneros que escaparon del campo de prisioneros de la Guerra Civil que se encuentra allí.

Las autoridades locales me han pedido que siga instando a la gente a que se mantenga alejada. Ya se han cerrado varias calles del centro de la ciudad. Ni siquiera intentes llegar a ninguna parte de la ciudad en coche. Y tenemos informes de que el tráfico está congestionado en todas las arterias

principales de la ciudad. Hay rumores de que la policía negra se negó a detener a la primera oleada de manifestantes cuando llegaron a la ciudad y que la policía blanca se negó a detener a sus compañeros. Parece que la policía ha adoptado una actitud de no intervención. También hay rumores de que el gobernador ha huido de la ciudad en helicóptero, mientras que otros afirman haber visto al alcalde y a varios concejales entre la multitud. También ha circulado el rumor de que se está planeando una gran marcha para más tarde esta noche por Monument Avenue. Sin embargo, ninguno de estos rumores está confirmado. En cuanto a Peter Kropotkin, hasta ahora las autoridades se han negado a revelar su paradero y dicen que no tienen intención de negociar con terroristas...

Esto continúa durante un tiempo, un gran tumulto del pasado y del presente, que se levanta para mi liberación como magma a través de la tierra, aunque no pueden tener ni idea de quién soy. Me pregunto cuántas semanas Jonás, Rachel y Earl pasaron trabajando en el pasado para convencerlos de que yo era un hombre al que debían ayudar, y que al hacerlo se ayudarían a sí mismos. No fue difícil, supongo. Todos estos miles son libres aquí y difícilmente pueden ser enviados de regreso. Ese logro en sí mismo me hace sonreír. Pero los medios me dan una sensación inquietante, de pesadilla. Todo sucede demasiado rápido cuando la causa y el efecto se van por la ventana, como si los pisos de un edificio alto cedieran todos a la vez.

Imagino que el mundo se está acabando y que me quedo atrapado aquí para siempre. Escucho a medias, medio dormito, las voces murmurantes, expertos y políticos de todas partes ahora, incluso alguna pobre alma parada en el frío... *Estoy en la ciudad de Dmitrov, Rusia, al noreste de Moscú, hoy una ciudad de unos setenta mil habitantes, donde, el 8 de febrero de 1921...*

Me quedo dormido, sólo brevemente, pienso, y cuando despierto, hay silencio.

Una silla raspa.

Una puerta se abre y se cierra.

Mi vigilante se ha ido.

Por suerte para mí, el equipo de cocina (quizás sean androides o máquinas) se queda. Esta noche no hay libro con la cena (pescado con patatas fritas), pero sí un bolígrafo, del mismo diseño que le di a Jonás hace tanto tiempo. No hay papel, pero me doy cuenta de que hay suficiente papel apilado en un rincón. Así que empiezo a escribir.

Capítulo uno

He renacido...

Capítulo XX

¡LIBEREN A KROPOTKIN!

También leí durante ese tiempo [en prisión] una gran cantidad de novelas, e incluso me organicé un regalo para la Nochebuena. Mis parientes lograron enviarme entonces los cuentos navideños de Dickens, y pasé la fiesta riendo y llorando con esas hermosas creaciones del gran novelista.

–PETER KROPOTKIN,
Memorias de un revolucionario

–Pero tú siempre fuiste un buen hombre de negocios, Jacob –balbuceó Scrooge, que ahora empezó a aplicar esto a sí mismo.

–¡Negocios! –exclamó el fantasma, retorciéndose las manos de nuevo–. La humanidad era mi negocio. El bienestar común era mi negocio; la caridad, la misericordia, la tolerancia y la benevolencia, todo era mi negocio. ¡Los negocios de mi oficio no eran más que una gota de agua en el vasto océano de mis negocios!

Alzó la cadena con el brazo extendido, como si ésa fuera la causa de todo su inútil dolor, y la arrojó pesadamente al suelo otra vez.

–CHARLES DICKENS, Un cuento de Navidad

No estoy seguro de cuánto tiempo llevo escribiendo estas páginas, o mejor dicho, márgenes, pues el único papel que tengo es la pila recolectada sobre Peter K., una modesta Babel que ni siquiera es lo bastante alta para llegar a la mitad de la altura de las cámaras que me observan escribir. O no. Desde que mi observador abandonó la escena, tal vez todos los observadores hayan abandonado sus puestos, y la realidad está sola, sin ser observada. Estas cámaras,

entonces, son meros artefactos para mi observación. La única *vida* que observar soy yo, y el único objetivo es esta pluma y esta página. Agradecería una pulga, una araña o incluso un microscopio con el que pudiera observar las bacterias que seguramente deben compartir mis células, aunque no me sorprendería encontrarlas sin vida, salvo yo y lo que resida en el recipiente de mi cuerpo, a la deriva en un mar desinfectante.

A falta de otras vidas, he contado mi breve historia en estos márgenes. Pero ahora se acercan a su fin, probablemente tanto la historia como la vida. Cuando la narración de un prisionero se reduce a *Más o menos lo mismo que ayer* y *Ningún cambio* día tras día, ya sea en una celda o en el papel, la cosa está llegando a su fin. Conozco este camino. Ya casi he llegado al final dos o tres veces. A partir de aquí todo es cuesta abajo.

Pero basta de pensamientos oscuros. Después de todo, aquí siempre hay luz. Luz incesante, zumbante y vibrante. Un compañero de celda que hiciera tanto ruido sin cesar volvería a uno sin sentido. Pero yo no. Estoy tan sano como el día en que renací.

Me embarqué en esta historia de mi vida, pensando que sería un viaje manejable dada su singular brevedad; singular al menos por poder hablar de ella, y mucho menos escribir sobre ella, después de sólo unas pocas semanas de existencia. Aun así, por breve que sea, he dejado fuera más

momentos de los que he incluido. Algunos de los más preciados los reservo para mis sueños y mi locura final. La mayoría, aunque cada uno de ellos sean buenos momentos, no dejan de ser anodinos; no los recuerdo. Adiós, Tiempo Olvidado. No puedo decir con propiedad que te extrañaré, pero me alegré de conocerte.

Pero hay algunos momentos –creo que Wordsworth los llama *nodos de tiempo*– en los que reside una gran importancia –intuida, aunque no siempre comprendida– cuyos recuerdos recurrentes y entrelazados dan forma a la vida de uno a partir de entonces. Momentos en los que la vida cambia. Momentos evolutivos. Es a la luz de ellos que se experimentan nuevos momentos. Dominan a los llamados pensamientos ociosos (todos aquellos que están directamente relacionados con ir a la tienda de comestibles o apretar un tornillo) y aumentan su influencia con el tiempo, a medida que los pensamientos de uno se vuelven cada vez más ociosos y reflexivos, como un estanque en calma. Estos momentos son las ondas, los peces que se observan bajo la superficie, el destello de luz que refracta la visión. La trama.

A veces, los momentos evolutivos parecen estar plagados de decisiones difíciles, como una encrucijada sin marcar en las montañas. Volver a visitarlos es vagar por un laberinto de alternativas, maldecirse a uno mismo por mil fracasos. Otros parecen predestinados, como si ninguna cantidad de revivirlos pudiera alterar el más mínimo detalle. Esos son los

momentos que hacen que los hombres se arrodillen, como Edipo, ciegos, destrozados. Como un viejo tonto, trato de evitarlos. La vida de un viejo culto y sabio está sobrevalorada.

Elegí el tiempo presente para entender esos momentos tal como los viví; más bien, se me ocurre esta razón después de haber escrito un capítulo y ¡aquí está! (Creo que la mayor parte de la crítica literaria nace de esas racionalizaciones, especialmente la que practican los autores, aunque sus absurdos dan licencia a las que luego sueña el crítico profesional). Para decirlo de forma sencilla, el tiempo presente parece ayudar a revivir esos momentos; revivirlos ayuda a mantener a raya la locura. Esa es la teoría, al menos. Algunos días siento que estoy viviendo en la propia casa de los demonios, invocando a las mismas furias para que me vuelvan loco.

Vienes aquí con tus propios propósitos, que, soy consciente, pueden no ser del todo compatibles con los míos. Puede que te guste una historia de un prisionero loco, algo al estilo de Dostoyevski, ese reaccionario piadoso, pero me resisto a dártela. O tal vez tus gustos sean más románticos y prefieras una historia buenísima sobre el príncipe encarcelado que hace una audaz huida, pero eso ya lo he descrito en las *Memorias*. Era una de las partes favoritas de Rachel. Puedes leerla en Internet, si quieres. Está en la quinta sección de la quinta parte.

Sí, es verdad: he imaginado que estas palabras contarían con un público, en algún lugar fuera de esta celda, en algún momento del presente. He imaginado además que, de algún modo, introduciría estas palabras de contrabando en el mundo y en las manos de ese público imaginado. Si estás leyendo esto, no puedes imaginarte lo increíble que me parece tu existencia. No eres tú el que necesita que me convenzan de eso sino todos los demás.

¿Fue Coleridge, no?, quien hizo la distinción entre la fantasía y la imaginación. No me acuerdo. ¡Lo que daría por tener otros libros que no fueran los míos! En cualquier caso, si existes, amable lector, te doy las gracias; porque entonces te estoy hablando a ti, no a mí mismo. A esta delgada caña he amarrado mi embarcación y sigo escribiendo. Ha sido un gran consuelo para mí.

De todos modos, me encantaría tener algo, cualquier cosa, incluso una bolsa de pan o una revista *People* para leer. ¡Dios, cómo lo extraño!

Intenté leer algunas de las introducciones y comentarios de estos volúmenes, pero me sentí como si estuviera escuchando a escondidas mi funeral. Cuanto más me admiraban, más quería pelearme con ellos. Si tengo tanta *razón* –quería decir–, yo que tengo una opinión tan alta de la especie humana, ¿cómo es que estoy en la cárcel *otra vez*? Un viejo enigma, ese. No vale la pena molestarse en ello. Si le preguntas a la humanidad si debería estar enjaulado,

estoy seguro de que la mayoría diría que no, pero no se consultó a la humanidad y la mayoría no tuvo voz ni voto en el asunto. ¿Quién me trajo aquí, sino yo mismo? Conocía el terreno, sabía que estaba caminando hacia una trampa, y aun así persistí en mi locura. Cuando Mike me dijo: “*Vas a salir en televisión, Peter*”, ¿pensé que iba a ser algo *bueno*? Quejarse por aterrizar en esta cárcel es como saltar de un acantilado alto y culpar a la gravedad por cualquier desgracia resultante.

La verdad es que me dejé engañar. Simplemente *tenía* que ver qué pasaría después, como si de alguna manera estuviera alejado de los acontecimientos, inmune a sus consecuencias, como si pudiera simplemente cambiar a otra realidad si no me gustaba cómo se desarrollaba esta.

Pero me estoy desviando. El tema era la lectura, según recuerdo. Por alguna razón, los comentaristas del Peter Difunto siempre me ponían los pelos de punta. Así que, con gran renuencia, traté de leer sus palabras. Después de todo, trabajo con ellas todo el día (en el margen superior, a lo largo del costado, a lo largo del inferior) y la vista se desvía de vez en cuando hacia esa maraña de viejos hechos en el medio de la página. Pensé que podría ser interesante echarle un vistazo. Así que, cada vez que estaba agotado, me ponía a leer para pasar el tiempo. Supongo que temía la mala escritura, el pensamiento simplista, los tramos tediosos: los miedos habituales de los escritores. Y encontré todo eso, más o menos, pero no tanto, porque las palabras

significaban poco para mí en sí mismas, sino que solo servían para dar lugar a algún recuerdo no deseado en cada página o dos, como visitar un lugar donde uno vivió alguna vez.

El último recuerdo de ese tipo sucedió así: una frase probable rememora la noche en que se me ocurrió, aunque ahora me parece un poco exagerada. Recuerdo haberla leído en voz alta a Sophie, que sonreía junto a la chimenea, y recuerdo que me invadió una renovada sensación de esperanza y propósito. Aquella noche, mientras estábamos acostados, vimos caer una nieve espesa y pesada bajo una luna que sabíamos llena. Y cuando paró, la luz más hermosa que jamás había visto entró por las ventanas (del cielo, del suelo, de todas partes) y llenó nuestra habitación. Brillaba en las colinas y valles de nuestra carne.

Pero ese fue uno de esos momentos que pensé que debía guardar para mí, y aquí lo he contado, aunque es más apropiado que sea un momento de Peter el Muerto, aunque todavía lo cuido; y a los muertos, como cualquier buen erudito te dirá, nunca se les concede un momento de privacidad. Además, tú y yo, lector imaginario, hemos estado encerrados juntos en esta celda durante mucho tiempo (créeme, aunque misericordiosamente te he ahorrado los detalles tediosos), así que una cierta intimidad parece apropiada. ¿Cómo puedo ocultarte algo? O no existes y yo estoy delirando en una sala vacía, o existes y puedes regalarme un recuerdo agradable.

No es que su efecto sea agradable para mí, no en estas circunstancias; ciertamente no es agradable para el volumen ahora con el lomo roto que lo provocó. Cuanto más apreciado es el recuerdo, más profunda es la desesperación en la que puede hundirme, porque esos momentos parecen haber desaparecido para siempre. *Han desaparecido para siempre*. Mientras tanto, los recuerdos oscuros no tienen la decencia de abandonar su siniestra influencia y continúan arruinando largos períodos de tiempo con su facilidad habitual. Como las cicatrices de Frol, las de su alma, nunca se desvanecen. No hay justicia ni paz para una mente prisionera: los recuerdos, buenos y malos, provocan desesperación. Los pensamientos sobre el futuro “previsible” provocan desesperación. *El tiempo* provoca desesperación. Así es el encarcelamiento. Así es la esclavitud.

Por eso escribo, porque así lo elijo. Me hace sentir libre. Me anima. (¿No te das cuenta?) Así que seguiré adelante, porque tal vez existas y quieras saber qué sucederá después. Aún quedan algunos episodios más, algunos fantasmas más que vendrán a visitarme en la noche cuando llegue su hora señalada, un poco del futuro aún no previsto.

Me despierto pensando que he oído cerrarse la puerta del pasillo, aunque no queda ninguna evidencia del sonido ni siquiera en este lugar lleno de ecos. Escucho atentamente, pero solo se oye el zumbido de la luz, el sonido de mi propia

respiración. “¿Hay alguien ahí?”, grito, pero solo mi eco responde, y de inmediato me siento como un tonto, engañado nuevamente por los sueños, perdiendo el control de la realidad.

Y entonces comienza una extraña mezcla de sonidos, claramente intencionales, pero desconcertantes en su complejidad y ritmo, como si el autor de los mismos fuera un paralítico severo o tuviera múltiples extremidades: una serie de golpes, ruidos y rasguños que terminan en un estrépito que supongo que es un cajón lleno de monedas y trastos que cae al suelo. Algo de plástico rebota. Las monedas ruedan y caen. Y luego hay un ruido como de crujido, de bullicio, de excavación. Un tintineo distintivo.

Llaves.

Me las imagino vívidamente. En medio de todo ese ruido, por supuesto, debe haber algunas llaves. Pero ¿son las llaves que necesito para salir de aquí?

Ahora se oye el tintineo del metal abriéndose paso a través del desorden, luego a lo largo del suelo de cemento, sonando a su paso, y me imagino que de alguna manera he adquirido el poder de la telequinesis, y soy yo quien ha abierto el escritorio y ha encontrado las llaves y las estoy arrastrando a mi celda con pura fuerza de voluntad.

Una confesión embarazosa, esta última línea de pensamiento. Lo único que puedo ofrecer en mi defensa es que he estado encerrado demasiado tiempo, que he sucumbido a la religión natural del confinamiento solitario, al solipsismo supersticioso. Abandoné mi locura cuando mi verdadero libertador apareció caminando rápidamente. Es Mortimer, que lleva un gran llavero cromado alrededor del cuello como un halo de gran tamaño; las llaves (docenas de ellas en un llavero más pequeño atado a una cadena) tintineaban alegremente con él. Seis de los otros gatos se acercan. Hago una rápida inspección y determino que Zahra, una persa blanca, es la que falta. Tal vez esté de vigía en algún lugar.

Mortimer no tiene dificultad en atravesar los barrotes, se frota contra uno y luego contra otro, se sube a mi catre con un salto que hace que las llaves salgan disparadas hacia mis manos extendidas. Lo libero de su aureola y le rasco la cabeza con la promesa de muchas caricias más en el futuro, y me levanto. Busco entre las llaves. Es la decimotercera. En una jaula, las nociones de libertad se simplifican enormemente: fuera de la jaula está la libertad. A menudo se descubre que la jaula está dentro de otra jaula, que está dentro de otra y así sucesivamente, y es difícil saber cuándo se ha llegado al final, pero por ahora, abrir esta puerta es la libertad.

Entro en el pasillo y miro hacia arriba y hacia abajo. Hay una pequeña curva que no había notado desde dentro de la

celda, así que solo puedo ver una docena de metros en ambas direcciones. Sigo a los gatos en la antigua dirección de la televisión. Al doblar la curva, porque todo es curva, llegamos a una antesala donde hay un escritorio, con su único cajón tirado en el suelo en un desorden. Hay un televisor colgado de la pared con un soporte de hierro. Hay una fotografía de un equipo de béisbol sobre el escritorio. La mitad de los jugadores son negros, la otra mitad blancos, una mitad son mujeres, la otra mitad hombres. Mi observador podría ser cualquiera de ellos, su entrenador o uno de los padres. Hay un vaso de poliestireno medio lleno de café con crema, sin lápiz labial. Un palito para agitar está al lado, pegado a un calendario que cubre el escritorio como una estera. Abril de 1999. Los eventos deportivos, incluida la pelea que escuché, están escritos en las fechas con una letra prolija que me complace ver que no es de Anchee. La única otra entrada señalada es el día veinte. *Kropotkin*, dice, nada más. Hay un periódico con la fotografía de la que oí hablar en la televisión de Jonás y yo en el canal. No es un ángulo tan bueno como había imaginado, y el rostro de Jonás está extrañamente borroso, extrañamente, porque todo lo demás está bastante claro, y la cámara me ha captado pontificando en medio de una frase, mi mano gesticulando nítidamente congelada por el obturador. Sin embargo, el rostro está ligeramente borroso, lo que dificulta la identificación. La historia que rodea la foto sigue el mismo curso torcido que la versión de televisión. Bajo el periódico

está el control remoto. Lo intento, pero el televisor sigue apagado.

Hay una puerta con una cerradura de aspecto totalmente distinto. Parece una de esas máquinas de dinero, con un teclado y una ranura al lado para una tarjeta de plástico. Empiezo a buscar la tarjeta en el cajón vacío cuando Mortimer maúlla y empieza a oírse un furioso rasguño al otro lado de la puerta. Miro hacia abajo justo cuando aparece una tarjeta de plástico; apenas se ve la punta de la pata blanca que la empuja. Recojo la tarjeta, la deslizo en la máquina y pruebo la puerta. Sigue cerrada. La pequeña pantalla dice: INTRODUCZA EL CÓDIGO DE ACCESO.

Preferiría una botella con la etiqueta BÉBEME. Las posibilidades de que me tope con el número correcto son demasiado remotas para contemplarlas. De nuevo empiezo a revisar los escombros, esta vez para ver si mi observador fue descuidado con el código y lo anotó en alguna parte. Pero los gatos me sacan de mi camino, comienzan a correr de un lado a otro, esparciendo el desorden por las cuatro esquinas, excepto por una caja de clips que abren de un tirón y se lanzan a por ellos en un ataque frenético de golpes, saltos y rodeos. Los he visto así antes, cuando Brad les deja comer hierba gatera. Una noche, completamente mordidos, jugaron un partido de fútbol sin goles con una pelota de ping-pong que golpearon y se deslizó durante una hora o más.

Entonces, tan abruptamente como comenzó el juego, se acabó y quedó un espacio en el medio del piso vacío, solo quedaban cuatro montoncitos de sujetapapeles en fila, separados por unos treinta centímetros. Los siete gatos de mi lado de la puerta se pararon detrás del montón a mi izquierda, como si posaran para una fotografía de equipo, y me dieron una mirada alentadora. Se habían vuelto locos.

“Lo siento, amigos míos, pero no tengo tiempo para jugar ahora mismo”.

Corren hacia la puerta y vuelven a la pila de clips. Ashanti, una abisinia que, si conocía a los faraones, sin duda les ordenó que cumplieran sus órdenes y así lo hicieron, pone una pata sobre los clips y me mira a los ojos. Si pudiera leer sus pensamientos, creo que diría algo como *“¡idiota!”*. Y debo estar de acuerdo, porque finalmente lo entiendo y caigo de rodillas y cuento. Hay nueve clips en la primera pila, tres en la segunda, siete en la tercera y seis en la cuarta. Me levanto y marco 9376 en el teclado, golpeo ENTER y la cerradura se desbloquea. Mantengo la puerta abierta para los gatos y paso por la segunda puerta. Zahra, que parece una nube con cara de perro, golpea su cabeza contra mi pantorrilla en señal de saludo y felicitación.

Los gatos me llevan hasta un ascensor y, presumiendo o celebrando, se amontonan delante del botón de llamada. Gawain, el gato de color marrón habano, se sube encima de sus compañeros y pulsa el botón con un estiramiento

sinuoso. Es una raza de gato rara y cara según TJ y me recuerda a una de las estrellas de cine que me presentó Rachel, el maravilloso bailarín de bonita voz. Creo que se llamaba Astaire. Cuando suena el timbre del ascensor, los gatos caen en cascada sobre la alfombra y entran en el ascensor como si hubieran estado viajando en ellos toda su vida, mucho antes de que se inventara el aparato, creo. No recuerdo ningún ascensor en las pirámides. Me dejaron pulsar el único botón, marcado con una G, después de haberse divertido. El viaje es largo; me siento en el suelo y acaricio a los gatos.

Además de Mortimer, Zahra, Ashanti y Gawain, están Faustina, una persa atigrada; Pearl, una gata gris y blanca; Rashid, una mezcla de siamés; y Sylvester, un gato de pelo largo blanco y negro que, según me han dicho, se parece exactamente al personaje de dibujos animados que le da nombre. Rachel tenía planes de presentarme a su tocayo alguna noche, una noche que yo hace tiempo que asumo que nunca será. Miro hacia el techo del ascensor. Más luces zumbando. Cuando llegue a la superficie, lo primero que debo hacer es encontrar a Rachel. Todo lo demás puede esperar. Este es uno de esos momentos, creo, en los que un creyente rezaría, pero, por supuesto, yo no lo hago. Los gatos se aprietan contra mí y ronronean por todos lados, y se siente como un abrazo.

Las puertas se abren a lo que parece ser el vestíbulo austero de un edificio de oficinas moderno. Es un espacio

vacío de vidrio y granito, un simple hall para los ascensores, sin siquiera sillas. Los gatos me conducen hasta una puerta giratoria. Se amontonan en un solo compartimento y hacen que la cosa gire (una, dos, tres vueltas) antes de caer como dados sobre la acera. Por lo que puedo ver a través del vidrio tintado, nadie parece darse cuenta. Le doy un par de vueltas para reducir la velocidad, luego entro por la puerta giratoria y soy expulsado al corazón de Richmond, libre y sin ataduras. Solo hay un problema. Lo veo inmediatamente en la columna de agua esculpida que se eleva desde la fuente quieta justo frente a mí: el tiempo está detenido.

A primera vista, todo, aunque inmóvil, parece normal. Me avergüenza confesar que la primera rareza que noto es la escasez de automóviles, sobre todo con tanta gente en la calle, pues la acera está inusualmente llena, la gente se desborda en la calle. Los autobuses circulan. Hay uno que sube la colina repleto de pasajeros. Los pocos automóviles también van llenos, algo poco frecuente por lo que he visto.

Sólo entonces miro de cerca a los habitantes de la calle que aún siguen allí. No se trata de la multitud habitual. El que está ahí, aunque lleva ropa limpia, es claramente un esclavo que acaba de escapar. Sus ojos impasibles están llenos de asombro. También él sigue asimilando un mundo nuevo y extraño. Lleva varios peces en una bolsa con cordón sobre el hombro. Cuando los busco, están por todas partes. Richmond era un centro de trata, importación y exportación de esclavos. Si los liberaran a todos y los trajeran aquí,

superarían en número a los residentes actuales al menos dos a uno. Los refugiados de Belle Isle son fáciles de identificar, aunque también han sido equipados, muchos de ellos llevan camisetas del MCV. Ni siquiera la medicina moderna puede borrar por completo los estragos del hambre y la exposición, y parecen esqueletos andantes. Pero aunque el escorbuto ha convertido sus sonrisas en una mueca grotesca, muchos sonríen de todos modos. Como yo, fueron milagrosamente arrebatados de la muerte. Conozco esa alegría. Libres al fin. Yo también la conozco.

Los blancos prósperos con trajes de negocios que suelen predominar en esta zona brillan por su ausencia. Se han ido en coches, llevándolos a los suburbios, al aeropuerto y más allá. Esto debe de ser Richmond después de las “manifestaciones masivas” de Rachel. La ciudad ha sido invadida por su pasado, invadida y tomada, por lo que parece. Algunos residentes modernos aparentemente han huido, temiendo lo peor. Su versión de la historia los ha tratado bastante bien. Esta nueva puede no ser tan amable. Pero no todos aquí son del pasado. Un buen número de residentes modernos, negros y blancos, amarillos y mestizos, permanecen en la ciudad, dando la bienvenida tal vez a ese acontecimiento tan poco propio de Richmond: el *cambio*.

Llego a estas conclusiones mientras paso entre ellos sin que nadie me note, siguiendo a los gatos, que disfrutan de su paseo en un mundo sin automóviles (normalmente evitan

las calles; sus cuatro compañeros fallecidos fueron atropellados por coches). Se abren paso serpenteando por la calle, con la cola en alto, como las banderas de ocho naciones, en un juego de seguir al líder, frotándose contra tantas piernas como sea posible, tan quietas como troncos de árboles, ya que ni una sola persona se mueve. Si el tiempo volviera a empezar, ¿sabrían estas personas qué vidas les rozaron entre un momento y otro?

Yo voy detrás de ellos, sin rozarme con nadie, pero contemplando la escena. Una elegante tienda de ropa para caballeros está llena de hombres que se prueban trajes. Están de pie, en distintos grados de desnudez. Las esposas y las novias forman un público divertido. La mayoría de estos hombres probablemente nunca han llevado un traje en su vida. Un bromista se ha puesto unos pantalones enormes, inflando sus mejillas y sacando la tripa para evocar al hombre que podría llenarlos, y sus compañeros se ríen histéricamente.

Un restaurante con mesas que se extienden hasta la acera está lleno de refugiados y esclavos liberados. Los camareros también son en su mayoría de su misma categoría y todos parecen estar comiendo la misma sopa abundante y el mismo pan grueso. Solo puedo suponer que este lugar de moda ya no es un negocio rentable. A juzgar por los rostros de su nueva clientela, se ha convertido en una enorme mesa de cocina. En lo profundo del comedor puedo ver a Zipper,

el famoso imitador, sosteniendo un vaso en alto. Me pregunto si se supone que es a mí.

Un hotel caro parece lleno, el vestíbulo abarrotado, aunque los porteros y botones, con las chaquetas desabotonadas, se sientan en la entrada con los nuevos residentes y conversan y fuman. La ropa cuelga de los balcones. Los niños juegan un partido de béisbol en el aparcamiento con el equipo nuevo. Los guantes, de los que todavía cuelgan las etiquetas de los precios, parecen enormes en sus pequeñas manos. Un grupo de mujeres hispanas, probablemente las antiguas empleadas de limpieza, han cambiado sus uniformes por vaqueros y están desenterrando los parterres y plantando un huerto para la cocina.

La mayoría de las tiendas están abiertas, de par en par, pero nadie parece estar pagando con dinero ni tarjetas de crédito. Los números brillantes que suelen adornar las cajas registradoras están apagados. Algunas tiendas están bastante concurridas, como la zapatería, mientras que otras, como la joyería, están casi vacías.

Hay un camión enorme (Tienda de comestibles UKROP, dice en el lateral) parado en la calle, con las puertas traseras abiertas y una cola en la parte trasera. Un equipo en el interior está repartiendo cajas de alimentos. Reconozco al hombre al que llamé Gray en una ocasión, a Pierce, del

restaurante, y a Caitlin. Dudo mucho que el señor Ukrop sepa de esto.

Ah, sí, supongo que debo decirles que no soy el único observador. A lo largo de mi ruta, y sujetos a su justa cuota, hay periodistas con micrófonos, camarógrafos, técnicos misteriosos, camiones, cables... una industria entera, en resumen. Parecería que el mundo entero está observando.

Subimos una colina empinada. Ya he recorrido esta ruta en otras épocas y ya he adivinado adónde me llevan los gatos: Capitol Square. No me sorprende encontrar allí una comunidad de tiendas de campaña mucho más civilizada que la que había en Belle Isle durante la guerra. El lado sur de la plaza, sombreado por los árboles y que se aleja del alto edificio, está lleno de tiendas de campaña en ordenadas hileras. En el centro hay una fuente de hierro negro de tres niveles rodeada de arbustos y flores. De ella salen pasarelas de ladrillo rojo bordeadas de bancos de parque, y los gatos me llevan en un viaje tortuoso por esta nueva comunidad. Me sorprende lo joven que es en general. Son los jóvenes los que están esclavizados; son los jóvenes los que luchan en las guerras; son los jóvenes los que se alzan en rebelión. Algunas personas del presente están ayudando, incluidos varios con uniformes médicos, policías que no llevan armas y muchos de los sin techo que ya estaban aquí. La simpatía humana puede ser un motivador tan grande como la codicia si se le da la oportunidad, si las personas no están constantemente peleándose entre sí como perros entrenados.

Las escaleras que llevan al Capitolio están llenas de las idas y venidas de los habitantes de la ciudad de tiendas de campaña. Por fin tienen acceso a la sede del poder, aunque supongo que, a pesar de que se han traído al lugar retretes portátiles de plástico, los WCs son actualmente la principal atracción. La Mansión del Gobernador de la que habló Gabriel está al otro lado del Capitolio y no se ve. Me la imagino igualmente concurrida. De alguna manera, dudo que el buen gobernador haya regresado. Me río al recordar que declaró abril como el Mes de la Historia Confederada. Parece que obtuvo más historia de la que esperaba.

Me detengo en seco cuando veo a la persona a la que me han conducido aquí para conocer. Se mueve, da un torpe paso lateral para que la pueda ver. Los gatos se dispersan como humo. Está al lado de una estatua de Edgar Allan Poe, tal vez idea de los gatos. Se ve exactamente como la recuerdo cuando la conocí, cuando me enamoré de ella al instante. La aprieto entre mis brazos, y su cabello huele igual, se siente igual. Sus ojos son las almendras oscuras de Sophie que podrían emocionarme con una mirada. Es joven y es hermosa. Pero cuando habla, sé que, como yo, lleva consigo toda la medida de la vieja vida, por joven que parezca. Se separa de mis brazos, asiente con la cabeza hacia un banco del parque y nos sentamos rígidos como un matrimonio de ancianos cuando hay una pelea en el aire.

–No puedo quedarme –dice–. He venido a convencerte de algo. Por favor, no pienses mal de mí por ello. No podría

soportarlo. Nunca me sentí tan buena como tú creías que era.

–No, eso no es verdad. No digas eso.

–Pero lo es, Petia. Lo sé. Por eso me dejaste atrás. Es lo mejor. No creo que pueda soportar esta vida otra vez. Tú en la cárcel y yo manteniendo la cara valiente por ti. ¿De qué sirve, querido, si nada cambia nunca? Lo has intentado con el viejo método. No funciona.

“Mira a tu alrededor”, le digo. “Sin duda, algo está pasando aquí”.

“Esta vez no sucederá así como así, pero él puede hacer que suceda, si así lo deseas. Debes hablar con él, con la mente abierta”.

–Te refieres a Anchee. ¿Por eso has venido aquí? ¿Para defender *su* causa?

–Vine aquí porque quiero ayudar. ¿Y tú, Petia? ¿Por qué viniste aquí? Vienes aquí de esta manera antinatural y ahora tienes la oportunidad de hacer algo hermoso, de tener el mundo con el que siempre has soñado. Ves el comienzo de esto aquí y ahora. No dejes que tus sutiles principios se interpongan en tu camino. Simplemente da la palabra y así será. –Pone su mano sobre la mía–. Mi príncipe.

–No soy tu príncipe, Sophie, ni el de nadie. –Me doy un golpecito en la cabeza–. Aquí arriba no hay príncipes. Ni reyes. Ni presidentes. Ni esclavos. Ni amos. Ni marionetas. Ni hilos. No puedo apoyar esta locura. Esto no es una revolución; es un juego de marionetas.

Ella retira la mano y baja la cabeza con tristeza, una mirada que nunca dejaba de atravesar mi corazón. “Lo sé”, dice. “Eso es lo que le dije, pero esperábamos... Él te admira, creo, casi tanto como yo. Por favor, habla con él. Eso es todo lo que pido. Me debes eso, Petia, por dejarme atrás. Dice que has amenazado con matarlo”.

A pesar de todo, no puedo evitar reírme. ¿Se tomó en serio mi amenaza? “Es un poco tarde para eso, por desgracia. Está perfectamente a salvo de mí”.

–Entonces, ¿hablarás con él y lo escucharás?

“Sí.”

“No es como te imaginas. Sólo te pide que hagas *una* pequeña cosa”.

“Te *dije* que hablaría con él”.

“Por fin podrás ser feliz, Petia”.

–*Siempre* he sido feliz –espeto, y me siento inmediatamente ridículo.

Ella sonríe con tristeza y sacude la cabeza. “Lo sé. La revolución a la que entregaste tu vida solo te rompió el corazón una y otra vez. Tu funeral fue el final, Petia. No hubo esperanza después de eso. Se acabó”.

–No es cierto. Años después, en la Guerra Civil Española, hubo anarquistas. Leí sobre ello. En Barcelona, de hecho...

–¿Ganaron, Petia? ¿Ganaron?

–No, pero...

–*Entonces, ¿para qué sirvió?* –Sus ojos brillan de ira y está al borde de las lágrimas–. Háblale, Petya. Háblale. No seas tan testarudo. Está ahí arriba, esperándote. –Señala el Capitolio, el gran templo del poder, un diseño de Jefferson, creo, copiado de un templo romano de Nimes. Me sentiría mejor si todavía estuviera al servicio de alguna deidad pagana en lugar del Estado.

Tal vez mi pregunta sea cruel, pero ella parece bien informada, ha vislumbrado más del guión que yo y está trabajando para mi enemigo; incluso podría ser una falsificación creada *por mi enemigo*, y no Sophie en absoluto: “¿Dónde está Rachel?”, pregunto.

Ella se pone rígida. “¿Cómo voy a saberlo?”

–Sabes *quién* es. Lo sé por tu tono. ¿Por qué es tan ilógico pensar que no sabes *dónde* está?

“No tiene sentido. Ella no sabe que estás aquí. Se detuvo en este momento”.

“Entonces, vuelve a reiniciarlo.”

“Tendrás que hablar de eso con Anchee”.

Lo dice como si estuviera jugando la carta del triunfo, y en ese momento la detesto. “Ah, una rehén. Algo digno de un Lenin. No eres realmente Sophie, ¿verdad?”

Ella hace una mueca de dolor al oír eso, herida en lo más profundo. “Nunca lo sabrás, ¿verdad? Ella está allí, si quieres saberlo. Conspirando”. Su voz está llena de celos y desprecio. Señala una gran carpa al pie de las escaleras.

Ésta no es mi Sophie, no lo puedo creer. “Adiós”, le digo, sea quien sea.

–Adiós –dice, llamándome–. Escúchalo. Por favor.

No me doy la vuelta y corro los últimos metros hasta la tienda. Dentro, un grupo que supongo que son los principales conspiradores (Rachel, Jonás, Earl, Wendy y un hombre imponente que debe ser Gabriel) están debatiendo sobre un mapa de la ciudad. Rachel está dando a entender algo, con la mano suspendida sobre el corazón de la ciudad. Se ve cansada y hermosa. Ella (todos ellos) lleva camisetas que dicen LIBERTAD PARA PETER KROPOTKIN. Doy vueltas alrededor de la mesa para mirarla a los ojos. Si el tiempo

fuera un muro, lo derribaría con mis propias manos. Me inclino sobre la mesa y le beso la mejilla, dejando una lágrima allí. Tal vez, como el tiempo está detenido, no se evaporará, sino que seguirá estando allí cuando se reanude. “Volveré”, digo, “tan pronto como sea posible”. Sophie tiene razón. No tiene sentido debatir con la estatua de Rachel.

No me costó mucho encontrar a Anchee. Está de pie en la Rotonda, frente a la estatua de tamaño natural de George Washington, colocada sobre un pedestal. Washington, por supuesto, no querría que el general revolucionario escapara. He visto reproducciones de esta estatua y me gusta bastante. El escultor nos mostró al hombre real, un poco regordete y con los botones de su viejo uniforme revolucionario tensos. En la solapa de su abrigo faltan un par de botones. ¿Por qué coserlos? La guerra ha terminado, su espada se ha envainado. Ha bajado del caballo y ha dado la bienvenida a la paz.

“¿Y ahora qué?”, le pregunto a Anchee.

–Te anticipas a mi pregunta exactamente. Sólo que te la pregunto yo. Te dije desde el principio que ésta era tu vida, y lo decía en serio. Como probablemente sospechas, he realizado un gran trabajo en tu nombre, pero sigue siendo tu vida, y quiero que la aceptes, que la abracés. O que la niegues, si esa es tu elección.

Me recuerda a alguien que se presenta como candidato a un cargo público, el medio más insidioso de robarle la libertad a los vecinos. No quiero ninguna de sus “decisiones”, como elegir la tela con la que forrar el ataúd. “Quiero ver a Rachel. Quiero hablar con ella. Que el tiempo vuelva a correr”.

La mención de Rachel lo ilumina. Reconsidero mi promesa de no hacerle daño. –Sí, Rachel. Es extraordinaria, ¿no? En cierto sentido, ustedes dos se han conocido muchas veces, en circunstancias muy diferentes, y *siempre se enamoran*. Y ella está enamorada de ti. Esa era una variable con la que siempre podía contar. Algo terriblemente romántico. ¿Has oído hablar de las feromonas, Peter?

–Sí –digo con frialdad.

–No quiero decir que eso sea todo. La persona amada ideal encarna el ideal. Las feromonas hacen el resto. Tú la amas en cuerpo y alma, y ella a ti. ¿Cómo puedes soportar renunciar a ella?

“No tengo intención de renunciar a ella.”

“Ella está en *esta* vida, ¿sabes?”

“Y por lo que he visto, lo está haciendo muy bien. Sophie, o quienquiera que fuera, dijo que tenías algo que preguntarme. Pregúntamelo y terminemos con esto”.

“¿No quieres saber lo que Rachel está a punto de lograr?”

–Eso lo averiguaré por ella. Quiero hablar contigo lo menos posible.

“¿Qué he hecho que sea tan horrible? Te presenté a Rachel. Yo diría, a juzgar por tus acciones, que no tienes ningún problema con eso. Reuní a un grupo extraordinario de jóvenes, algunos con ideas afines. ¿Hay algo malo en eso? ¿En organizar un poco? ¿No es eso lo que *hacen los radicales*? ¿Educar y organizar? No utilicé ningún control mental ni rayos especiales. Todos tomaron sus propias decisiones. No hice daño a nadie”.

“¿TJ *eligió* que sus padres murieran?”

–Por supuesto que no. ¿Qué clase de monstruo crees que soy? Supongo que podrías llamarme buitre, porque sabía que la muerte de sus padres y la historia de su familia lo hacían muy receptivo a la idea de un tío perdido hace mucho tiempo. Pero no me aproveché de nadie. Le compré una casa, lo saqué de su depresión, logré que comenzara a tomarse en serio la pintura.

“Pero todo eso ya es agua pasada, como dicen. Traje aquí a gente con ideas afines. Luego te resucité como catalizador o protagonista (es lo más cercano que puedo llegar a eso), pero es cierto, no te interesa la estética. Ya has visto los resultados. Todo lo que tienen que hacer, ya ves, ahí fuera,

en esa tienda, es averiguar cómo mantener la ciudad durante diez días más. Ese es el tiempo que lleva, con la cobertura mediática más intensa de la historia en todo el mundo, para que las cosas evolucionen al siguiente nivel y la revolución comience a extenderse; diez días desde el día en que *eres* liberado, claro está. Los medios se enamoran de ti, creo”.

“¿Soy libre entonces? ¿Es este el final?”

“En *esta* vida. Pero ésta es tu vida, como dije, y debo saber si la apruebas antes de ponerla en marcha y dejarla ir, si es la vida que eliges *vivir*”.

–¡Elegir! ¿Cómo puedes hablar de elegir? Tú y tu espía me estáis manipulando, vinculándome a ese asunto descabellado de Colorado con el que no tengo nada que ver.

“Era importante que aparecieras en televisión, en camisetas, en Internet”.

“En la cárcel.”

–¡Exactamente! No hace falta decirlo. Algunas cosas nunca cambian, pero para las que sí lo han hecho, te dimos un pequeño empujón. Cuando se revelan los detalles del montaje, el escándalo resultante obra maravillas, derriba a tiranos, cambia las cosas. Fue idea de mi espía, como la llamas. Tiene un dominio excepcional de estas cosas.

“¿Ella?” Pensé que Mike...

Anchee resopla con disgusto. “Mike es un idiota. Muéstrale una piedra filosofal y se abalanzará sobre ella. Lo que le interesa es la magia, el poder y la gloria imaginarios. No había límite para las tonterías que se tragaba. Demasiado Nietzsche, creo. Pero él era solo una pista falsa. No, Sondra era la que te atraía, te mantenía concentrado en Mike, haciendo de ello un deber caballeresco o alguna tontería por el estilo, para que no dudaras en precipitarte y enfrentarte al león en su guarida; por desgracia, te equivocaste de león, en la guarida equivocada”.

—¿Sondra? ¿Pero por qué? A ella no parecen importarle mucho los asuntos políticos. ¿Por qué haría algo así?

Levanta una pequeña revista, *The no sé qué Review*. La abre por una página con las esquinas dobladas. “Aquí está su primer poema publicado, si quieres leerlo”. Frunce el ceño y lo mira. “No es muy bueno, me temo”. Me confiesa en un susurro: “Soy amigo del editor, ayudé a conseguir su plaza como profesor titular”.

Lo leí de principio a fin. Es breve. Se llama “Libertad momentánea” y trata sobre ella, o al menos eso parece. No logro entenderlo bien. “¿Me traicionó por un *poema*?”

—Varios, en realidad. Todo lo que ha escrito hasta ahora. Todo por arte, Peter. Y copias de colaboradores. Habrá un

libro el año que viene. Algunos premios. Sin mí, iba a terminar como redactora técnica para Radio Shack. Le mostré el futuro y eso la hizo reflexionar, digamos. Pero tú sabías desde el principio que habría espías, como los llamas, papeles secundarios. Solo te equivocaste sobre quiénes eran. ¿Cómo cambia eso las cosas? La pregunta es si quieres que se reinicie esta vez de nuevo contigo o no.

Me siento un poco mareado. Me están pidiendo que juegue a ser Dios. Eso tiene que estar mal. Pero aun así me encuentro vacilando. “He actuado de buena fe. Por lo que dices, todos los demás actuaron de buena fe y en conciencia”.

–Es correcto –dice Anchee–. Antes de que te decidas, quiero mostrarte algo. –Me lleva por Washington hasta la sala norte–. Ésta es la antigua Cámara de Delegados. –Hay una estatua de bronce de pie, de espaldas a nosotros, a media docena de pasos dentro de la sala. También es de tamaño natural sobre un pedestal y lleva uniforme militar. Tiene una A en un círculo –el reciente símbolo anarquista– pintado de blanco en la espalda. Unas cuantas gotas dan testimonio de la condición de aficionado del artista. Tengo una buena idea de quién será incluso antes de ver su cara. Estoy llegando al punto en que puedo reconocerlo. Aquí está Lee de nuevo.

Anchee hace de guía turístico. “Este Lee está aquí para conmemorar el lugar que ocupó cuando aceptó el mando de

las fuerzas confederadas de Virginia, en abril, por supuesto. Un mes muy ajetreado por aquí. Allí se ve un busto de Davis, allí está el de Stephens. El lugar está repleto de miembros de la Confederación. Podrías acabar con la miseria”.

“No estoy seguro de aprobar tus tácticas”.

“La revolución es un estado mental, ¿no? Yo simplemente empujo a la gente a que adopte un estado mental revolucionario, el tuyo, en realidad. ¿Qué dices? Simplemente dame la palabra y la revolución será tuya”.

“¿Qué quieres decir con “empujar a la gente”? ¿Los obligas? ¿Los engañas? ¿Cómo lo haces?”

“Es mucho trabajo motivar a tanta gente, como puedes apreciar. Pero como sabes por la propaganda primitiva que empleaste, un verdadero creyente engendra a otros, de modo que una vez que se alcanza una masa crítica, esta adquiere vida propia”.

Asiento con la cabeza, es cierto.

“Y luego están aquellos cuya contribución es sencillamente inconmensurable, sin los cuales es probable que nada significativo surja incluso de los mejores esfuerzos. Son aquellos que tienen destellos de intuición, el sentido intuitivo de lo que hay que hacer”.

Asiento de nuevo, estúpidamente inocente de a dónde quiere llegar con esto.

“Rachel es una de ellas”, afirma. “Nada de esto habría sucedido sin ella. Se le ocurrió la idea de las manifestaciones cuando estabas en la cárcel, lo planeó todo y pasó *semanas* preparándolo todo. Todo para sacar a su hombre de la cárcel”.

Mientras cuenta esta historia, a pesar de mi orgullo por sus logros y su devoción, me invade una creciente sensación de inquietud. “Así que ella logró todo esto por su propia voluntad, sus propios poderes de persuasión, su propio trabajo duro. No obligó a nadie, no engañó a nadie”.

–Es cierto. El engaño es más propio de mí, en realidad.

Me entrega una carta y la abro. Hay un recorte de periódico dentro. Es un anuncio para un puesto en Richmond, fechado hace algunos años, el puesto de Rachel hasta hace poco. La carta no dice mucho. *Vi esto y pensé que sonaba perfecto para ti. Con cariño, papá.* Un escalofrío me recorre la espalda.

–Desafortunadamente, verás, el padre de Rachel nunca vio este anuncio ni escribió esta nota ni se la envió por correo a su hija. Pero cuando ella lo llamó para decirle que se mudaba de nuevo a casa horas después de que su médico lo condenara a muerte, él no estaba dispuesto a discutir con

ella. Así que aquí está, Peter, el trato: lo sostienes ahí en tu mano, el... ¿cómo fue que lo dijiste? *El hilo para hacerla bailar*. –Balancea sus manos en el aire como un titiritero–. Rómpele y nunca lo enviaré por correo. Nadie, ni siquiera tu preciada amada, será engañado o manipulado. Si me lo devuelves, lo envío por correo y ella lo leerá una fría mañana lluviosa en Seattle y podrá estar esperándote cuando llegues a la ciudad, o como ahora aguardándote al pie de las escaleras mientras hablamos. Será nuestro pequeño secreto.

–Entonces, ¿qué es? ¿La época en la que estarías viviendo si yo no hubiera intervenido en absoluto? ¿O una revolución anarquista en pleno apogeo?

“¡Esto no es una revolución! La revolución la hace el *pueblo*, no un dios de pacotilla que viene del futuro”. “El pueblo es un cerdo codicioso.”

Con esa frase ha demostrado su verdadera faz, o al menos el papel que está desempeñando. La revolución no significa nada sin el pueblo. Rompo la carta una, dos, tres veces y se la arrojo a la cara. Los pedazos revolotean al suelo y él sonríe.

–Ni siquiera te has *preguntado* cómo será tu vida. Eres un hombre extraordinario, Peter Kropotkin. Será la cárcel, por supuesto. Pero probablemente ya lo adivinaste.

“Sabías que así es como terminaría”.

“Sí, lo sabía.”

–Entonces, ¿por qué molestarse en devolverme la vida?

–Cuento historias, Peter. Sólo cuento historias. Tú eres el revolucionario. ¿Tienes alguna petición de despedida?

Creo que finalmente lo comprendo. Supongo que es una simetría curiosa, pero la historia de los poemas de Sondra me da la idea de la única pieza que podría arrebatarme en esta vida. Anchee será mi contrabandista. “Quiero que te asegures de que el libro que escribí en los márgenes se publique. Seguramente tienes otros amigos tan convenientes como el editor de Sondra”.

“Hay un tipo aquí en el pueblo que podría hacerlo, hacerlo pasar como si fuera su trabajo, pero es un escritor de *ciencia ficción*. Nadie lo tomaría en serio”.

Utiliza el término “ciencia ficción”, una combinación muy intrigante, con el mismo tono despectivo que Sapworth había aplicado a “anarquista”, y el tipo me cae inmediatamente bien, sea quien sea. “Está bien”, digo. “Lo terminaré esta noche”.

–Iré a buscarlo. Te cambiarán de celda. Me encargaré de que tengas algo de papel para tus pensamientos finales. Me

temo que este es un final terriblemente infeliz para ti. No hay esperanza.

“No eres el único que puede sacar a la gente de la cárcel”.

“Ah, sí, ‘el pueblo’. Si se lo dejamos a ellos, ya sabemos cómo acaba”.

“¿Y cómo es eso?”

“Te quedas en la cárcel por el resto de tu vida”.

En realidad no me doy cuenta de cuándo cambia el decorado de población, de la naturaleza muerta que nos rodea. Ha estado retrocediendo mientras habla, guiándome por detrás de Lee. Me entrega una lata. Pintura en aerosol. Blanca. “Es una herramienta revolucionaria en estos días, Peter”. Me da una palmadita en el hombro. “Buena suerte”. El tiempo comienza de nuevo y puedes imaginar el resto.

Estoy en otra celda, esperando que me transfieran por la mañana a no sé dónde. Después de mi arresto, aerosol en mano, la justicia no se hizo esperar. Aunque en esta realidad no estoy vinculado con esa locura de Colorado, cuando la policía revisó mis documentos, descubrieron muy pronto que soy un ser humano sin Estado, una condición aparentemente intolerable para alguien que ha sido sorprendido cometiendo “actos terroristas”, por lo que debo estar encerrado hasta que un Estado me reclame o el

infierno se congele, lo que ocurra primero. Anchee apareció disfrazado de guardia, trayendo el papel como prometió. Me habla sin parar mientras escribo. Dice que mi nueva prisión está llena de árabes y cubanos con crímenes y sentencias igualmente indefinidas. Espero con ansias la compañía y la oportunidad de aprender nuevos idiomas, nuevas perspectivas. Puedo sobrevivir a todo menos a la soledad.

Afuera, literalmente no hay nadie que me conozca. Anchee se deleita contando el paradero de mis amigos, todos son desconocidos aquí: Rachel está en Seattle yendo en bicicleta a un trabajo que odia. Brad vive con su madre. Doris fuma un cigarrillo y ve cómo le roban la vida poco a poco. Zipper está en la cárcel en Florida. Alicia acoge perros callejeros. Caitlin estudia arte en Rhode Island. Dave es un músico callejero en Los Ángeles. Clement Arthur es un recolector de basura. TJ se pegó un tiro hace tres años. Jonás y Earl están muertos y olvidados.

Así que todo depende de ti, querido lector. Tú eres el único que me conoce. El único que puede liberarme. Quizá quieras descartar todo esto como otra historia fantástica. Pero créeme: es verdad, cada palabra, y, ya sea una novela o la Biblia, la única autoridad que un texto puede reivindicar es él mismo y sus lectores.

Pero, aunque me creáis, ¿cómo me encontraréis? ¿Dónde está el *aquí?*, os preguntaréis. Hoy en día no es difícil encontrar una prisión. Es una empresa en auge. Avanzando

en cualquier dirección, encontraréis prisiones y prisioneros por todas partes. Si queréis liberarme, liberad a todos los presos. Estaré allí en alguna parte entre ellos.

EXPRESIONES DE GRATITUD

No hay siquiera un pensamiento, ni una invención, que no sea propiedad común, nacida del pasado y del presente... cada nueva invención es una síntesis, el resultado de innumerables invenciones que la han precedido en el vasto campo de la mecánica y de la industria.

–PETER KROPOTKIN, *La conquista del pan*

Todas estas personas contribuyeron significativamente a este libro, aunque muchas de ellas no lo saben y algunas de

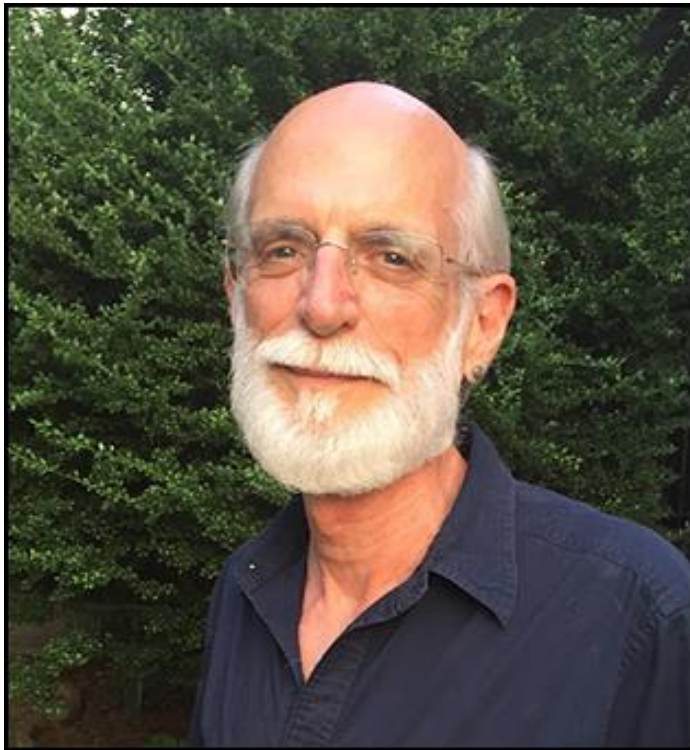
ellas no son reales. Estoy seguro de que hay numerosas omisiones:

Anónimo, Patricia Anthony, Ludovico Ariosto, Paul Avrich, Antigone Barton, Alfred Bester, Jesse Bohl, Luis Borges, Jennifer Brehl, Katia Brock, Marina Brock, John Brown, Byron, John Carroll, Lewis Carroll, Karen Chandler, Raymond Chandler, Charlie Chaplin, Arthur C. Clarke, John Clute, Samuel Taylor Coleridge, Cotton, Betsy Daniel, David Danvers, Liz Darhansoff, Santa De Haven, Tom De Haven, Morris Denmark, Charles Dickens, Daphne Du Maurier, Bob Dylan, Trebor E. Eel, Sa'ad El-Amin, Douglas R. Egerton, Debra Farrell, Suzanne Feldman, Dick Fine, Jeffrey Ford, Jimmy Ghaphery, Goethe, Kenneth Grahame, John Harvey, Andy Heidel, Steve Jobs, Randy Jones, Franz Kafka, Agymah Kamau, Steve Krause, Suzanne Langer, Lenore Langsdorf, Mei Leng Lau, Ursula Le Guin, John Lennon, Jonathan Lethem, Jeff Lodge, James W. Loewen, Aimee Mann, Paule Marshall, Maureen McHugh, John Morris, Howard Owen, Karen Owen, Parzival, Alice Irene Potatoes, Tom Ryan, Page St. John, Sansón, William Shakespeare, Mary Shelley, Leslie Shiel, Peter Singer, Luke Skywalker, Lee Smith, Neal Stephenson, Oscar Stovall, Henry David Thoreau, León Tolstoi, Patrick Tompkins, Tradicional, Kilgore Trout, Simone Turbeville, John Weisiger, Minor Weisiger, HG Wells, Randall Williams, Tina Ennulat Wilson, George Woodcock, William Wordsworth, WB Yeats, Emiliano Zapata.

Además, James River Park, Richmond City Parks, trabajadores de Saneamiento de Richmond, GRTC, Richmond Battlefield Park, Food–Not Bombs, Carytown Books, la Biblioteca VCU, la Biblioteca Estatal de Virginia, el Museo Valentine, Richmond Free Press y los Archivos de Anarquía en

http://dwardmac.pitzer.edu/anarchist_archives/archivehome.html

Un agradecimiento especial a Sarah Weisiger, inventora de la interfaz Weisiger, quien hace que todo sea posible.



ACERCA DEL AUTOR

DENNIS DANVERS (1947-) Autor estadounidense que se concentró en la fantasía y el terror durante la primera parte de su carrera, que comenzó con *Wilderness* (1991), una eficaz novela de hombres lobo; comenzó a escribir novelas de ciencia ficción con la secuencia *Circuit of Heaven* que comprende *Circuit of Heaven* (1998) y *End of Days* (1999), ambientada en un entorno de realidad virtual algo fantástico y altamente febril. Danvers claramente siente una forma adecuada de representar sus mundos de futuro cercano. Las novelas posteriores comparten muchas de las características

de este dúo inicial: versiones sofisticadas de cibernética, nanotecnología e inteligencia artificial; trama onírica; y –más claramente en *El cuarto mundo* (2000), que se desarrolla en un México dominado por corporaciones multinacionales que se atiborran de sus víctimas– una visión izquierdista de las crueles complejidades de la vida del siglo XXI en todo el planeta. *The Watch: Being the Unauthorized Sequel to Peter A Kropotkin's Memoirs of a Revolutionist* (2002) modula desde este enfoque hacia Viaje en el tiempo: un visitante del futuro lejano engatusa al histórico Peter A Kropotkin (1842-1921) para que venga a residir en los Estados Unidos de 1999, con resultados que quizás no sean del todo coherentes. *The Bright Spot* (2005), regresa al territorio habitual de Danvers, aunque con un motor de trama al estilo de technothriller más elaborado. [JC]